



JUAN RAMÓN BIEDMA

LONDRES, 1891

Tus magníficos ojos vengativos cuando todo ha pasado



Londres, 1891

JUAN RAMÓN BIEDMA



1.^a edición: septiembre, 2017

© Juan Ramón Biedma, 2015

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-784-9

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Descubierta del autor](#)

[I. Desposesión](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[II. Desencadenamiento](#)

[III. Desventura](#)

[IV. Desatino](#)

[V. Desplome](#)

[Desembocaduras](#)

[Agradecimiento](#)

Descubierta del autor

El origen de esta novela surge del viejo deseo de contar una fábula victoriana que incluya alguno de los aspectos más realistas de la época sin renunciar al misterio y la aventura que siempre asociamos con ella.

Después se unió el deseo de montar una trama alrededor de un villano completamente aborrecible durante una buena acción, lo cual me llevó a Moriarty, quien se trajo a Holmes como un personaje secundario que fue creciendo hasta ocupar el espacio que le correspondía. Más tarde se abrieron paso en la narración los zoológicos humanos.

Por otro lado, estaba *El problema final*, el relato de sir Arthur Conan Doyle cuyos fragmentos se destacan a lo largo del libro, una historia confeccionada con sugerencias, vacíos e invisibilidades.

Mi novela es la prolongación de ese cuento, lo que pudo haber alrededor.

I. Desposesión

23 de abril de 1891

La silenciosa estancia, la pesada sombra
 avanzando furtiva,
los muertos inmóviles viajando, la puerta que se
abre,
el hermano asesinado que levita a través del piso,
los blancos dedos del fantasma posados
 en tus hombros y luego, el duelo solitario en
el valle,
las rotas espadas, el ahogado grito, la sangre,
tus magníficos ojos vengativos cuando
 todo ha pasado.

OSCAR WILDE
Impresiones de teatro

Primera parte

La mujer se había pasado la tarde en la ventana mirando fumar a las nubes.

Es posible que haya llegado a dormirse en algún momento, aunque solo recordaba con claridad el ruido y los gritos, no identificados pero inconfundibles, que la despertaron. Sonidos frente a los que no había más reacción que tomar a la niña de la cuna y lanzarse escaleras arriba, confiando en despistar a los intrusos en alguno de los recodos del caserón.

Abajo, la servidumbre no daba señales de vida, pero una tiniebla de pasos resonaba ya en los primeros peldaños, persiguiéndola, guiada por sus instintos de otros mundos.

Vista desde fuera, la casa de la señora Mostel no se diferencia gran cosa de las que rodean la enorme plaza de Grosvenor Square, en el distrito londinense de Mayfair, una mansión de estilo georgiano distribuida en sótano, tres plantas principales y un ático. Pero en los últimos años, su dueña había dedicado toda su energía a transformar el interior en el más extraño caos arquitectónico que nadie pudiera imaginar.

Esa era su única esperanza de defenderse de los espíritus.

El sudor, que se empieza a confundir con la sangre de la niña que lleva en brazos, le emplasta el cabello, le licúa los ojos, le corre por los muslos y por las axilas, no quiere ni mirarla para no imaginar lo que aquellos terribles seres harían con ella.

Nadie en el mundo, ni siquiera lord Salisbury, su padrino, el primer ministro del reino, puede socorrerla en este trance.

Se detiene un momento antes de llegar al segundo piso para recuperar la respiración, su hija solo tiene tres años, pero ella es una mujer muy frágil, apenas come, se pasa el día mirando por la ventana con el oído alerta, su peso es descomunal para ella. Por el hueco no ve a nadie y por un momento no suenan los escalones, pero enseguida están de nuevo ahí los pasos, mucho más cerca. La oprime contra su pecho y continúa subiendo.

La casa entera es un crepúsculo gris que degenera velozmente en negro, la hora a la que le dijeron que vendrían.

Su marido, veintisiete años mayor que ella, había fallecido de una apoplejía el día del nacimiento de su hija; según los médicos, debido a la irresistible tensión que la difícil venida al mundo de la niña le había provocado. Nadie se atrevió

nunca a comentarle que el hombre había muerto de parto, no era necesario, pero ella lo sabía. Los sucesos extraños comenzaron aquel mismo día: el desplazamiento de muebles, la desaparición de objetos; su casa se convirtió en el dominio del vaho, del golpetazo y del roce.

El médium al que pidió ayuda no necesitó más que una sesión para explicarle que aquellas manifestaciones de lo ultraterreno procedían de su esposo muerto, quien, incapaz de resignarse a no conocer a su hija, enviaba sus huestes inmateriales para que la secuestraran.

A la mitad de la galería de la segunda planta, la señora Mostel vuelve a asomarse a la barandilla, es extraño no ver ni oír a ningún miembro de la servidumbre; al volcar el cuerpo, le parece distinguir al fondo del vestíbulo un cuerpo recostado contra la pared, podría ser el mayordomo, pero está muy oscuro allá abajo, ni siquiera tiene tiempo para descartar que se trate de una sombra, los pasos están muy cerca y debe alcanzar los tramos que llevan a la tercera planta.

Mira a la pequeña que le devuelve la mirada sorprendida, se mira en ella; observa su cabello rubio deshilachado de un color permanentemente sucio, los ojos, uno más alto que el otro. Es lo único que tiene y lo único que quiere. Hará cualquier cosa por preservarla de la embajada infernal.

Mudarse era inútil, dictaminó el médium; la seguirían. La única solución para librarse de aquellas apariciones consistía en transformar el que fuera hogar de su marido en un lugar que no pudiera reconocer y que fuera al mismo tiempo un sistema de trampas diseñado para desorientar a sus enviados inmateriales. Así que había dedicado estos tres años a convertir la casa en un laberinto del que ya nadie podía determinar sus confines con precisión.

Recargado de cuartos secretos.

Puertas que se abren a la pared o al vacío.

Escaleras que terminan en el techo o que suben hasta un recodo y vuelven a descender.

Chimeneas ciegas que mueren en el techo.

Habitaciones con seis o siete puertas o sin vanos por los que entrar.

En ocasiones, ni ella misma reconocía aquel enloquecido territorio; cada vez salía menos de su habitación.

Cuando concluye el último tramo de escaleras, los pasos de sus seguidores son un eco de los suyos, apenas puede sostener a la niña cuando enfila la galería de la tercera planta sin un destino concreto.

Quizás debería entrar en alguna de las alas para tratar de despistarles, pero ya no puede pensar y los tiene demasiado cerca, puede percibir el olor de la tumba, no es capaz de hacer otra cosa más que correr y correr hacia el final del pasillo.

No quiere pensar, no sabe pensar, pero sabe que solo existen dos maneras de salvar a su hija y, una de ellas, la que lo devolvería todo a su querida rutina de siempre, no serviría para nada. Aquellas formas no van a marcharse voluntariamente.

Al final del pasillo espera la barandilla. Aferra el cuerpecillo con demasiada fuerza. No puede oír si está llorando. De las dos posibles salvaciones, solo la peor le parece efectiva.

No puede mirar a su espalda.

Se detiene.

Acerca la niña al pasamanos.

Le quedan dos posibilidades.

A la nieta de la reina le parece verse en la esquina, casi desnuda, un poco más alta. Es cosa de un momento. Tiene la seguridad de ser la única niña del castillo, así que debe desear ella misma.

No tiene miedo cuando se lanza detrás de aquel viento color carne.

Su castillo, el castillo de Windsor, donde nació, era mucho más divertido. No había ni mucho menos tanta vigilancia, ni tanta gente extraña, y los fantasmas eran como de la familia. Ahora, en el palacio de Buckingham, se siente como en una enorme ciudad desierta dentro de esa otra ciudad desconocida para ella que llaman Londres.

A veces, al final del día, la agotada institutriz la deja pasear en solitario por el palacio mientras se toma una taza de té. La niña no termina de orientarse entre sus alas, salones y pasillos. Perderse por rincones desconocidos u olvidados, dejarse invadir por el pánico y pensar que ya nunca nadie volverá a verla son los mejores momentos de la jornada.

Le parece volver a verse al final del corredor y echa a correr. Identificar quién se ha infiltrado entre las paredes del recinto mejor guardado del reino. Lo importante es encontrar a alguien. Encontrarse es mucho pedir.

Su madre le había prometido, muy misteriosa, que el día que cumpliera dieciséis años se le acabaría el aburrimiento. Le pareció que insinuaba que ese día iban a acabar con ella, que la decapitarían o algo así, como había visto en un grabado que le hacían a una señora francesa. Pero su Alteza Real, la princesa Alice, tenía solo ocho años; aún le quedaba una eternidad para los dieciséis.

Alice Mary Victoria Augusta Pauline de Albany, hija de la princesa Helena de Waldeck y del príncipe Leopoldo, hijo menor de la reina Victoria de Inglaterra, la mujer más poderosa del mundo, busca, como cada día, los recovecos más lóbregos de palacio. Ya ha anochecido y hace rato que no ve a nadie. Tiene la

vaga idea de que está en la parte del área de servicio que corre paralela al salón de baile, pero no está segura.

Hoy ha venido un hombre muy misterioso con una máquina de forma muy tonta para hacerle un retrato. Ha tenido que estar tanto tiempo inmóvil que todavía le hormigean las manos. Cuando el desconocido se marchó del cuarto de juegos, sintió que la habitación se enfriaba de pronto y que alguien invisible se adueñaba de alguno de los rincones. Nadie se molestó en informarle de si alguna vez llegaría a ver aquel retrato.

Se tropieza con la pequeña silueta en un recodo, cuando casi había renunciado a dar con ella.

—¿Quién eres? —le pregunta, ya que no se trata de sí misma.

El niño sin brazos, sucio y pensativo, vestido solo con un pantalón, gran parte del torso cubierto con alambre de espino profundamente clavado en la carne, le sonrío y le hace un gesto para que lo siga.

La princesa Alice no se lo piensa, nunca ha visto a nadie parecido.

La sangre le gotea desde los nudos del alambre incrustados en la piel, le corre por los dedos de los pies descalzos, se pierde en la oscuridad del suelo.

El sonido de las ruedas de los carros, las bestias de tiro y las voces están cada vez más cerca. La Entrada de Embajadores también está por el lado oeste del palacio y ahora le parece que el chico se dirige hacia allí, pero otra esquina y una puerta la dejan en un extremo de las cocinas tal y como había supuesto antes.

El duende sangrante se vuelve, la mira y le hace un gesto con la cabeza.

El alboroto procede del patio por el que se penetra a las cocinas desde el exterior; por una puerta entreabierta, al fondo, puede ver a los abastecedores de la despensa real, que vienen a traer alimentos frescos para el desayuno de la mañana siguiente, las canastas ya vacías están amontonadas sobre el carromato.

Detrás de su nuevo compañero se dirige hacia la puerta, fascinada por la ola de niebla nocturna que invade el recinto, tan absorta que no advierte que las negruras de la cocina se descomponen en otros jirones todavía más oscuros que se le acercan.

El suelo está resbaladizo por la sangre que pierde el niño, que de vez en cuando vuelve la cara y le sonrío.

Parece que no hay nadie en el carro lleno de cestas detenido frente a la puerta.

La borrosa iluminación que llega desde Londres parece embotarle los sentidos.

Siempre ha querido visitar la ciudad. Aún no puede imaginar que lo hará esta noche, dentro de una de aquellas cestas.

Para los dos clérigos, aquel sector de la catedral de Canterbury volvía a ser por esta noche el más hostil de los parajes, un espacio no del todo real donde ser descubiertos por sus superiores o compañeros supondría una caída inmediata en la deshonra, la vergüenza y las más graves sentencias. Temían solo las condenas de este mundo; la otra expiación, la eterna, ya la tenían garantizada.

Preso de estos pensamientos, el padre Dennis casi se detiene unos metros antes de llegar a la puerta del despacho del arzobispo, pero cuando el otro sacerdote lo apremia, culmina esa última distancia, saca la llave que ha robado esa tarde, abre la puerta y espera a que el otro haya entrado para cerrarla muy despacio, como si pretendiera prolongar unas décimas de segundo su perdición.

Si alguien los descubre a aquella hora, a tan poco para el anochecer, en aquel despacho, donde se guardan algunos de los documentos más relevantes de la Iglesia anglicana, no habrá justificación posible para su conducta.

Evita mirar de frente a Adam, que ni se ha detenido a cambiarse tras el oficio y ya se le acerca, deshaciéndose de los ornamentos eucarísticos catedralicios. La estola, la capa pluvial, la sobrepelliz y la sotana negra están por el suelo. Aún entra un último vestigio de claridad por la ventana, así que le da la espalda y se apoya en el alféizar de cara a los jardines, con mucho cuidado de no hacerse visible desde el exterior.

Tendría que haberse negado a sus imposiciones; desde que iniciaron su relación, se han encontrado en los lugares menos previsibles, pero ninguno tan peligroso como aquel.

Por el sendero, aparece la *nurse* con la sobrina del arzobispo, su paseo vespertino se debe de haber prolongado más de lo aconsejable, hace frío a aquella hora, apenas queda luz.

Nota las manos del otro hombre en sus caderas y enseguida cae en la cuenta de que ha cometido un error al permanecer en aquella posición que el otro ha interpretado como propiciatoria. *Dios mío, los dos pasamos de los cincuenta años.* Pero la edad es solo una agravante y desde luego supone una ingenuidad pensar que Dios siga siendo suyo después de lo que ha estado haciendo últimamente.

—Adam, tenemos que hablar.

Pero Adam le está besando el cuello, subiéndole la sotana para perder las manos en el interior, y no lo escucha.

Algunas personas surgen alrededor de la *nurse* y la niña, no puede identificarlas a aquella distancia, la oscuridad lo va envolviendo todo. Parece que van encapuchadas y se apoyan en largos bastones, como báculos. Dos de ellas interceptan a la mujer, que parece muy alterada.

—Mira, asómate un momento...

Adam acaba de desabrocharle los pantalones y no quiere prestar atención a nada más.

Ahora ya está claro que algo no va bien allá abajo. Discuten. Uno de los encapuchados levanta el bastón y golpea a la niñera en la cabeza. Dos más la apalean cuando ya está en el suelo.

—¡Adam!

Está tan impresionado por la escena, tiene tanto que contar que se calla y el otro piensa que lo está urgiendo a que no se demore en bajarle los calzones. No serviría de nada alertarlo, no pueden ayudarlas, no pueden avisar a nadie sin delatarse, no pueden hacer nada.

La niña intenta huir y uno de ellos la frena de una patada que la hace rodar por la hierba. Después la recogen y empiezan a alejarse.

El religioso piensa en que ojalá la niebla asesina que ciega la ciudad hubiera llegado hasta aquella zona del condado de Kent y le hubiera impedido ver aquello, siente las manos que le abrasan las nalgas, intenta fijar su atención en la torre Bell Harry, cuya campana todavía suena cien veces cada noche para señalar el antiguo toque de queda de la ciudad, y, cuando mira hacia abajo, la niña ha desaparecido.

Segunda parte

Un rumor muy a lo lejos, indistinguible casi —risas y canto militar, que también pueden ser algún animal nocturno revolviendo la hojarasca—, empuja a Cox dentro de la sepultura a medio abrir. Apaga la vela. Deja caer con cuidado la pala de madera. La noche produce la sensación de que la fisonomía del cementerio de Kensal Green cambia continuamente, lo demuestran las raíces de sus árboles que deforman la tierra, escoran las lápidas y se enlazan a los tobillos de los paseantes no avisados.

Siguen proliferando las sociedades de vigilantes, partidas de hombres armados a sueldo de las familias de los recién enterrados que velan porque gentuza como él no esquilme sus tumbas o secuestren el cadáver. Las primeras de estas sociedades estaban constituidas por los propios amigos y familiares de los fallecidos, pero actualmente las forman sicarios que en muchos casos se habían dedicado ellos mismos al desentierro. Más peligrosos y experimentados, se aseguraban de no dejar testigos entre sus antiguos compañeros.

Rystone Erasmo Cox se arrepiente de haber aprovechado la niebla asesina que ha borrado más de medio Londres para venir a saquear alguna tumba antes de la madrugada, como es su costumbre. Estaba harto de aquella forma de ganarse el sustento y había querido terminar lo antes posible; cada vez le cuesta más arrancarse de su buhardilla o de la taberna para pasarse la noche disputándole cuerpos al demonio.

Ya no se escucha nada, pero es mejor esperar unos segundos.

Hasta este momento —no ha calculado bien la cantidad de ginebra que ha tomado a lo largo de la tarde—, no advierte que está pisando madera. La progresiva generalización del miedo a ser enterrado vivo provoca que muchos de los ocupantes de aquellos sepulcros dejen establecido en sus testamentos que se les dé sepultura casi en la superficie. No todo en estos tiempos iba a ser malo. Aunque dicha costumbre contrasta en muchos otros casos con la instalación de un *mortsafe*, una especie de enrejado sobre la tumba, por parte de los más obsesionados con protegerse de la visita de los *revientacadáveres*. Casi todo es malo en estos tiempos.

Se asegura una vez más de que no haya vigilantes en las proximidades, vuelve a encender el cabo de la vela y busca el destornillador debajo de su impermeable para abrir la tapa del ataúd.

La ginebra es un anestésico, como si fuera a él y no al muerto a quien le fueran a extirpar los dientes. Aunque la mayoría de los cirujanos de la época utilizan ya la porcelana para preparar sus dentaduras postizas, las piezas de ese material siguen siendo demasiado brillantes y quebradizas y los más esmerados siguen prefiriendo los dientes humanos para montarlas. Los arrancados a los caídos en el campo de batalla, desgastados, picados o rotos, no tenían mucho valor; pero un buen conjunto completo recién extraído a un adulto joven, sin ninguna falta, podía valorarse en más de cuarenta libras.

Cuando desatornilla la tapa y la encaja a un lado, se encuentra cara a cara con un joven de unos veinte años, rubio, apuesto en sus blancuras, enérgico; es difícil dejar de mirarlo, porque es difícil decidir qué hay o qué había detrás de esa expresión: no parece torturado, ni abatido, ni asombrado, ni muerto. Sabe que debe abrirle la boca y hacer su trabajo lo antes posible, toca la tenacilla y la bolsa de cuero que le cuelgan del cinturón. Ahora piensa que no ha tomado suficiente ginebra.

Cox pasa muchas tardes rondando los cementerios, observando funerales, seleccionando material. Sin el impermeable todavía conserva algo de su aire de profesor universitario y no despierta sospechas. Al chico que tenía debajo solo vino a despedirlo un hombre de mediana edad acompañado un paso atrás de otro que parecía ser su sirviente. No lucía muy afectado por su pérdida, más bien deseoso de marcharse de allí, absorto en alguna lejana y grave materia. Balthasar Heynatz, Marmouth Street 59, según le confió uno de los sepultureros por unos peniques. Siempre que puede, obtiene los datos de los familiares del difunto, aunque cada vez se dedica menos al secuestro de cadáveres. Las ganancias por hacer desaparecer el cuerpo y exigir a sus allegados un rescate para recuperarlo son muy superiores a las de privarlo de sus dientes o pertenencias, pero también lo es el riesgo y los problemas de transporte y conservación durante el tiempo que dure el rapto.

Registra rápidamente el cadáver, pero mucho tendría que haber cambiado su suerte para que hubieran introducido en el ataúd algún objeto de valor. Apoya la vela cerca de la cabeza, sujeta firmemente las tenazas y se dispone a abrirle la boca confiando en que el rigor no haya bloqueado del todo las mandíbulas. Y entonces ve el brillo en la garganta. Le deshace el corbatín y le abre el cuello de la camisa. No lo había descubierto al registrar el cuerpo porque lleva el collar casi hundido en la piel; más bien una gargantilla de una sola pieza, algo menos de una pulgada de ancho, grabada con unas inscripciones muy gastadas imposibles de distinguir con aquella luz.

Forjada en el metal que todos buscan.

Respira hondo, ya sereno del todo. Cox no puede creer que por un momento le

haya vuelto la suerte de aquella manera. Con aquel collar de oro puede resistir una buena temporada.

Busca a tientas el cierre, pero lo único que encuentra es una ranura casi imperceptible. Incluso puede ser que se vieran obligados a enterrarlo con la joya para no destrozar el mecanismo de apertura. Pero él no tiene esos miramientos. Cambia las tenazas por el machete de caza que lleva en la funda de los riñones, introduce el filo de la hoja en la hendidura y enseguida tiene el collar en el más profundo de sus bolsillos.

No tiene tiempo de examinarlo con detenimiento, no puede quedarse allí ni un minuto de más. Vuelve a cerrar la camisa con cuidado. Casi más que con el botón que se lleva a casa, está contento por no tener que extraerle los dientes al joven, el collar de oro le basta; esta noche puede ahorrarse la carnicería.

Con la vela en la mano, se pone de pie en los bordes del ataúd para encajar de nuevo la tapa cuando recibe la patada, por suerte más en el gorro de lana de marino que usa para aquellas tareas que en la cabeza, pero se deja caer sobre el muerto como si le hubiera alcanzado de lleno al mismo tiempo que apaga la vela.

—¿Has podido reconocerle? —pregunta una voz desconocida.

—No —responde otra, un punto afeminada.

—Espera, que enciendo la linterna —y otra más.

Justo en el momento en el que prende la linterna sorda, aprovechando la oscuridad absoluta, emerge Cox de la fosa como si se le hubiera acabado el oxígeno tras una inmersión demasiado prolongada en aguas traicioneras. Maldiciendo por verse obligado a utilizar una pala de madera para hacer menos ruido en sus excavaciones, golpea con la herramienta al individuo que tiene más cerca y luego destroza la lámpara.

Ha tenido tiempo de situar a los cinco individuos que rodean la sepultura.

No hay respiro, tiene ya el machete en la mano derecha, lanza el brazo hacia el lugar donde recuerda haber visto una cara, clava y raja; un grito que sube desde algún lugar mucho más profundo que la garganta del hombre herido le confirma que ha acertado.

—¡Enciendan una luz!

—¡Cabrón hijo de puta!

Arroja la pala hacia otra mancha negra. Se agacha y gira sobre sí mismo barriendo con el cuchillo a la altura de los muslos de sus enemigos hasta que otro grito vuelve a premiar el movimiento.

Sin embargo, el arma le queda atrapada en alguna trampa de hueso y cartílago que ni siquiera puede distinguir.

Se arroja al suelo para evitar los golpes que empiezan a acercarse cada vez

más y se arrastra unos metros hasta ponerse fuera de alcance.

Cuando logran encender un par de cerillas ya está de pie, corriendo con cada músculo de su cuerpo, buscando el grupo de árboles más próximo y sintiendo cómo algunos de aquellos hombres comienzan a perseguirle.

El collar sigue en el bolsillo, mucho tendrá que correr para compensar aquel golpe de suerte.

Aunque se siente cada vez mejor allí y le sobra espacio para sus libros, mapas, archivos, la maqueta del falansterio que mantiene en Suiza y sobre todo para pasear mientras piensa y hablar para sí mismo como ya hacía en las aulas, el profesor Moriarty maldice el frío y apenas puede evitar que el cortaplumas con el que va a abrir la siguiente carta tire en sus manos ateridas. La cilla del monasterio, la cámara donde antiguamente se guardaba el grano, es un lugar protegido y cómodo, pasa allí más tiempo que en su mansión de Belgravia, pero echa de menos una chimenea que le ayude a caldear las largas madrugadas de trabajo.

Los días, con sus noches, dejaron de ser suficientes hace mucho tiempo para controlar los miles de asuntos que reclaman su atención en el país, a los que debe unir los problemas derivados del falansterio que la carta de Emmeline Coulter, que anuncia su llegada inminente para pedirle auxilio, acaba de recordarle. El falansterio. Se permite dejarse llevar un momento por las imágenes que le evoca la maqueta de la colonia, los talleres sociales, las viviendas, los comedores, las tiendas comunales, los colegios y todo lo necesario para el colectivo; su experimento aritmético con seres humanos; deben ser mil seiscientos veinte personas exactamente en cada falansterio, ni una más ni una menos, con el número exacto de...

Pasos en el exterior, alguno de los monjes que vendrá a comunicarle algo, nadie pasa casualmente a aquella hora por la galería oeste del monasterio.

Un brote de tos apaga las pisadas e identifica inequívocamente al visitante.

Moriarty se pone en pie.

Pese a la vieja manta que lleva sobre sus cargadas espaldas, aparenta bastante más estatura de la real y, sin duda, una prestancia inexplicable, en la que algo tendrán que ver la craneometría y la falsa, dolorosa transparencia de su mirada.

La tos prosigue, pero los pasos, no, y el profesor, alarmado, se dirige hacia la puerta.

Abatido junto al marco, el abad Cole Sandler lucha porque el oxígeno consiga penetrar el lago de flema que le encharca el pecho. Moriarty no hace ni dice nada, espera a que el hombre logre respirar con cierta normalidad y, entonces,

solo entonces, cogiéndole con suavidad bajo los brazos, lo ayuda a entrar en la cilla y lo sienta en su butaca, que es la única de la sala.

—Poco a poco, el vaivén del tórax es menos forzado.

—Tienes que... bajar al *armariolum* —le dice el monje, aún algo jadeante.

—Y tú tienes que dejarme avisar al médico. No hoy, si no quieres, mañana.

—Mañana será muy tarde —con el aire ha recuperado también una voz excepcional, de actor, llena de matices, que impresiona todavía más por proceder de la caja de resonancia que constituye la capucha— y hoy es imposible: jamás permitas que te comunique tu sentencia de muerte un galeno malhumorado por haberlo despertado a medianoche; es capaz de arreglárselas para fastidiarte los últimos minutos de vida.

—Ya hablaremos —dice, conteniendo una triste sonrisa.

—Ahora tienes que bajar. Es urgente —recuperando el tono grave.

—Dime.

—Hemos descubierto que el hermano Charles, el que había desaparecido, está oculto desde ayer en el *armariolum*; desde que edificamos la biblioteca quedó como una alacena inservible y apenas pasamos por allí. Tiene con él a una de las niñas y se niega a entregárnosla. Está armado.

El profesor asiente con gesto de fastidio, se quita la manta de los hombros y la coloca sobre el regazo del religioso. Dedicar un momento más a asegurarse de que su amigo estará bien, atención que el otro corta con gesto apremiante, y sale rápido de la estancia.

No tiene tiempo para interrupciones, va pensando mientras recorre la galería a toda prisa, no tiene tiempo. Está empeñado en una guerra abierta contra el país más poderoso del mundo, no puede entretenerse en algo así; tarde o temprano, el Gobierno, la policía y los hombres más poderosos de la nación unirán sus fuerzas para destruirlo y debe anticiparse descargando un golpe irrecuperable.

No puede dejar de recordar a Sherlock Holmes, volcado ya obsesivamente en acabar con él, al que debe atajar de una forma u otra, porque los daños que hasta ahora le ha producido están mermando seriamente su capacidad de actuación. En realidad, pese al salto astronómico que les separa, hay ocasiones en las que no puede dejar de reconocerse en él, aunque prefiere no profundizar en ese fenómeno.

Cuando enfila la galería este, puede ver una gran congregación de hombres vestidos con sus sencillos hábitos un poco antes de la capilla; deben de estar allí todos los habitantes de la casa. Hace tiempo que resulta imposible distinguir a los cuidadores de los internos.

Greenwich, la mayor leprosería de Inglaterra.

La niebla, esparciéndose furiosamente como el humo de un incendio

enloquecido, ha penetrado en el monasterio y amenaza con enturbiar hasta el más insignificante de sus rincones.

Uno de los monjes sin manos ni rostro sale a su encuentro.

—Tiene un revólver —cojea a su lado—. La niña está dormida. No la suelta.

Cuando reparan en Moriarty, los componentes del grupo se separan en dos dejando un pasillo libre para que pueda llegar al cuarto.

Serán alrededor de un cuarto de centena de hombres con el rostro en sombras por la capucha; hasta para el profesor, quien últimamente pasa la mayor parte del día entre ellos, resulta intolerable el olor a carne descompuesta que despiden cuando se reúnen en ese número, así que atraviesa las filas con paso firme pero apresurado.

Junto a la puerta abierta montan guardia varios asilados que apuntan hacia el interior con sus escopetas.

El *amariolum* es una pequeña sala donde se guardaban los libros litúrgicos para los actos religiosos, así como las obras de lectura, hasta que acumularon tal cantidad de volúmenes y legajos que se vieron obligados a construir la biblioteca.

A la luz de la lámpara que alguien ha dejado dentro, puede ver al monje sentado en el suelo, en una esquina, sosteniendo bajo el brazo a una niña dormida de dos o tres años y apuntando, con un desvencijado revólver de dos cañones, hacia afuera.

Moriarty se planta delante de él con las manos en los bolsillos del abrigo, ofreciéndole un blanco amplio y fijo.

—No voy a entregarle a esta niña —afirma la voz que surge del interior de la capucha.

El profesor piensa que está frente a un buen hombre, preocupado por una niña que a él no le importa nada, no es una de las cuatro, su función es la de desorientar a la policía, como la de otras, no la necesita. Pero no es esa la cuestión. El problema, como siempre, son el resto de los hombres que los están mirando; no puede permitir que su autoridad sufra ningún desgaste ante ellos, no ahora.

—No puedo dársela —confirma el hermano Charles—. Lo he pensado mucho. Haga lo que quiera. No voy a dársela.

—De todas las niñas que hemos arrebatado, solo cuatro son importantes —articula con todo cuidado cada palabra, asegurándose de que el otro comprenda la inutilidad de su sacrificio—. Y esta no es una de ellas.

Sin dejar de mirarle ni de ofrecerse como una diana perfecta, Moriarty camina de espaldas hasta salir de la pequeña estancia; tampoco deja de mirarle mientras le habla a los monjes de la entrada.

—Quiten la puerta y tapien el hueco con ellos dentro. Un muro doble, no quiero escuchar sus gritos. La obra debe estar terminada por la mañana.

Después da la vuelta y se aleja, pensando ya en otra cosa.

No había pasado de Clerkenwell. Quizás aún tuviera fuerzas para recorrer una o dos millas más, pero le faltaba energía para intentarlo.

Sherlock Holmes, el célebre detective consultor, se había pasado el día deambulando por la ciudad, vestido con un abrigo y un sombrero andrajosos y malolientes, el cuello subido hasta la nariz, la espalda encorvada para ocultar porte y estatura, las manos en los bolsillos, sosteniéndose en el revólver y la jeringuilla, sus únicas armas, indeciso sobre cuál de ellas volvería contra sí mismo.

La noche en el viejo pórtico de St. John's Gate, unida a la niebla que desfiguraba las calles más que nunca en las últimas semanas, formaban la oscuridad de fondo de abismo que necesitaba para sentirse a salvo unos minutos y recabar la calma que le esperaba en el interior del frasco que ya empezaba a agitar.

No era el primer periodo de niebla asesina que se producía en la ciudad de Londres, pero sí el más grave del que se conservara memoria. En 1880, el humo del carbón de las calefacciones y de la industria se combinaron para formar una densísima plaga tóxica de dióxido de azufre y partículas de combustión que había hecho aumentar los índices de mortalidad de la población por encima de las peores previsiones. En la actualidad, once años más tarde, a pesar de que el calendario ya había decretado el final del invierno, un rebrote impredecible de frío y de actividad fabril intensificó la diligencia de las chimeneas hasta asentar una masa plomiza sobre las calles, que, según las autoridades, había provocado ya la muerte de casi mil quinientas personas.

Se aseguró una vez más de que no había transeúntes y, de cuclillas contra el rincón interior del portal, encendió un trozo de vela y lo asentó en un saliente; prácticamente lo ocultaba con su cuerpo, si pasaba alguien no vería más que a un desperdicio humano ocupado en sus menesteres de mendigo.

Moriarty había sido su epifanía inversa.

Desde que había descubierto que un buen número de los delitos que se cometían en la ciudad estaban articulados, ensamblados, coordinados y promovidos por un solo discernimiento, que muchos de los delincuentes, que antes actuaban de forma errática, pertenecían a una formación disciplinadamente orientada hacia unos fines mucho más ambiciosos que los de conseguir unos chelines para pasar el día, comprendió el peligro que corría la sociedad entera de

que aquel hombre subvirtiera el orden establecido.

Para detenerlo, había abandonado el resto de sus casos, sus escasas relaciones, algunos de sus principios y, al final, su vida entera.

Cuando se estabiliza la llama, extrae del bolsillo el estuche de tafilete donde guarda la jeringuilla, coloca la aguja y la introduce en el tapón de goma del frasco de morfina hasta cargar su contenido. No necesita pincharse para sentir la primera oleada de la paz de Dios, como la llamaba un aciano médico italiano al que conoció hace años, recorriéndole las venas, los músculos, las vísceras; atenuando el pasado, difuminando el presente, dilatando el futuro.

Usualmente no recurre a esas sustancias más que durante la ausencia de una investigación que dé peso y sombra al vacío de su existencia; en estos días sí tiene un caso, el más crucial de su carrera, pero no ha encontrado más alternativa que volver a la jeringuilla para compensar el papel pasivo que ha debido adoptar en él.

Unos pasos le avisan de una masa en movimiento, invisible por la niebla, que se acerca por el norte. La aguja está a punto de alcanzar la vena, no merece la pena guardar la hipodérmica, seguramente será gente de paso que no le prestará ninguna atención, pero apaga la vela e introduce la mano libre en el bolsillo hasta tocar el revólver.

La oleada de la paz de Dios.

Lleva meses acumulando pruebas contra su enemigo, arremetiendo estratégicamente contra él para limitar las fuentes de alimentación y desarrollo de su organización, conduciéndolo hacia la celada que se cerrará en muy poco tiempo; si todo discurre como ha previsto, dentro de cuatro días toda la policía del país caerá sobre él.

En compensación, ha tenido que asumir el mayor riesgo al que se haya enfrentado nunca. Tiene la impresión, no del todo infundada, de que todo el bajo fondo de Londres pretende acabar con su vida. No puede volver a ninguno de los lugares donde lo conocen, ninguno de sus refugios habituales, no puede confiar en nadie ni debe poner en peligro a los suyos. Solo le queda rondar por las calles disfrazado, desaparecer unas horas para descansar en algún agujero, seguir caminando, no parar nunca.

Ya están aquí, traen antorchas que se han fabricado ellos mismos con material tomado del basurero, son chicos de no más de quince años, una banda de golfillos que aprovecha la niebla para salir fuera de su área habitual.

Están a punto de pasar de largo, pero a pesar de que se acerca todo lo posible al muro, dos de ellos lo descubren, lo señalan, se piden silencio entre sí por si él no se ha apercibido.

Ha debido de ser el reflejo de la llama de la antorcha en el cristal de la

jeringuilla lo que les ha llamado la atención.

Holmes acaricia con suavidad el extremo del émbolo, tan cerca de empujar aquel líquido dentro de su sangre. La oleada de la paz de Dios. Es el último frasco del que dispone. Pretende pasar la noche en un albergue parroquial a rebotar de desgraciados sin hogar, por eso ha parado en medio de la calle para inyectarse aquella sustancia, que es otro de los precios que está pagando por haberle declarado la guerra a Moriarty; antes solo la usaba entre investigación e investigación, para dar sentido a su vida, ahora la necesita para no desmoronarse.

Al fin, el crío de la antorcha toma una decisión. Con una risa, se acerca hacia él. A la carrera. Toma impulso. Su compañero le grita algo también riéndose. Holmes intenta darle la espalda sin dejar de mirarlo. El chico salta. Introduce la bota entre la pared y el hombre agazapado, acaba con la paz de Dios, destroza la jeringuilla al primer intento.

Después se separa velozmente de él, temiendo alguna represalia, y se une a su amigo que se aleja ya a la carrera. Al momento solo queda su risa y después el vacío que esta crea.

Holmes cierra los puños temblorosos sin reparar en las lágrimas que le enturbian la mirada.

Por un momento no sabe dónde está.

El efecto ensordecedor de la niebla.

II. Desencadenamiento

24 de abril de 1891

Bienvenidas las noches de sueños desgarrados,
y los días de monstruosas matanzas.

CHARLOTTE BRONTË
Pasión

—¿Cómo me has llamado?

Sacudido por la voz de la mujer gritando a su espalda, el ciego oscila en el peldaño más alto de una escalera empinada pero vencida, a medio paso de caer y reventarse la cabeza.

Cox ha escuchado la voz de la mujer a tiempo de quedarse en la oscuridad de la puerta de su buhardilla. No quiere cruzarse con ellos. Conoce el temple de sus vecinos, la pareja que sale a mendigar durante el día, desde que él perdió la vista en un accidente en la fábrica de vidrio donde trabajaba, y por la noche a beberse lo ganado en las tabernas de los alrededores; no quiere entrometerse en una de sus riñas.

—Que cómo me has llamado —repite achulada y caliente.

—Nada.

—Me tienes hasta aquí.

No dice hasta dónde, ni esa molestia se toma.

Lo que sí hace para subrayar sus palabras es lanzar una patada al bastón mal pintado de blanco del hombre, que rebota por los escalones hasta detenerse mucho más abajo.

Su compañero extiende las manos temblorosas, se tambalea al borde del vacío que para él será indescriptiblemente más recóndito que un tramo de escalones.

Al contrario de otros ciegos que Cox conoce, es un hombre torpe y asustado, incapaz de dar un paso por sí mismo, dependiente siempre de la mujer que lo lleva y lo trae. Una noche lo vio llorando en un callejón mientras ella se la

mamaba a un policía de uniforme unos metros más allá.

Escondido junto al quicio de la entrada, acariciando el collar de oro que consiguió anoche en el cementerio, el *revientacadáveres* comienza a impacientarse. Tiene ganas de salir a la calle, debe visitar a los peristas antes de que cierren la librería donde llevan a cabo sus operaciones, necesita un baño de ginebra y no quiere oír ni una palabra más de aquella gente.

—¿Tú sabes...?

La voz de la mujer, un par de escalones por encima del ciego, resulta amenazadora, casi espectral. En su momento fue una chica con un bonito pelo rubio y rasgos bien cortados que parecen congestionarse día a día, como engorda y se le enronquece la voz en su proceso de embrutecimiento voluntario.

—¿Tú sabes que si yo quiero te mato ahora mismo y no me pasa nada? Te empujo y se acabó lo que se daba.

—... —el hombre se queda completamente inmóvil.

—¿Eh? ¿Lo sabes o no lo sabes?

Los crujidos de los escalones.

La mujer se sobresalta al oír los pasos de Cox, al que no ha visto salir de las sombras y que se dirige directamente hacia ellos.

Cuando el matrimonio se mudó a este piso de Middlesex Street, ella lo estuvo tanteando provocativamente cada vez que se cruzaban, hasta que Cox le dejó claro que, fuera lo que fuese lo que esperaba venderle, él no iba a comprar nada.

Debe encogerse para esquivar a la pareja.

Está a punto de lanzarle alguna clase de advertencia a la mujer, hacerle ver que como siga tratándolo así le ajustará las cuentas, recoger el bastón y devolvérselo a su dueño, pero no es asunto suyo. Los tiempos son malos para todos.

Retira la mirada y sigue bajando.

Y bajando. Pronto deja de escucharlos.

Quizás el collar de oro sea el principio de una buena racha y pueda abandonar de una vez esta asquerosa ratonera en lo más sucio del East End.

Cuando sale a Middlesex Street, Londres ya se está deshaciendo ante los ojos de los vecinos, que procuran darse prisa en volver a casa para que la niebla no los borre junto al resto de la ciudad. Es una zona pobre pero animada, de mucho mercado, perfecta para pasar inadvertido. Antes se la conocía como camino de las enaguas, ya que los hugonotes vendían allí esa clase de prendas, pero le cambiaron el nombre porque la alusión a la ropa interior les parecía poco apropiada a las autoridades en esta época de morales encubiertas.

Una chica con traje de lana color burdeos y ojos asustados sostiene su bicicleta y la de su acompañante en la puerta de un estanco. Cox se entretiene

pensando que es una sufragista (la mayoría grandes defensoras de esa clase de vehículos, a los que atribuyen un papel tan importante en la toma de control de sus vidas que han llegado a denominarlos máquinas libertadoras) que se ha confundido de barrio junto a una compañera de movimiento hasta terminar deteniéndose con la esperanza de que el dueño de la tienda les indique el camino para salir de aquella zona pobre y peligrosa. Deberá darse prisa, la niebla ya ha hecho desaparecer las ruedas de las bicicletas.

Tanta atención ha dedicado a la chica que casi pasa de largo ante uno de los noticiarios callejeros que en los últimos meses llenan la ciudad.

Lo que se conoce como *El Diario de las Paredes*.

Distribuido en cuatro recuadros y escrito en tinta negra, a mano, pero con unos trazos tan regulares que resultan difíciles de distinguir de los auténticos caracteres tipográficos.

Cada día se hace más notorio aquel grupo de periodistas anónimos que se dedica a redactar en los muros de cualquier punto de la capital las noticias que merecen poca relevancia e incluso están ausentes de la prensa convencional por cuestionar o contravenir el espíritu de las ordenanzas gubernamentales.

No debería detenerse, le queda un buen trecho hasta Charing Cross y necesita alcanzar a los peristas antes de que se marchen, pero aquellas noticias siempre ejercen una gran atracción sobre él.

La ciclista también sigue allí; desaparecida, eso sí, de cintura para abajo.

El primer recuadro está dedicado a una revuelta en Broxfford, donde la población se unió a los obreros para apedrear al alcalde que se había distinguido por su apoyo a la asociación de patronos, describiendo con abundancia de detalles la represión singularmente brutal del tumulto por parte de la policía.

La chica de las bicicletas sigue al otro lado de la acera, suprimida hasta los hombros por la niebla que se apodera velozmente de las calles.

A esta le dedica el siguiente recuadro *El Diario de las Paredes*, denunciando la falta de medidas adoptadas por el Ayuntamiento y comparando el número de víctimas que produjo la otra oleada de niebla asesina acaecida en 1880.

1880. La fecha le trae tantos recuerdos. Fue el año en el que Cox se vio obligado a abandonar sus clases en la universidad, su casa, su familia y todo lo que había sido su vida hasta entonces para convertirse en un proscrito.

No quiere seguir leyendo el texto de la tapia.

La ciclista ya no está o al menos es imposible distinguirla.

Debe seguir su camino.

El recién llegado carraspea por tercera vez intentando atraer la atención del

profesor Moriarty quien, absorto en aquella maqueta que jamás le ha explicado qué representa, ni siquiera ha levantado la vista en señal de bienvenida.

—Sargento, como hasta usted podrá comprender, hace rato que he advertido su voluminosa presencia —el catedrático sigue sin perder detalle de las minúsculas calles y viviendas construidas en cartón piedra.

—Perdón.

—No, perdón, no. Dígame qué le trae por aquí —no le mira—. Ya sabe que no me gusta que aparezca por el lazareto.

—Creo que es importante, señor —marcial, elige con gran cuidado cada palabra, lo que retrasa el sentido completo de cada frase—. La comisaría del distrito 9 ha recibido una denuncia contra el señor Daniel Frederiksen por la desaparición de una señorita.

—¿Está seguro de que es el mismo Daniel Frederiksen?

—Sí, señor. Lo he comprobado.

—Siga.

—El reporte nos ha llegado a la división metropolitana esta misma tarde —McEisner, un escocés alto y recio de unos cincuenta años cuya enorme barriga no hace pensar en que practique costumbres sedentarias, sino en una desmedida afición por la cerveza que se confirma en las rojeces de sus mejillas, se desabrocha un par de botones del abrigo a cuadros bajo el que oculta su uniforme—. Al parecer, es una jovencita de doce años a la que el señor Frederiksen había realizado un retrato con una máquina fotográfica.

—¿Qué ha hecho el distrito? —sigue sin mirarle.

—Ha enviado a un agente al domicilio que figura en su ficha, pero no lo han encontrado. La casa está completamente vacía y con aspecto de no haber sido ocupada desde hace algún tiempo, aunque según el casero no ha habido retrasos en el alquiler.

Moriarty no reacciona, pero su mirada no se aparta de un punto concreto de la construcción. Hace muchos años, algunas vidas y mucha muerte que Moriarty conoce a Frederiksen, los dos son, en buena medida, responsables de lo que el otro ha llegado a ser en la actualidad, a pesar de que nunca llegaron a intimar ni a comprenderse; además, el fotógrafo ha desarrollado un papel sustancial en el secuestro de la nieta de la reina. No puede permitir que semejante pieza de su maquinaria permanezca incontrolada.

—Al enterarme esta tarde —se ufana McEisner—, he conseguido que se me asigne el caso y he pensado que debía informarle inmediatamente. Ahora me disponía a repetir la visita a su domicilio.

—No, no hará tal cosa.

—Pensé que debería verificar su desaparición e interrogar al fotógrafo con el

que comparte estudio.

—Ya pensará usted otro día, no le faltarán ocasiones de intentarlo —no, no le mira—. Ahora me acompañará. Se me ocurren un par de sitios donde encontrarlo.

—Señor, ¿va a buscarlo usted mismo? —no se sorprendería más si le hubieran comunicado que lord Nelson se había levantado de la tumba para emprender la búsqueda.

—Sí, yo mismo.

Hace años que Cox no visita más librería que Ender y eso porque es allí donde dos de sus empleados se ganan un sobresueldo tasando y comprando los tesoros que algunos *revientacadáveres* obtienen de saquear por las noches los cementerios de Londres.

La librería ocupa un edificio de tres plantas en pleno centro de Charing Cross en el que, según se dice, es posible recorrer cincuenta kilómetros de estanterías repletas de libros caóticamente ordenados, desde que la sobrina de su fundador tomó la dirección de la empresa. Paul y Morris, los dos empleados que atendían la segunda planta dedicada a libros de ensayo, habían encontrado la pantalla perfecta para sus negocios.

Paul estaba ocupado respondiendo desganadamente a las preguntas de un cliente, pero Morris, del doble de su tamaño pero mucho más amable en los modales a pesar de la tosquedad de su aspecto, descubrió a Cox en cuanto este subió la escalera y le hizo una señal para que lo siguiera a la sección de medicina, unos anaqueles tan sombríos y polvorientos como todo lo demás.

—¿Traes algo?

Cox, que espera la confidencialidad de los muebles para contestar, es un tipo de unos cuarenta, con el pelo largo, una punta de flecha canosa en la barba a la altura de la perilla y, aunque eso no afecta su apostura, las cejas arqueadas en una expresión de enfado constante.

—Sí, y de lo bueno; pero ni yo sé muy bien qué es —extrae la joya de un bolsillo interior y se la entrega—. Un collar o una gargantilla, o algo parecido. Curiosamente, era un hombre el que la llevaba puesta. Aunque tuve que forzarlo para abrirlo, el cierre no llegó a romperse, puedes comprobarlo.

Morris la valora durante unos segundos y se marcha después de encogerse de hombros.

Los pocos chelines que Cox puede distraer para comprar libros los emplea en los puestos callejeros de ejemplares de segunda mano en Middlesex Street, donde, si bien la oferta es muy limitada, ha aprendido a tomarse como un juego

la clase de títulos que el destino, en un ejercicio que está seguro de que no tiene nada que ver con el azar, pone en sus manos.

Por pasar el tiempo, toma de una de las baldas *La anatomía de Henry Gray* y al momento se sorprende buscando ilustraciones de los órganos reproductores femeninos. Tiene urgencia de mujer. Ahora ya sabe a qué destinará una parte de las ganancias del día.

Paul, el otro perista, sigue soportando a su cliente, pero se ha movido de manera que puede verle y no deja de dirigirle miradas desconfiadas, ansioso por supervisar personalmente el peritaje de su compañero.

El *revientacadáveres* cierra de un golpe el manual anatómico y se detiene antes de volver a colocarlo de donde lo tomó: desde que la sobrina del viejo Ender se puso al mando de la enorme librería, se negó a ordenar los volúmenes según otro criterio que la editorial que los hubiera publicado, así que, a pesar de sus inagotables fondos, era muy probable que el cliente se marchara sin encontrar en aquella selva de papel impreso el libro que buscaba.

Ya está Morris de vuelta.

—Veinte libras.

—Es oro macizo.

—Veinte libras.

No hace ni tres horas que se ha levantado y ya se le está haciendo insoportable el peso del día, la tarde debe estar empezando a oscurecer fuera del establecimiento, necesita cuatro o cinco ginebras solo para que todo encaje en su sitio y el precio no sea del todo injusto.

—Hay días en los que me has robado todavía más —acepta—. Vengan las veinte.

Estólido, el perista se guarda la alhaja en el guardapolvo gris y saca del otro bolsillo un fajo muy manoseado de billetes de los que empieza a apartar unos cuantos.

—Espera. Enséñamela.

Es Paul, que ha logrado desembarazarse del cliente y se ha acercado presuroso, triunfante por poder asistir al final de la transacción.

Coge el collar y no necesita examinarlo.

Baja la mirada intentando contenerse y apoya la mano en el borde de la mesa hasta que el puño le blanquea.

Es delgado y guapetón, el pelo rubio demasiado largo y el sobretodo como si se lo hubiera cortado el mejor sastre de Savile Row.

—Eres estúpido —en voz casi imperceptible—. Estúpido.

—Lo he estado pesando y vale mucho más —su compañero, muy apurado.

—Muy estúpido.

Le tiende la gargantilla a Cox, que no mueve un dedo para recuperarla.

—¿A qué viene esto? —Amenazador, introduce la mano bajo el impermeable y recuerda que la noche anterior dejó el cuchillo de monte clavado en la pierna de alguien.

—Viene —Paul, sin arredrarse— a que esta mañana ha circulado por toda la gente del negocio el aviso de que están buscando una baratija que responde justo a esta descripción. Que la están buscando por cielo y tierra.

—¿Quién la busca?

—Eso no lo sé, pero sí sé que van a por todas —vuelve a acercársela y esta vez Cox sí que la acepta—. Ya me la estoy jugando con no denunciarte.

—Muy noble de tu parte —y el agradecimiento cierra la promesa de lo que le pasará si lo delata.

Un collar de ida y vuelta.

Rystone Erasmo Cox les da la espalda y se dirige a las escaleras.

—Ya lo puedes ir echando al estofado —Paul, a una prudente distancia—, porque nadie te lo va a comprar.

DEL DIARIO DEL DOCTOR

JOHN H. WATSON:

Con estas notas que ahora analizo desde la perspectiva de los años, debo reconocer que de un modo incoherente y, viéndolo ahora en profundidad, totalmente inadecuado. Me había propuesto dar cuenta de las extrañas experiencias que tuve en compañía de mi amigo Sherlock Holmes: desde el primer encuentro casual que nos uniría en la época de *Estudio en escarlata* hasta los tiempos de su intervención en el asunto del «Tratado naval», una intervención que tuvo el incuestionable efecto de evitar un serio altercado internacional.

Tenía la intención de haberme detenido aquí y de callarme todo lo relativo a aquella última peripecia que compartimos, pero me veo forzado, no obstante, a continuar, debido a las recientes cartas en las que el coronel Moriarty defiende la memoria de su hermano; no me queda más remedio que exponer los hechos frente al público exactamente como ocurrieron. De mí depende que, por primera vez, se cuente lo que de verdad tuvo lugar entre el profesor Moriarty y el señor Sherlock Holmes.

Debe recordarse que, tras mi matrimonio y mi posterior inicio en la práctica privada de la medicina, la relación verdaderamente íntima que había existido entre Holmes y yo quedó hasta cierto punto alterada. Me

sorprendió, por tanto, verle entrar en mi consultorio la noche del 24 de abril. Me chocó su aspecto, porque parecía más delgado y más pálido de lo normal.

—Sí, me he estado cuidando muy poco últimamente —observó en respuesta a mi mirada más que a mis palabras—. Estos últimos días han sido muy agitados. ¿Le importaría que cerrara las contraventanas?

La lámpara sobre la mesa junto a la que había estado leyendo era la única luz que había en la habitación. Holmes, caminando pegado a la pared, llegó junto a ellas y las cerró de golpe, echando después el pestillo.

—¿Tiene miedo de algo? —pregunté yo.

—Pues sí, lo tengo.

—¿De qué?

—De las armas de aire comprimido.

—Mi querido Holmes, ¿qué quiere decir con esto?

—Creo que me conoce lo suficiente, Watson, para saber que no soy en absoluto un hombre nervioso. Aunque es una estupidez más que una valentía negarse a reconocer que uno corre peligro. ¿Podría darme una cerilla?

Sacó su cigarrera como si agradeciera el efecto relajante que produce el tabaco.

—Debo excusarme por aparecer a semejante hora —dijo—, y además tengo que pedirle que por una vez sea tan poco convencional como para permitirme que salga de su casa saltando por el muro posterior de su jardín.

—¿Pero qué significa todo esto? —pregunté.

Alargó la mano y a la luz de la lámpara vi que tenía dos nudillos quemados y que le sangraban.

—Ya ve que no se trata de una nadería —dijo sonriendo—. Por el contrario, es algo lo suficientemente importante como para que un hombre se deje en ello sus manos. ¿Está la señora Watson en casa?

—Está de visita fuera de la ciudad.

—¡Estupendo! ¿Está usted solo, pues?

—Más o menos.

—Esto me facilita proponerle que se venga conmigo una semana al continente.

—¿Adónde?

—¡Oh!, a cualquier lado. Me es igual.

Había algo extraño en todo esto. No era normal en Holmes tomarse unas vacaciones sin más, y había algo en la palidez y en el cansancio de su rostro que me decía que debía de estar sufriendo una fuerte tensión nerviosa. Vio

la pregunta en mi mirada y, juntando las manos y apoyando los codos en las rodillas, me explicó la situación.

—Es posible que nunca haya oído hablar del profesor Moriarty —dijo.

—Nunca.

—Sí, ahí está lo maravilloso del asunto —exclamó—. La maldad de ese hombre impregna todo Londres y nadie ha oído hablar de él. Esto es lo que le coloca en la cumbre del crimen. Le digo, Watson, hablando con toda seriedad, que si pudiera derrotar a ese hombre, si pudiera librar a la sociedad de él, me parecería haber alcanzado la cima de mi carrera y podría disponerme a llevar una vida más plácida. Entre nosotros, los recientes casos en los que he prestado mis servicios a la familia real de Escandinavia y a la República Francesa me han dejado en situación de poder llevar una vida apacible, lo que me sería muy grato, y de poder concentrarme en mis investigaciones químicas. Pero no podría descansar, Watson, no podría sentarme tranquilamente en un sillón sabiendo que un hombre como el profesor Moriarty se está paseando libremente por las calles de Londres.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Hizo una carrera extraordinaria. Es un hombre de buena familia y recibió una esmerada educación; tiene, además, por naturaleza, unas excepcionales dotes para las matemáticas. A la edad de veintiún años escribió un tratado sobre el Teorema del Binomio, que estuvo muy en boga en Europa. Fundándose en esto, ganó una cátedra de matemáticas en una de esas pequeñas universidades nuestras y todo parecía indicar que tenía ante sí una brillantísima carrera. Pero ese hombre tenía una tendencia hereditaria a lo más diabólico. Llevaba en la sangre un instinto criminal que, en lugar de atenuarse, se acentuó, haciéndose infinitamente más peligroso, debido a sus extraordinarias facultades mentales. En la universidad empezaron a correr rumores sobre él, que terminaron por obligarle a renunciar a la cátedra y volver a Londres, en donde se estableció como tutor en el ejército. Esto es lo que sabe la gente, pero lo que voy a contarle es lo que yo he descubierto.

»Como bien sabe usted, Watson, no hay nadie en Londres que conozca tan bien como yo el mundo del crimen. Durante años no he dejado de ser consciente de que tras el malhechor existe un poder oculto, un cierto poder organizado, que actúa en la sombra sin salirse de la ley y que siempre ampara al delincuente. Una y otra vez, en diferentes casos en los que no fui directamente consultado (falsificaciones, robos, asesinatos), he sentido la presencia de esta fuerza y he colegido que había actuado en muchos de esos crímenes sin descubrir. Durante todos estos años he puesto todo mi empeño

en atravesar el velo que envuelve ese poder y por último encontré un cabo suelto que seguir, un cabo que me llevó, tras un sinfín de astutas vueltas y revueltas, hasta el ex profesor Moriarty, la celebridad matemática.

»Es el Napoleón del crimen. Es la mente organizativa de la mitad de los hechos depravados de los que se tiene conocimiento y de casi todos los que pasan inadvertidos en esta gran ciudad. Es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Tiene un cerebro de primer orden. Permanece sentado, inmóvil, como una araña en el centro de su red; pero esta red tiene miles de hilos y él conoce muy bien el modo de vibrar de cada uno. Él permanece inactivo. Solo planea. Pero sus agentes son numerosos y están espléndidamente organizados. Que hay un crimen que cometer, pongamos por caso un documento que hacer desaparecer, una casa que desvalijar, un hombre que quitar de en medio; se le hace llegar al profesor y el asunto se organiza y se lleva a cabo. Puede que atrapen al agente. En ese caso se encuentra el dinero necesario para su fianza o defensa. Pero nunca se alcanza el poder central que se sirve de él; nunca pasa más allá de la sospecha. Esta era la organización cuya existencia yo deduje, Watson, y a hacerla pública y acabar con ella dediqué toda mi energía.

»Pero el profesor estaba rodeado de medidas de seguridad tan bien concebidas, que, hiciera lo que hiciera, parecía imposible conseguir una evidencia que pudiera declararle culpable en presencia de un tribunal. Usted conoce mis facultades, mi querido Watson, y, sin embargo, al cabo de tres meses tuve que confesarme a mí mismo que por fin había dado con un antagonista que era intelectualmente igual a mí. Mi horror por sus crímenes se perdió en medio de mi admiración por su habilidad. Pero finalmente cometió un error, solo un pequeño, un mínimo error, que era más de lo que podía permitirse, estando yo tan cerca de él. No deseché la oportunidad y, partiendo de ese punto, he tejido mi red en torno a él, hasta tenerlo todo dispuesto en este momento para cerrarla. Dentro de tres días, el asunto estará maduro, y el profesor, con todos los miembros principales de su banda, estará en manos de la policía. Después vendrá el mayor juicio del siglo, la aclaración de más de cuarenta misterios y la horca para todos ellos. Pero si actuamos prematuramente, ¿comprende usted?, podrían escaparse de nuestras manos incluso en el último momento.

»Ahora bien, si pudiera haber hecho esto sin el conocimiento del profesor Moriarty, todo hubiera ido bien. Pero él era demasiado astuto para eso. Siguió todos los pasos que yo di para extender mis redes en torno suyo. Una y otra vez luchó para escaparse de ellas, pero una y otra vez le gané la partida. Le diré, amigo mío, que si se escribiera un informe detallado de

esta silenciosa contienda, ocuparía su lugar como el trozo escrito sobre la caza y captura más brillante de la historia detectivesca. Nunca llegué tan alto, nunca un oponente me había seguido tan de cerca. Él hilaba fino, pero yo aún más. Esta mañana di el último paso y solo necesitaba tres días para dar por concluido el asunto, pero los acontecimientos se han precipitado: el profesor me hizo llegar mi sentencia de muerte. Por supuesto, usted se dirá: ¿Por qué no tomar precauciones policiales contra él? La razón es que yo estoy totalmente convencido de que el golpe no lo dará él sino sus agentes. Tengo todas las pruebas de que será así.

—¿Le han atacado ya alguna vez?

—Mi querido Watson, el profesor Moriarty no es un hombre que deje crecer la hierba bajo sus pies. Salí a eso del mediodía por unos asuntos que tenía que arreglar en Oxford Street. Al pasar la esquina que va desde Bentinck Street hasta el cruce de Welbeck Street, apenas tuve tiempo de ver un furgón de dos caballos que venía zumbando hacia mí, cuando se me echó encima a la velocidad del rayo. Salté a la acera y me salvé por una fracción de segundo. El furgón giró rápidamente en Marylebone Lane y desapareció en un instante. Tras esto no volví a salirme de la acera, Watson, pero, cuando bajaba por Vere Street un ladrillo vino a caer desde el tejado de una de las casas y se hizo añicos a mis pies. Llamé a la policía e hice que examinaran el lugar. Había tejas y ladrillos acumulados en el tejado preparados para hacer una reparación que habrían convencido a cualquiera de que el viento había hecho caer uno de ellos. Por supuesto yo sabía algo más, pero no tenía ninguna prueba. No se preguntará ahora, Watson, por qué lo primero que hice al entrar en su casa fue cerrar las contraventanas y por qué me he visto obligado a pedirle permiso para salir de ella utilizando una salida menos llamativa que la puerta principal.

A menudo había sentido admiración por el valor de mi amigo, pero nunca más que ahora, al verle examinar la serie de incidentes cuya combinación debía de haber constituido un día de horror para él.

—¿Pasaré aquí la noche? —dije.

—No, amigo mío; sería un huésped peligroso para usted. Ya he hecho mis planes y todo irá bien. Las cosas han llegado tan lejos, que pueden seguir avanzando sin mi ayuda siempre y cuando se lleve a cabo el arresto; mi presencia será, empero, necesaria a la hora de dictar sentencia. Es obvio, por tanto, que lo mejor que puedo hacer ahora es alejarme durante los pocos días que quedan, antes de que la policía esté en libertad de actuar. Sería para mí un gran placer, pues, si pudiera usted acompañarme al continente.

—Mi clientela me está dando poco trabajo estos días —dije—. Y además

tengo un colega en el vecindario que me sustituiría de buen grado. Me encantaría ir.

—Entonces estas son sus instrucciones y le ruego, mi querido Watson, que las cumpla al pie de la letra, porque desde este momento es usted mi pareja en una partida de dobles en la que nos enfrentamos contra el más inteligente de los granujas y el sindicato del crimen más poderoso de Europa...

Hasta aquí ha llegado.

Perdido en sus pensamientos, Cox está a punto de levantar el brazo para pedir otro vaso de ginebra, pero descubre que el que tiene en la mesa conserva la mitad de su contenido. Eso puede arreglarse. El sabor compuesto de muchos sabores le desfigura el gesto, parece vaciarle de cada víscera más rápidamente que el instrumental de un embalsamador.

Hace once años apenas bebía, una cerveza con alguno de los profesores del claustro, un jerez cuando el decano lo llamaba a su despacho para tratar de algo importante.

—Vamos a cerrar —le dice el dueño de la taberna plantándose delante de él.

Mira alrededor y comprueba que se ha quedado solo en el local. Va a levantarse de la mesa, pero cambia de opinión.

—Una ginebra más mientras recoge y me marchó.

—Es muy tarde —niega con la cabeza.

—Una.

—Ningún súbdito de su majestad temeroso de Dios está fuera de su casa a esta hora.

—Cierto. Pero en algún antro piojoso deberemos pasar el tiempo los que ni nos consideramos lo uno ni somos lo otro.

Inconmovible.

En ese momento, Cox concluye que necesita un trago más. Sea como sea. Lo necesita para no llevarse a la buhardilla aquellos restos de lucidez que le deslumbran desde el interior de su cabeza. Busca en el bolsillo pero se le ha acabado el dinero.

—Cinco minutos. Un vaso ahora y una botella para llevarme a mi casa. Le pagaré con esto. —Le entrega la gargantilla que consiguió en la fosa.

Después de sopesar la joya, el tabernero se la guarda en el bolsillo del mandil; toma el vaso vacío, vuelve al mostrador para llenarlo y lo trae de nuevo sin una palabra.

El *revientacadáveres* piensa en que lo ha perdido sin examinar con calma los caracteres desconocidos del collar ni dedicar el tiempo suficiente a pensar en el

significado que aquel objeto tendría en el cuello del chico.

Otra mala noche. La había pasado gastándose en licor los pocos chelines que le quedaban para no terminar de darse cuenta de que lo que de verdad deseaba era una mujer, no una sombra sin rostro en un callejón con los muslos ateridos. Una mujer. Y por la mañana, una muda de ropa limpia con la que cambiarse después de un baño. Unas habitaciones en un barrio decente. Pasarse el resto de la semana yendo y viniendo de un trabajo en el que no tuviera que arriesgar mucho más que el pellejo, y el domingo, quizás, una excursión en tren, una visita al Palacio de Cristal, a un acto benéfico de la cofradía de Cow Cross, una sidra en el Ye Olde Cheshire Cheese, observar las vacas en el *mall* rodeadas por niños y niñas...

Once años antes, le habían acusado de forzar a una muchacha en la universidad donde impartía sus clases; el despido infamante, el desprecio de cuantos conocía y la huida, así como la pérdida de todo lo que había sido su vida hasta aquel momento, fueron una especie de epílogo al acto en sí, una continuación natural de aquella locura por los que pasó sin apenas ser consciente de ello.

Cuando se dio cuenta, estaba encallecido y sordo a cuanto lo rodeaba, llevaba dos años viajando con diversas partidas de *navvies*, grupos que conservaban ese nombre de los trabajadores que en el pasado se dedicaban a excavar canales y ahora trabajaban en el tendido de vías férreas; cuando finalizaban una línea, levantaban el campamento y se marchaban a la siguiente: bandadas de quinientos a mil individuos que se movían a pie por la campiña, seguidos de sus propios taberneros, vendedores de baratijas, lavanderas, putas y vividores de todo tipo, que con el dinero fresco de sus últimos salarios y la fuerza de su número revolucionaban la vida de las aldeas que se encontraban a su paso. Se desvaneció entre ellos. Se convirtió en un peregrino más por las carreteras bajo la lluvia, una sombra martilleando las traviesas del ferrocarril, nadie.

Después le ofrecieron la oportunidad de marcharse como mercenario a Francia, donde pensó que acabaría sus días.

Pero como el tiempo pasaba y seguía vivo, llegó a pensar que habían pasado los años suficientes desde la acusación para volver a su país y que el inmenso Londres sería el sitio perfecto para instalarse, aquí no lo conocería nadie y no le faltarían oportunidades de encontrar un medio de ganarse la vida. Pero lo único que consiguió fue enrolarse en el inmenso ejército de desheredados que luchaban por sobrevivir en la capital. En los últimos seis años, había desempeñado toda clase de trabajos; el de *revientacadáveres* no era el peor.

Por lo menos se había mantenido lejos de...

—Cinco minutos —le recuerda el tabernero, de pie junto a la mesa otra vez,

indicándole con su presencia que el plazo se ha cumplido.

Está a punto de comenzar a porfiar de nuevo, pero lo descarta y se incorpora también. Repara en que no ha apurado la última ginebra. Los recuerdos, ahora, son tan vivos que necesitaría mucho más que aquel vaso, que todo el alcohol que pudiera beber, para conjurarlos.

—Tome —el dueño de la taberna le devuelve el collar del muerto.

Cox asiente, lo guarda y se pone en marcha sin mencionar la botella.

Un collar de ida y vuelta.

En 1869, el profesor Moriarty, dentro de un viaje formativo por el continente, encontró en la ciudad de Sevilla, España, una zona llamada Siete Revueltas donde confluían siete lóbregas callejuelas que recordaba siempre al pasar por la zona donde su faetón acababa de dejarles al sargento McEisner y a él hacía unos segundos.

Seven Dials, que también era la encrucijada de siete de las más míseras y peligrosas calles de Covent Garden, distribuidas desde una columna con seis relojes —según la leyenda, el séptimo está constituido por la sombra que desprende el propio monolito—, fue el lugar elegido por el Ayuntamiento para emplazar el más moderno aposento para desamparados de toda Europa, dotado de comodidades que ni en algunos de los mejores hoteles estaban al alcance de los clientes. Por la fuente energética que la abastecía, se dio en llamar la Casa de Vapor.

Cuando Moriarty y su acompañante lograron orientarse para atravesar en la dirección correcta la marea brumosa que lo había anegado todo y llegaron hasta la entrada del albergue, lo primero que les llamó la atención fue la enorme puerta fuera de sus goznes, apoyada sobre la pared. No había portero, nadie para recibirles, el portal estaba apenas iluminado por un cirio, seguramente robado de una iglesia, que no llegaría hasta el amanecer.

Costaba creer que aquella madriguera era la misma Casa de Vapor que había visitado ocho años antes, también en busca de Daniel Frederiksen. En aquella ocasión, un conserje uniformado le hizo un completo interrogatorio sobre sus intenciones, le obligó a firmar en un registro y no le dejó entrar hasta ponerlo en manos de un ujier, quien, impresionado por su condición de profesor, le acompañó en un recorrido casi turístico por el establecimiento mientras Moriarty aprovechaba para buscar a Frederiksen. Gracias al mozo pudo comprobar que la blanca ropa de cama, los menús de tres platos y la enfermería perfectamente acondicionada con las que se atendía a los indigentes no eran sino las menos sorprendentes de las comodidades con las que estaba dotado el edificio: además

de tubos en las paredes que trasladaban la voz entre los distintos controles de personal, la construcción poseía una gran caldera, que proporcionaba energía en forma de vapor a toda la casa, regulada por un mecanismo de relojería central y distribuida por un complejísimo sistema de tuberías gracias al que se podía disfrutar de agua caliente en un baño por cada planta, así como en la cocina y en la lavandería, e incluso alimentaba un enorme ascensor que permitía llegar a sus habitaciones a los más enfermos o ancianos.

—Será mejor que pase yo primero —ofrece el sargento mientras se apropia del cirio, sacando la barriga y un revólver que disimula entre los pliegues de su abrigo en cuanto se hace cargo de lo que podían encontrar allí.

—Parece que este sitio se ha dejado en manos del demonio.

Efectivamente, aquello era un lugar abandonado.

No vacío.

Dos viejas, para las que probablemente no había acomodo en las habitaciones, habían montado un camastro con cartones y paja en el ascensor, que por su puerta forzada y el suelo a medio metro del piso tenía aspecto de llevar mucho tiempo sin subir ni bajar; ahora, perturbadas por sus pasos, les miran con los ojos medio cegados por el miedo y el sueño.

Las dejan atrás, muy ocupados en cuidar donde pisan; el suelo, del que habían arrancado gran parte de las baldosas para venderlas o usarlas en otras construcciones, está cubierto de basura y desperdicios en el arco iluminado por la llama; más allá hay una zona oscura donde rebulle una clase de vida que los visitantes prefieren ignorar.

—En la otra ocasión que visité aquí al señor Frederiksen, ocupaba un cubículo al lado de la enfermería, en la tercera planta —informa Moriarty—. No me pregunte cómo consiguió aquel compartimiento privado, ocupando como ocupan todos dormitorios colectivos, porque no me molesté en averiguarlo. Lo mejor será empezar a buscar por ese lugar.

—No termino de explicarme qué podía hacer aquí, ni entonces ni ahora —el sargento, muy desconfiado, mueve la vela intentando abarcar la mayor superficie posible mientras empuña su arma con firmeza—. Solo lo he visto una vez, pero me pareció un caballero.

—Digamos que en ocasiones es víctima de ciertos arrebatos que le inducen a alejarse de todo y de todos —no explica más y ya ha ido más allá de adonde suele llegar con sus subalternos.

Por fin encuentran la escalera. Van a emprender la subida pero hay pasos a su espalda.

El policía rodea a Moriarty con el cirio y el revólver adelantados para comprobar quién les sigue.

Una de las dos viejas del ascensor —el cráneo a la vista por el escaso cabello, el cuello flaco y larguísimo, los ojos todavía empañados por las legañas, el pico afilado y curvo, una pequeña panza redondeada—, los mira amedrentada pero decidida a seguir detrás de ellos por si una cuchillada en la oscuridad los convierte en la carroña que necesita para sobrevivir.

Sin más tiempo que perder, el profesor se desentiende de ella y comienza a subir los peldaños sin esperar a McEisner, quien se apresura a adelantarle para protegerlo e iluminarle el camino.

En el primer rellano hay bultos humanos que no reaccionan por su llegada, y más arriba, en la embocadura de las galerías por las que se accede a las diversas plantas, otros muchos fardos que tampoco se mueven a su paso; aquella gente nada tiene y no teme ser asaltada por sus iguales que conocen perfectamente su situación.

Tan solo unos años antes, aquel edificio era el símbolo de la fuerza de un imperio que se vanagloriaba de estar dando un giro a su política interior para ocuparse de sus ciudadanos menos favorecidos, un carísimo propósito que solo duró el tiempo de realizar el reportaje periodístico con el que extender la campaña propagandística ante sus vecinos europeos.

—¿Qué sabe usted de la señorita a la que fotografiaba Frederiksen? —ni siquiera allí puede el académico tolerar la idea de perder el tiempo.

—Apenas nada, señor. Vive sola con su madre que, como le dije, es quien ha puesto la denuncia de su desaparición. Creí que lo mejor era informarle a usted sin perder el tiempo en nada más —justificándose.

—Escúcheme, encontremos o no a Daniel Frederiksen, quiero saber mañana mismo todo lo concerniente a esa mujer y su hija, incluyendo sus medios de vida en los últimos veinte años. Y, sobre todo, su dirección.

—Sí, señor. ¿Y si no está aquí?

—Todavía nos queda noche para hacer una visita al Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck.

—Ese lugar me da escalofríos,
Su superior no lo escucha.

Ya en el tercer piso, Moriarty se detiene un momento para orientarse y enseguida ordena a su acompañante que lo siga; les basta recorrer unos metros para echar un vistazo a una habitación comunal en la que se mezclan los mendigos dormidos con otros que los miran fijamente; es seguro que hay otras salas en el albergue donde sus ocupantes se entregan a otras actividades, porque los gritos, las risas, las amenazas y las blasfemias resuenan cada vez más cerca; si el profesor no recuerda mal la distribución de la Casa de Vapor, podrán llegar al departamento que buscan antes de irrumpir en la zona donde se escuchan las

voces.

Aunque ahora es otra clase de sonido en el que reparan.

Un arrastrar sigiloso y suave.

Al policía le basta con retrasarse un poco y levantar el cirio para exponer a la vieja del ascensor, que los sigue sin ninguna prisa, el pico más afilado que antes.

En vez de ahuyentarla, McEisner guarda el revólver, saca unos peniques del bolsillo y se los enseña.

—¿Los ves? —Levantándolos—. Son para ti si nos conduces a la enfermería.

La anciana no contesta; mira fijamente el dinero y, sin un solo gesto, realiza una torpe pirueta y desaparece en las sombras. Ella no comercia con extraños. Prefiere la carne muerta.

—Ya la tengo localizada, sargento —informa el profesor, molesto por la fallida iniciativa de su subordinado—, deje en paz a la población nativa.

Sus ojos han debido acostumbrarse a la oscuridad, porque no ha necesitado la luz de la llama para localizar una puerta algo más grande que las demás con el rótulo de Enfermería, que por supuesto fue una de las primeras dependencias en ser esquilmas por los mendigos; algo más debió suceder allí, porque una de las vigas descansa en el suelo y las paredes están renegridas como si hubieran padecido un incendio.

Pero no es esa la puerta que les interesa.

Inmediatamente después, se encuentra una hoja estrecha, en perfectas condiciones, que parece haber pasado inexplicablemente inadvertida en el exhaustivo saqueo de los indigentes. El picaporte no responde a los intentos del profesor, que le cede su sitio al escocés; varios manotazos, dos golpes con el hombro, una patada y un examen de la cerradura después, la puerta sigue en su sitio.

—Es muy sólida y está bien encajada en el marco —sudoroso—. No se me ocurre cómo abrirla sin pegarle un tiro.

—Pues hágalo.

—Pero vamos a atraer la atención de todo el mundo.

—Solo necesito estar un momento ahí dentro.

El disparo les priva del sentido del oído —de la defensa del oído— y les proporciona una pasajera inundación de luz que los deja deslumbrados e inermes durante unos segundos.

De inmediato, llegan los roces por ambos sentidos del corredor.

McEisner monta guardia fuera, con el arma bien a la vista mientras entra el profesor.

Es un cubil minúsculo de disposición alargada que nadie elegiría para vivir si tuviera la oportunidad de elegir, con un jergón como único mobiliario, y tan

estrecho que apenas permite maniobrar para acostarse. El catre carece de colchón o ropa de cama, no hay nada allí, excepto un calendario con publicidad de una máquina hiladora de algodón.

Después de recorrer cada rincón con la llama del cirio, Moriarty se aproxima al almanaque y lo examina con tranquilidad.

Fuera, se escuchan voces cada vez más cerca.

El calendario es de marzo de 1891, el mes anterior, y parece muy manoseado. El profesor está a punto de darse la vuelta, pero cambia de opinión; extrae un cortaplumas de oro y desclava las tachuelas.

La voz del sargento McEisner tritura el silencio con una advertencia.

En el fragmento de pared oculta por el almanaque no hay nada, pero en la última hoja encuentra adherida una fotografía. Al principio no se aprecia bien la imagen, pero al acercar la llama se puede distinguir a un niño sin brazos, sucio y pensativo, vestido solo con un pantalón, gran parte del torso cubierto con alambre de espino profundamente clavado en la carne y un líquido oscuro que resbala hasta el suelo.

Un reguero de gotas como el que Moriarty descubre en el suelo del cuartucho, como si procediera directamente del retrato.

En el pasillo resuena la primera detonación.

—... mueras como un perro asqueroso —grita la mujer.

Toda la familia de regreso a casa, piensa Cox cuando escucha la voz de la esposa de su vecino ciego. Salieron y vuelven al mismo tiempo que él, pero todavía más animados.

Deben estar cerca del portal, pero la niebla impide ver a un palmo del edificio.

El *revientacadáveres* los ha escuchado cuando se disponía a subir la escalera; se dice que debe quitarse de en medio, pero continúa congelado, escuchándolos con atención.

—No eres más que un medio hombre —informa a su marido la mujer en la calle.

La respuesta es un murmullo suplicante, casi inaudible.

Los segundos pasan y Cox permanece allí, los nudillos blancos en torno a la barandilla.

—Me iré con quien quiera cuando quiera. Y tú te esperas y te callas o te vas a dar un paseo, si es que ves con esta niebla —se ríe, borracha y estúpida—. Y luego, si quiero, te recojo o no te recojo. O me voy con otro. O lo que yo quiera. Pero como me vuelvas a decir lo que hoy, te juro por lo más sagrado que te dejo por ahí para que te mueras de hambre como un perro.

—Yo solo te he dicho...

Pero hace mucho que ha renunciado a hacerla entrar en razón.

—Tú te callas porque eres un cabrón, ¿te enteras? Porque si no...

Con la bruma y sus propios gritos no ha podido distinguir la mano, fuerte, muy fuerte, que le ha tapado la boca y la arrastra hasta entrar en el portal de su propia casa.

Lo siguiente es sentirse girar y estrellarse contra la pared.

—Como vuelvas a hablarle así a ese hombre —le susurra Cox, muy cerca— me voy a hacer un pudín con tus putos riñones, ¿me has oído?

El agarrón y el trastazo, además de dejarla un poco conmocionada, le han roto el vestido, prolongando el escote hasta cerca de la cintura.

Cox está muy muy cerca.

Aunque le mantiene los labios tapados con la mano, cree apreciar una sonrisa insinuante en sus ojos.

Manteniendo una mano en su boca, aferra con la otra el borde del vestido y lo desgarrar del todo.

—¿Claire? —se escucha la voz de su marido en la calle.

A través de la rotura del vestido, surge un pecho lleno a reventar, boqueando, muy desorientado, con un mapa de venas azuladas en el que quizás pudiera el *revientacadáveres* encontrar lo que lleva buscando hace tanto tiempo.

Lo aprieta como si quisiera hacerlo pulpa.

Se apoya sobre ella, se restriega, apoya su frente contra su frente.

Hasta que se compone en alguna parte de su cerebro la figura de la chica a la que lo acusaron de violar en la universidad.

—¿Claire? ¿Me oyes? —la busca el ciego en el exterior.

Cox se separa de ella de un tirón, incluso deja de amordazarla con la mano; se retira un par de pasos y se queda allí, intentando descifrar la mirada de la mujer. No consigue entender su expresión.

El pelo revuelto, el vestido roto y los labios amoratados no despiertan compasión; aquella mujer ha pasado voluntariamente por humillaciones mucho peores que aquella; lo que más impone es la sensación de que ya le da igual que le hagas lo que le hagas.

Con la mano derecha, Cox se separa el impermeable. Eso sí hace que ella se encoja contra la pared.

El hombre extrae el collar de oro que consiguió en el cementerio y se lo tiende.

—Cómprate un vestido.

Ella toma la joya, la examina a la exigua luz de la lámpara de gas y se la tira a la cara. Después sale del edificio.

El collar siempre le viene de vuelta.

Enseguida está ante la puerta de su buhardilla, buscándose las llaves por los bolsillos. No se ha sentido tan cansado en toda su vida.

Trae la niebla pegada al cuerpo.

La vivienda solo tiene dos estancias; iluminándose con el cabo de vela que llevaba en el bolsillo, se dirige maquinalmente hacia la lámpara de gas mientras intenta desprenderse del impermeable con una sola mano; necesita meterse en la cama cuanto antes, evitar cualquier oportunidad de pensar en lo que ha ocurrido abajo, porque si no piensa en ello, a lo mejor logra que sus actos le pasen inadvertidos a ese Dios en el que no cree pero que nunca olvida.

El primer golpe, que iba dirigido a su frente, se produce en un lado del cuello; envite con un objeto pesado pero blando que, si le hubiera acertado de lleno, podría haberle aplastado la tráquea.

Lo primero que piensa es que el Todopoderoso no le deja pasar ni una.

La vela ha caído al suelo y no puede ver nada.

El siguiente impacto es por la espalda, en la zona lumbar, que percibe casi inmediatamente a la patada en la rodilla y al cogotazo que hubieran hecho caer a la mayoría de los hombres; pero Cox siempre ha demostrado una gran resistencia, lleva muchos años viviendo de eso, y se lanza contra el lugar donde debería estar una de las sombras, manoteando para intentar neutralizarla; ahora sabe que son al menos tres los que le esperaban en la buhardilla, quizás cuatro. Una de sus manos tropieza con lo que parece un cuello y rápidamente busca los ojos con los dedos mientras la otra encuentra un brazo que se escapa y tiene la suerte de volver a atrapar al momento para darse cuenta de que empuña un saco de arena: muy útil para no hacer demasiado ruido ni mancharse de sangre, pero capaz de hundirle la cabeza sin muchas dificultades.

Una avalancha de golpes confirma su temor.

Recuerda el desgarrón en el vestido de la mujer del portal y cierra los ojos para rendirle cuentas al Creador.

El Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck ha desaparecido. Se lo ha llevado una ola de bruma, junto con el resto de la ciudad.

Pero el ruido, por encima de los lamentos de las especies, vuelve a repetirse.

El administrador se dice que sus nervios no soportarán ni una sola taza más de té, pero coge la tetera vacía y se dirige a la cocina para llenarla de agua; unos segundos junto al fregadero son suficientes para entrever a través del banco de niebla asentado tras la ventana una sombra de jaula en jaula.

Es imposible que sea uno de los salvajes, las especies del zoológico, como las

llamaba su padre; dos veces al día, cada vez que les echa de comer, revisa las cerraduras.

Más aún, es imposible que haya visto nada; la niebla ha cegado los cristales de la ventana, el mundo entero se ha disuelto bajo su poder sobrenatural.

Pero ahí está el sonido de nuevo.

La primera tentación es encerrarse en la casa y esperar a que el intruso haga lo que le apetezca ahí fuera y se marche del zoológico humano, pero aquellos seres son su única posesión, y no debe olvidar que, desde hace unos días, guarda algo máspreciado que personas en aquel recinto.

Es su obligación como administrador del Jardín Zoológico. Se reiría ante el título si no sintiera tanta lástima por sí mismo, y esa pena suprema y sin condiciones debe conservarla a cualquier precio, le ha costado mucho adquirirla, sin ella no sería nada. El administrador, esto es, el individuo que da de comer dos veces al día a aquellos desgraciados que esperan muertos de frío allí fuera el amanecer sin sol de Inglaterra, que los amenaza con el látigo si percibe algún desorden, que limpia los excrementos de las jaulas cuando el olor es tan repugnante que llega hasta la escueta construcción que le sirve de vivienda.

Tyco Sprouse tiene veintiocho años, inició sus estudios de medicina en la Universidad de Edimburgo, inició relaciones con la hija de un terrateniente en Southampton, inició un negocio de material farmacéutico en Brighton y terminó en Londres para iniciar su camino hacia la nada. Así le gusta resumir su biografía.

Descuelga de la pared la escopeta que su padre, que ostentaba como único título haber sido el hombre de máxima confianza de Carl Hagenbeck, el fundador del zoológico, le dejó en herencia junto a su puesto de administrador cuando desapareció en uno de sus viajes al Sudán egipcio, donde había sido enviado para traer bestias salvajes y nativos nubios. Es una escopeta pesada, de largos cañones paralelos, le cuesta tanto volver a cerrarla una vez introducidos los cartuchos que está a punto de desistir. Después se pone la capa de hule que usa para moverse por el parque en los días de mal tiempo, que son casi todos, toma un farol, se acerca hasta la puerta, la abre y, tras cerrarla, se queda bajo la marquesina sin dar un paso. La espesura de la niebla deforma todos los objetos de su alrededor o simplemente los elimina.

El quejido de aquellos seres en la larga noche helada se escucha aquí con mayor claridad, con demasiada claridad.

Cree ver que algo ha pasado corriendo desde la jaula de los pigmeos a la caseta de las herramientas. No puede ser. No se puede distinguir nada desde donde está, pero está seguro de que ha visto algo ahí fuera.

Le cuesta reconocer que el temblor de sus manos no se debe al frío del

ambiente ni al peso de la escopeta.

Un ruido de pasos surge de la gravilla.

Murmullos.

Y Tyco adopta una heroica y gloriosa decisión: en una grácil finta, avanza dos pasos, retrocede cuatro y ya está de nuevo en casa. Cierra la puerta. A salvo.

El Jardín Zoológico de Aclimatación es un pequeño mundo dentro de la inmensidad de Londres, un mundo monstruoso y decadente en el que hombres, mujeres y niños lapones, fueguinos, mapuches, nubios, cingaleses y de otras razas aún menos conocidas mantienen una aberrante cautividad sin propósito, ni fecha de liberación, ahora que el público ha perdido el interés por observarlos y ni siquiera resulta rentable exhibirlos, simplemente repatriarlos resulta demasiado caro y, además, no hay nadie que afronte semejante empresa.

Las especies.

Carl Hagenbeck, el creador de los zoológicos humanos, comenzó su carrera proporcionando animales salvajes al circo de su familia y muy pronto se convirtió en el más afamado tratante de fauna exótica de Europa; por eso, cuando la exposición de fieras comenzó su declive, para él fue un paso natural captar indígenas de las regiones más remotas para mostrar sus usos y caracteres en espectáculos itinerantes por las naciones más civilizadas. El ciudadano de fin de siglo estaba ansioso por contemplar con sus propios ojos cualquiera de los descubrimientos que los exploradores realizaban en los territorios más ignotos y la explotación de estos circos que enseñaban a extrañísimos seres rodeados de un burdo atrezo que reproducía algunas de sus formas de vida fue un gran negocio durante años, hasta que la gente comenzó a cansarse y Hagenbeck volvió a dedicarse a los animales; entonces cedió la dirección del Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck al padre de Tyco, que durante mucho tiempo había sido su ayudante y que seguiría trabajando ocasionalmente para él en misiones de recolección, encargos que terminarían costándole la vida.

Los gemidos y las toses de los nativos siguen colándose por todos los resquicios de la casa, a veces cree que van a volverle loco.

Hasta que un golpe en la puerta los silencia. Dos golpes más. Secos. Apremiantes.

El administrador piensa en coger la escopeta, pero un cuarto golpe lo desvía de su objetivo; deja el arma, camina hacia la puerta y abre, simplemente obedece, que es lo que mejor sabe hacer.

—¿Dónde estaba? —pregunta Moriarty—. Le vimos salir a la puerta hace un par de minutos con un farol, no le ha dado tiempo de acostarse.

—Buenas —McEisner dice al pasar a su lado.

—Estaba...

Ninguno de los dos espera a que responda.

El sargento se acerca a la chimenea y se abre el abrigo para entrar en calor.

En cambio, el profesor se queda a la altura de la mesa del salón, la observa con toda atención, como esperando que en cualquier momento surja algo de la superficie vacía.

Tyco no termina de reaccionar, preguntándose, asustado, qué puede haber hecho mal para que aquella gente venga a visitarle de madrugada.

—Hace un buen rato que estamos ahí fuera, en ese teatrúcho suyo de los horrores, y nos hemos quedado como carámbanos —el policía se da la vuelta para dar la espalda a la chimenea y se levanta los faldones del abrigo para caldearse el trasero—. ¿No tendría por ahí una copita de algo?

—¿Cuánto tiempo hace que no ve a Daniel Frederiksen? —pregunta Moriarty.

—Dos días —responde despacio el administrador—. Desde que trajo a la última. A la última... niña.

—¿Seguro que no ha aparecido por aquí desde entonces?

—Seguro, no. A veces viene para retratar a los salvajes o trastea en los barracones y yo ni me entero.

—En los barracones ya hemos mirado y no está —interviene el policía.

—¿Le ha comentado algo a usted? —el profesor.

—No. Yo... A mí ni me dirige la palabra —el temblor está ahora en su voz.

James Moriarty sigue concentrado en la mesa.

Su vida y la de Frederiksen llevan cruzándose hace demasiados años y siempre ha sabido que terminaría convirtiéndose en un obstáculo para sus planes, quizás algo peor que eso, pero siempre le ha sido útil y se ha sabido capaz de mantenerlo bajo control. Pero no puede permitir que se pierda de vista precisamente en estos momentos y sabe que nadie excepto él puede dar con su paradero.

—¿Qué haremos ahora? —McEisner.

—Empezar por el principio. Mañana visitaremos el domicilio de la mujer que denunció la desaparición de su hija. Haremos lo que haga falta.

—Señor, ¿qué es lo que ha encontrado en el barracón?

De pronto, el administrador ya no está en la sala, o al menos se ha vuelto invisible. Tampoco la presencia del sargento tiene importancia.

Moriarty saca la mano del bolsillo y deja caer algo en la mesa, justo en el centro.

Ni siquiera él sabe hasta qué punto puede suponer una amenaza la desaparición de Daniel Frederiksen y eso es lo que más le desconcierta.

Hay un trozo de alambre de espino ensangrentado sobre la mesa.

Idéntico al que amarraba al niño de la foto que encontró en el albergue.

Si no le afectara tanto y tan hondo la pérdida, podría pergeñar un sarcasmo sobre la forma de diluir la niebla asesina asentada sobre la ciudad.

Aunque los vecinos que se habían congregado ante el edificio a pesar del frío y las horas de la madrugada contemplaban hipnotizados cómo lo consumían las llamas y no era fácil que nadie lo reconociera en medio de aquella confusión, Sherlock Holmes seguía la escena desde una esquina, procurando mantener la distancia con todos. No podía descartar que aquel desastre fuera un ardid de su enemigo para atraerlo y acabar con él.

Había seguido el fulgor desde una gran distancia hasta sus habitaciones de Baker Street 221B para contemplar cómo el fuego se había demorado en su labor destructora hasta asegurarse de que el detective fuera testigo de la desaparición del que había sido su hogar en los últimos años.

Una oleada de furia desconcertantemente sofocada por un sentimiento de aflicción como no recordaba haber reconocido hace años lo mantiene paralizado.

El olor de la piedra y la madera mojada por los bomberos no puede imponerse al recuerdo de los desayunos en su sala de estar, rodeado por los miles de cachivaches que habían ido acumulando, el aroma de los arenques y las tostadas recién hechas, el apoyado en la cafetera y la cháchara interminable del buen doctor.

Había pensado esconderse hasta que llegara el momento en que emplazara a su amigo para abandonar el país, pero aquello lo cambiaba todo.

La querida señora Hudson, asistida por unas vecinas, sube al fin a un coche de punto que se la lleva de allí tras haberlo perdido todo.

Le quedan solo unos días para salir de Londres, pero tiene una pista, esa misma mañana ha encontrado la dirección de un viejo conserje de la universidad donde Moriarty, el causante de todo aquello, impartía clases. A lo mejor todavía estaba a tiempo de encontrar la manera de desenmascararle sin esperar a que la trampa que ha preparado para hundir su organización se ponga en marcha. A lo mejor ha llegado el momento de dejar de defenderse para comenzar el ataque.

Intentando montar una nueva estrategia se retira, se filtra por las callejuelas como si nunca hubiera estado allí, como si fuera un curioso más que no acabara de perder la compañía de su mejor violín, el retrato de la única mujer que amó y la posibilidad de un último hogar.

Cuando despierta —no cuando se despeja, para eso tendrá que esperar mucho más— tiene la impresión de que lo han sepultado en una de las tumbas que él mismo asalta, pero poco a poco comprende que simplemente ha despertado tal y como lo arrojaron en aquel camastro, bocabajo, y con la cabeza entrillada entre

el somier y la pared.

Algo más tarda en darse cuenta de que el ruido que lo ha sacado de la inconsciencia en la que lo sumergió la lluvia de golpes que le encajaron los desconocidos de la buhardilla es un sonsonete regular y quebrado que procede de unos metros más allá.

Cox no tiene que darse la vuelta en el colchón para saber que va a encontrarse con unas rejas; aquel cuchitril huele a celda, sabe a celda. Así que permanece inmóvil donde está. Seguro de que sea lo que sea que afronte al incorporarse transformará su vida en algo todavía peor que lo que tenía hasta ahora.

Intenta imaginar la razón por la que lo han atrapado.

Hace once años que fue acusado de violar a la hija del decano de la facultad donde impartía clases de Filosofía del Derecho, pero a estas alturas daba por hecho que nadie recordaba el delito.

También podría ser que se debiera a sus quehaceres nocturnos. Las bandas de vigilantes estaban cada día mejor organizadas para hacer la vida imposible a los individuos que, como él, se dedicaban al despojo en los cementerios de forma independiente. La noche anterior había tenido un enfrentamiento con una de ellas. No podía descartar que lo hubieran reconocido y denunciado a las autoridades.

Aunque existían otras cien posibles causas por las que lo hubieran encerrado, o más, tantas como tareas perseguidas por la justicia había llevado a cabo en los últimos años para sobrevivir.

El cuello empieza a dolerle, así que no le queda otra más que corregir su posición.

A medida que va recobrando plena conciencia, la mezcla de los inmundos olores en que está sumergido lo aprisionan como el torno de un zapatero; el colchón está encharcado en unos líquidos espesos, sangre o vómitos o ambas cosas, y no logra averiguar si ha sido él quien los ha emitido; tiene la ropa destrozada, el pelo y la barba llenos de barro, las manos enguantadas en un tizne espeso del que no logra desembarazarse.

Lo primero que ve al girarse es un *treadwheel*, una enorme rueda con el eje fijado al suelo, dotada de peldaños a lo largo de todo su perímetro, en la que un niño de unos doce años al borde de la extenuación sube eternamente para no moverse de su sitio.

Ha oído hablar de aquel castigo con el que se intenta doblegar a los presos más irreductibles en la sección infantil de la prisión de Newgate.

Ahora sí se levanta rápidamente hasta aferrarse a las rejas.

Todas las visiones de la monstruosa prisión, las enormes cantidades de piedra y hierro con las que está construida, la falta de luz que todos refieren de sus

entrañas, la deficiente ventilación, todo el miedo legendario al lugar de Londres donde se llevan a cabo las ejecuciones, caen repentinamente sobre su ánimo.

Y todo desaparece al momento.

En el resto de las celdas de las proximidades, en la penumbra de la galería, únicamente hay críos que lo miran con odio o con curiosidad, ni un solo adulto a la vista.

Por alguna extraña razón, que en aquel momento se convierte en lo más desconcertante, lo han ocultado entre los niños de la penitenciaría.

III. Desventura

25 de abril de 1891

¡Ah!, en verdad, una urna de ática arcilla
guardó tu polvo pálido, y has venido otra vez
a este mundo ordinario, tedioso y vano,
fatigada de los días sin sol,
de campos rebosantes de asfódelos insípidos,
de los labios sin amor, con los que besan los
hombres
en el infierno.

OSCAR WILDE
Phêdre

Sir Jonathan Steward, jefe de protocolo del actual Gobierno de su majestad, se envuelve como puede en el andrajoso gabán que, calzones aparte, constituye su único abrigo; todavía suda a chorros, acaba de salir de las calderas del infierno y ya está muerto de frío.

Su contacto le ha señalado un catre mugriento y se ha marchado.

Le han dicho que espere y espera.

Salió de madrugada del número 10 de Downing Street, la legendaria sede del Gobierno británico, subió a un coche que le esperaba y que ni diez minutos después se paró en un cruce, paralelo a otro carruaje del que se abrió una de las portezuelas, a la que se asomó un individuo que le hizo apremiantes señas para que cambiara de vehículo.

En cuanto este se puso en marcha, bajó las persianillas y le ordenó que se vistiera con unos harapos que le esperaban junto a su asiento. No le dijo nada más en todo el camino, era un sujeto de su misma edad y con ropas de obrero, viejas y muy manchadas de carbón, como las que le hizo vestir a él mismo. A sir Jonathan le habían advertido que seguir estrictamente las instrucciones de su

contacto era la única forma de salir de todo aquello sin que se descubriera la infamia que pretendía llevar a cabo.

Aún no terminaba de entrar el día, cuando se detuvo el coche y el otro le indicó que seguirían a pie. Echaron a andar deprisa, castigados por el primer frío de la mañana que aquellos restos de gabán no conseguían mitigar, por unas calles que pronto reconoció como pertenecientes a Westminster.

Fue avanzando hacia barrios de mayor importancia y casi sin darse cuenta terminó formando parte de una procesión cada vez más compacta de operarios que se dirigían a la fábrica de gas.

Con la gorra sobre los ojos, como le había ordenado su contacto, traspasó las enormes verjas que rodeaban la fábrica y penetró en un mundo sucio y descuidado pero indestructible donde todo era de hierro, desde las aceras hasta las techumbres, pasando por algunas escaleras, mojones de señalización, todo.

Detrás de su guía, entró en una gran sala delimitada por dos filas de hornos, todos encendidos, que desprendían calor suficiente para que hasta el suelo se percibiera tan recalentado que atravesaba las suelas de los zapatos.

Había allí unos veinte hombres, todos desnudos a excepción de un taparrabos, y su compañero le instruyó para que siguiera su ejemplo. Así fue como sir Jonathan Steward, elegido por lord Salisbury como jefe de protocolo del Gobierno de la nación y uno de los hombres más próximos al primer ministro, se convirtió en fogonero de la fábrica de gas de Westminster.

El ambiente allí era insoportable, aquellos hombres realizaban su trabajo tragando fuego, notando cómo su cuerpo se fundía con la proximidad de un calor que les impedía pensar por la presión que amenazaba con hacerles estallar el cerebro y los globos oculares.

Aunque se mantuvo en un rincón apartado sin realizar ningún movimiento, su mentor debió darse cuenta de que le faltaba la respiración, así que le indicó que subiera a una piedra también muy caliente, pero algo más soportable que el suelo; gracias a ella logró pasar el resto del turno sin perder el sentido.

Tras dos horas interminables, cuando los fogoneros vaciaron el coque incandescente de los hornos con sus hurgones para que cayera en las cubas situadas debajo, y parecían ya figuras modeladas en lava, a punto de derrumbarse por las temperaturas extremas, su contacto le informó que compartiría con ellos el tiempo de descanso que tenían hasta el siguiente turno.

Vestido como los demás, solo con el destrozado gabán sobre la piel desnuda y sudorosa, cruzó un patio al aire libre helado por la niebla hasta llegar a un hangar sin puertas, donde fue conducido hasta la pared más oscura para que se dejara caer, como los demás, sobre un colchón hecho asquerosos jirones.

Al momento, el sudor se había congelado sobre su piel haciéndole repiquetear

los dientes y quizás el resto de los huesos.

—No se preocupe, sir Jonathan, aquí nadie nos prestará atención —le aseguró una voz con dicción culta y cuidadosamente modulada, cuando aún no había tenido margen ni para recuperar la respiración.

Los minutos que habían pasado desde que su guía lo dejó solo en aquel pozo de muertos en vida le habían parecido eternos.

El hombre que le había hablado se encontraba en el catre contiguo al suyo, vestido con un abrigo de sus mismas características.

—¿Quién es usted? —preguntó abrazándose para combatir el frío.

—Moriarty. Me han dicho que ya estaba usted en disposición de ponerme al tanto de las gestiones que se le encomendaron.

A pesar de la cercanía, no lograba distinguir su rostro, pero solo podía ser él. Necesitó unos segundos para poner en orden sus pensamientos.

—A cambio de mi información... Me juego la vida en esto —aclaró o se recordó—. A cambio, necesito...

—Todo lo que le pidió al intermediario tiene mi aprobación, siempre que se ajuste usted a mis instrucciones —repuso impaciente y seco—. Comience, pronto terminará el descanso de estos desgraciados. Por cierto, espero que haya aprovechado la oportunidad que le he brindado de conocer de primera mano la vida que arrastran algunos de los ciudadanos a los que usted gobierna.

—...

—No me haga perder el tiempo.

Sir Jonathan Steward había asistido a suficientes negociaciones para saber que el otro hombre no admitiría más verificación ni garantía que la ligada a su palabra, así que pasó directamente a exponer su información.

—Pues bien, puedo confirmarle que, a día de ayer, los cuatro destinatarios, esto es, el canciller, el arzobispo de Canterbury, el primer ministro y su majestad la reina habían recibido la nota en la que se les comunicaba que su nieta, su sobrina, su ahijada y su nieta se encontraban en buen estado, pero acogidas por una agrupación que se proponía conservarlas indefinidamente en su poder con fines que se le comunicarían a su debido momento.

—Siga.

—Asimismo se les informa que muy pronto deberán tributar medio millón de libras cada uno en la forma y lugar que se les indique, no en concepto de rescate, sino de manutención de las pequeñas, con la advertencia de que de dicho aporte dependerá su bienestar. Habrá algunas condiciones que deberán cumplir.

Mientras habla, el frío, la sensación de suciedad y hasta el hedor de su propia piel han dejado paso a una especie de excitación que debe alimentar para no pararse a profundizar en las consecuencias de la traición que está llevando a

cabo.

Moriarty ha cambiado de posición y apenas se distingue su silueta en aquella penumbra.

—Todo eso ya lo sé. ¿Ha habido alguna reacción?

—Lord Salisbury ha estado a punto de sufrir una apoplejía y la reina ha ordenado que se empleen todos los recursos humanos e inhumanos para dar con el paradero de su nieta. Y nada más. No tienen ni idea de quién puede constituir dicha agrupación. Están completamente desconcertados con las condiciones. No saben por dónde empezar a investigar. No saben nada.

—Queda por concretar el método que ha dispuesto usted para que se depositen los fondos, aunque estoy seguro de que ese extremo ya lo tiene resuelto, ¿no es así?

Arrecia la lluvia en el exterior y apenas entra luz en el hangar. Solo distingue la silueta de Moriarty reclinada en la colchoneta.

—Creo que le he dicho cuanto se comentaba en Downing Street.

No se mueve, no habla.

—¿Profesor?

Aunque solo se sentó en el catre maloliente para descansar un momento y tratar de aliviar el dolor que le abría en dos mitades la cabeza, Cox se había quedado dormido un buen rato contra la pared y a tal profundidad que no había reparado en las personas que entraron en la celda.

—Quieto —le advierte el individuo que tiene delante.

Son cuatro o cinco, incluyendo una mujer, pero tiene prácticamente encima al que le ha dirigido la palabra y no logra distinguir a los otros.

Conoce perfectamente a aquel hombre, un inspector rubio y muy doble que le tomó declaración un par de años atrás cuando lo detuvieron por reventar a dos idiotas durante la época en la que se ganaba la vida como guardaespaldas de un usurero.

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunta y responde—. Gregson.

—Perfectamente —incorporándose un poco—. Usted es el tipo que limpia las bostas de las caballerizas del hipódromo de Ascot. Un tío de suerte.

—No he venido a este agujero para escuchar tonterías —declara el inspector suavizando la voz, como si hablara para sí, lo que confiere un peligro extra a sus palabras—. Hemos venido a buscar información —termina la frase sacando una porra pequeña y cabezona del abrigo.

—Está bien, Tobías. Yo me hago cargo —un hombre flaco con aspecto de hurón y mirada astuta se interpone entre los dos—. Soy el inspector Lestrade —

se presenta.

A este, Cox no lo conoce, pero sí ha oído hablar de él. Mal asunto debe ser aquel para que los dos inspectores más famosos de Scotland Yard se ocupen al mismo tiempo de resolverlo.

Tobías Gregson mira a su compañero con inquina, pero se contiene, quizás en deferencia al resto de los testigos, y se aparta pero no guarda la porra.

Otro chiquillo, o tal vez el mismo, sigue subiendo inútilmente peldaño tras peldaño del *treadwheel* en el pasillo.

El resto de las personas que ocupan la celda son un celador que permanece en la puerta y una pareja muy elegante que no sabe dónde ni cómo colocarse.

Cox, medio tendido en el jergón, es consciente de la incomodidad y el asco que su mal olor y suciedad provocan en todos. Con esfuerzo, se incorpora, se aparta los largos cabellos del rostro, se alisa los jirones del chaleco y contrae los labios en una sonrisa de pocos amigos.

—¿Alguno de los dos puede decirme qué diablos hago aquí?

—Todos sabemos que hay razones de sobra para que haya ingresado en Newgate, señor Cox —es Lestrade quien lidera la comisión—. Tenemos crónicas detalladas, pruebas abundantes y testigos fiables de sus actividades como desvalijador de cadáveres, además de otras graves infracciones de la ley. Delitos que muy bien podrían conducirle a la horca, señor mío.

—Delitos que tendrían ustedes que demostrar ante un tribunal de justicia — con voz cortante—. Además, ¿cómo se explica que me hayan asignado una celda en la sección infantil del presidio?

—Esto último lo comprenderá en su momento. En cuanto al tribunal, le aseguro que hay ya un magistrado impaciente por dictar sentencia.

—A no ser... ¿qué? —Rystone Erasmo Cox se encuentra algo más tranquilo; el policía no ha mencionado el delito de violación que le imputaron once años atrás; todo lo demás puede afrontarlo—. Porque seguro que no están todos ustedes aquí para conocer las formas de vida de las mazmorras.

—Tiene razón —el inspector lo mira de frente, reconociendo una astucia similar a la suya en su oponente—. Si usted se aviniera a realizar un servicio para nosotros, digamos que el sistema podría mostrarse indulgente con usted.

—Escúcheme —ya en una posición algo más firme—: sus gorilas han invadido mi casa, me han machacado, me han arrastrado hasta esta pocilga y me han soltado aquí como a un animal. No pretenda hablar conmigo ahora como si fuéramos personas civilizadas —su voz se enfurece con cada sílaba—. Déjeme salir de aquí y adecentarme, que ya me pasaré por la comisaría para tratar de ese servicio.

—Lo siento, pero la cosa es urgente; hay condicionantes que usted no

entiende. Por eso estamos aquí. La oferta solo es válida si la acepta en este momento.

—No lo creo, se han tomado demasiadas molestias... ¿Cuánto se apuesta que la oferta sigue en pie cuando yo lo diga?

—Señor Cox...

Es la mujer la que ha avanzado unos pasos hasta poder hablarle frente a frente. La mujer a la que ni siquiera ha mirado hasta ahora.

De pronto solo percibe el perfume, el abrigo y los guantes de piel, un sombrero de ala corta con una pequeña pluma y un bolso minúsculo tipo bombonera, después, los labios. Cuando levanta la cabeza para mirarla a los ojos, el dolor de cabeza regresa con toda su intensidad.

—Permítame que le presente a lady y lord Dilke —afirma uno de los policías.

Pero Cox no sabe cuál de ellos, porque la sensación de irrealidad ha regresado echando por tierra todo asentamiento en el que apoyara su vida.

Rambalda. Después de todos estos años.

Cuando ya la creía desaparecida para siempre, instalada en esa otra existencia a la que todo acceso resulta imposible para un individuo como él.

El desenterrador se oprime las sienes como si pudiera activarse manualmente el pensamiento; tantos años de recuerdos se revuelven contra él, le aprisionan la garganta más que el cerebro, agudizan la sensación de pesadilla hasta impedirle hablar. Por un momento no puede aceptar que haya regresado de esa manera, en ese lugar, a su vida.

—Señor, permítame... —vuelve a tomar la palabra la mujer.

—Dime qué es lo que quieres y lárgate —interrumpe Cox.

—¡Estás hablando con la duquesa de Drood, estúpido! —interviene Gregson —. Cuida tus modales.

—Pero a ti sí que te puedo partir la cara, porque tú seguro que no eres duque, ¿verdad? —sin ponerse en pie.

—Por favor —ella no tiene que elevar la voz para cortarlos a todos—. ¿Puedo sentarme? —le pregunta al detenido.

Sin esperar a su respuesta, Rambalda Dilke toma asiento en la inmundicia del camastro con tanta naturalidad como si lo hiciera en su *chippendale* preferido. Baja la cabeza. No es desafío. Solo pretende demostrar que es un ser real.

Basta con que les esquive el rostro para atenuar el efecto que tiene sobre todos.

Los recuerdos están ahí, a punto de abrirse paso, los meses que pasaron juntos, la denuncia de la mujer...

Más que nunca en toda su vida, Rystone Erasmo Cox, que se siente que es el ser más abyecto del mundo, desearía estar limpio, bien vestido y despejado, o

lejos de allí, o no haber nacido.

Lord Dilke corrige una arruga de los guantes color gris perla a juego con las polainas y se envuelve en la capa como si esta tuviera la facultad de hacerlo invisible. Se mantiene lejos de todo, convencido de que el menor roce le infectará una enfermedad incurable; es posible que no le falte razón.

—El encargo es bien simple, señor Cox —Lestrade intenta poner un poco de orden—. No estoy diciendo que sea fácil, solo simple —se toma la falta de reacción del reo como una buena señal—. Hace dos días, la hija de sus señorías fue secuestrada en el cementerio de Highgate —busca la aprobación de la mujer, pero ella sigue mirando hacia otro lado—. Mientras milady visitaba el mausoleo familiar, la niña quedó en el exterior, al cuidado de la *nurse* y del cochero; cuando regresó, la pequeña había desaparecido, el cochero había muerto y el ama de la niña agonizaba, aunque todavía conservaba un resto de vida, el tiempo suficiente para revelar que el conductor del carruaje estaba implicado en el rapto.

Con la vista clavada en el suelo y los puños ocultos, Cox solo quiere que el policía termine su exposición. Ahora está dispuesto a aceptar cualquier encomienda, lo que sea, solo quiere salir de allí, quitarse toda aquella mugre del cuerpo, alejarse de la mujer que permanece sentada a solo un palmo.

—El cochero de su excelencia —prosigue Lestrade—, Leslie Mann, no tenía más familia que un hermano, Waël, quien, según hemos podido saber, se dedica al desentierro —lo mira fijamente—. ¿Lo conoce o ha oído hablar de él?

—No.

—Bien, pues el tal Waël Mann, que estaba muy unido a su hermano, ha desaparecido inmediatamente después del asesinato de este, lo cual nos lleva a pensar que ambos acontecimientos guardan alguna relación.

El inspector espera, por si el *revientacadáveres* demuestra algún interés, pero no consigue arrancarle una sola palabra.

—Mi hija acaba de cumplir tres años —Rambalda, inclinándose hacia Cox, como si este dato lo cambiara todo.

—...

La mujer se desprende un broche de oro que lleva sujeto con un imperdible bajo la solapa y lo abre de manera que pueda ver el retrato de una niña con una marca de nacimiento en el cuello; después lo cierra y lo introduce dentro del bolsillo del preso.

Él no la mira, se dirige a Lestrade.

—¿Qué es lo que quieren de mí?

—Tenemos que encontrar a Waël Mann, pero lo que buscamos es cualquier información relacionada con el cochero, sus amistades, lo que sea, cualquier cosa que nos conduzca a la persona que lo sobornó para que participara en el

secuestro.

—Su querido Londres imperial tiene más de cuatro millones de habitantes, muchos de ellos refugiados en chozas y cloacas, y aún más hormigueando por las calles —Cox.

—Por eso nuestros hombres no lo han encontrado y por eso confiamos en que usted, que conoce como nadie los ambientes en los que se mueven los *revientacadáveres*, pueda hallar alguna pista.

—...

—De eso depende que retiremos las acusaciones pendientes en tu contra —apostilla Gregson.

El detenido se pone lentamente en pie, mira a la mujer desde arriba, a su marido de frente, a los policías de lejos y a las rejas como si quisiera estrellarse contra ellas.

Después asiente y todos parecen relajarse.

—¿Hay algo más que deba saber? ¿Algo inusual que hiciera su cochero en los días previos a su muerte? —le pregunta directamente a James Dilke, más para escuchar su voz que por un interés real en el caso.

—No —pero responde demasiado rápido—. Bueno, nada importante en realidad... nada —todos esperan a que lo cuente—. Tres días antes de lo de mi hija... En fin, hay un establecimiento en Southwark, frente al sindicato de estibadores, donde los caballeros enviamos a los criados para dirimir diferencias.

—Diferencias entre los caballeros, claro.

—Sí.

—Quiere decir que los criados se pelean en nombre de sus amos para resolver ofensas que se han producido entre ellos.

—Jeimy... —su mujer—. No me habías dicho una palabra.

—Un tipo que pertenece a mi club me dijo... Fue una sandez en realidad. Pero la cosa fue a mayores y ambos mandamos a nuestros criados a Southwark. Yo ni siquiera fui, me hubiera comprometido ser visto en un sitio así.

Ella ha dejado de mirarlo a mitad de la explicación, como si no pudiera contener el desprecio que le merece su conducta.

—¿Qué ocurrió?

—Que Leslie venció, o al menos eso me dijo. Pero venía muy impresionado, como amedrentado; me dijo que nunca debería haber pisado un sitio así.

—¿Y?

—Nada más. No le pedí más explicaciones.

Por su parte, también el desenterrador se esfuerza en no mirar a lady Dilke.

La cabeza no deja de darle vueltas.

Rambalda es hermosa y no lo es. Tiene una gracia que casi nunca demuestra.

Una energía que se aprecia aunque esté inmóvil, sobre todo cuando está inmóvil, y que contrasta con las ojeras carbonosas y la palidez de muerte antigua. Un linaje ordinario e inalcanzable que la hace apta para todos y para nadie.

Cox está tan concentrado en no dirigirle la mirada que no advierte que tiene su lado al duque tendiéndole unos soberanos de oro.

—Lo necesitará. Para gastos.

El detenido toma el dinero con su mano mugrienta y, aunque no da las gracias, sabe que eso no disminuye la indignidad del gesto. Intenta borrarlo volviéndose a Lestrade y preguntándole.

—Todavía no me ha explicado qué hago aquí, escondido entre los niños de Newgate.

—Por las características del secuestro —el inspector rehúye la mirada—, creemos que detrás de todo esto puede encontrarse un hombre que controla gran parte de la actividad delictiva de la ciudad. Es solo una sospecha. Pero si estamos en lo cierto, las cárceles deben estar plagadas de sus espías.

La vaharada de mierda le llegó como un golpe bajo, de impacto moderado, pero efectos impredecibles.

El portero cerró las puertas del club y apoyó sobre ellas su espalda uniformada para evitar que entrara ni la menor partícula de la fetidez que se estaba extendiendo por la calle, cuyo origen no estaba muy seguro de si atribuir a la boca de alcantarilla que acababan de abrir a unos pocos metros de distancia o a los operarios que estaban emergiendo de ella.

Está muy orgulloso de servir en el Diógenes, no había en Pall Mall ni en el resto de Londres un club como aquel, el centro de reunión de los caballeros que no querían relacionarse con nadie, que solo admitían las manifestaciones de la presencia de otras personas si estas se reducían a su mínima expresión. La indiferencia era su única religión y el silencio su única norma. Nadie debía dar muestras de percibir la existencia de otros y solo en el Salón de Forasteros podía sostenerse algún tipo de comunicación hablada; si llegaban a oídos del comité tres faltas a esta regla, se procedería a la expulsión del infractor. Se ha prescindido de más de un miembro por toser o estornudar dentro de sus instalaciones.

Los diez o doce poceros que han surgido de la cloaca, la mitad de ellos completamente embadurnados de excremento incluyendo el rostro, portando en volandas a un compañero desvanecido, parecen dudar un momento y enseguida se dirigen directamente al club y se plantan casi encima del portero.

—El compañero ha estado a punto de ahogarse —le informa el cabecilla—.

Necesitamos un sitio donde cobijarlo hasta que llegue el cirujano del Ayuntamiento.

—Imposible —responde el portero, protegiéndose boca y nariz con una mano, sin dar más explicaciones.

—Con el frío que hace esta mañana, si lo dejamos en medio de la calle, puede coger una pulmonía, eso por no hablar de los compañeros que lo han rescatado, que, como puede ver, están hasta las trancas —afirma, con el mismo tono que seguramente usa en la asamblea—. Tenemos que entrar para hacerlo reaccionar.

—Ya os he dicho que no puede ser. Esto es el club Diógenes y no...

Algunos de los trabajadores del alcantarillado tenían menos paciencia que su portavoz.

El portero los vio penetrar en el club desde el suelo, con un fuerte dolor en la nariz y la bota de uno de ellos apoyada en el pecho.

La cuadrilla acometió el vestíbulo, un lujoso pasillo y las escaleras de mármol con la misma naturalidad que si vinieran cada día a tomar una pinta y jugar unos dardos después del trabajo.

La exhalación de las inmundicias que llevaban consigo permanecía allá por donde pasaban.

Los escalones conducían a una galería aún más suntuosa que la planta baja.

Intentaron abrir sin éxito una puerta y al segundo intento se encontraron en la sala común, decorada como un palacio y llena de caballeros atrincherados en sus periódicos y en el humo de sus cigarros, hundidos en cómodos sillones, emplazados a la máxima distancia posible unos de otros.

Si los miembros del club hubieran descubierto a John Brown, el criado escocés de la reina Victoria, con quien, se rumoreaba, mantenía una relación sentimental, sodomizándola dentro de la chimenea, no se hubieran llevado una impresión mayor.

Los poceros, con el mismo desparpajo que habían mostrado hasta ese momento, despejaron la inmensa mesa de caoba, pulida como una pista de patinaje y de su tamaño aproximado, colocaron a su compañero inconsciente con todo mimo y le improvisaron una almohada con un fajo de *Times* que encontraron en una mesita auxiliar.

Uno de ellos descubrió que algo se movía dentro de la chaqueta del accidentado. Rebuscó hasta encontrar una cría de rata que se había colado en el interior. Intentó cogerla con la mano, pero el animal se escapó y saltó hasta la mesa y de ahí al suelo.

Por suerte, otro de ellos la despanzurró con un zapatazo y una risotada.

Todos estaban sucios, pero algunos de ellos venían completamente rebozados en una sustancia negruzca incomparablemente más repulsiva que las

excrecencias que conocían los ciudadanos que no bajaban a las mismas profundidades que ellos. La fetidez es una entidad inestable, dotada de peso, volumen, masa, densidad y vida.

Poco a poco los socios se van poniendo de pie, ninguno pide explicaciones ni intenta corregir la situación, alejándose de ningún acto que suponga reconocer que, de verdad, aquello está ocurriendo.

Los recién llegados enseguida se habitúan al medio y comienzan a parlotear.

Lo que resulta todavía más devastador que su pestilencia.

Uno de ellos se acerca a un anciano que está a punto de tragarse sus quevedos y le explica a voces que el compañero sufrió una caída en las alcantarillas, que la corriente estuvo a punto de tragárselo si los demás no hubieran estado atentos a saltar detrás de él.

En una esquina, Mycroft Holmes termina su copa de brandy, confiando en que sus efectos basten para ayudarle a salir de allí; se pone en pie sin dejar de protegerse con el diario y se dirige a la puerta por la que en ese momento entran el portero y uno de los lacayos escoltando al secretario del club, que, en cuanto confirma las circunstancias, envía al criado en busca de la policía y se enfrenta a los trabajadores que lo rodean gesticulantes.

Como si estuviera solo en la estancia, Mycroft se abre paso entre el bullicio y sale al pasillo; se plantea bajar directamente a la calle y marcharse de allí sin ni siquiera recoger el sombrero ni el abrigo, pero le basta un momento de reflexión para cambiar de opinión, así que se decide por encerrarse en su gabinete.

Es un hombre alto, sobrado de las carnes que ha ido acumulando en toda una existencia vivida consumiendo la menor cantidad posible de energía; aunque recorre con mayor celeridad de lo normal los pocos metros que lo separan de su refugio, tarda lo suficiente para que uno de los poceros más densamente cubiertos de inmundicias salga de la sala y se lance ágilmente detrás de él.

Sin mirar hacia atrás, Mycroft entra en su sala privada dejando la puerta abierta.

Que el otro, entrando a su vez, cierra con cuidado.

—¿Todo esto era necesario? —pregunta Holmes.

—Ineludible —responde el otro Holmes.

—He estado a punto de huir para evitar que te acercaras a mí —mientras habla, abre la ventana—, pero me hubieras alcanzado antes de llegar a la puerta de la calle.

—Procura no colocarte frente a la ventana —le aconseja Sherlock, situándose él mismo entre las sombras.

—¿Así están las cosas?

Los dos hermanos se miran frente a frente, fijando la gravedad de la situación,

que por extrema que sea, no impide que Mycroft termine sentándose en una de las sillas antes de volver a hablar.

—Ayer por la noche me visitaron el ministro y el jefe de la policía metropolitana; todo el dispositivo está perfectamente ajustado para caer sobre la corporación de Moriarty pasado mañana. Solo tienes que mantenerte a salvo hasta entonces, quizás algunos días más para evitar los coletazos de sus acólitos. Ya te recomendé una visita al continente.

—¿Y crees que él no lo sabe?

—¿Qué quieres decir? ¿Tienes alguna información de la que yo carezca?

—Nada con lo que rebatir tus implacables razonamientos.

—Que han sido siempre el único método que has aplicado a tus investigaciones. Espero que, a estas alturas, no me vengas con que has sufrido alguna clase de intuición.

—Lamentablemente, no es más que sentido común. Ese hombre ha creado la red de información más precisa, profusa y de mayor alcance que podemos imaginar; cuenta con funcionarios de todo nivel a su servicio y sobre los que no están comprados, no duda en ejercer cualquier clase de presión. Sería una ingenuidad estar totalmente seguros de que nuestras disposiciones no llegarán a sus oídos.

—Ha sido la operación más discreta y cuidadosamente dispuesta de la que yo haya tenido noticia —protesta Mycroft, pero lo hace con la mirada baja y el tono inseguro—. Ni siquiera los propios oficiales de policía, a excepción del alto mando, tienen acceso al plan.

—No podemos estar seguros —inflexible.

—Y si así fuera, ¿qué podemos hacer, Sherlock? ¿A qué has venido?

—Puedo actuar. He descubierto la dirección de un conserje que trabajaba en la universidad de Manchester cuando Moriarty dirigía su cátedra y me propongo visitarle; quizás ahí encuentre un modo de neutralizarle sin esperar a las pruebas circunstanciales que se derivarán de la caída de su gente —parece más que está solicitándose permiso a sí mismo, a esa parte de sí que normalmente hubiera desaconsejado esta decisión, que a su hermano—. Y si eso tampoco da resultado, probaré otra vía. Hay que hacer lo que sea necesario por detenerle.

Mycroft se pone pesadamente en pie, se da la vuelta y se asoma a la ventana; parece que lo hace para todas las calles, todos los hombres, toda la ciudad cuando habla de nuevo.

—Si pretendes que te dé mi bendición para hacer cualquier desatino, no lo haré —toma aire—. Detener a ese individuo se ha convertido, hoy por hoy, en una cuestión de Estado y si el Estado falla en sus propósitos, todos los que trabajamos en su nombre deberemos aceptar nuestra responsabilidad y seguir

trabajando, nosotros o quienes nos sustituyan, hasta corregir la situación. Los nombres propios no cuentan, lo importante es que nuestra única arma en esta guerra es esa misma ley que intentamos preservar —una pausa—. Actuar al margen de esa ley no es la solución.

Cuando se vuelve, Mycroft Holmes está solo en la habitación.

Sobra un quejido de alguna zona al norte del Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck para que Tyco Sprouse dé tal respingo que el caldero de gachas aguadas con las que alimenta dos veces al día a los nativos resbale de su mano y se estrelle contra el suelo. Antes de que pueda recuperar el recipiente ya se ha derramado todo su contenido; ni se plantea volver a la cocina para preparar otra ración de aquel mejunje; hoy se quedan sin desayunar; patada a la cacerola y asunto resuelto.

Conoce bien los sonidos que emiten sus especies y lo que acaba de escuchar no es uno de los lamentos habituales, así que debe averiguar de qué se trata.

La capa de hule que usa para moverse por el zoológico está completamente empapada por la densidad de la niebla, apenas ha dormido tras la visita del profesor Moriarty y además está esperando a Wystan Tansel, quien normalmente se limita a elegir a uno de los indígenas, dejarle unos billetes a modo de comisión por los chanchullos que realiza con aquellos hombres y mujeres y marcharse lo antes posible, pero que ha estado abusando tanto de estas transacciones en los últimos tiempos que Tyco no tiene otro remedio que poner fin a aquellas visitas. Además, su sola presencia siempre basta para sacarle de quicio.

Vuelve a escuchar el mismo sonido, no le costará localizar su origen, conoce el zoológico como nadie.

Carl Hagenbeck diseñó aquel lugar para que el visitante tuviera la impresión de estar visitando un territorio ignoto y salvaje: un circuito a través de tres promontorios en cuyas laderas se había excavado un sistema de grutas poco profundas con las entradas enrejadas en las que se podía observar a las diversas familias de aborígenes acompañados por sus tiendas, arpones, trineos, herramientas, un grupo de caribúes o cualquier elemento que diera la impresión de reproducir sus formas de vida.

Pero el tiempo había pasado, el público se había ido desentendiendo del espectáculo y las especies habían ido menguando por la enfermedad o por el comercio que llevaba a cabo el administrador, la utilería se había deteriorado y muchos de los indígenas habían prolongado sus cuevas hacia el interior, formando una red de madrigueras secretas en las que Tyco nunca se aventuraba.

Se detiene un momento al pasar frente a la entrada de la gruta de las nativas de Surinam; originalmente eran cuatro mujeres muy hermosas que constituían la admiración de todos; ahora, después de las incursiones de Tansel, solo quedan dos chicas dormitando en un rincón, paralizadas por el pánico y el frío.

Esta vez el gemido, claramente de dolor, se escucha muy cerca, perfectamente localizado detrás del lago.

Solo tiene que cruzar la apestosa agua estancada a través del puente de madera y rodear uno de los barracones para encontrarse frente a frente a uno de los mapuches tirado al pie de la verja que, con toda seguridad, ha intentado saltar. Es un individuo gordo y de baja estatura con una pierna doblada en un ángulo descabellado que intenta arrastrarse de vuelta a su caverna.

No es usual que intenten escapar, parece que se hubiera propagado entre ellos la leyenda de que el universo incomprensible que les rodea acabará con sus vidas de una manera mucho más cruel e implacable que aquella prisión, pero a veces lo intentan; alguno lo ha conseguido y no se le ha vuelto a ver; este se ha quedado a medio camino.

Tyco se queda plantado a su lado, le mira a los ojos, valora la gravedad de sus heridas y el esfuerzo que le costaría trasladar aquel peso muerto junto al resto de los mapuches.

No es que carezca de sentimientos, pero es que aún no ha desayunado y tiene la humedad metida en los huesos; se encoge de hombros y regresa a su vivienda, dejándolo medio hundido en el fango.

Lo primero que hizo Cox al salir de la prisión fue parar en una posada y cambiar la ginebra que le exigía el cuerpo por unos bollos acompañados con varias tazas de té hirviente que le habían hecho recuperar una parte de la vieja lucidez que desde hacía años se empeñaba en alejar de sí en todo momento.

Ya de día, se dedicó a pasear por las calles, intentando poner un poco de orden en los sucesos de la noche anterior.

Lo que más le confundía, superponiéndose y anulando todo lo demás, era ella, su reaparición; volver a verla después de todo este tiempo, detrás de todo este tiempo, más allá de la masa sin color ni forma que habían sido los últimos años. Le dejaba clavado en otra realidad falsa y desquiciada cada vez que la recordaba.

Rambalda.

Ella había sido la causa del fin de la primera parte de su vida, de su única vida, la única que ha merecido la pena. Aquella mujer había permitido que su padre lo denunciara por violación acabando con su carrera docente y con el resto de su existencia sin hacer nada por evitarlo.

Rambalda.

La había odiado con todas sus fuerzas. En sus noches más ciegas y desatinadas, había imaginado las más aberrantes torturas para ella.

Después, con los años, se había ido perdiendo en un terreno mítico, más allá de las fronteras de los sueños, en el que, si bien no lograba olvidarla, sí dejaba de constituir una presencia continuamente dolorosa.

Y ahora había vuelto, en medio de la noche, aparecida en una escena que ni siquiera estaba seguro de que hubiese ocurrido.

La confusión lo seguía tiñendo todo, pero poco a poco la vieja lógica de su pensamiento venía en su auxilio para alertarlo de lo inexplicable de otros hechos, como la presencia en una asquerosa celda a mitad de la noche de un matrimonio de aristócratas y dos destacados inspectores de policía para encomendarle una misión que, por otra parte, podría haber llevado a cabo cualquiera de los soplones y rateros de las fuerzas del orden que trabajaban a sueldo.

Debía moverse, debía actuar si quería averiguar el motivo del regreso de Rambalda y mantener la coherencia de sus pensamientos

Todavía tardó un poco en percatarse del asco con el que lo miraban y se separaban de él los hombres y mujeres que transitaban por la City; al final, los sicarios que lo arrestaron en casa, solo le habían infligido heridas muy superficiales, seguramente tendrían instrucciones en ese sentido, pero su aspecto era nauseabundo y eso fue lo que cambió la dirección de sus pasos. Antes de nada debería deshacerse de aquellos harapos y equiparse desde los zapatos hasta el sombrero si quería dejar de llamar la atención y sentirse como el ayudante del último basurero de Londres.

Por las aceras se cruzaba con gente bien, gente de clase, para los que apenas era un olor molesto o una imagen discordante en medio de sus levitas oscuras, sus estrechos pantalones de franela gris, sus cuellos fijados con almidón, sus anchos plastrones y sus altas chisteras; y muchísimo menos contaba entre el paisaje de mujeres preocupadas en lucir las faldas de raso y encaje, las mangas pagoda o las vistosas sombrillas.

No debía asombrarle que le hubiesen encomendado una misión como la de la noche anterior; para los ricos, los barrios bajos están situados en otro planeta y poblados de seres de razas tan extrañas como los homínidos prehistóricos o las entidades mitológicas que se describen a los niños, a los que temen vagamente y de los que solo saben de oídas, porque en realidad quieren olvidar que existen.

Hasta los representantes de las castas inferiores que se dejan ver por aquella zona parecen haber sido dignificados para no ofender la vista de los patricios: sirvientas con sayas negras y delantales blancos cuidadosamente almidonados; propietarios de los comercios dedicados a productos domésticos o de ultramar

vestidos como corresponde a la prosperidad de sus locales; incluso los barrenderos y los abrecoches que ejercen allí sus oficios lo hacen con un porte diferente al de los barrios más deprimidos de la ciudad.

Ya muy cerca de la desviación hacia Snow Hill, Cox se encuentra con un muro cubierto por las inscripciones de *El Diario de las Paredes*. A diferencia de otras crónicas escritas en edificios de otras áreas, aquí casi nadie se molesta en leer las noticias, solo un anciano que enseguida comprende lo inapropiado del texto y se aleja con gesto desdeñoso.

Aunque tiene prisa, Cox se detiene un instante, apenas nada, lo suficiente para ponerse al día de las novedades en la Guerra Civil de Chile, donde por primera vez en la historia armamentística un torpedo ha hundido un barco, el Blanco Encalada, cuya tripulación había fallecido casi en su totalidad. No se detiene a leer las reflexiones sobre el uso de los países más pobres como laboratorio de armas letales por parte de los más poderosos y pasa rápidamente a revisar, por encima, los últimos episodios de la vida licenciada de Bertie, el príncipe Eduardo, hijo de la reina Victoria, que, sin embargo, se hacía llamar Alberto como su padre.

No puede demorarse más, pero no importa. Aquellas noticias están escritas en las paredes de todo el municipio, ya las terminará de leer en otra ocasión si es que aquellos periodistas locos no se hacen ahorcar antes.

Unos cientos de metros más allá, todo aquel paisaje ha cambiado por completo; donde confluían Snow Hill y Holborn Hill, a la derecha según salió de la City, encontró un cochino pasaje que le condujo a Saffron Hill, una especie de zoco repleto de tienduchas donde los rateros de ínfima división comerciaban con sus mercancías.

Delante o encima de las puertas o colgados de las ventanas, los prenderos exponían los géneros de los que eran abastecidos a cualquier hora del día o de la noche por oscuras figuras con las que negociaban en las trastiendas.

El suelo sin empedrar estaba cubierto de desperdicios, algunos mendigos sentados en el suelo se acercaban a las paredes por procurarse algo del calor de las viviendas y las ventanas enrejadas de los sótanos que dejaban ver muebles descompuestos, metales herrumbrados o restos de huesos indefinibles eran auténticos respiraderos del infierno.

El viaje interplanetario se había materializado dentro de la misma ciudad en unos pocos minutos.

Tras la tienda de ropa confeccionada que buscaba, había una barbería que también visitaría antes de dejar el barrio, pero que no resultaba suficiente para adecentar su aspecto, liberarle de la roña y experimentar el cambio que necesitaba. Una vez que contara con la nueva indumentaria, tendría que

acercarse al Matadero.

La chimenea del gabinete no era muy grande, pero resultaba impresionante, una joya artesanal construida en hierro, acero pulido, bronce dorado, porcelanas de diversas clases y mármol que presidía la sala con una autoridad que va más allá de sus utilidades.

La segunda doncella Duncan lleva unos segundos observándola desde un rincón, sin atreverse a encender el primer fuego del día tal y como le había ordenado el mayordomo. Concretamente, desde que el dueño de la casa, el lord canciller, ha entrado bruscamente en la sala, ha caminado hasta situarse a su lado y ha levantado el codo hasta dejar que descansa sobre la repisa.

No se deciden a retirarse ni su hija ni su yerno que acaban de llegar después de pasar toda la noche fuera de casa. Aguardan con la mirada baja a unos metros de distancia, incapaces de moverse o decir nada; es presumible que sigan respirando, pero nada más.

Cuando la segunda doncella Duncan entró al servicio de la casa, el mayordomo le explicó muy serio y orgulloso que trabajaría para la más alta personalidad judicial del imperio. Había oído tantas veces esa frase desde entonces que ella misma la citaba de corrido cuando le preguntaban otras compañeras en el parque. Todos allí, familia y servidumbre, eran conscientes de la relevancia de aquel hombre. En cierta ocasión, la cocinera le dijo que, a efectos protocolarios, el lord canciller está situado inmediatamente detrás de la familia real y del arzobispo de Canterbury, por delante del Gobierno, incluyendo al primer ministro.

En ese momento, el dueño de la casa abandona su posición y se acerca lentamente hacia su hija hasta quedar enfrente de ella.

Es un hombre de unos sesenta años, con el cabello blanco de espuma y el rostro ferozmente afeitado, silencioso, ascético y reconcentrado, de costumbres inamovibles. La gran conmoción de la mañana no es la noticia de que hayan secuestrado a la niña, sino que el señor aún no se haya puesto el traje negro de calle ni haya querido que le sirvieran el desayuno, cuando ya hacía catorce minutos que habían trasladado la cafetera hasta el salón auxiliar.

—Lo único que tenías que hacer en esta vida, lo único, era cuidar de mi nieta.

Pronuncia cada palabra con una dicción clarísima adquirida en sus muchos años de oratoria universitaria, el mismo tono que utiliza ahora en la Cámara de los Lores y en los tribunales, pero a un volumen muy bajo y aguzado.

A continuación, levanta la mano y le cruza la cara a su hija.

Rambalda.

No es un golpe aplicado con el propósito de infligir daño, la intención es mucho más profunda, más inapelable y despiadada, infinitamente más duradera.

Si el fuego de la chimenea no fuera desde la noche anterior un montón de cenizas, su señoría no hubiera podido apoyarse en ella para pensar y quizás no se le hubiera ocurrido hacer lo que ha hecho, piensa la segunda doncella Duncan, temiendo que al final la hagan a ella responsable de todo aquello.

Es sorprendente el efecto que el golpe ha producido en Rambalda. Su padre jamás había hecho nada parecido, pero no parece sorprendida ni dispuesta a reaccionar de ninguna forma. Toda su atención se dirige hacia su marido.

Él mira fijamente hacia la chimenea, ruborizado pero impávido.

La mujer también vuelve sus ojos hacia allí, recorre los relieves finamente trabajados en bronce dorado formando hojas de acanto, quimeras, máscaras y pergaminos, la plataforma de mármol, las porcelanas laterales con vistosas flores pintadas a mano. Se repite que debe darle un poco de tiempo para que responda, para que la defienda, aunque sabe que no va a hacerlo.

Fue uno de los miembros más jóvenes de la Alta Corte de Justicia y nadie duda que, siendo yerno del lord canciller, tarde o temprano, accederá al Tribunal de Apelación, única vía para ser elevado a la Cámara de los Lores, que es su más alta aspiración en esta vida.

Su marido no se mueve.

La segunda doncella Duncan, muy despacio, con mucho, mucho cuidado, se cambia de mano —tiene la derecha completamente entumecida— el cubo metálico.

Cuando el mundo entero, con todos y cada uno de sus millones de habitantes, se le viene encima, James Moriarty se refugia en lo más profundo de su residencia en Belgravia, una zona de rutilantes mansiones, aunque la suya es de las más discretas, no muy lejos del Palacio de Buckingham; alguna vez ha bromeado afirmando que, en aquella zona, viven las dos personas que gobiernan la nación.

Encerrado en su gabinete, contempla fijamente la maqueta de su falansterio, una réplica aún más detallada de la que conserva en el lazareto de Greenwich de la comunidad que financia en Suiza.

Al día siguiente llegaría a Londres Emmeline Coulter, una de las delegadas del colectivo, para trasladarle de primera mano los problemas que la falta de provisión de recursos estaba ocasionando en aquellos hombres, mujeres y niños que dependían de él.

Nunca se había preocupado por estudiar a fondo los patrones de convivencia,

en muchos casos descabellados, aunque casi siempre tendentes a conseguir un modelo más igualitario que el sistema actual, que defendían los pensadores socialistas. Pero, cuando supo que los modelos creados por Charles Fourier basaban su operatividad en la medida aritmética de los elementos que lo constituían, sintió que el tiempo que había dedicado al estudio de las matemáticas, en realidad toda su vida de una u otra manera, cobraban una nueva utilidad que nunca había imaginado.

Fourier preconizaba unas colonias a las que denominaba falanges o falansterios en las que el equilibrio entre trabajo, necesidades y pasiones darían lugar a una perfecta convivencia. Para Moriarty, aquella propuesta basada en la proporcionalidad de todos los elementos que la constituían fue una revelación. Los números no solo se imponían a las ideas, eran el medio de aplicar estas ideas, así como de conseguir un fin justo.

Para ello sería forzoso partir de una estructura social compuesta por cuatrocientas familias, o sea, mil seiscientos veinte individuos, con arreglo a la densidad de las familias de cuatro con cinco. Este núcleo necesitaría un terreno de una legua cuadrada para asentarse en un edificio comunitario del que se derivarían todas las ventajas de la programación social, pues, por ejemplo, las cuatrocientas familias reunidas hallarían una gran ventaja en sustituir sus cuatrocientos hogares, que emplean a cuatrocientas mujeres, por una buena cocina dirigida por unas cuantas personas hábiles en el arte de cocinar; sus cuatrocientos míseros graneros por uno dotado de todas las prestaciones; sus cuatrocientas bodegas por una amplia y bien dotada...

El experimento matemático no finalizaría en la mera organización, sino que abarcaría todos los elementos de la sociedad, desde la elección de los miembros, hasta la planificación de la actividad, pasando por los métodos de producción y ganancia. Así, por ejemplo, los dividendos se fraccionarían en cinco doceavos por el trabajo, tres doceavos por el talento y cuatro doceavos por el capital.

Y fue aquí donde Moriarty encontró el primer escollo para poner en práctica su plan: ni era probable que encontrara socios capitalistas que invirtieran en el proyecto ni estaba dispuesto a compartir con nadie el diseño de aquel microcosmos, así que tuvo que correr él mismo con los gastos que ocasionó su puesta en marcha, hasta que la explotación agrícola en la que se basaba su economía les permitiera autoabastecerse.

Pero no calculó bien los incontables recursos que consumían las cuatrocientas familias inglesas que había reclutado ni las dificultades para convertir en rentables unas tierras en un país que desconocían, ni las enfermedades o los movimientos demográficos dentro de la comunidad ni otras muchas contingencias que impedían la definitiva puesta en marcha del mecanismo social

imaginado por su creador.

Moriarty seguía convencido de la viabilidad de aquella comunidad, se trataba solo de ir ajustando la formulación y eliminando el contrapeso negativo que suponía el factor humano; tarde o temprano se impondría la eficacia reguladora de las matemáticas. Aunque, hoy por hoy, aquellas familias estuvieran cada vez más agobiadas por las necesidades, desesperadas hasta el punto de enviar a la emisaria que llegaría al día siguiente para reclamar su ayuda.

Mientras da la espalda a la maqueta, piensa en la trascendencia de que el plan del secuestro de las niñas salga adelante: no solo le proporcionará una baza crucial para influir en las cuatro personalidades del imperio, sino que le reportará los fondos que necesita para mantener en pie su máspreciado experimento hasta que la comunidad se sostenga por sus propios medios.

Completamente desnudo, salpicando los alrededores de agua helada, como un hipopótamo que hubiera pasado demasiado tiempo bajo el agua, Cox emerge de la tina colocada en un extremo del patio interior del matadero clandestino y sacude la melena para liberar los ojos del cabello mojado.

Sentado junto a su mesa de carnicero, el viejo Yannis hace como que no mira, pero no deja de observarle de reojo, cada músculo, cada cicatriz; al *revientacadáveres* nunca le ha dirigido la menor insinuación, pero todos saben que gusta de la vista y el contacto de otros hombres.

Ya es completamente de día pero la niebla no va a permitir que termine de amanecer.

Están en un patio estrecho y ruinoso, situado en el interior de una casa con aspecto de haber sido abandonada mucho tiempo atrás, apenas lo bastante grande como para contener las piezas de carne procedentes de desmembrar cerdos, reses, caballos y otros animales menos nobles obtenidos por medios desconocidos y destinados a proveer bajo cuerda a los más infames figones de la zona. A veces la carne está en perfecto estado, pero es imposible erradicar del todo el olor a podrido que impregna siempre el ambiente.

—Waël Mann.

—Waël Mann —corroboraba Cox, mientras se seca con un trozo de manta la piel azulada por el frío y se desenreda el cabello con los dedos.

—Claro que lo conocí en mis tiempos. Una rata asquerosa.

—¿Sabes dónde vive o dónde encontrarlo?

—¿Ese es el tipo al que tienes que encontrar?

—Ese —se seca con fuerza, pero en cuanto se detiene el frío lo muerde hasta el hueso—, es el hermano del cochero de los duques de los que te he hablado.

Parece que está implicado en el secuestro de su hija.

—Solo sé dónde retozaba, porque él se encargaba de que a ninguno de sus conocidos se nos olvidara. —Vuelve a encender la larga pipa y rodea la cazoleta con las dos manos para extraer algo de calor—. Según decía en aquellas épocas, y te estoy hablando de hace diez años lo menos, era el mejor cliente del más extraño burdel del East End.

—¿Por qué extraño?

Ya seco, está desenvolviendo el fardo en el que guarda la ropa de segunda mano que acaba de comprar con parte del dinero que le proporcionó lord Dilke mientras empieza a temblar ligeramente.

—No le presté mucha atención, no éramos de la misma parroquia, solo coincidíamos ante algún mostrador; él estaba enterado de que yo vivía de los cementerios y yo de que él hacía lo propio, pero nada más. Eso sí, presumía de ese extraño prostíbulo, donde ofrecían lo que en ningún otro de Londres —aspira el humo de la pipa y lo regurgita con desagrado sobre sus dedos ateridos.

Cox y el viejo se conocieron cuando este, que siempre tuvo un asiento inquieto para los negocios, alquilaba habitaciones por día en un edificio de incierta propiedad y por la noche aún se dedicaba al desentierro. Trabaron amistad y confianza, y terminó por proponerle a su inquilino, sin fuente de ingreso ninguna en esos momentos, que lo acompañara en sus incursiones camposanteras. Al final, una mala paliza lo apartó de la rapiña nocturna, pero no tardó en buscarse la vida en el negocio de la carne sin registro.

Después de la ropa interior, Cox se ha puesto una camisa blanca zurcida en la espalda, un chaleco gris oscuro, una corbata Ascot negra y un traje también negro que le queda un poco estrecho, tiene un hoyo en el bolsillo del pantalón y rastros de algo que puede ser sangre en el forro pero que, de lejos, parece recién confeccionado a su medida.

—¿Dónde cae ese burdel?

—No lo sé.

—Joder, Yannis, hoy no sabes nada.

—¿Es grave eso en lo que estás metido?

—No lo sé, pero es algo que no termino de entender, lo que es todavía peor.

Termina de ordenarse el pelo con un peine desdentado. Antes de abandonar Saffron Hill, se había pasado por una barbería para hacerse recortar melena y barba, pero la punta de flecha de canas de la perilla no desapareció, ni las huellas de los últimos años; ahora, ya limpio y con el traje puesto, busca de nuevo dónde mirarse, pero está en un asqueroso matadero secreto, allí no hay espejos. Mejor así. Supone que no parece un exalumno de Eton, pero que está más o menos presentable.

—Sé algo —vuelve el carnicero, que es hombre de pocas prisas—. Me han hablado de una furcia a la que llaman la Curandera que dicen que se ha escapado de ese burdel.

—Te han dicho que hay una furcia que dicen que dice que trabajó allí...

—Exacto.

—Muy exacto. ¿Y sabes dónde vive?

—No.

Tal vez para no responderle, Cox se emboza con una bufanda negra y se cubre con lo mejor de sus compras: un largo y grueso abrigo Ulster en perfecto estado —su dueño debió dejárselo robar sin oponer resistencia—, de paño negro a juego con el resto de las prendas, dotado de una capa desmontable que le llega a la cintura. El sombrero flexible de fieltro que ha dejado para el final es del mismo color.

—Pero sé que esa Curandera alquila un tabuco en un lupanar, al principio de Waterloo Road. Pregunta por la casa del padre Lauren. Trabaja allí a comisión.

—La Curandera.

—Por lo visto es adicta a fumar yerbas marroquíes y, cuando está en su mundo, cuenta historias del viejo burdel en el que trabajaba que quitan la respiración.

Está a punto de responder con algún sarcasmo cuando la imagen de la ramera narcotizada ensoñando sus anteriores vidas le vuelve a traer el recuerdo de Rambalda.

Por un momento es ella la que lo llama, torturada por su falta, por la quemazón de su recuerdo, la que le pide que vuelva para llevársela lejos; la puede ver hermosa y cálida como la más escalofriante de las brujas sonriéndole tras la hoguera en la que prepara sus pócimas al fondo de una choza.

Solo un momento, nada, lo suficiente para que el viejo perciba algo raro y él se sienta como un memo.

—Tengo que irme.

Por suerte lleva la cara oculta en la bufanda.

—Es temprano para las pupilas del padre Lauren.

—Antes debo pasarme por cierto local en Southwark donde los caballeros — con asco esta última palabra— envían a sus criados para que den la cara por ellos.

—No llevas armas —constata y reprocha el viejo.

—Me las quitaron esos cerdos.

Yannis asiente y se levanta con esfuerzo. A un lado de la mesa hay un cajón de madera en el que rebusca hasta encontrar una vieja cuchilla de carnicero corta y redondeada con la madera del mango astillada y la hoja medio consumida por el

óxido.

Se la tiende a su invitado sin dejar de trastear en el cajón hasta que encuentra otra, idéntica, pero en peor estado.

—Llévatelas —intenta recuperar el ritmo respiratorio tras haber pasado demasiados segundos agachado sobre su enorme panza—. Solo con enseñárselas les meterás el canguelo en el cuerpo a esos señoritos.

Cox se las guarda en los bolsillos interiores del abrigo y sale sin dar las gracias, rápido y serio, con la esperanza de dejar allí dentro la imagen de la choza y de la hoguera.

—Me llamo Mullin, señor —se presenta el niño cortándole el paso a Holmes—, ¿querría usted que le lustrase las botas?

Tendrá poco más de diez años, una chaquetilla demasiado liviana para el frío atrasado de abril y apenas puede con el peso de la silla plegable de madera y el cajón de limpiabotas.

Le falta un ojo, lleva la cara cubierta de moratones y heridas recientes.

Negando con la cabeza, el detective le entrega un chelín, lo esquiva y continúa su avance por Leicester Square. Nadie podría afirmar que haya movido ni un músculo al maldecir los malos tiempos que a tantos les ha tocado vivir.

El usual sonido de las campanillas atadas a los báculos avisa de la llegada a la plaza por la entrada del este de una comitiva de leprosos que se detiene y forma un corrillo que todos evitan cuidadosamente.

—Oh, no, señor —el limpiabotas ha echado a andar detrás de él—, yo no pido limosna.

Un veterano con insignia de sargento y una pierna amputada recita los salmos sentado en el suelo.

—De verdad que quedará contento con mi trabajo —insiste el niño, que apenas puede con el cajón y la silla.

Pero al reparar en que el grupo de cinco golfillos que rodeaba la estatua de Shakespeare con los delfines se organizan marcialmente para salir al encuentro del caballero, desiste de competir con ellos.

A pesar del desastre de Baker Street y de la enorme tensión a la que está sometido en estos días, Sherlock Holmes ha logrado conciliar unas horas de sueño en una posada inmunda y, lo que es mucho mejor, sacudirse los últimos rastros de desaliento sin necesidad de la jeringuilla. Todavía le quedan un par de días antes de salir del país y una oportunidad de neutralizar a su enemigo.

Después de asearse y cambiarse de ropa en su camerino reservado del Theatre Royal Drury Lane, el lugar donde guarda sus disfraces gracias a una vieja

amistad con el administrador a cuyo hermano liberó de un feo asunto, un intachable Holmes de abrigo recto marengo, sombrero de copa y bastón con empuñadura de nácar, se dispone a reorganizar sus fuerzas.

Los Irregulares que ya no son de Baker Street.

Los cinco andrajosos chiquillos se han alineado frente a la estatua de Shakespeare a la espera de que el detective pase revista.

—Wiggins —saluda al más alto de ellos, que sin duda los lidera.

—Jefe —tocándose la visera de la sucia gorra—. Solo he podido reunir a cuatro desde que recibí el mensaje —señalando a sus fuerzas—. Diez peniques para los billetes del subterráneo.

—Como ya te he dicho antes, bastaría con que vinieras tú para recibir instrucciones, pero no está mal que se enteren todos de cómo está el panorama —apoya ambas manos en el bastón y se da unos segundos para decidir cómo exponer la cuestión, hasta que, recordando algo, saca del bolsillo interior un manajo de cuartillas que entrega a Wiggins para que las reparta entre los demás—. Señores, ese dibujo que tienen en su poder es un retrato al carbón del hombre más peligroso de la nación. Un rostro que deberán recordar porque de ello dependen sus vidas. A partir de hoy —vuelve a centrarse en su jefe—, irás recibiendo mensajes de mi parte con diversas direcciones, la primera de ellas es la que corresponde a los baños turcos de la calle Jermyn. Son lugares que voy a visitar y en los que deberás apostar a uno de tus ayudantes con la misión de estar atento a la visita del hombre del retrato y de hacérmelo saber con la mayor celeridad por el conducto habitual.

En ese momento un grito atrae su atención y la del resto de los paseantes.

Una de las mujeres del círculo de leprosos ha caído de espaldas. El resto de sus compañeros se agacha junto a ella sin saber cómo atenderla. La gente que pasa a su lado aumenta la distancia de seguridad como si su sola visión fuese contagiosa. La leprosa es un manajo de harapos que convulsiona en ritmo creciente.

Unos metros más allá, un policía de las fuerzas metropolitanas, los llamados popularmente por haber sido creada la división por el ministro sir Robert Peel, mira hacia otro lado.

También Holmes intenta concentrarse en sus asuntos y mira fijamente al mayor de los chicos para comprobar si ha comprendido sus órdenes.

—Cuenta con ello —Wiggins intenta devolverle el resto de las copias del retrato.

—Quédate con todas —no deja de controlar la crisis de los leprosos— y se las entregas a los que no han venido. Es muy importante que entiendan que este hombre, de apariencia respetable, es el criminal más inteligente y peligroso con

el que se cruzarán en su vida, así que bajo ningún concepto debe sospechar que están allí para detectarlo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, jefe —responde el suboficial en nombre de todos.

La mujer sigue en el suelo, agitándose, mientras el resto del grupo de enfermos de lepra la observa impotente, resignados a vivir y a perecer por su mal sin la ayuda de nadie.

Sherlock extrae del bolsillo unas monedas y se las entrega a su interlocutor.

—Aquí tienen el dinero de los billetes del tren subterráneo y la paga por adelantado de dos días de trabajo. Y recuerden que habrá una guinea para el que vea al hombre del retrato en alguna de las direcciones.

Inmediatamente después de recibir el dinero, los muchachos han desaparecido.

El detective sabe que debe hacer lo mismo y en dirección contraria. Pero la mujer se mantiene en su paroxismo y nadie se acerca para ayudarla y él conoce lo suficiente de medicina para saber que a lo mejor basta con un par de sencillas maniobras para evitar que se haga trizas la lengua o se asfixie.

El policía sigue sin darse por enterado.

Holmes se asegura de que no haya secuaces de Moriarty vigilándole y se acerca resueltamente al grupo.

Además de la mujer que sigue temblando en el suelo, son otros cinco hombres y dos mujeres, aunque no está del todo seguro: todos llevan capuchas o mantos sobre la cabeza para evitar que los estragos de su terrible enfermedad queden a la vista, bastante terror inspiran ya con las leyendas bíblicas que los rodean.

—Disculpen —el detective, intentando abrirse paso entre los compañeros de la mujer, que la rodean agazapados—, ¿puedo ayudarles?

—... —no solo no le responden, sino que hacen como si no lo hubieran escuchado.

—Oigan —tocando en el hombro a uno de ellos—, ¿le han protegido la lengua?

Poco a poco comienzan a girarse en su dirección, parece que no pueden concebir que alguien venga en su ayuda.

Siguen sin responderle, pero el detective, tocándoles de nuevo sin temor aparente al contagio, aparta a dos de ellos con suavidad y se agacha frente a la mujer.

No puede verle la cara, envuelta en sucios vendajes, en realidad apenas ve algo más que el cuerpo y las piernas en una convulsión algo más lenta, y no está seguro de que esto sea la mejor señal, y las suelas de las viejas alpargatas de la mujer, llenas de barro y basura de mil caminos, entre cuyos restos distingue un fragmento de billete del Theatre Royal Drury Lane.

El Theatre Royal Drury Lane.

Intenta desplazarse hacia un lado para examinarla mejor.

El Theatre Royal Drury Lane de Covent Garden, en cuyo camerino oculta sus disfraces, el lugar donde ha estado hace unos minutos.

Otra de las mujeres le deja espacio para que se acerque a la enferma.

Todos vienen de Covent Garden.

El detective casi comprende demasiado tarde que han venido siguiéndole desde allí.

Uno de los leprosos levanta su callado y lo descarga contra él, pero ha entendido la conspiración a tiempo para levantar su bastón y desviar el golpe.

Consigue evitar que le abran la cabeza, pero el impacto le hace perder el equilibrio y caer sentado al suelo.

Mientras retrocede, sin perder tiempo en levantarse, busca el revólver en el bolsillo interior del abrigo, otro de los hombres le golpea el hombro y le hace perder el bastón, mientras la mujer que convulsionaba, ya recuperada, se lanza hacia él con una navaja mellada en la mano.

Sin haber sacado del todo el revólver, Holmes rechaza a la mujer de la navaja con una patada y sigue retrocediendo en el suelo de forma un poco ridícula. Al fin extrae el revólver mientras el resto de los leprosos se echan encima de él.

Un disparo y uno de los hombres sale despedido.

Todo el mundo en la plaza ha reparado en la reyerta.

El *peeler* se acerca a la carrera con la porra de madera en la mano mientras sopla su silbato Hudson.

Otra de las leprosas se aferra con las dos manos al brazo armado de Sherlock Holmes, intentando morderle, y la tercera consigue obligarle a soltarlo.

No es que se hayan caracterizado para parecer enfermos de lepra, aquella piel escamada, las rugosidades, las úlceras son completamente reales.

El policía ha llegado, les grita, intenta deshacer la mezcolanza de cuerpos sin conseguir nada y de pronto ya no articula ni una palabra: uno de los hombres lo ha rodeado y le ha seccionado la garganta con un viejo cuchillo de cocina.

En vez de seguir retrocediendo de espaldas, el detective aparta a patadas a los cuerpos más próximos y se lanza encima del enemigo herido de bala, salta por encima de él y logra abrirse paso por el otro lado de la maraña de cuerpos.

Por fin consigue desembarazarse.

En unas cuantas zancadas está al borde de la carretera.

Siguen las voces a su espalda

Se acerca un autobús de dos pisos y seis tiros.

Otra detonación, seguramente efectuada con su propia arma.

No hay tiempo de calcular el salto hacia el vehículo.

—Mi nombre es Sherlock Holmes —dijo Moriarty.

—¿Qué desea? —responde, vacía de expresión, nerviosa, ensimismada.

—¿Es usted la señora O'Relling?

—Sí.

El profesor no necesita preguntárselo para saber que la madre de la niña desaparecida, que ha abierto ella misma la puerta, no ha escuchado en toda su vida una sola mención al detective consultor, lo cual apoya su vieja argumentación de que este pone sus ingenios al servicio exclusivo de las clases más poderosas o acomodadas.

—Colaboro con Scotland Yard. Tengo entendido que ha denunciado usted la desaparición de su hija. Falta que atribuye usted al señor Daniel Frederiksen.

—Sí, pero ya no hace falta la policía —retuerce la punta del delantal.

—¿Ha aparecido?

—No... es que ya sé dónde está.

—¿Puedo entrar?

—Claro, pase por favor, pase.

No están en las últimas, pero las escasísimas comodidades de la casa se deben a las estrictas economías de su propietaria, que lo precede al salón donde se encontraba planchando —el altísimo montón de ropa blanca indica que seguramente por cuenta ajena— junto a la chimenea cuando fue interrumpida por la aldaba de la puerta.

Uno o dos años por encima o por debajo de los cuarenta, la piel sonrosada, los labios mordidos y un pecho generoso y dinámico que manifiesta su presencia a sacudidas en cuanto la mujer regresa maquinalmente a su trabajo de planchadora.

—Siéntese, por favor —más que por cortesía, se lo pide para disminuir la presencia del hombre en la pequeña sala.

—Gracias —no le ha pedido el bastón ni el sombrero, que debe apoyarse sobre las rodillas una vez sentado en el descolorido sillón—. Así que ya sabe dónde se encuentra su hija.

—Bueno, no exactamente.

—Entiendo.

Respira hondo, recuesta la cabeza en el respaldo del sillón y la mira intensa pero sosegadamente, amenazando con quedarse allí todos los años que sean precisos para que la mujer se aclare.

No es necesario esperar tanto tiempo.

—Recibí un sobre esta mañana con un retrato reciente y una esquila —solo tiene ojos para los dobleces de la ropa y el recipiente donde moja los dedos antes de rociarla—. Está muy bien.

—Y algún dinero.

—Y algún dinero —sin apenas voz.

—Ya.

—El señor Frederiksen siempre ha tenido toda suerte de atenciones con nosotras.

—Sin embargo, usted lo denunció.

—Yo... me asusté. Aswimi, mi niña, tiene solo doce años, estamos las dos solas —ahí hay otra historia pero no tira de ese hilo—. Desaparecieron sin decirme nada. Pero ahora ya estoy tranquila.

—Ese hombre las frecuenta a ustedes hace tiempo —es una afirmación.

—Sí, hace unos meses nos paró por la calle y me dijo que era fotógrafo y que había observado que mi hija era una estupenda modelo psíquica, a la que, si no me molestaba, le convendría hacer unos retratos con su máquina. Estábamos las dos solas y yo no sabía qué hacer; me pareció muy extraño, pero nos invitó a merendar, nos contó muchas cosas de sus viajes y me dijo que le gustaría hacerle unas pruebas, conmigo presente, claro.

Ahora ya no tiene ni siquiera a su hija y no puede contener la necesidad de hablar con alguien.

—¿Le enseñó los retratos? —preguntó Moriarty, con esa voz tan calmada.

—No, se pasaba horas haciéndoselos y después se los llevaba; decía que para verlos había que tener un ojo entrenado —se desespera porque la plancha se ha enfriado y ya no cumple su función, así que se agacha para dejarla en el pretil de la chimenea y cambiarla por otra caliente—. No solo le hacía retratos, también traía regalos y le mandaba unas hojas de caligrafía para mejorar su letra, que era lo primero que miraba al llegar —el caudal de voz va menguando hasta extinguirse.

—Pero usted le tenía miedo.

—Él era muy amable, todo un caballero —se apresura a contestar, pero no lo desmiente—, y cuando estuve con las fiebres, nos ayudó mucho.

—Pero usted le tenía miedo —marcando cada sílaba.

—Es que tenía esas aficiones tan extrañas, todo eso del espiritualismo —presiona la plancha con más fuerza de la necesaria.

—¿Sí?

—Una vez me pidió permiso para llevar a la niña a una sesión con un médium, según él muy famoso, porque decía que la niña tenía facultades como conductora entre los dos mundos. Yo no quería, pero Aswimi insistió tanto en asistir que a ver qué iba a hacer yo. Él se pasaba las horas hablando con ella, enseñándole cosas sobre su ciencia, como el señor Frederiksen la llamaba. Decía que la niña era su mejor discípula.

—¿Fueron?

No llega a responder afirmativamente, pero humilla la cabeza para indicar que consintió, como, con toda probabilidad, hizo a otras muchas peticiones.

—Mi niña me contó que estuvieron en una mansión muy grande con gente muy importante —se moja el dedo con saliva y comprueba que la plancha se ha enfriado pero no hace nada por cambiarla de nuevo—. Venía muy cambiada. Pero contenta.

—¿No le contó lo que pasó allí?

—No. Decía que yo no estaba iniciada —se ríe con la ocurrencia.

—Y después desaparecieron, Daniel Frederiksen y su hija.

—Sí.

—Y hoy ha recibido usted esa carta.

—Sí —al borde del llanto.

—¿Puedo ver el retrato?

La mujer, con un gesto ceremonioso, lo saca del bolsillo del delantal y se acerca unos pasos a Moriarty, no muchos, no llega a rodear la mesa de la plancha, como si temiera que el hombre se lo arrebate.

Una mesa llena de dulces y detrás el vestido demasiado infantil, una sonrisa radiante, una mirada estúpida, unos puños apretados, una niña que no lo es.

—Aswimi está perfectamente —intenta parecer una madre orgullosa.

—¿Cómo sabe que el retrato es reciente? Podría ser un retrato antiguo, de hace unos meses.

—Porque el vestido se lo hice yo misma y lo estrenó no hará más de una semana.

—¿Qué dice la carta?

—Que está buscando un internado de señoritas donde completen su educación. Que en cuanto lo hayan encontrado me mandará la dirección y el billete de tren para que vaya a visitarla —lo mira expectante, con la esperanza de que la historia le haya parecido más convincente que a ella.

—Y eso es todo.

—...

Abre los brazos, eso es todo lo que hay, todo lo que le queda.

El profesor Moriarty respira hondo, parece un hombre en paz, no tiene ninguna prisa.

—Señora O'Relling, necesito pedirle un gran favor.

—Usted dirá —contesta, retrocediendo un paso.

—A estas horas aún no he tomado ni una sola taza de té.

—Claro —se guarda la foto inmediatamente, aliviada de que no sea ese el favor exigido—. Enseguida —aunque todavía tarda unos segundos en salir de la

sala y al fin lo hace con paso inseguro.

Daniel Frederiksen.

Lo conocía desde muchos años atrás, cuando aquel hombre tenía otro rostro, otra vida y se llamaba de forma distinta; una muerte y una resurrección en la que Moriarty había jugado un papel sustancial.

Nunca le gustó, pero nadie como él podría haberse convertido en la llave para llegar hasta la misma nieta de la reina Victoria.

Moriarty había tenido diversos tratos con él, unas veces directamente y otras a través de personas interpuestas, a lo largo de los años; préstamos sobre todo, que a veces se habían saldado con la información que Frederiksen, en su calidad de fotógrafo de sucesos ultraterrenos, obtenía de las más reservadas mansiones.

El 29 de octubre de 1884, cuando colaboraba con el famoso médium William Eglinton, Frederiksen tuvo el privilegio de fotografiar una de las sesiones de materialización más importantes de la historia de lo sobrenatural: el por entonces primer ministro de Gran Bretaña, William Gladstone, participó en una de las consultas a los espíritus que el médium llevaba a cabo en sus famosas pizarras negras. El político formuló varias preguntas en español, griego y francés, preguntas que fueron respondidas por escrito en esas mismas lenguas. Gladstone quedó tan convencido que se afilió a la Society for Psychical Research.

Había tardado varios años, pero Moriarty había creado todo un entramado para convencer a la reina de que podía llevar a cabo una consulta similar y a Frederiksen de que facilitara el secuestro de la pequeña princesa Alice. Ahora que lo habían logrado y la conducta del maldito fotógrafo debía ser más intachable que nunca, porque sin duda sería uno de los primeros sospechosos, se fugaba acompañado de una niña de doce años con nadie sabía qué intenciones.

El profesor no dejaba de darle vueltas a aquellos extraños retratos que había encontrado.

Debía hallar lo antes posible a ese hombre y solo podía hacerlo él mismo.

Aparece la mujer con la mejor taza de su modestísima vajilla en precario equilibrio sobre un platillo desparejo.

—Le he puesto leche y azúcar.

—Lo tomo solo —poniéndose bruscamente en pie—, pero déjelo, tengo que marcharme ya, gracias.

—Oh.

La mujer duda un momento sobre qué hacer con la infusión y al final la deja sobre la repisa de la chimenea.

—Una cosa más, esas sesiones fotográficas con su hija, ¿tenían lugar en esta casa?

—No, señor, nos trasladábamos siempre a su estudio.

—¿Su estudio? —No sabía que tuviera ningún estudio. Y debería estar al tanto de ello, como de todo lo demás.

—Según el señor Frederiksen, lo compartía con otro fotógrafo, pero nunca llegamos a conocerle.

—¿Dónde estaba?

—En el Soho, en el número 13 de Meard Street.

—Bien.

El hombre dirige una última mirada a su alrededor, muy lentamente, por si se olvidaba de algo.

—Señor Holmes, mi hija está bien. De verdad. Él la cuidará —las manos ocultas en el fondo de los bolsillos del delantal.

—Por supuesto.

Moriarty avanza unos pasos hacia la salida, se pone el sombrero para liberar la mano con la que abrirá la puerta pero se detiene antes de salir.

—Casi lo olvidaba, tendré que llevarme ese retrato de su hija.

Aunque muy poco se diferenciaba la entrada de otras muchas tabernas de mala muerte repartidas por Southwark, Cox conocía bastante bien la arquitectura de las construcciones londinenses para saber que tras aquel portal estrecho y ruinoso podía encontrarse cualquier cosa.

El local donde los caballeros resolvían sus diferencias a través de sus criados estaba estratégicamente situado frente a una de las sedes del sindicato de estibadores, de manera que el abundante trasiego de tipos rudos mezclados con algunos hombres de negocios no llamaba la atención.

Rystone Erasmo Cox pide un vino caliente y tomando la jarra de peltre se interna en los pasillos del local, procura sumarse a la corriente de parroquianos más abultada. Lo que parecía la entrada a uno de los numerosos reservados le permite acceder a un patio enorme lleno de gente con un cercado en el centro. El contorno está salpicado de ventanas y balcones en los que gente embozada, obviamente más distinguida que la de abajo, puede contemplar el espectáculo sin enfangarse de chusma.

Varios hombres de la casa, que se distinguen por las largas porras que penden de sus cinturones, se encargan de mantener la calma entre los asistentes, así como de anotar algo en cuadernos que comparan continuamente entre sí.

El *revientacadáveres* aparenta no tener prisa ni interés concreto, bebe el vino y se deja llevar por los espectadores, muy animados en efectuar y contrastar sus apuestas sobre un encuentro que aún no ha comenzado. Conocía perfectamente cómo funcionaban aquellos combates clandestinos, incluso había participado en

alguno cuando se encontraba sin otro medio de subsistencia; nada que ver con las reglas del boxeo promulgadas por el marqués de Queensberry en 1867, sino luchas brutales a puño desnudo sin duración específica de los rounds ni prohibición de llaves por debajo de la cintura, golpes al caído ni botas de clavos.

Los vítores del gentío le indican que los contendientes están llegando al ring por la parte opuesta del cercado, así que poco a poco empieza a abrirse paso para poder echarles un vistazo.

No es que tenga gran interés en el espectáculo, pero necesita verlo para hacerse una idea de la mecánica de representación por la que aquellos desgraciados lavan las ofensas de sus señores mientras estos los observan cómodamente desde ventanas y balcones.

Un rugido en el ring hace que se dispare su interés: el hombre capaz de emitir semejante grito debe ser en verdad un combatiente formidable.

Está a punto de alcanzar la cerca cuando una mano se deja caer sobre su hombro.

No necesita volverse del todo para vislumbrar la larga porra en la cintura que distingue a los encargados de mantener el orden.

Su mano izquierda se pierde en el bolsillo interior del abrigo en busca de una de las cuchillas de carnicero.

En ese momento, la muchedumbre se abre por un momento y le permite ver a los luchadores: un tipo rubio de gran barriga con un barco tatuado en la espalda y un gigantesco oso negro que en aquel momento se abate sobre su adversario.

—Señor, ¿me es permitido entender que esta es la primera vez que disfruta de los servicios de nuestros baños? —pregunta el turco del mostrador.

—Ya le he dicho que no he venido a utilizar las piscinas, sino a hablar un momento con uno de sus empleados —repite Holmes.

—Pero, señor, las prestaciones que ofrece el Hammam de Urquhart son mucho más completas que una simple piscina —se retuerce el bigotazo y finge estar ofendido mientras ensancha la sonrisa—. Los baños turcos tranquilizan el sistema nervioso, tratan toda clase de enfermedades, eliminan las impurezas de la sangre y nivelan los humores del cuerpo.

—Mis humores están perfectamente equilibrados, puede creerme; solo quiero ver a alguien. ¿No hay alguna tarifa —señala el menú expuesto en un pequeño trípode sobre el mostrador— que me permita entrar a hablar con el mozo?

—Hablar con alguien... —repite las palabras con intención—. Claro que sí, señor. Perdón, he sido muy torpe. Serán 20 chelines.

—Gracias.

Le entrega las monedas.

—Siga recto por el pasillo y encontrará nuestro solárium. Si desea una toalla, alquilar una taquilla, un reservado o cualquier otra cosa, le estaré esperando — esto lo menciona con una doble intención que es mejor no interpretar.

En el vestíbulo ya se aprecia una subida de temperatura que contribuye a que todos acepten con normalidad que el detective haya entrado con el abrigo —el mismo que se había visto obligado a limpiar en una fuente pública para eliminar las manchas de lodo tras la reyerta de Leicester Square— colgado del brazo. Por suerte, la pelea no le había dejado otras huellas o heridas apreciables, pero cuando respira hondo o hace algún esfuerzo siente el prolongado castigo de un agudísimo dolor en el abdomen que intenta ignorar sin ningún éxito.

A medida que se interna por los corredores, el calor no hace sino aumentar.

El Hammam de Urquhart, el primero de los baños turcos inaugurados en Londres, se encuentra en la calle Jermyn, el corazón de lo más elegante del West End, aprovechando el edificio del hotel Saint James. Pero una vez dentro, todos y cada uno de los detalles arquitectónicos y decorativos estaban destinados a hacer pensar al cliente que se encontraba más allá del Bósforo.

El pasillo se abre a varias salas, la mayoría ocultas por cortinas, y desemboca en un formidable salón, cubierto por una cúpula con varios tragaluces, que alberga una gran piscina rectangular. Alrededor, profusión de cerámicas azules, alfombras asiáticas y paredes cubiertas por tapices con motivos geométricos, florales o abigarradas inscripciones.

Aunque el calor que despiden los baños aclimatados por una gigantesca caldera de vapor resulta sofocante, se puede ver pasear a cierto número de caballeros completamente vestidos como el detective, casi todos ellos observando fijamente a los del interior de la piscina que, desnudos y apoyados en el borde, charlan animadamente o toman alguna bebida, la mayoría distribuidos por parejas.

También transitan los mozos que sirven los pedidos de los bañistas o se pierden con invisibles encargos más allá de las arcadas. La mayoría son jóvenes y muy morenos, pero entre ellos contrasta un hombre de más de sesenta años, con el pelo blanco y los hombros encorvados, que se mueve más lentamente pero con mayor determinación que los demás, como si concentrándose en su siguiente encargo pudiese olvidar el lugar donde se encuentra.

A él se dirige Sherlock Holmes.

—¿El señor Hubert Dugan?

—¿Perdón?

El hombre se detiene aunque no puede dar crédito a que alguien lo llame por su nombre.

—¿Podría dedicarme un momento? Colaboro con Scotland Yard — entregándole una pequeña tarjeta.

—Mire —más avergonzado que atemorizado—, yo no tengo nada que ver con lo que algunos caballeros hagan detrás de las cortinas, yo me limito...

—Señor, este establecimiento no podría importarme menos. Me gustaría hacerle unas preguntas acerca de la época en la que usted prestó sus servicios como bedel en la Universidad de Manchester.

—Hace ya años de eso —responde igual de desconcertado.

—Más concretamente, quisiera hablarle de uno de los profesores que enseñaban allí, el señor James Moriarty.

En cuanto escucha el nombre, se vuelve por si hay alguien que pueda oírles.

—Será mejor que me siga —susurra.

Intentando aparentar una completa normalidad, guía al detective por uno de los pasillos laterales. Unos metros más allá se cruzan con uno de los jóvenes mozos de piel morena que avanza en su dirección, abrazado por la cintura con un hombre pelirrojo de mediana edad que no hace nada por disimular su actitud.

—Como puede ver, ni mi edad ni mis cualidades coinciden con las de mis compañeros —explica al detective cuando pasan de largo—, pero hasta en sitios como este hace falta contar con alguien capaz de diferenciar entre las clases de té, cigarros o cocteles que solicitan los clientes.

—Estoy seguro.

—Entre aquí, por favor.

Están en una especie de almacén o taller lleno de camillas rotas con cubiertas de hule, algunas hamacas y una mesa de trabajo con una caja de herramientas.

Tras encender un farol, cierran la puerta y los dos toman asiento en los bordes de unas hamacas desfondadas.

—La verdad, señor... —consulta la tarjeta— Holmes, no sé cómo puedo ayudarle. Hace ya muchos años que abandoné la Universidad de Manchester.

—Los mismos que el señor Moriarty, por entonces catedrático de Matemáticas.

—... —no se atreve a responder, está a la espera de comprobar qué es lo que espera de él.

—Uno de los profesores a los que he interrogado mencionó el despido de usted, sugiriendo que ambos sucesos pudieran estar relacionados, pero no quiso decirme más. En realidad, ninguno de los profesores con los que me he entrevistado aportó más que algunos datos superficiales a la biografía de Moriarty, como si, aun transcurrido todo este tiempo, siguieran sintiéndose amenazados.

Asiente, compartiendo la sospecha del detective.

—Puede creer que ni yo mismo sé con seguridad por qué prescindieron de mí. Nunca me lo explicaron —le tiembla la barbilla cuando calla, así que prefiere seguir hablando—. Solo sé que un mal día sorprendí una conversación entre el catedrático y el rector, apenas unas palabras. Y al día siguiente me despidieron.

—¿Cuáles fueron esas palabras?

—Moriarty parecía recordarle que lo tenía en sus manos. O, al menos, eso me pareció oír.

—¿Y después?

—Mi despido fulminante, sin justificaciones ni indemnización alguna.

—...

El detective une las yemas de los dedos y asiente, animándole a continuar.

—Mi esposa y yo nos vinimos a Londres y comencé a buscar empleo, sin ahorros, sin referencias, sin nada —no dedica más tiempo a rememorar una época que le ha traído a donde está—. Al poco escuché que Moriarty también había abandonado la cátedra y, como no tenía nada mejor que hacer, comencé en mala hora algunas indagaciones sobre él. No podía dejar de pensar que nuestras salidas de la universidad estaban relacionadas.

—Siga, por favor.

Pero al hombre no le resulta fácil; ahora le tiemblan las manos además de la barbilla; las pausas están a punto de desembocar en un silencio definitivo. Está claro lo que le mortifica recordar el pasado, pero quizás volver al presente sea todavía peor.

—James Moriarty se afincó, al igual que yo, en esta ciudad, estableciéndose como preparador de oficiales del ejército.

—Eso ya lo sabía.

—¿Sabe también lo del suicidio del joven capitán?

—No.

—Un joven llamado Alban Loughy, al que daba clases particulares y sobre el que había desarrollado una gran influencia. Me dijeron que se trataba de un hombre alegre, sin problemas aparentes, con una carrera muy prometedora... y, de repente, se quitó la vida. Ya le he dicho que yo andaba sobre los pasos del profesor en aquella época, así que cuando supe lo de esta muerte, me pasé por el club del joven caballero para hablar con los camareros, aunque ninguno me contó nada de interés, solo coincidieron en que su carácter se había ensombrecido en los últimos meses. Los que llevaba en contacto con Moriarty.

—¿No le dijeron nada más?

—Quizá si hubiera insistido hubiera sacado algo más, pero no volví a ir por allí.

—¿Por qué?

—Al día siguiente, mientras yo pateaba las calles en busca de trabajo —ha llegado a la parte más difícil de su relato—, un hombre sorprendió a mi esposa mientras subía las escaleras. Un hombre embozado. Le encargó que me dijera que yo no debía meterme donde no me llamaban. Después la tiró por el hueco de las escaleras.

—Dios.

—Está bien —lo tranquiliza—, pero se rompió la espalda.

—Lo siento.

—No ha vuelto a caminar desde entonces, pero...

Abre las manos, que ya no tiemblan, para indicar que aquello es un mal menor.

—¿Cómo se llamaba el club al que pertenecía el alumno de Moriarty?

—Heptarquía.

—Te voy a despiojar a guantazos —le grita el luchador al oso negro, que le saca medio cuerpo de altura y lo duplica en peso.

El animal lo mira sin emitir sonido alguno, quizás porque el bozal metálico le impide hacerlo, pero le suelta un zarpazo que lo envía al otro extremo del ring.

Con toda seguridad tendrá las garras recortadas porque el hombre no presenta desgarros en la piel.

Pero al levantarse, unos segundos más tarde, lo primero que hace es arrancarse los dientes que se ha machacado contra uno de los postes del cuadrilátero.

El vigilante sigue con la mano en el hombro de Cox, de manera casi amistosa, como si el espectáculo fuera mucho más importante que llamarlo al orden, pero el *revientacadáveres*, con una de las cuchillas de carnicero en la mano oculta por el abrigo, se da lentamente la vuelta.

—Rystone Cox.

—Josh.

Los dos se conocen bien.

Vuelven la mirada hacia el cercado a la espera de que el boxeador o el oso ataquen de nuevo.

Josh pertenece, o pertenecía, a una de las llamadas sociedades de vigilantes, las partidas de hombres armados que guardan los cementerios de los que viven del asalto a las tumbas a cambio de las propinas que les entregan los familiares de los recién enterrados.

Una noche, su sociedad sorprendió en plena faena a Cox y a un galés con el que realizó algunos trabajos durante una época. Hubo lucha y sangre. La Sociedad se llevó la peor parte. Pero cuando el galés quiso degollar a Josh para

eliminar testigos, Cox se lo impidió.

Tiempo más tarde, el vigilante lo localizó para agradecersele y asegurarle que le debía una.

Que muy bien podía ser esta.

—Aclárame una cosa —Cox—, ¿no es aquí donde vienen los sirvientes para pelear las ofensas de los capones de sus amos?

—Así es.

—Entonces, ¿de qué caballero es ayuda de cámara ese oso?

—En este local no solo se celebran luchas de criados, también ofrecemos otros espectáculos, aunque este es de los más solicitados —señala a los contendientes, que se observan sin acercarse.

—Y tu trabajo es que el público no se desmande.

—Podría ser peor —comentó con gesto resignado—, en el camposanto había más humedad y peores bichos —le retira la mano del hombro—. Y tú, ¿a qué has venido? —no es del todo una pregunta de cortesía.

Cox es un tipo más doble que la mayoría, aunque el vigilante le aventaja en estatura, peso y fealdad; también en años, cicatrices y fracturas mal curadas.

—Busco a un individuo que quizás haya estado por aquí recientemente...

En ese momento, los espectadores que ya se estaban impacientando por lo que consideraban un combate estancado, estallan en gritos, aplausos y patadas contra el suelo cuando el boxeador, bailando ante el oso como si fuera un igual, amaga dos golpes alternos a la cara con cada puño y se abre camino entre sus garras para importunar a su adversario con un izquierdazo derechazo izquierdazo derechazo en el abdomen.

Que el animal ni siquiera advierte.

Ante la inutilidad de su ataque, el hombre intenta deslizarse entre la presa que el oso negro cierra en torno a él, se deja caer, se revuelve, es muy rápido y está a punto de salir indemne, pero no lo consigue.

El animal se ciernen sobre él con todo su peso, se escucha un crujido seco, y se queda allí, apuntalado sobre el cuello y la espalda del luchador, con la respiración muy pesada tras el esfuerzo, disfrutando del triunfo y de la admiración del público, que aplaude bestial, fiera, rabiosamente.

—El sujeto al que busco se llama Waël Mann —Cox se echa hacia atrás el sombrero para no tener que levantar la cabeza al hablar—. Quizás lo hayas visto a él o a su hermano Leslie.

—Conozco a Waël. Se dedica al desentierro, como tú. Vino hace poco, con uno que se le parecía mucho, es posible que fuera su hermano.

—¿Qué pasó?

—El hermano venía a pelear con otro criado. Pero ninguno de los dos

caballeros que los mandaban se presentó. Así que se arreglaron entre ellos, como hacen tantas veces. En esos casos, quien pierde es la casa, ya que no hay porcentajes de las apuestas, así que les estuvimos apretando un poco; pero si no quieren pelear no puedes hacer nada, así que los echamos y se acabó.

—¿Qué tal es ese Waël Mann?

—Un pelagatos. Se busca la vida como puede, como tantos.

—¿Sabes por dónde ronda?

—Es fijo del cementerio de las prostitutas de Cross Bones —con una mueca de asco—. Ya conoces la zona.

—Mal le deben de ir las cosas para haber terminado por allí.

—No sé más de él.

—Iré a verlo esta noche —Cox se aleja un paso y vuelve a calibrar al otro: a pesar de lo amistoso de la conversación, no ha soltado la cuchilla en ningún momento, con aquella gente nunca se sabe—. Te agradezco mucho la información —retrocede otros dos pasos.

—Una cosa —mirando hacia otro lado—, no vuelvas a aparecer por aquí.

—Lo tendré en cuenta —se baja el ala del sombrero con la mano libre—, procura no aparecer tú tampoco por mis cementerios.

—Ya.

—A no ser que te lleven a hombros, claro.

Ya son demasiadas palabras al borde de la provocación; los dos saben que un par de respuestas más pueden llevarles a terminar la conversación en algún callejón de los alrededores, así que guardan silencio.

Sin darle la espalda, Cox se aleja en dirección a la salida.

Un caballero con capa, cuello subido, sombrero hongo y ojos de mujer lo mira fijamente desde uno de los balcones.

El público pide un nuevo combate.

Después de examinar las sábanas revueltas, Moriarty se despoja del abrigo y el sombrero para apoyarlos sobre el cabecero, extrae del bolsillo una lente de aumento y, apoyándose en rodillas y codos, desaparece debajo de la cama.

—Siento mucho que encuentre todo este desorden —se disculpa la patrona—, pero el señor Reydar no nos permite entrar a limpiar en su estudio.

La mujer no le puso ningún inconveniente en cuanto el profesor le comunicó el carácter oficial de su visita, como si ni Daniel Frederiksen, el hombre que se ha llevado a la chica cuya casa acaba de visitar, ni el otro fotógrafo con el que comparte este estudio le merecieran ninguna confianza.

Un par de minutos después reaparece Moriarty tosiendo por el otro extremo.

Cuando se pone de nuevo en pie tiene que dedicar unos minutos a limpiarse las porquerías que trae fijadas a la ropa.

—¿Cuál es el nombre de pila del otro fotógrafo? —pregunta.

—Nunca lo he sabido, siempre lo hemos conocido como señor Reydar.

La patrona del edificio es una mujer a finales de la cincuentena, pero vestida y peinada a la moda que seguía con veinte años, la época en la que seguramente alcanzó los triunfos sociales de los que más o menos sigue manteniéndose. No está claro si la sonrisa complaciente y la voz cálida son parte del negocio o de su repertorio de encantos naturales. En cualquiera de los casos, el profesor intenta no prestarles mucha atención, mientras, acucillado, siempre con la lupa por delante, examina el aparataje fotográfico.

Dicho material junto a la cama, un baúl, una mesa y una silla constituyen todo el mobiliario de la buhardilla, un espacio demasiado grande para una sola persona, tan frío y cerrado a la luz del día que es imposible no suponerle un cierto aire malsano.

—Señor, ¿cómo me dijo que se llamaba?

—Holmes, Sherlock Holmes —responde Moriarty sin mirarla.

—Perdón, señor Holmes —zalamera—. Si me dijera qué es lo que busca exactamente, a lo mejor podría ayudarle.

—A ver si me aclaro, señora —sin escucharla—; según hemos convenido, este estudio lo comparten dos fotógrafos, ¿no es cierto?

—Así es, el señor Reydar y el señor Frederiksen.

Olvidándose de la patrona, Moriarty saca del bolsillo la pipa que ha adquirido esa misma mañana y se dirige a la pared del fondo.

La mujer, detrás.

Llevaba casi doce años sin fumar, desde el día en que decidió que le bastaba su fuerza de voluntad para abandonar ese vicio estúpido, banal y engorroso; pero hoy había caído en la cuenta de que si su gran adversario era un fumador irredento, volver a hacerlo él mismo sería un paso más en este juego de posesión que estaba llevando a cabo y que aún no había pensado adónde lo llevaría. Así que había comprado una cachimba, la había quemado con el mismo brandy con el que lo hacía el detective y se había provisto de una buena cantidad de la mezcla de tabaco que él prefiere.

Se sirve precisamente de la pipa para señalar los retratos sin enmarcar adheridos a la pared.

—Hay algo que no cuadra.

—¿Señor?

La mujer se queda mirando fijamente las fotografías, una colección de mujerzuelas, algunas de avanzada edad, muchas con alguna clase de defecto

físico, la mayoría en avanzado estado de decadencia y todas compartiendo el más ínfimo peldaño de un oficio común, pero no logra adivinar la causa del desconcierto del hombre.

—El hecho de que no haya más que una cama —prosigue Moriarty—, que la ropa que contiene ese baúl sea de talla única, incluso que esta colección de retratos pertenezcan claramente a un mismo autor me hacen pensar que en esta morada reside un solo hombre.

La patrona se acerca y baja la voz, al igual que haría si estuvieran rodeados de curiosos.

—Es verdad que quien está aquí casi todo el tiempo es Reydar; bueno, el tiempo que no pasa en su taberna o en la calle donde hace estos horribles retratos —entrando en confianza—. El señor Frederiksen aparece de vez en cuando con su máquina, pero se marcha enseguida.

—¿Con qué frecuencia? —expulsando un torrente de humo.

—Nunca se sabe, a veces ni me entero de si entra o sale —ya volcada en su comadreo—. A diferencia de Reydar, el otro es todo un caballero y se ve que podría alquilar un sitio más elegante que este.

Moriarty se toma una pausa antes de formular la última pregunta; apenas puede apartar la mirada de las piernas abiertas y las camisas desabotonadas de las mujeres que parecen contemplarle desde la pared. Aquel asunto le está turbando más y de una manera más inquietante de lo previsible.

—Ha hablado usted de su taberna —más humo—, ¿sabe usted qué taberna es esa?

—No conozco su nombre, pero más de una vez ha mencionado que se encuentra en Fleet Street, en la City.

El carruaje se detiene a un par de metros de la barrera que cierra la entrada al Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck.

Tras ponerse de pie sobre el pescante, Wystan Tansel, conductor, propietario y único ocupante del vehículo, hace restallar el látigo para descargar el enfado que le produce no encontrar esperándole al administrador tal y como le había exigido.

De las profundidades de la arboleda cree recibir la queja desahuciada de los nativos recluidos en las jaulas, pero inmediatamente decide que se trata de la brisa y que, si no lo es, no va a dedicar ni un momento de su preciado tiempo a rumiar la desesperación de aquellos seres, así que continúa con lo suyo.

Por fin salta de manera ágil al suelo para levantar él mismo la barrera.

Es imposible no reconocerle con su alto sombrero de copa sin apenas ala, su

levitón negro pasado de moda y las extrañas patillas que, dependiendo del día, son espesas, desiguales y cubiertas de rizos o simétricas, ralas y perfectamente perfiladas.

Una vez desbloqueado el acceso, sube de nuevo al coche y enfila el caminillo hacia la enorme cancela que protege el zoológico; es un hombre iracundo e impaciente y, desde que ha comprobado que el administrador no le espera como prometió, está decidido a saltar sobre los barrotes de la verja y llevarse por las malas a los indígenas que ha venido a buscar, aunque para ello tenga que forzar, machacar o apalear cuanto se encuentre a su paso.

—¡Maldito Sprouse, deje de revolcarse con sus gorilas y salga a abrirme la puerta! —vocifera a toda garganta cuando llega frente al portón, sin bajar aún de su asiento.

Los dos caballos que lleva enganchados al *landau* se rebrincan ante el grito de su amo; es un carruaje grande y sólido, cerrado y con las ventanillas cubiertas por unas cortinillas negras que impiden divisar el interior.

Se dispone a repetir la llamada cuando escucha una voz pidiéndole calma desde el bosquecillo.

Enseguida aparece Tyco Sprouse muy apurado, con su capa de hule, su escopeta y un llavero enorme.

Vuelve a disculparse mientras abre la cerradura con una de las grandes llaves.

—Le dije que me estuviera esperando en la entrada —Wystan Tansel, sin abandonar el pescante.

—Tenemos que conversar —ha salido del recinto y habla al pie del carruaje, intimidado no solo por la diferencia de altura.

—¿De qué?

—Esto no puede seguir así —al administrador se le va agotando su exigua dosis de valor—, no puedo permitir que siga llevándose a los aborígenes.

—¿Por qué? —con una risa—. Si por aquí hace meses que no aparece nadie.

—Es cierto que atravesamos un mal momento, pero...

—¿Un mal momento? Esta boñiga de zoológico es una pura ruina —vuelve a reírse—. Los cuatro gorilas que le quedan se morirán de hambre o de cualquier infección si no se deshace pronto de ellos.

—No son gorilas, son...

—¿Personas? No me venga con paparruchas.

En ese momento, el administrador es consciente de llevar una escopeta en la mano; despacio, apoya la culata en el suelo e intenta que pase lo más inadvertida posible entre los pliegues de su capa, no sea que con ella intensifique la ira de su interlocutor.

Pero este, que está cayendo en la cuenta de que por ese camino no conseguirá

sus pretensiones, cambia vertiginosamente de tono para parecer más razonable y conciliador:

—Mire, tengo que proponerle un trato que seguramente sea de su interés, pero suba, hombre, suba, no me hable desde allá abajo.

Ninguno de los dos llegará a los treinta años, pero Tyco Sprouse trata al visitante con el acatamiento que dedicaría a un hombre mucho mayor que él.

Ahora se queda mirándole, tal vez intentando reunir fuerza para seguir adelante con el desafío.

—¡Vamos, hombre, que solo quiero hablar con usted! —lo apremia el otro.

En cuanto el responsable del zoológico cede y sube al coche, el otro azota a los caballos para introducirse rápidamente por el portón.

—¿Qué trato es ese?

Tansel no le responde, está muy ocupado orientándose por el laberinto de caminos que cruzan el zoológico. Lleva las riendas con seguridad y tarda pocos minutos en hallar la madriguera.

Los fueguinos lo reconocen, se remueven entre los barrotes, no es la primera vez que los visita.

Al principio de su relación, cuando aún no se lo había ganado para su causa y mantenía un trato cordial y respetuoso con el administrador, este le contó que el mismo Charles Darwin, al visitar la Tierra de Fuego en 1832, dijo de aquellos nativos que se trataba de las más abyectas y miserables criaturas que había visto en su vida.

Wystan Tansel, sin prestar ninguna atención al responsable del recinto, toma su grueso bastón de nudos, baja lentamente del asiento y se acerca a los barrotes; de verdad que si no pesara sobre él una deuda de cuyo cumplimiento depende una pena en la que no quiere ni pensar, evitaría acercarse a aquellos seres, que se repliegan temerosos a los rincones de su guarida.

—Abra —le exige, sin mirarlo, al director, que ha bajado del coche y se encuentra en silencio junto a él.

—Ya le he dicho que no podemos...

—Escúcheme —se vuelve, otra vez repentinamente encantador—, he estado hablándole de usted y de este establecimiento a cierta joven dama que actúa en el mismo teatro donde represento mi número en estos días. Y lo he hecho en términos tan elogiosos que la damisela, que es de una curiosidad y un arrojo difícilmente comparables, apenas puede contener sus deseos de efectuar una visita guiada por sus instalaciones.

—Bueno —la idea de la visita empieza a hacer su efecto inmediatamente—, como usted sabe, hoy por hoy, los jardines no están en condiciones de ser contemplados.

—Escúcheme —repite—, da la casualidad de que precisamente hoy es su día de libranza en el teatro y estaría dispuesta a venir esta noche a disfrutar de un paseo privado por estas raras atracciones.

—Ya le digo que...

—¡Escúcheme! No le estoy hablando de una señoritinga cualquiera, sino de la zorra más lujuriosa que haya pisado un escenario, una mujer que se ha levantado las enaguas para todo el personal, desde el jefe de pista a los enanos que reparten el agua, ¿va usted a desperdiciar una oportunidad así?

Tyco Sprouse retira la palabra y la mirada, pero los dos saben cuál es su respuesta.

Dentro de la cueva enrejada, donde, según la concepción original del zoológico, se pretendía reproducir las formas de vida de los primitivos, incluyendo algunos de sus enseres, los hombres y mujeres de Tierra de Fuego observan aterrorizados cada movimiento de Tansel con sus rostros deformes y cubiertos por un emplasto blanco, conscientes de la repulsión que provocan sus pieles sucias y grasientas y su cabello enmarañado, haciendo lo posible por reducir al mínimo volumen sus voces discordantes, por no hacer ni un solo gesto que atraiga sobre ellos la atención del hombre de las patillas.

—Abra la cerradura.

En cuanto obedece, el administrador se ve apartado con un suave empujón por el visitante, que entra en la gruta con toda familiaridad. Sin ninguna prisa, va examinando uno a uno a los nativos. Enseguida descarta a las dos mujeres, una demasiado vieja para ninguna de las clases de comercio a que podría ser destinada y otra, pálida, sudorosa y con claros síntomas de dificultad respiratoria, por las molestias que podría ocasionar; ambas llevan sus tradicionales collares de huesos de ave o de caracoles menudos, pero tan deteriorados que apenas resultan reconocibles.

Los hombres miran al suelo a su paso, encogidos sobre sí mismos, con sus pequeñas pieles de lobo marino o nutria atadas en el cuello y en la cintura que desplazan sobre su cuerpo según la dirección del viento y que, junto a un taparrabos también de cuero y el sencillo calzado, semejante a mocasines, constituyen toda su indumentaria.

Al fin se decide por el que parece más sano y se lo hace saber con una ligera patada en la pierna; pero se lo piensa mejor y golpea también a su compañero, sin duda, los dos ejemplares más saludables del grupo.

—Espere —interviene Tyco Sprouse tocándole el brazo—, espere; no puedo consentir que se lleve a dos. Imposible.

—¿Imposible? —se ha vuelto con el bastón de nudos a media altura y toda la furia que ha ido acumulando desde que el prestamista le envió a sus hombres

para describirle cuáles serían los intereses que le iba a cobrar si no restituía su deuda sin más demora.

—...

Retrocede un paso.

—¿Imposible? Vive usted en un zoológico de seres humanos medio muertos procedentes de países que nadie conoce, un asqueroso zoológico olvidado por todos, cerrado al público no se sabe desde cuándo, que se cae a pedazos, que apesta a su propia podredumbre, y vive usted solo, sin hablar con nadie ni tratar con nadie más que con estas aberraciones, solo, sin coraje ni agallas para marcharse de aquí, pero odiando cada momento que pasa en esta porqueriza infernal —respira hondo—. ¿Imposible? No hay nada que no pueda pasar en un sitio como este siempre que sea el diablo el que escriba al dictado.

No le va a quedar otra opción a Cox más que preguntar a alguno de los chulos o prostitutas —cada vez más frecuentes a medida que se adentra en Waterloo Road— si es que quiere encontrar la casa de lenocinio del padre Lauren.

Ya es mediodía y el tráfico de mujeres que abandonan el barrio para ejercer su oficio en el West End empieza a hacerse notar; es el peregrinaje de siempre, una buena parte de las profesionales se dirigen al centro, a las calles y paseos que desembocan en la Bolsa, a los alrededores de los teatros y, cuando llega la hora de la tarifa reducida, a las cantinas de la mayoría de los espectáculos.

Pero hay personal de sobra para cubrir cada frente de explotación.

La miseria y la migración desde las zonas rurales ha disparado el número de mujeres obligadas a ganarse el sustento de aquella manera y, aunque las mejor dotadas pueden elegir su zona de actuación, todavía queda un enjambre buscándose la vida más acá del puente de Waterloo, a la espera de los visitantes que llegan con la tarde.

—Perdone, ¿sabría indicarme cuál es la casa del padre Lauren? —le pregunta a una con cara de tortuga, apostada junto a una puerta.

—En esas habitaciones solo hay puercas —en contra de lo que imaginó, no es menos agresiva que las demás.

—Lo sé, estoy buscando a mi hermana pequeña.

—¿Y no sabes en cuál?

—Se me ha olvidado.

La mujer no se cree una palabra pero le indica el portal de enfrente, más que nada para que aquel grandote no le espante la escasa clientela.

Hoy, la niebla procedente del Támesis ha llegado antes que los clientes. La niebla asesina, que no termina de marcharse de la ciudad, se ha dejado caer sobre

las callejuelas ya de por sí tenebrosas, sin aviso previo, sin resquicios luminosos, eliminando cualquier esperanza para lo que queda de día.

El piso está cubierto de fango, basura y excrementos; las fachadas se caen a pedazos; el interior de los portales es un catálogo de suciedad y malos olores. El interior del umbral del padre Lauren es el peor de todos.

Una vieja gorda, sentada en el tercer peldaño, bloquea la escalera verticalizada mientras se entretiene haciendo nudos con un trozo de esparto.

—Buenas noches —empieza Cox.

—...

—Busco a la Curandera.

—¿Viene a traerle esas hierbas apestosas que fuma?

—No sé nada de hierbas.

—...

Otra que no cree nada, pero le da igual.

—¿Va a decirme en qué piso vive?

—En el tercero, segunda puerta.

Aparta un cuarto de culo para permitirle el paso y sigue a lo suyo.

Según asciende la escalera, comprueba en los tabucos abiertos y cerrados que la malaventura de sus habitantes puede empeorar por mucho que se aleje de las profundidades infernales.

Al fin da con la puerta.

Tras la quinta llamada empieza a cansarse de aquel juego y a pensar que no puede permitirse ese lujo si quiere salir de todo aquello.

Aun así, se deja caer en el último escalón en vez de bajar para volver a preguntarle a la vieja gorda. Debería marcharse a algún lugar donde no lo conociera nadie, algún lugar donde pudiera tomar distancia, pensar, intentar comprender las razones últimas...Alguien sube las escaleras, una voz de hombre pregunta algo.

Cox se incorpora y acerca la mano al bolsillo donde guarda una de las cuchillas de carnicero.

—¿Busca usted a la Curandera, hijo mío?

—Parece que no está.

—Claro que está.

Un sujeto barrigón de unos cincuenta años, con una sotana raída cubierta de lamparones, lo aparta para aporrear la puerta. Debe tratarse del padre Lauren. El *revientacadáveres* ha oído hablar del cura o ex cura católico, sabe que el dueño del edificio trata con mano de sangre a sus devotas, a las que obliga a entregarle hasta el último penique que obtienen en un comercio que deben practicar sin miramientos veinticuatro horas al día con toda clase de clientes y que les llevará

a seguir viviendo en la más completa pobreza como única recompensa.

—¡Abre, cochina sirvienta del demonio!

—¿Seguro que está?

—La tarifa son cincuenta chelines —volviéndose hacia él con la mano extendida.

—...

El visitante saca y enseña el dinero pero no llega a entregárselo.

—Seguro que está —afirma el clérigo mirándolo con codicia—, seguro. Pero desde el jueves, esta pariente del diablo se niega a atender a nadie.

—¿Qué pasó el jueves?

—Que recibió una visita.

—¿Cómo era esa visita? —vuelve a enseñar su dinero; el doble, esta vez.

—Un hombre normal y corriente. Eso sí, le faltaban casi todos los dientes.

Por fin le entrega el dinero.

A la recepción de las monedas responde el clérigo extrayendo a su vez del bolsillo un puñado de llaves entre las que selecciona una sin dudarle un momento.

Al separarse, la hoja de la puerta solo revela oscuridad, la estrecha cama desordenada y una ventana abierta por la que se cuele una ráfaga de aire que intenta retenerles fuera de la habitación.

Cuando Cox, que ha apartado al sacerdote, se apoya en el alféizar, puede ver a una mujer que se aleja por el reborde de la fachada caminando con la espalda contra la pared.

La mujer también se vuelve para mirarlo.

Y él puede ver la máscara de cuero que le cubre el rostro.

Sherlock Holmes enciende uno de los cigarrillos liados que acaba de comprar y se queda clavado ante la entrada del Heptarquía. Ha llamado varias veces a la puerta, pero no necesitaba hacerlo para saber que el club está cerrado desde hace tiempo, años, con toda probabilidad; ningún club en una zona acomodada como Carlton House Terrace tendría tan empañados los metales de la cerradura, el buzón y la aldaba, ni su pintura padecería aquel estado de desgaste.

No sabe con exactitud cuánto tiempo hace que se quitó la vida Alban Loughy, el discípulo del profesor Moriarty, pero no puede evitar sentir la absurda sensación de que la muerte del aquel joven trajo una especie de maleficio sobre el club al que pertenecía.

En St. James eran más que frecuentes aquellas instituciones, donde los caballeros establecían una especie de segunda residencia donde fumar, beber,

conversar con sus iguales —y establecer alianzas comerciales o intercambiar influencias— lejos de la acechanza de sus familiares. El Heptarquía no parecía diferenciarse de los demás, ni siquiera en lo ostentoso de su nombre, que aludía a los siete reinos fundados en el área meridional de la isla de Gran Bretaña unos setenta años después de la partida de las legiones romanas.

Lo que no era usual es que una finca de esas características, en un barrio tan codiciado como aquel, entre Pall Mall y St. James's Park, permaneciera condenada sin que sus propietarios la traspasasen o la explotaran comercialmente de cualquier otra manera.

A un par de metros de la entrada, los periodistas anónimos que difundían por la ciudad lo que llamaban *El Diario de las Paredes* se habían servido de un fragmento de fachada para escribir un artículo titulado «Una merienda de negros», en el que criticaban el reparto quirúrgico que Reino Unido, Italia, España y Francia intentaban hacer de los recursos de Marruecos, dentro de la política colonial de las grandes potencias europeas.

En su ronda habitual se aproxima un *peeler* desde Whitehall al que seguramente no hará ninguna gracia la pintada en el muro, y el detective se pone en marcha para no llamar su atención.

La presencia del policía le recuerda que no le queda otra alternativa que acudir a sus contactos del Yard para comprobar si existen datos de algún familiar de Alban Loughy que pueda aportar cualquier información sobre Moriarty.

Coreado por las maldiciones del padre Lauren, Cox atraviesa la ventana y se afianza en la repisa de la fachada mientras piensa que los pequeños pies de la mujer que se aleja ágilmente de él son mucho más apropiados que los suyos para caminar por aquella superficie de apenas una cuarta de longitud.

Avanzando de espaldas a la pared, buscando asideros inexistentes, la persigue durante unos metros mientras el viento de aquellas alturas le corta los labios y le obliga a entrecerrar los ojos.

Intenta buscar puntos de referencia para conservar el equilibrio.

Pero los puntos se mueven.

Y con ellos el resto del universo.

Ha debido pisar o tropezar con algo, porque nota el dolor en el tobillo del pie torcido y cómo se le escapa el aire mientras el suelo de la calle empieza a subir hacia él.

Agita los brazos en un intento ridículo y desesperado de regresar junto a la fachada.

Cuando ya ha iniciado el viaje hacia abajo, todo se detiene.

Y sin saber cómo, se encuentra de nuevo erguido y estable.

Hasta ese momento no descubre que ha estado gritando no durante las últimas décimas de segundo.

Que no ha respirado.

Que el sudor le cubre el cuerpo.

A un lado, el religioso lo mira desde la ventana con curiosidad; al otro, la puta ha desaparecido en la esquina, tras la niebla, que es un mar gris espeso con sabor a fango y a óxido que ya lo ha inundado todo.

No puede detenerse; sabe que, si lo hace, es posible que se sienta hasta incapaz de regresar al punto de partida, así que continúa su persecución a toda prisa.

Al llegar a la esquina puede ver cómo el siguiente edificio, separado por un callejón de apenas dos metros, es un piso más bajo que en el que está.

La Curandera —vestido oscuro sencillo, máscara que le cubre toda la cabeza, capa ondeando—, que ha estado esperándole en el bloque siguiente, emprende de nuevo la huida por la azotea.

Sin espacio para tomar impulso, Cox salta detrás de ella; por las bravas confirma que no tiene el pie lesionado, si no hubiese sido así, el impacto podría habérselo partido en dos.

La mujer es fuerte y rápida o está aterrorizada, porque ya está a punto de llegar al otro extremo del tejado y, por mucho que el *revientacadáveres* acelere su carrera, al momento la pierde de vista.

Se escucha una algarabía al otro lado.

Pero cuando Cox llega al antepecho solo ve otra azotea perteneciente a un bloque otra vez más bajo que el anterior. La mujer está esperando si tendrá el valor de seguirla mientras recupera la respiración. Ahora las manzanas están más distanciadas, así que Cox debe retroceder unos metros para cobrar empuje antes de lanzarse al vacío.

Durante el salto cierra los ojos una milésima y cuando aterriza no está.

No hay sitio donde esconderse en toda la azotea, de forma que se acerca al otro lado, el lugar de donde procede el bullicio que lleva escuchando hace un par de minutos.

Un grupo de hombres y mujeres reunidos alrededor de una valla; la bruma no permite diferenciar al pronto cuáles son los animales que luchan en el interior, si dos ratas grandes o dos perros pequeños. Tiene que fijarse bien para distinguir que se trata de dos gatos enfurecidos.

La baranda de un balcón a media altura, probablemente el mismo camino que ha seguido la mujer, le permite bajar a la calle sin mucha dificultad, pero ella no está por ningún lado.

Putas, chulos, clientes, vecinos y paseantes ociosos han interrumpido durante un rato el trajín diario para transferir su furia a los dos animales que combaten en el interior del encierro improvisado con maderas y cartones.

Por mucho que se alza en la punta de sus botas, no consigue Cox reconocer entre los parroquianos a la mujer que persigue.

Los gatos, con toda seguridad mortificados o embriagados, para acrecentar su fiereza, se cansan de atacarse con zarpazos a distancia y se lanzan el uno contra el otro buscándose el cuello, intentando abarcarse la cabeza entera con las mandíbulas.

Las mujeres de la calle, que gritan hasta enronquecer ante los embates felinos, descomponen el gesto con la emoción de la lucha o quizás ante la expectativa de triplicar los peniques apostados a la muerte de uno de los dos, emiten grandes risotadas, se maldicen o se animan entre sí, se guiñan un ojo o... mantiene el rostro oculto tras la capucha de su capa.

Al otro lado del tumulto.

Ella comprende que ha sido descubierta en el mismo momento en el que Cox repara en ella.

Ya están corriendo de nuevo los dos.

En medio de la calle.

El hombre le grita que se detenga, que no desea hacerle daño, que solo quiere hablar un momento con ella.

Más corre.

Se cruzan con las prostitutas que han permanecido en su puesto de guardia; están, en su gran mayoría, demasiado envejecidas o enfermas para buscar otros barrios más productivos, con las huellas de la sífilis o el aliento cortado de las tuberculosas, solo esperan que esta no sea la última de sus noches, solo eso. Pero al pasar a su lado, aquella mujer con el rostro oculto bajo la capucha perseguida por el tipo enorme, parecen despertar a otras sensaciones distintas de su supervivencia diaria; muchas de ellas les gritan o insultan, algunas incluso emprenden una carrera detrás de ellos.

La Curandera gana terreno. El miedo y la desesperación le suman fuerzas. Ha llegado un momento en el que, para moverse con mayor libertad, se ha desembarazado de la capa y corre a máscara descubierta.

Cox quisiera hacer lo mismo, pero sabe que si deja caer el abrigo entre aquella gente no volverá a verlo y no puede permitirse el lujo de desprenderse de él.

Al pasar por la embocadura de una callejuela, tres o cuatro niñas de unos trece años ya expertas en su oficio, que fuman en pipa a la espera de los primeros clientes de la tarde, se mueren de risa ante la visión de la enmascarada a todo correr.

A medida que se acerca al río, la silueta de la mujer se va difuminando en la densidad de la niebla.

De vez en cuando mira hacia atrás y Cox comprueba que la comitiva que les sigue no deja de crecer.

Ya están en el puente de Waterloo cuando le llega un golpe de suerte: algo en el suelo, un agujero o un obstáculo, ha clavado una de las piernas de la mujer obligándola a apoyarse en pies y manos para no llegar a caer de bruces y le ha hecho perder la mayor parte de su ventaja.

Cuando logra arrancar de nuevo su carrera, lo hace de forma errática e insegura, al *revientacadáveres* solo le cuesta un esfuerzo final atraparla por el cuello.

Pero no se detiene.

Con la prostituta bien aferrada, desvía su camino hasta apoyarla contra el pretil del puente, medio cuerpo volcado sobre el vacío.

Tarda en hacerle la primera pregunta, antes debe volver a respirar con normalidad.

Detrás de él, más de treinta curiosos formados en arco esperan silenciosamente su decisión, expectantes ante el próximo movimiento; se solidarizan con la mujer que sienten como parte de los suyos, pero ver cómo la arrojan al Támesis tampoco estaría de más, en sus días no sobran las emociones fuertes.

—Escúcheme —asegurándola aunque la mantiene suspendida—, no pretendo hacerle ningún daño, nunca lo he pretendido, ni quitarle esa máscara suya, solo quiero que me responda a un par de preguntas, ¿me entiende?

—...

No responde, así que no sube.

—¿Conoce a un tal Waël Mann?

—...

Sigue sin responder, pero parece menos agitada.

Muy lentamente, la atrae hasta dejarla de pie, apoyada en la baranda, pero fuera de peligro.

Le parece escuchar un lamento decepcionado entre los observadores.

—Mire, sé que se ha escapado de un burdel, uno que ofrece lo que ningún otro —acercándose para que solo ella pueda oírle—, solo dígame dónde está y dejaré que se marche.

—...

La mujer no dice nada pero un rumor crece entre los mirones.

Los que eran entrometidos aislados parecen estar convirtiéndose en un grupo para defenderla que empieza a acercarse.

La noche ha subido desde el río tragándose la niebla y haciendo desaparecer el puente, el agua y el cielo bajo una masa negra, sucia y pringosa que amenaza con engullirlos a todos.

Los curiosos avanzan y Cox suelta a la mujer para enseñarle las cuchillas de carnicero que guarda en el abrigo; las oculta con su cuerpo, para que únicamente ella pueda verlas.

El hombre puede leer su pánico en las ranuras para los ojos de la máscara.

—Por última vez, dime dónde está ese endiablado burdel.

—...

—¡Habla! —escucha cómo los vecinos de Waterloo Road se acercan, debe preparar las cuchillas.

—En Spitalfields, en el East End... —con una voz sorprendentemente dulce.

—¿Quién dirige aquello?

—La reina Victoria.

El *revientacadáveres* se separa dos pasos, mientras considera la respuesta al mismo tiempo que prepara algún gesto amenazador que mantenga a raya a los posibles atacantes.

Y la mujer aprovecha la distancia para arrojarse por el puente.

Salta limpia, resuelta, casi apaciblemente.

Las aguas o la niebla la devoran para siempre.

Aunque sabe que ya es muy tarde, está a punto de gritarle que las armas no eran para ella, que nunca pretendió dañarla de ninguna manera.

Los testigos, paralizados durante unos segundos, vuelven a avanzar.

Antes de darse la vuelta dedica un larguísimo segundo a intentar convencerse inútilmente de que la mujer ha llegado nadando a la orilla, en buen estado, a salvo de cualquier peligro, sobre todo de él mismo.

Suaves golpes en la puerta.

Debe ser el abad Sandler, al que ha enviado a buscar hace unos minutos.

—Lo siento —empieza el mismo monje al que hizo el encargo, con cara de preocupación—, me dicen que el reverendísimo padre se encuentra peor y aún no se ha levantado, ¿quiere que le haga llegar algún recado?

—No es necesario —responde Moriarty mientras recoge el abrigo para afrontar los fríos pasillos del monasterio—, iré a verlo yo mismo.

Antes de salir, echa un último vistazo a la maqueta del falansterio, le falta poco para una sonrisa.

Por las oscuridades del viejo recinto, camino a la celda del abad, juega con la enloquecida idea que acaba de ocurrírsele: si el negocio colosal que tiene en

marcha, en el que están involucrados a su pesar las más altas personalidades del imperio, fuera un éxito, ¿sería posible fundar un segundo falansterio? ¿Otra comunidad también de exactamente mil seiscientas veinte almas que mantenga intercambios y explotaciones complementarias a la que ya está en marcha? ¿No sería una simetría perfecta?

Incluso sería posible alojar allí, como miembros perfectamente productivos, a los desgraciados nativos acogidos en el Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck, un lugar cuya sola existencia, por muy útil que le esté resultando dentro de su plan, nunca ha dejado de repugnarle.

Deshecha sus pensamientos en cuanto llega a la puerta de la alcoba que busca. Se encuentra demasiado abrumado por presiones de todo signo para multiplicar las ramificaciones de sus proyectos, por ahora deberá concentrarse en cuadrar la complejísima arquitectura que está edificando sin más cimientos que su ingenio y su voluntad.

Sus llamadas no obtienen respuesta.

Así que abre muy lentamente.

Los corredores están torturados por continuas corrientes de aire, pero el frío allí dentro es todavía más crudo.

El abad se encuentra en el jergón, a la única luz de un quinqué con la llama muy baja, jugando a representar sombras con las manos en la pared.

—¡Sumérjense, pensamientos, en mi alma! Ahí viene Clarence, digo, Moriarty —tose más que declama.

—Cole —saluda el profesor cerrando la puerta y sentándose en un escabel.

—James.

—Nadie ha representado el monólogo inicial de Ricardo III como tú.

—En aquella época yo era espigado y apuesto; necesitaba horas de maquillaje para aparentar la deformidad de Gloucester.

—Cierto.

—Ahora no habría maquillaje que disimulara la aberración en la que me he convertido —se ajusta los bordes de la capucha para asegurarse de que los estragos de la lepra quedan ocultos en su oscuridad.

—Me temo que siempre has sido más vanidoso que el pobre Ricardo, incluso cuando éramos unos críos.

—Yo, que estoy privado de la hermosa proporción, despojado con trampas de la buena presencia por la Naturaleza alevosa —pese a su dificultad respiratoria, tiene una voz llena de aristas que envuelve toda la estancia; procura recitar muy despacio, usando todos sus trucos de viejo actor para no agotar la reserva de aire —; deforme inacabado, enviado antes de tiempo a este mundo que alienta; escasamente hecho a medias, y aún eso, tan tullido y desfigurado que los perros

me ladran cuando me paro ante ellos —vuelve a las sombras chinescas para ilustrar sus palabras—; yo, entonces, en este tiempo de paz, débil y aflautado, no tengo placer con el que matar el tiempo, si no es observar mi sombra al sol entonar variaciones sobre mi propia deformidad.

Llega justo al punto. Desde ahí, solo le queda un largo ataque de tos, la mucosidad que se resiste a salir, la piel morada por la subida de tensión.

Hubo un tiempo en el que el abad tenía otro rostro, otro nombre y otra vida que le sirvieron para convertirse en un fenómeno de la escena londinense, deseado por las espectadoras, admirado por los espectadores y elogiado por la crítica. Ni Moriarty, que es su más querido y viejo amigo, sabe por qué, pero un día lo cambió todo por perderse en las profundidades de un lazareto para cuidar a aquellas personas olvidadas de la mano de Dios. El premio que obtuvo fue contraer su misma enfermedad.

—Esta mañana ha estado aquí la policía.

—Lo esperaba —cabecea el profesor—; después del incidente con Holmes en Leicester Square estarán enviando agentes a todos los asilos de leprosos de Londres.

—No pasó nada. Les invitamos a dar una vuelta entre los internos, para que les preguntaran directamente a ellos con la intimidad que precisaran —se ríe, tose y se ríe—; el sargento y el agente estaban tan aterrorizados ante el riesgo de contagio que se marcharon enseguida.

—La autoridad no se lleva bien con el mal de Lázaro.

—Nunca lo ha hecho. En la Edad Media no era inusual que los proscritos se escondieran en las leproserías, donde muchas veces morían de viejos perfectamente sanos; ya sabes que, en contra de lo que la gente cree, es muy difícil infectarse.

—Hay que ser necio para hacerlo —Moriarty con media sonrisa tamizada por una mirada de dolor a su amigo en sus últimos días.

—Hay que ser necio —corroborra.

—Creo que este mal es la máxima representación de la miseria, de la marginación y de la pérdida de identidad de las clases más desfavorecidas. Hasta en muchas de nuestras iglesias se puede ver aún la puerta y el espacio reservado a los leprosos desde el que debían escuchar misa tras un muro y acercar sus limosneras colgadas de una pértiga para recibir las dádivas de los ciudadanos, que se mantenían lejos.

—¿Por eso nos has elegido como centro de operaciones y guardia pretoriana?

—Los he elegido porque así convenía a mis intereses.

El abad responde con una carcajada que le obliga a sacar el pañuelo de la manga del hábito para contener una tos inaudible que parece no tener fin.

El profesor espera pacientemente a que se recupere para reanudar la conversación.

—No te extrañe que la policía vuelva a aparecer; Sherlock Holmes, como yo mismo haría, no va a dejar de excavar bajo cada pista hasta obtener algún resultado.

—¿Crees que conseguirá acorralarte?

—En la actualidad, Holmes es el más perfecto instrumento con el que cuenta el sistema para restablecer el orden.

—Por eso lo han puesto tras tus pasos: eres el mayor desarreglo que ha generado la sociedad en lo que va de siglo.

—Esa es mi función —Moriarty habla sin furia de ninguna clase; es un tema sobre el que ha reflexionado interminablemente, se limita a compartirlo—. Y la suya es cuidar que los intereses de las clases más pudientes no se vean importunadas por las necesidades de los menos acomodados. Para ello, no se priva de utilizar al pueblo llano, véase el caso de los pobres soplones a los que compra por unos chelines o el más significativo de esos chiquillos a los que denomina Irregulares de Baker Street, cuya vida no duda en poner en peligro.

—Los llamados detectives particulares son un producto de este siglo; han nacido para que las familias opulentas devuelvan al buen camino a sus vástagos, alejándoles de las tentaciones de dilapidar el negocio familiar y de extrañas tendencias sexuales —a veces la voz del enfermo se pierde o se convierte en un hilo que apenas llega—. Esta maldita época marcada por la insidiosa moral de su Gracia, la reina Victoria, y sus acólitos, en la que el hombre se oculta para explorar su verdadero yo (el caso más extremo lo tuvimos hace tres años con ese botarate llamado Jack el Destripador), necesita de esta clase de válvulas de seguridad.

El profesor no continúa la conversación para proporcionar un poco de descanso a su amigo.

Por primera vez no le ha insistido en la necesidad de avisar al médico, ya no merece la pena.

Los dos permanecen en silencio un par de minutos, acompañados del baile de la minúscula llama y del silbido en los bronquios del abad, conscientes de que será una de las últimas ocasiones en la que podrán disfrutar su mutua compañía.

—Holmes es quizás mi mayor problema —Moriarty pone en palabras sus pensamientos—, pero desde luego no es el único.

—Esta vez has elegido desafiarlos a todos.

—Digamos —divertido— que estoy jugando una partida de ajedrez múltiple contra esta ciudad. Otros retos no eran ya lo bastante interesantes.

—Siendo primer ministro, Benjamín Disraeli sostuvo que Londres es una

nación, no una ciudad —ahora sí fortalece el tono de voz—. Debes tener mucho cuidado.

—Ya.

—James, los dos sabemos que me queda poco tiempo. Tenemos que hablar.

Poniéndose en pie.

—Ya hablaremos, habrá ocasiones de sobra, ahora tengo que dejarte —tiene prisa, no quiere afrontar aquella conversación ni lo que ella implica—. ¿Cenaremos esta noche en el refectorio? Espero que no vuelvas a ser tan holgazán como para que sea necesario traerte aquí la colación.

Llaman a la puerta, y el profesor, aliviado por la interrupción, se apresura a abrir.

La mujer se detiene un poco más de lo conveniente en la entrada, también el silencio, como la mirada, son casi imperceptiblemente excesivos.

La historia está allí, entre ellos, su pasado como enfermera, un marido adicto al opio que la arrastró al robo y a la prostitución antes de morir en una reyerta; la lepra que contrajo en la prisión, como epílogo inacabable de sus infortunios y el refugio actual en el monasterio.

—Escuché voces y pensé que era usted.

—Pase, por favor.

La capucha de arpillera no llega a cubrirle la llaga que sustituye su nariz, pero tampoco el mate azulado de los ojos ni el trazo carnoso de los labios.

Cada vez que se encuentran por los corredores, ambos se apartan y se apresuran, si acaso se cruzan un saludo, y siguen cada uno a lo suyo que, por mucho que intenten evitarlo, por unos minutos, es pensar en el otro.

—Les dejo —Moriarty, sin despegar los ojos del suelo.

—James —el abad—, recuerda que debemos hablar —pausa para decir lo que no dice—, y lo antes posible.

—Tengo que irme.

Cuando el excelentísimo señor Timothy Freedland, director adjunto de *The Manchester Guardian*, salió a la calle para encontrarse sumergido en el banco de niebla bajo el que había perecido la ciudad, ya no tuvo ninguna duda de que aquel era uno de los peores días que había soportado en mucho tiempo.

La viscosidad que lo rodeaba hacía completamente imposible reconocer un coche vacío y, menos aún, que el cochero lo distinguiera a él aún si se jugaba el tipo situándose en medio de la carretera.

Pero su infortunio había comenzado mucho antes.

A primera hora, en el momento en el que se disponía a salir de casa, la mema

de la doncella trastabilló con una bandeja y le volcó encima un tarro de mermelada, obligándole a cambiarse de ropa y perder toda posibilidad de llegar tan puntualmente al trabajo como era su costumbre.

En la puerta de su vivienda, un carromato pasó a toda velocidad sobre un charco y le cubrió con tal cantidad de agua y lodo que hubo de regresar a su domicilio para volver a ponerse ropa limpia una vez más.

Ya dentro de la redacción del periódico, el joven Jenkins, que repartía el té matinal entre los veteranos, apoyó su taza con demasiada energía en el escritorio, salpicándole camisa y corbatín de unos lamparones con los que hubo de convivir el resto del día, día que, a pesar de lo accidentado de sus comienzos, no hizo más que empeorar.

A media mañana, se le rompió en dos la pipa de espuma de mar de su padre, uno de los escasos recuerdos que conservaba de él.

Una cascada constante de reclamaciones, rectificaciones y amenazas de denuncias procedentes de las más diversas personalidades e instituciones llegaron a su despacho.

Todos los artículos y reportajes que estaban en marcha susceptibles de experimentar algún retraso sufrieron las peores eventualidades.

El informe que recogía las estadísticas de anunciantes establecía que estos habían descendido bajo mínimos en el pasado semestre.

Los suscriptores huían en desbandada.

El restaurante en el que llevaba almorzando invariablemente los últimos diecinueve años, el único emplazado en los alrededores del periódico, estaba cerrado, sin cartel alguno que explicara semejante informalidad.

Para colmo, por la tarde debió acudir a las oficinas de la agencia Central News, de la que acababa de salir para encontrarse con una bruma tan concentrada que iba a resultarle más que difícil encontrar un *hansom cab* que lo llevara de vuelta a la redacción.

El soportal bajo el que se había refugiado para preservarse de la humedad mientras pensaba si merecía la pena seguir caminando en busca de un coche o regresar a la agencia para pedirle al conserje que saliera a buscarle uno, ocultaba, como si alguien lo hubiera dispuesto así para fastidiarle por sorpresa, una de esas fachadas garabateadas con lo que se habían dado en denominar *El Diario de las Paredes*. No es que estuviera en contra del espíritu de aquella publicación, era demasiado progresista para condenarla, pero en su fuero interno reconocía el fastidio que le provocaba que aquella gente pudiera manifestarse libremente sobre cualquier tema mientras que su periódico tuviera que sortear toda clase de escollos para mantener la independencia de su línea editorial.

Le dio la espalda y se concentró en la calzada a la espera del carruaje, el

cuello bien alzado sobre las orejas.

La reunión en Central News no podía haber sido más innecesaria; los habían convocado a él y a un buen número de representantes de la prensa nacional para informarles de que *El Imparcial*, un periódico español, había suscrito un acuerdo por el que aprovechaba que se había establecido comunicación telefónica entre Londres y París para emplazar un corresponsal en Londres que llamaría por teléfono a otro apostado en París, y este, desde la capital francesa, telegrafiaría las informaciones cada día a las diez de la noche a la capital de España, aprovechado que la comunicación telegráfica era mucho mejor entre París y Madrid. Y esto era todo. Una novedad que no le podía parecer más intrascendente y de la que le podrían haber informado con una simple nota.

Cuando los días se tuercen... o quizás no.

Un coche con los faroles encendidos enfila directamente en su dirección, incluso antes de efectuar gesto alguno para atraerlo.

Va disminuyendo su velocidad hasta parar a su lado.

No hay mal que cien años dure.

Sin esperar indicación alguna, el señor Freedland se acerca al coche biplaza con intención de abrir las puertas abatibles que protegen las piernas de los pasajeros para entrar en la cabina cuando percibe que el cochero está descendiendo del pescante.

Al volverse para preguntarle si hay algún problema, recibe el primer golpe de la barra de hierro en un lado de la cabeza.

El segundo, el que le llega cuando ya está en el suelo, apenas lo nota.

Tampoco advierte que le están amarrando manos y pies, que lo están amordazando y que lo arrojan al interior del coche como si fuera un fardo.

Lo peor del día no ha hecho más que comenzar.

No era la primera vez que Holmes rondaba por las callejuelas de Limehouse, el barrio donde se asienta la mayor parte de la población oriental de Londres, pero casi siempre lo hacía disfrazado y deslizándose de fumadero en fumadero o descendiendo a otros antros aún más perversos; de ahí que, a pesar de la niebla que todo lo oscurecía, se sintiera tan vulnerable al entrar abiertamente en uno de los desastrados pisos que formaban la comunidad, formada en su mayoría por antiguos marinos chinos que habían abandonado el mar para establecer toda clase de pequeños y oscuros negocios.

No tardó en encontrar la puerta que buscaba. Una voz femenina respondió ininteligiblemente a su llamada.

Abrió la puerta una mujer con rasgos asiáticos metida en carnes, el pelo mal

teñido de rubio y una bata que no le servía ni para abrigarse ni para ocultar su escote; bastaba con ponderar el descaro de su mirada para saber que no se trataba de una sirvienta.

—Discúlpeme —el detective se quita el sombrero—, busco a la señora Erika Loughy.

Lo mira con desconfianza: lo normal sería que un hombre como él requiriera los servicios de cualquiera de las chicas orientales de la casa.

Al final asiente con una reverencia y se retira para permitirle el paso.

Un pasillo con todas las puertas cerradas les lleva a un minúsculo recibidor con tres butacas viejas y baratas; la mujer le indica una de ellas y regresa por el corredor para entrar en una de las habitaciones.

Otra vez más, el detective vuelve a sentir la sensación de peligro que se le echa encima durante los últimos días, acentuada desde que perdió el revólver en el enfrentamiento de Leicester Square, y de la que solo saldrá cuando resuelva aquel asunto con su enemigo, sea cual sea el desenlace.

Entre los asientos, se conserva una mesilla alta y estrecha, apenas lo bastante grande para soportar una vieja pagoda de resina con el finial roto, único reducto de la cultura original de los dueños de la casa.

A Sherlock Holmes le ha bastado una breve visita a Yard para obtener la dirección de la hermana de Alban Loughy, el joven al que Moriarty preparaba para su ingreso en la Escuela de Oficiales y que terminó suicidándose. Al parecer, la mujer contaba con antecedentes por dos delitos de trata carnal y la policía no le había perdido la pista.

Allí está.

No es muy llamativa, pero es una mujer occidental ejerciendo este oficio en uno de estos barrios seguro que mantiene un aceptable nivel de negocio; lo que el detective se pregunta es qué es lo que pudo empujarla a ejercer sus actividades en una zona como esta, casi otro continente regido por unas leyes más salvajes y desconocidas para todos.

Eso sí, hasta en su extrema decadencia mantiene el sello de buena familia.

—¿Es usted de la policía? —La voz también delata su educación.

—Colaboro con ellos.

—No he hecho nada malo.

—Espero que así haya sido, pero si me lo permite no vengo a hablar sobre usted, sino sobre su hermano.

—Mi hermano hace años que está muerto.

—Por eso mismo.

Le indica al visitante una de las butacas y se sienta en la otra; se sostiene las solapas de la bata a la altura del cuello con un único puño pálido y crispado.

—Ha pasado ya mucho tiempo de eso.

—Lo sé y lamento venir a recordárselo, pero estoy investigando a una persona que estaba íntimamente ligada a él durante esa época —está a punto de sacar un cigarrillo, pero desistir de hacerlo es la única muestra de respeto que se le ocurre hacia aquella mujer que lo ha perdido todo—. Supongo que conoció usted al profesor Moriarty.

—Sí —desvía la mirada.

—Verá, me interesa todo lo relativo a este caballero, que parece llevar la desgracia a cuantos le conocen.

—Poco puedo decirle sobre él —reticente—. Alban lo llevó a casa de mis padres, a tomar el té, en cierta ocasión; apenas intercambiamos unas palabras.

—¿Puedo preguntarle a qué atribuye usted la trágica decisión de su hermano?

—No lo sé, nunca lo supimos —baja la cabeza, se hunde en sí misma.

—...

Junta las yemas de los dedos y aguarda.

Cuando parece que la mujer no va a decir una palabra más, arranca de nuevo.

—Tenía un temperamento un poco cambiante, durante un tiempo quiso hacerse clérigo, después dedicarse al arte y al fin ingresar en el ejército, pero siempre estuvo lleno de vida —recuerda algo—, o casi siempre.

—¿Casi siempre?

—Unas semanas antes de que hiciera aquello, lo visité. Mi padre había sufrido un revés en unas inversiones..., un revés que terminó llevándonos a la ruina —asiente dos veces: aún no termina de asimilar todo lo que ha pasado—. Le dije que, con nuestra madre muy enferma y con el cambio en nuestros ingresos, la situación se volvía prácticamente insostenible; teníamos que retirarle la asignación, dejar de sufragarle las clases particulares, todo.

—¿Qué le dijo él?

—Apenas me escuchó, estaba enajenado, en otro mundo —se le humedecen los ojos por primera vez—. Me dijo que no nos preocupáramos por él, que no necesitaba nada. Sin venir a cuento, me dijo que había tenido la gran suerte de conocer a una guía que le estaba mostrando todo un universo de conocimiento al que nunca creyó poder llegar a tener acceso, que pensaba dedicarse de lleno al estudio de esas nuevas disciplinas y que no necesitaba nada más.

—¿Qué más le dijo de esa guía?

—No mucho, a pesar de mis preguntas; me dijo que era Moriarty quien se la había presentado, pero también me dio a entender que no contaba con su aprobación. No estoy muy segura de nada, no se mostraba muy razonable en aquellos días —se pinza el puente de la nariz, no se sabe si con la intención de favorecer una entrada a su cerebro o de bloquearla—. Me dijo que era una

numeróloga, poco más.

—¿Nunca supo más de esa mujer?

—Cuando mi hermano... hizo eso, busqué entre sus papeles, encontré su dirección y fui a visitarla, pero se negó a recibirme. La amenacé con acudir a la policía pero no lo hice.

—¿Recuerda usted su dirección?

—Perfectamente —algo suspicaz, como dejando claro que su condición no la ha convertido en una estúpida—: Thames Street, el número 90, primero, puerta tercera.

—¿Y su nombre?

—Eso no. Soy un desastre para los nombres.

—¿Y con Moriarty? ¿Habló usted?

—Se marchó al extranjero tras la muerte de Alban. Me prometí que, en cuanto regresara, lo presionaría hasta extraerle una respuesta, pero mi madre también murió y mi padre perdió la cabeza —aún conserva un punto de orgullo que le impide seguir justificándose.

—Pienso hacer lo imposible por obtener respuestas de lo que sucedió — Sherlock Holmes, buscándole la mirada— y cuando así sea, vendré a contárselas a usted. Tiene mi palabra.

Habría que conocerlo muy bien para detectar su falta de seguridad al bajar la serie de escalones casi verticales que llevan hasta el sótano donde se encuentra el burdel que sobrevive en las ruinas de uno de los edificios abandonados al final de Spitalfields.

En algún lugar del cerebro de Rystone Cox, resuena todavía el golpe del cuerpo de la mujer al dejarse caer desde el puente de Waterloo después de darle esta dirección; nunca creyó que llegaría a provocar esa clase de terror en los demás, tiene la sensación de que ha atravesado alguna frontera, que ha experimentado un cambio incluso físico que, aunque no le impide seguir adelante, le hace desear no volver a oír nada de sí mismo.

Antes de golpear la puerta de aquel prostíbulo secreto, cuya existencia solo se transmite de iniciado a iniciado, tiene la extraña sensación de estar penetrando en una parte de sí mismo que ni conoce ni quiere conocer.

El gordo que le abre dispone de su propia nube compuesta por apestosos vapores de agua de colonia que sustituyen a la niebla del exterior, no le pone ningún inconveniente para entrar, lo precede por un pasillo y, al llegar a una puerta forrada de verde, se vuelve con una risa falsa.

—¿Y bien?

- Tengo que ver a la reina Victoria.
- La reina no concede audiencias así como así.
- Es importante que hable con ella.
- No es conversación lo que ofrecemos aquí.

A Cox se le ocurren dos o tres formas de intentar convencerle o presionarle para conseguir una de esas audiencias; elige la más fácil.

Extrae lentamente un soberano de oro y lo levanta a la altura de sus ojos.

El portero le da la espalda sin responderle, abre la puerta y echa a andar por un largo y estrecho pasillo hasta dejar al visitante en el centro de una sala con diez o doce chicas sentadas en un sofá circular.

Al ver sus rostros vendados, le parece haber descendido a un mundo distinto, un mundo irreal donde gobiernan las leyes de los muertos, donde las más sucias experiencias que haya acumulado hasta ahora no le sirven para nada.

No puede dejar de mirarlas.

Enseguida siente un punto de aversión que rápidamente se reconvierte en deseo.

—¿Qué quieres de la reina? —le pregunta el empleado, tapándose la boca con un pañuelo perfumado para dirigirse a él.

—No me hable de tú —Cox baja un poco la cabeza para que sus ojos caigan a la altura de los del otro—. Dígale que voy a pagarle por su tiempo.

El gordo está acostumbrado a afrontar problemas con los clientes, está preparado para hacerlo, pero sabe calibrarlos, adivina que su interlocutor pasa por una de esas tardes en las que la gente se asesina por negarse un poco de lumbre para encender un cigarro y no está dispuesto a correr más riesgos de los indispensables, así que tiende la mano para recibir el dinero, se da la vuelta y desaparece por una de las puertas.

Hasta este momento Cox no es consciente del susurro.

Todavía lleva el ala del sombrero bajada y el cuello subido, pero su extraña apariencia no evita que las mujeres centren su atención en él con un punto de interés que va más allá de los negocios; un tipo alto, de unos cuarenta años, delgado pero fuerte, con una punta de flecha canosa en la barba, tan metido en sí mismo que no te preocupas de dejar de mirarle de manera insolente hasta que es demasiado tarde.

Hace calor allí dentro y sorprendentemente no hay a la vista ni una sola gota de licor.

Es final de mes, mal día para las chicas, y no hay ni una sola silla libre, así que, por no quedarse en medio de la sala, se acerca a una puerta y apoya el hombro en el quicio. Le supone un gran esfuerzo no enfocar las sombras en las que las piernas abiertas de una de ellas se pierden bajo su falda.

Las vendas que cubren el rostro de la mujer que tiene más cerca están amarillentas por el uso, sucias en los bordes; las de la siguiente, en cambio, siguen inmaculadas. Las dos mantienen los pechos más o menos al descubierto, como la mayoría. Todas llevan la cara vendada hasta el cuello, incluyendo el pelo, que probablemente lleven muy corto, a no ser que les haya desaparecido como consecuencia de las aterradoras heridas que les obligan a ocultar la cabeza, si es que tales heridas existen. Nadie lo sabe. Es fácil entender que las reglas de la casa permiten hacer casi cualquier cosa con ellas menos desvelarles el rostro. No le cuesta entender que sea uno de los lupanares más frecuentados por la clase de caballeros que recorren toda la ciudad para buscar la compañía que no encuentran en ningún otro sitio.

No es eso lo que busca Cox, aunque tampoco puede quitárselo de la cabeza.

Le cuesta mucho no mirarlas; se despoja de sombrero, abrigo y bufanda, pero el calor no disminuye.

Las mujeres dan vueltas dentro de su cabeza; se las imagina accediendo a las más horribles peticiones de los dementes que pasan por el local, prestándose, sonrientes, a esas prácticas que el resto del género humano ni se atreve a reconocer que les rondan los sueños medio olvidados, a los juegos que asquean hasta a los asesores del demonio.

Para apartárselas, se repite que debería analizar fríamente los acontecimientos de los últimos días, pero no consigue ni lo uno ni lo otro.

El fragante gordo aparece por una puerta distinta a la que eligió antes.

—Su alteza te recibirá ahora.

—Le he dicho que no me llame de tú —Cox cuenta con los dedos muy cerca de los ojos del otro—. Van dos.

—...

No responde, no lo mira, solo se aparta para que entre.

Un corredor corto lo deja en otra habitación; lo que aquella gente entiende por lujosa y elegantemente decorada.

En el centro, vieja, obesa y de baja estatura, una bata de casa ostentosa, pero muy gastada, con las facciones primorosamente vendadas, imponente, lo espera la reina Victoria.

—Me han dicho que desea vernos —no se vuelve del todo hacia él.

—Busco información —ese plural mayestático.

—Se equivoca entonces, no es eso lo que vendemos aquí —se aleja unos pasos—. Otros establecimientos trafican con rumores, nosotros solo los suscitamos.

—Lo sé —brevíssima pausa—. Pero no sabía adónde acudir. Busco a un individuo conocido como Waël Mann que presume de frecuentar su casa.

—...

—Este hombre está relacionado con la desaparición de una niña y, dadas las características de su establecimiento, no pasará mucho tiempo sin que la gente piense que están ustedes implicados en ese secuestro.

—No hay niñas aquí —firme—. Nunca las ha habido.

—Le creo, me basta con haber visto a sus pupilas. No creo que lo necesite. Pero no todo el mundo va a pensar lo mismo.

—No se preocupe por nuestro prestigio, tenemos contactos de sobra para salvaguardarlo sin necesidad de recurrir al chismorreo.

—Entonces es que sabe algo.

—...

Mientras más la mira, más le parece que su peso, porte y estatura coinciden con los de su Majestad Imperial la Reina Victoria y en la misma medida aumenta la impresión de encontrarse en una corte inversa donde esta otra anciana, como su homónima, maneja con mano de hierro hasta el menor movimiento de sus súbditos.

—Le pagaré por cualquier dato de interés —acercándose a ella—. Y nadie sabrá que la información procedía de aquí.

Se vuelve hacia él, despacio. Casi es posible adivinar una sonrisa torcida tras la tela que envuelve sus rasgos.

—¿Con qué nos pagaría?

—Las personas interesadas en recuperar a la niña tienen medios de sobra.

—¿Y si no le pedimos dinero?

—...

—¿Y si a cambio le pidiéramos cierto servicio?

—Dígame.

Antes de hablar, se acerca perezosamente a un arcón que hay en una esquina, pero no lo abre, no busca nada, solo quiere hacer tiempo.

—¿Y si...?

Se interrumpe con una risilla ahogada.

—¿Y si le dijera que necesitamos deshacernos de una de nuestras pupilas? Una chica conflictiva, de las que ocasionan la clase de problemas que no se resuelven con un despido.

—...

—Entiéndame, no le estamos ordenando que la asesine. Solo queremos que nos libre de ella. El método corre a su elección.

Piense lo que piense, Rystone Erasmo Cox no lo demuestra; permanece completamente inmóvil hasta que introduce la mano en el bolsillo y extrae el collar de oro del que despojó al cadáver y lo deja sobre una mesa que hay al lado

de la mujer.

—Puedo pagarle con eso. Tiene un gran valor.

—¿Y lo de liberarnos de la empleada?

—...

Guarda silencio con la esperanza de que baste con el collar, pero no dice que no.

La reina corta el curso de sus pensamientos con una risotada que se agota rápidamente.

—Nunca toleramos el tráfico de niños.

—...

—Y es verdad que, en cuanto se empezó a investigar ese asunto, se sospechó de nuestra casa —parece indecisa sobre la conveniencia de proseguir—, aunque del tal Waël Mann hace años que no sabemos nada.

Le basta con otro corto paseo por la habitación para decidirse a hablar.

—Sabemos que ha habido otros casos, nada más.

—¿Otras niñas?

—Cuando secuestraron a las primeras niñas —no parece haberle oído—, ordenamos que se hicieran indagaciones, solo para estar preparados, por si la cosa podía afectarnos de alguna manera. Lo único que pudo decirnos la persona a la que enviamos, una de las veces que vino a darnos parte, fue que los raptos estaban relacionados entre sí por alguna fuerza realmente poderosa. Llevamos varios días sin tener noticias de esta persona, tememos que haya desaparecido también —con las últimas palabras tira del cordón situado junto a la chimenea—. Es lo único que sabemos.

Permanece de espaldas.

Inmediatamente aparece el gordo, que mantiene abierta la puerta.

—Retírese —le indica la reina a Cox. Después se acerca a la mesilla y le devuelve la joya—. No tengo nada más para usted.

Un collar de ida y vuelta.

El hombre asiente y se dirige a la entrada, pero no termina de marcharse.

—Te ha dicho que te retires —le recuerda el gordo.

—Le advertí que no me hablara de tú —con la peor mirada que lanza desde hace mucho tiempo, mientras cuenta otra vez con los dedos—, y van tres.

—Que se retire —tartamudea el gordo en voz baja—. Le ha dicho que se retire.

El invitado no está seguro de si le basta con eso.

Se queda donde está.

No tiene prisa.

Al fin escucha la voz de la reina.

—Lo que le dije —su majestad ha olvidado algo—, de hacer desaparecer a la chica no era más que una broma. Me aburro mucho aquí dentro.

Cox atraviesa la puerta pensando en que no ha especificado si se refería a dentro de la habitación o de los vendajes.

Solo al recorrer por segunda vez Fleet Street, una callejuela solitaria y sin identidad, ha reparado Moriarty en la discreta entrada de la taberna que la patrona le señaló como paradero habitual del fotógrafo que comparte estudio con Daniel Frederiksen.

La apariencia anónima del exterior no tiene nada que ver con el laberinto de salas, terrazas, salones reservados y mostradores que se encuentra dentro, espacios unidos por estrechos corredores y escalinatas absurdas que responden a una distribución arquitectónica tan enrevesada que el profesor está seguro de que ni los incondicionales del lugar pueden moverse por él sin perderse de vez en cuando.

El dinero ofrecido a un camarero judío es suficiente para que le asigne como guía a un niño que lo conduce directamente hasta Reydar, el fotógrafo.

Está a punto de presentarse como Sherlock Holmes, está aficionándose a ello, pero no está seguro de la cantidad de información que se verá obligado a revelar a aquel sujeto, así que decide hacerlo con su propio nombre.

—Caballero, perdone que le importune, me llamo James Moriarty, no sé si el señor Daniel Frederiksen con el que me une una vieja amistad le ha hablado alguna vez de mí.

—El señor Frederiksen es un hombre más que discreto, creo que esa es una de las raíces de nuestra buena relación —edad indefinida, una barba rubia entrecana muy poblada y una levita raída, poco defendida para el mal tiempo.

—Entiendo, también es de mi gusto esa cualidad, pero hace varios días que nuestro amigo ha desaparecido, precisamente cuando teníamos concertado un encuentro de cierta importancia, y me pregunto si podría darme una idea de cómo encontrarlo.

—Hace más de dos semanas que no sé de él —un individuo impasible, de ojos mortecinos; la jarra que mantiene ante él está completamente vacía, detalle que muestra a Moriarty el camino a seguir para ganarse su interés.

—¿Me permite que le invite a una bebida? Hace algún tiempo que no veo a este señor y, tal vez, si cambiamos impresiones, pueda hacerme una idea de por dónde anda últimamente.

—Síntese —ya está haciendo una señal al niño que ha traído a Moriarty—, síntese.

El hombre encarga un grog caliente, y el profesor, un brandy que no piensa probar.

Están en el salón principal de la taberna, que, por aquellas horas, comienza a poblarse de prostitutas sentadas a la barra o entablando conversación con los clientes.

Un grupo de cuatro hombres con atuendo caro pero ordinario que acaba de pedir a gritos una nueva botella de vino de Madeira ha elegido a una de las más jóvenes, más como motivo de chanzas que con otros propósitos; le han quitado entre risas el llamativo sombrero de plumas, la han sentado en el centro del banco que ocupan y no dejan de insistir en que apure la copa para llenarla una y otra vez.

Al fin regresa el chico con las consumiciones, y el aroma de la mezcla de aguardiente, agua, limón y azúcar del grog humeante llena los alrededores de la mesa.

—¿Cree usted que ha podido ocurrirle algo malo a Frederiksen? —pregunta el fotógrafo con la mirada prendida del grupo que hace beber a la chica.

—Podría ser; llevo dos días buscándolo en todos sus paraderos habituales y nadie ha sabido darme cuenta de él.

—Vaya —está muy claro que su interés se debe más bien al agradecimiento por el ponche que a una preocupación real por su compañero de piso.

—¿Comparten ustedes estudio hace mucho tiempo?

—Ya irá para dos años, aunque él aparece por allí muy de tarde en tarde —el aguardiente empieza a obrar sus efectos reconfortantes en el fotógrafo, que se muestra más locuaz, aunque su atención se centra en la ramerilla ya bastante borracha y en los tipos que la obligan a seguir vaciando su copa una y otra vez —. ¿Le habrá extrañado, verdad?

—¿El qué?

—Que un caballero como Frederiksen se vea obligado a compartir ese cuchitril conmigo.

—No le ocultaré que esa circunstancia ha llamado mi atención.

Uno de los hombres que rodean a la prostituta, uno con traje de raya gruesa, se ha puesto en pie y ha vertido una jarra de cerveza sobre el calzado de la chiquilla. Unas botas pequeñas, baratas y recosidas. Congelada, sin saber cómo reaccionar —no quiere provocar el disgusto del grupo a ningún precio—, responde con una risilla falsa y hueca muy del agrado de todos.

—Conozco lo suficiente de Daniel Frederiksen —regresa el fotógrafo, pero sin apartar la mirada de la escena de la chica— para saber que no necesita efectuar economías de ninguna clase, no son esas sus motivaciones. Si se aviene a pagar el alquiler de mi estudio es por el dudoso privilegio de tener acceso

directo a mi todavía más dudoso arte con la cámara —con una risa amarga que no dirige a nadie más que a sí mismo—. Vinagre con mostaza y pimienta, lo que me imaginaba.

—¿Perdón?

—Mire —señala discretamente a la prostituta, tan bebida ya que la tienen que sostener entre dos para que se mantenga sentada en el banco, a la que están dando de beber el contenido de una jarra que les ha traído el camarero—. Forma parte de la diversión habitual. Cuando las muchachas se encuentran completamente embriagadas, les hacen ingerir una mezcla de vinagre, mostaza y pimienta que les produce unas convulsiones que son muy celebradas.

—Animales.

—Debería haber traído mi cámara —completamente fascinado por el espectáculo.

—Por lo que me decía, puedo entender que el señor Frederiksen comparte estudio con usted como una forma de aprendizaje.

—Últimamente estaba muy inquieto, algunos días le temblaban tanto las manos que era incapaz de revelar una placa, incluso se estaba planteando aplicar el método del señor Eastman.

—¿Debido al alcohol, quizás?

—Una noche de confidencias le pregunté eso mismo —no deja de observar a la pequeña furcia—, me dijo que no, que la causa era el miedo.

—...

El profesor Moriarty no repone comentario alguno; intenta contrastar esta información con las nociones que conserva del hombre al que conoce hace tanto tiempo.

—No me interprete mal, Frederiksen es un gran fotógrafo, con una profunda formación y una enorme capacidad para el escrutinio de innovaciones, quizás el más entregado que he conocido en mi vida, pero poco versado en el territorio que yo llevo explorando tantos años —en aquel momento se adelanta bruscamente en su asiento para no perderse un detalle—. ¡Espere!

La chica ha caído por fin al suelo.

Sin dejar de reírse y de intercambiar comentarios, los individuos que la acompañaban se levantan y forman un círculo alrededor. Algunos curiosos que se han percatado, se van acercando lentamente, concedores de lo que viene a continuación.

—¿Qué territorio es ese?

Emitiendo una especie de sonido sordo, de baja intensidad, la prostituta rueda sobre sí misma y una de sus piernas comienza a temblar. Ese es el momento que esperan sus acompañantes. Uno de ellos comienza a verterle encima del vestido

su pinta de cerveza negra con cuidado de manchar la mayor cantidad de superficie posible. Los demás lo imitan entre risas. Todos derraman sobre ella sus bebidas, algunos incluso buscan vasos o botellas de otras mesas para escurrir los restos en su ropa, en su pelo, en sus piernas desnudas o en su cara mientras las contorsiones de la muchacha aumentan, así como su palidez. No tendrá más de quince años.

—Este es mi territorio —completamente fascinado por la escena—, esos momentos en los que aflora el purgatorio que todos llevamos con nosotros.

El *landau* se detiene suavemente junto a la puerta trasera del ala norte del hospital de San Bartolomé, una zona desierta a aquella hora de la noche si exceptuamos a un par de chiquillos que simulan un juego de polo con dos estacas y una pelota de trapo bajo la niebla. Wystan Tansel no baja del pescante hasta asegurarse de que ha atraído la atención de los dos mocosos.

Como ambos lo esperan en posición de firmes, no tarda ni tres segundos en examinarlos.

—¡Tú! —le grita al mayor— ¡No te muevas de donde estás!

Inmediatamente salta del pescante y le cruza la cara al otro, que no habrá cumplido los siete; todavía alcanza a golpearle la espalda con el bastón antes de que escape a todo correr: no le ha gustado que le mirara a los ojos.

—Muy bien —se vuelve hacia el otro—, te quedarás junto al carruaje, lo cuidarás y no permitirás que nadie se acerque a él, ¿me has entendido?

—Sí —una vocecilla de nueve o diez años.

—¿Tienes madre?

—Sí.

—Me encantaría buscarla y triturarle su asquerosa cabeza.

—...

—¿Harás lo que te he dicho?

—Sí, señor.

El chiquillo no ha terminado de contestar cuando Tansel se ha olvidado de él.

Abre la portezuela del coche y golpea las bisagras con su bastón de nudos para que los dos aborígenes que ha recogido en el Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck sepan que deben salir de él. Son dos hombres de edad indefinida, los hombros humillados, la mirada asustadiza, la piel aterida sin más ropaje que sus taparrabos, la muerte ronda desde que fueron arrancados de su tierra para venir a este planeta desconocido.

Su raptor busca un par de mantas inmundas en el cofre del carruaje y les entrega una a cada uno; aunque es tarde, deberán cruzar áreas habitadas del

hospital y no quiere llamar la atención más de la cuenta; se asegura de que se cubran la cabeza, les enseña el bastón nudoso para asegurarse de que no van a perder en ningún momento el sentido de la orientación y emprende el camino a enormes zancadas.

Por suerte, el Hospital de San Bartolomé fue construido en cuatro pabellones independientes que lo salvaguardaran de la posible transmisión de plagas u otros desastres internos, como alguno de los incendios que ha padecido, así que no encuentra grandes aglomeraciones cuando se introduce por la puerta trasera del ala norte —de la que hace tiempo que cuenta con la llave— y va buscando la escalera principal por los pasillos menos concurridos.

Tiene el tiempo justo para consumir la venta, le quedan menos de dos horas para llegar al teatro de Charing Cross donde está contratado hasta final de mes si quiere comenzar a tiempo su número de bilocación.

Mientras sube la escalera principal, vuelve a encontrarse con la «Piscina de Bethesda», la famosa pintura de Hogarth, y la visión de Jesucristo auxiliado por un ángel gordezuelo curando a los enfermos que se sumergen en el agua milagrosa le hace desear que se tratara de una imagen real para poder apalear a todos y cada uno de los integrantes de la escena, empezando por el hijo del Creador y, ya de paso, destruir el hospital hasta su última piedra con todos sus ocupantes dentro.

No tiene un buen día.

Al amanecer, mientras dormía en el chiribitil del burdel donde había terminado su noche de parranda sin que supuestamente nadie más supiera su paradero, fue despertado por la hoja de un estilete dentro de la boca, la punta rozándole la campanilla, que con toda seguridad le hubieran rebanado si no hubiera podido contener su ataque de tos. Los tres sicarios de su prestamista no tardaron mucho tiempo en marcharse, lo suficiente para concederle dos días más como nuevo vencimiento de su deuda. No fue necesario recordarle que esta vez el plazo era terminante. La espalda se le cubría de sudor cada vez que lo recordaba.

En el último piso, después de dejar atrás varios pasillos más, se encuentra con el sector aún no reconstruido tras el último incendio e inicia ya la última parte de su trayecto.

No hay un alma en aquel rincón del hospital.

Parece que el recinto termina tras la aglomeración de cascotes ennegrecidos por el humo, pero Wystan Tansel enciende un farol colgado de la pared y, seguido dócilmente por los dos nativos, cruza el derrumbamiento por un lateral y se interna en la oscuridad de un pasillo interminable, que conoce perfectamente, hasta escuchar unas voces que alborotan detrás de una puerta.

La franquea con toda seguridad para entrar en una especie de quirófano, el escenario de un anfiteatro con las gradas vacías; a la luz de varios quinqués, tres médicos —los tres jóvenes, los tres con las batas blancas manchadas de sangre, los tres un poco más alegres de lo previsible— comparten una botella de clarete alrededor de la mesa de operaciones. En el límite del círculo de luz que abren las lámparas, casi invisible, una sombra barre el suelo despacio.

—¡Hombre, Tansel! —le saluda uno de los médicos de barba rojiza—, empezábamos a temer que no viniera.

—Ya saben que siempre cumplo mis promesas —intenta disimular su mal humor ante aquellos lechuguinos a los que tanto desprecia.

—Por lo que le pagamos, ya puede tenernos presentes en sus oraciones.

Los otros dos médicos se han aproximado a los fueguinos, que permanecen muy juntos, intentando no llamar la atención.

El de la bata más ensangrentada, un tipo que por su gordura aparenta más edad de la que tiene, les quita las mantas con las que se cubren y los empuja hacia la luz para poder contemplarlos mejor.

—¡Joder, Tansel, no! —exclama muy disgustado—. Así no llegamos a ningún sitio.

—Vaya una escoria —confirma el otro, dándoles la espalda y regresando a la mesa en busca de su copa.

—Me dijeron ustedes que necesitaban ejemplares con buen aspecto y eso es lo que les he traído —se defiende el recién llegado, intentando conservar la calma.

—¿A esto llamas tú buen aspecto, hombre? —el médico de la barba, algo más conciliador.

—Son los más saludables que pude encontrar.

—¡Su salud nos importa un carajo, caballere! ¿Crees que los hemos traído aquí para que nos ayuden a reconstruir el hospital? —el gordo—. Estos mamarrachos son feos, más feos que san Lázaro, tan feos que nuestros posibles clientes estarán demasiado asustados mientras les sacamos los dientes para plantearse siquiera contratar nuestros servicios.

—¡No me encargaron que les trajera una cuadrilla de rameritas para alegrarles la noche! —el puño lívido alrededor del bastón, intenta controlar la voz para no gritar, pero apenas lo logra—. ¡Me pidieron unos gorilas humanos para hacer una carnicería con ellos y eso es ni más ni menos lo que les he traído!

—Vamos, vamos, no nos alteremos —el médico barbado—. Seguro que encontramos alguna manera de solucionar el asunto.

—Yo he cumplido mi parte.

—En cierto modo, así ha sido, y no te vas a marchar con las manos vacías. Pero debes entender que no es esto lo que necesitamos.

—Quiero mi dinero —recuerda el sabor del estilete sobre su lengua: no puede permitirse no conseguirlo.

—Y yo quiero poner a cuatro patas a la princesa de Gales... —el médico gordo.

—¡Dios salve a Alejandra de Dinamarca! —corean los otros dos levantando sus copas.

—Pero no creo que me lo permita, al menos mientras ese imbécil de Bertie siga siendo tan buen partido.

Escondiendo el bastón a su espalda para ocultarse hasta a sí mismo la tentación de usarlo, Wystan Tansel respira hondo e intenta relajarse; se conoce y sabe que está a un paso de echarlo todo a perder para siempre, pero aquella gente es su única fuente inmediata de financiación de la deuda y su supervivencia depende de ello.

Se conoce a sí mismo igual que está al tanto de los tejemanejes de aquellos tipos, tres dentistas dicen que brillantes a pesar de sus métodos, que no se han conformado con el ejercicio convencional de su profesión para lograr el éxito y la fortuna. Persuadidos de que el miedo al dolor es el escollo que les separa de la afluencia masiva de pacientes a sus consultas, llegaron a la conclusión de que en los estudios de James Young Simpson, un doctor escocés que había descubierto que las propiedades como anestésico del cloroformo eran muy superiores a las del éter, estaba la respuesta a sus problemas. Pero los enfermos no se iban a conformar con su palabra para confiar en que aquel remedio les liberaría del martirio, así que decidieron contratar los servicios de Tansel para que les proporcionara aborígenes con los que llevar a cabo extracciones ante un grupo selecto de pacientes potenciales donde se demostraría la ausencia de cualquier molestia cuando se aplicaba el cloroformo.

—Escúchame —se le encara el gordo, que es el más displicente de los tres—, pasado mañana a primera hora celebraremos una demostración delante de lo más insigne de la ciudad; de que la intervención salga como debe, depende que nuestro prestigio se extienda por todo Londres, quizás por el resto del país, es posible incluso que por el continente, así que necesitamos narcotizar a una muchacha lo bastante agraciada para no resultar repulsiva aunque la dejemos sin una sola pieza dental delante de los asistentes, ¿has entendido?

—¿Cuánto me pagarán por ello? —en su cabeza solo escucha el eco de la voz de su prestamista.

—Lo mismo que te pagaríamos por estos dos —se acerca todavía más, intentando intimidarle con sus carnes y la sangre de la bata—. Pero, además, te pagaremos por ellos la mitad de lo que habíamos acordado, ya les encontraremos alguna utilidad. Eso sí, el trato solo será válido si nos traes una bella joven.

—Pero habíamos quedado en...

—Ni un maldito penique más.

—Mire...

—Ni uno.

Tansel se muerde los labios para no contestar.

Sabe que en este momento su suerte depende de aquellos tres.

El recorrido de la escoba ha conducido hasta sus proximidades al hombre silencioso que limpiaba el suelo cuando llegó. Ahora lo reconoce. Es otro de los nativos que proporcionó a los médicos. Cuando levanta el rostro puede ver sus facciones radicalmente deformadas por la ausencia de dentadura.

En el cementerio de las putas de Cross Bones no hay sociedades de vigilantes; las muertas que allí reposan no tienen a nadie que las recuerde ni que cuide de ellas. En la mayoría de los casos han sido sepultadas apenas con un simple sudario y solo los *revientacadáveres* más miserables se toman la molestia de cavar sus fosas para desvalijarlas.

Se trata de una parcela sin consagrar en la esquina de Redcross Street donde son enterradas las mujeres a las que les ha sido negado el consuelo del entierro cristiano a causa de su licenciosa existencia.

Desde que en 1171 una orden real dio permiso al obispo de Winchester para recaudar las rentas de los burdeles situados dentro de sus propiedades, la autoridad eclesiástica se aseguró de contar con un terreno emplazado bien lejos de la iglesia parroquial donde desembarazarse de los cadáveres de las mujeres fallecidas durante el ejercicio de su profesión, las llamadas los gansos de Winchester.

Con el tiempo, esta finca fue aprovechada para dar sepultura a toda la población marginal considerada indigna de ocupar una plaza en algunos de los camposantos de Londres, y se había convertido en un lodazal cubierto de ratas, basura y cuerpos humanos enterrados tan cerca de la superficie que sus miembros parecían emerger de la tierra pidiendo socorro.

Aunque Cox nunca había trabajado allí, distintos negocios lo habían llevado por aquella zona y se ha asegurado de llevar una linterna sorda en una mano, la cuchilla de carnicero en la otra y el ojo alerta ante cualquiera de las alimañas que por allí pudiera encontrarse.

Más o menos en el centro del barrizal se mantiene una vieja construcción, casi una barraca de madera y adobe, de usos nunca definidos, a la que hay que acercarse hasta casi estar encima para distinguir la iluminación que se escapa por las rendijas de las ventanas cubiertas con cartones.

Conforme llega a la puerta, Rystone Erasmo Cox revienta la cerradura —si es que se puede llamar así a una tranca amarrada con una cuerda— y entra con la cuchilla por delante, barre la asquerosa sala con la linterna y lo único que llega a interesarle es otra entrada al fondo de la habitación, esta vez cubierta por una manta; tarda apenas unos segundos en atravesarla.

Un viejo sentado ante una mesa cochambrosa, con una pequeña garrafa de ron ante él, lo mira sin inmutarse, no como el otro habitante del cuarto, un joven muy alterado que se está terminando de subir los pantalones a toda prisa. En realidad, hay una tercera ocupante en la vivienda, pero está tendida en el suelo, desnuda de cintura para abajo y, por su olor, lleva muerta varios días.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta tranquilamente el viejo.

—Hacerles una visita —Cox se dirige al joven— y, ya que estoy aquí, que me pongas a los pies de tu novia.

—No es mi novia —tartamudea; cuando habla, el bocio ya de por sí visible, resalta aún más—, no estábamos haciendo nada.

—¿Cómo que no? Si solo hay que verle la cara de satisfacción. —Cox bloquea la salida con sus anchas espaldas y deja bien a la vista el arma.

—No queremos problemas —interviene el viejo.

—Estoy seguro de que no, pero tampoco creo que a los chulos de Southwark les haga mucha gracia saber lo que hacen con sus protegidas, ni siquiera después de muertas.

—¿Qué es lo que quieres? —otra vez el viejo.

—Información, estoy buscando a un fulano llamado Waël Mann, se dedica al mismo negocio que ustedes y me han dicho que frecuenta estos parajes.

—No lo conocemos —responde el viejo por los dos.

—Piénselo bien; no tiene más que decirme dónde encontrarle y los dejo con lo suyo; la chica —señala de nuevo a la invitada entre las sombras— está caliente todavía.

—...

Por un momento, Cox es consciente de que su ropa puede pasar por recién estrenada y de que su buena dicción lo diferencia lo suficiente de aquellos hombres para hacerle sentir que nunca ha caído tan bajo como ellos. Pero la sensación no le dura más que un momento. Hacía ya mucho tiempo, mucho antes de dedicarse a este negocio, en 1832, que se promulgó la Ley de Anatomía que facilitaba el acceso a los cadáveres por parte de las universidades de Medicina, obligando a los profesionales del desentierro a modificar su oficio: ya no merecía la pena robar los cuerpos a no ser que se pretendiera pedir un rescate a los familiares, lo cual era bastante complejo, así que se dedicaban a saquear las posesiones con las que los difuntos eran sepultados, convirtiéndose todos los

revientacadáveres en la misma clase de carroñeros; igualados, a pesar del lugar donde actuaran.

—¿Lo han pensado ya? —siempre se dirige al viejo, que acapara toda la masa cerebral del equipo.

—Ya te he dicho que no lo conocemos.

—No sé si partirles la cabeza o darles unas monedas, ¿qué crees que será más efectivo?

—Hombre —está a punto de sonreír—, pues ninguna de las dos cosas, pero desde luego que con golpearlos no vas a conseguir...

Sin escuchar el final de la frase, Cox se imagina acercándose al más joven y hundiéndole el mango de la cuchilla de carnicero en la cabeza. Seguro que eso le haría sentirse mejor. Los ojos de Rambalda, su olor, no han dejado de rondarle en todo el día. Pero no llega a mover un músculo.

—Haremos otra cosa —con la punta de la bota, Cox acerca hasta el joven un saco asqueroso medio escondido en un rincón—. Mete dentro a la muerta —le ordena.

—¿Para qué? —Sigue temblándole la voz, pero esta vez por motivos distintos.

—Me la llevo.

—¿Para qué la quieres?

—Sé dónde sacar unos cuartos por ella.

—No te darán nada.

—He dicho que la metas dentro.

—...

Los ojos se le llenan de lágrimas.

—No me hagas obligarte.

—Dile lo que quiera saber —se vuelve al viejo, suplicante.

—Mira, deja que se la lleve —el otro toma el recipiente de licor para echarse un trago.

—¡Papá! —esta vez las lágrimas están en el timbre de su voz.

El padre rasca la madera con una uña ennegrecida. Sabe que desde hace mucho tiempo está ligado para siempre a los actos de su hijo. Termina de beber y fija los ojos, resignados, en el recién llegado.

—El tal Waël Mann hace tiempo que no aparece por aquí.

—Sigue.

—Esto es el estercolero del diablo, ya lo puedes ver, aquí no queda nada o casi nada, así que dejó de aparecer.

—Antes frecuentaba otros cementerios y no le iba mal.

—Pero se casó y tuvo hijos —con superioridad— y cogió miedo a que lo metieran en la cárcel y nadie pudiera alimentarlos, así que durante un tiempo

venía por aquí, a rebuscar lo que hasta las ratas desechan. Como nosotros.

—¿Sabes dónde está ahora?

—A ciencia cierta, no. Pero me han dicho que se le ve por los muelles. ¿Conoces los concursos de resistencia en el río que se celebran por Wapping? Muy cerca del antiguo patíbulo.

—No.

—Un lugar donde los caballeros apuestan para ver cuánto tiempo aguantan sin ahogarse los desgraciados bajo el agua.

—...

—Los desgraciados como nosotros.

Y Cox tiene la certeza de que el viejo ha reconocido su calaña y lo incluye dentro de su misma categoría.

Con objeto de no llamar la atención, Holmes se bajó del coche de alquiler a unas pocas manzanas de la iglesia de Santa Eteldreda y cubrió a pie el resto del camino hasta el templo, temeroso de encontrarlo cerrado a aquella hora de la noche.

El portón cede a la cuidadosa presión sobre la hoja, quedan dos mujeres rezando en esquinas opuestas del crucero, el confesionario está ocupado.

La última vez que visitó aquel lugar lo hizo disfrazado de sacerdote de Roma, aunque esta vez no ha tenido tiempo de hacerlo. Eso sí, el detective se comporta como el más devoto de los fieles del Papa, no en vano está en una de las iglesias católicas más antiguas del país.

Después de persignarse, se arrodilla junto al altar mayor, muy cerca de la reliquia de santa Eteldreda, obsequiada a la iglesia por el duque de Norfolk. Las otras dos veces que ha visitado la parroquia se ha colocado justamente en el mismo sitio, en la misma posición: con la cabeza humillada y el abrigo ahuecado, pero esta vez se va a levantar mucho antes, el tiempo de desplegar una navaja con la que levantar el adoquín bajo el que dejó escondido un revólver con su correspondiente munición para casos de emergencia.

No todos los ríos de Londres son visibles.

El Fleet, que se nutre de las aguas de Hampstead y de las lagunas de Highgate, fluye oculto junto a la estación de King's Cross desde que se soterró a finales del siglo XVIII, formando parte del alcantarillado. Denominado en su época cloaca máxima, tenía fama de ser el río más sucio y apestoso de Londres. Ahora está sepultado, pero no muerto. Niños y mayores, todos los desgraciados que han

tenido que descender a las alcantarillas para buscar sustento o cobijo, coinciden en afirmar que han oído, y en algunos casos visto, seres extraordinarios, monstruosos, criados gracias a la inmundicia fluvial y a los insensatos que se han descuidado durante sus exploraciones subterráneas.

Son los recuerdos de estas criaturas, de las que más de una vez se ha reído mientras revisaba alguno de los artículos más sensacionalistas de su periódico, los que aterrizan a Timothy Freedland, director adjunto de *The Manchester Guardian*, mientras espera con los ojos cubiertos por un trapo pringoso, las manos y los pies amarrados y los pantalones húmedos —no solo del agua viciada que discurre por el suelo donde le han dejado caer—, a que alguien venga a explicarle por qué el conductor del coche de alquiler lo ha secuestrado para ocultarlo en aquel lugar.

No son imaginaciones sin fundamento, a no mucho más de cinco o seis metros puede escuchar perfectamente los gemidos de un ser, un animal quizás, al que no logra clasificar, que por su potencia debe ser de grandes dimensiones y por la creciente ansiedad de aquella especie de rebuzno o graznido parece ser víctima de un ánimo voraz que le corta la respiración.

Tan espantado está que ni siquiera ha escuchado las pisadas y los susurros que lo rodean hasta que unas manos pesadas caen sobre sus hombros y lo arrastran brutalmente antes de desembarazarle los ojos.

Entonces lo ve, como si se materializara ante él.

Mucho más formidable de lo que nunca hubiera imaginado, de lo que describían las leyendas más descabelladas, de lo que explicación alguna pudiera justificar sin romper todos los límites de la razón.

El cerdo gigante lo mira fijamente a los ojos.

Hacía décadas que circulaba por Londres el mito del carnicero que perdió un cerdo, que, al cabo de unos meses, fue visto en las cloacas del Fleet, donde había alcanzado unas proporciones y una furia propias del más infernal de los monstruos.

Pues allí está.

Sujeto con una cadena al cuello que termina en una argolla de la pared, un amarre que el director adjunto del *The Manchester Guardian* teme que no resista por mucho tiempo los envites de la fiera cuyo lomo está considerablemente por encima del hombre más alto que haya conocido en su vida.

Intenta retroceder, pero aquellas manos lo mantienen inmóvil apenas a unos palmos del hocico ávido del animal.

Se acuerda de su débil corazón, de las múltiples advertencias del médico y le pide fervorosamente a su Dios que acabe con su vida en aquel preciso momento antes de que aquella bestia se libere y le mastique la cabeza.

Los gruñidos se le meten muy dentro, mucho más allá de los oídos, del cerebro.

Timothy Freedland mantiene los ojos muy cerrados, incapaz de afrontar aquella mirada de ojillos locos y rojizos, hasta que alguien le tira de la ropa.

Ante él se encuentra un hombre enmascarado, vestido con ropa de calidad, los hombros cargados, el ademán tranquilo, que extrae del bolsillo unos retratos, cuatro, que le va mostrando lentamente uno a uno.

El arzobispo de Canterbury, el lord canciller, el primer ministro y su majestad la reina.

Los cuatro aparecen con sus respectivas familias y en cada una de las imágenes se puede ver a una niña —a las que el periodista no tiene tiempo de reconocer— cuyo rostro ha sido rodeado por un círculo trazado a pluma.

—No le tengo que preguntar si conoce a las cuatro primeras personalidades del país —le comenta el desconocido alzando la voz para imponerse a los gruñidos.

El periodista calla, seguramente no podría articular ni una palabra aunque tuviera la voluntad de hacerlo.

Tampoco parece que el otro espere ninguna contestación. Baraja los retratos y, con mano firme, los arroja entre las mandíbulas del gigantesco cerdo que las mastica como si se tratara del mejor de los manjares.

A continuación, el enmascarado vuelve a encararse con el periodista.

—Ahora, esta vez, lo voy a dejar marchar —anuncia—, pero quiero que en la próxima edición de su periódico aparezca un relato detallado de esta experiencia, con especial mención de los personajes que aparecían en los retratos, ¿me ha entendido?

—Sí —entrecortado—, sí, señor.

—También quiero que les haga llegar en mano un ejemplar a cada uno de los cuatro.

—...

—Esa será la única forma de la que dispondrá usted para evitar una segunda y última entrevista con el anfitrión de estos parajes —señalando al engendro que sigue esforzándose por romper su cadena.

Después, el hombre da media vuelta y se marcha.

Unos metros más allá, el profesor Moriarty se libera de la máscara y apremia con un gesto a su guía, que lo precede con una lámpara, para que lo saque de aquel infecto lugar.

Espera que las cuatro personalidades entiendan el mensaje y no hayan decidido anteponer las razones de Estado al secuestro.

Lo espera por su bien y desde luego por el de las niñas.

En 1858, sin que hubiera cumplido aún los diez años, los padres de Cox eligieron uno de los veranos más calurosos de los que se tenía noticia para llevarlo a conocer la ciudad de Londres; las temperaturas habían subido al punto de que los ciudadanos apenas podían soportar los efluvios procedentes del Támesis, donde los excrementos humanos sin tratar circulaban libremente por cualquier punto de su cauce; tanto fue así, que las autoridades se vieron obligadas a desalojar el Parlamento, porque la atmósfera había llegado a ser irrespirable; a aquel brote, que pasó a la historia y terminó modificando toda la concepción del alcantarillado, se le conoció como El gran hedor.

Mientras camina por Wapping, una de las zonas más deprimidas de los muelles próximos a Whitechapel, en busca del espectáculo de apuestas por donde, según los pánfilos de Cross Bones, suele verse al hombre que lleva buscando todo el día, Cox se acuerda de aquella visita a la ciudad y, aunque ahora existe un sistema de cloacas y bombas para llevar las aguas fecales fuera del núcleo urbano que había desterrado las plagas y eliminado gran parte de los olores, piensa que bajo la persistente niebla que les castiga, tan cerca del final de siglo, se ocultan otros males tan abominables como el propio ser humano que los concibe.

Es esa niebla asesina la que no le permite distinguir al grupo de hombres reunidos junto a un embarcadero hasta que escucha sus murmullos, abajo, al pie de una escalera de piedra.

El más próximo, uno de los vigilantes, le cierra el paso con una pesada barra de hierro entre las manos.

Cox se detiene al momento, pero el otro, para reforzar su autoridad, le golpea levemente el pecho para alejarlo uno o dos pasos.

—¿Adónde vas? —pregunta en voz baja.

El *revientacadáveres* está a punto de hacerle tragar la barra.

Después decide que no, que debe prevalecer su búsqueda sobre estas menudencias.

Después decide que sí, pero que no tiene por qué hacerlo inmediatamente.

—Tengo aquí unas cuantas coronas de plata y busco a algún cretino que me haga doblarlas —responde.

—La entrada es un florín —el vigilante ha esperado el tiempo suficiente antes de responder.

Sin palabras, Cox le entrega un par de chelines y se abre paso entre hombres embozados que se pasan entre sí vasijas de cerámica llenas de licor o beben de sus petacas hasta llegar hasta primera línea.

El asco de lo que lleva visto y andado a lo largo del día, principalmente los sitios como este o en el que los criados disputaban las afrentas de sus patronos,

estaba acabando con sus últimas reservas de medida.

Pero sigue caminando.

Tiene que entrecerrar los párpados para protegerse de la helada brisa que el río trae desde el mar y que, sin embargo, no logra mover el pesado bloque de niebla.

Nadie le pregunta si quiere jugar, probablemente las apuestas están cerradas por esta vez.

Un hombre de unos sesenta años que se está quitando la ropa, marino, según los tatuajes que le cubren el cuerpo, es el centro de atención de todos. A veces trastabilla. Le tiemblan los labios, debe estar muy borracho para soportar las bajas temperaturas. Cuando se queda completamente desnudo, dos de los vigilantes le colocan con esfuerzo una especie de mochila formada por cadenas y barras de plomo que cierran con un candado del que se quedan la llave. Después le pasan una cuerda bajo los brazos, un tipo poco más alto que un enano levanta su reloj mientras grita tiempo y el marino, que apenas puede soportar en pie el peso del lastre, salta al agua.

Debe ser el agua por el sonido del chapuzón, porque desde el muelle solo se ve que el hombre desaparece en la masa gris negruzca de la bruma.

—Y si se le acaba el aire, ¿tira de la cuerda? —pregunta Cox al individuo que tiene al lado, un hombre mayor vestido con un chaquetón azul de marinerero.

—Es la primera vez que vienes, ¿verdad?

—Verdad.

—Si se le acaba el aire o le apetece una ración de pudín puede tirar de la cuerda todo lo que quiera —una risa seca—, porque nadie lo va a sacar de ahí hasta que el reloj alcance su marca. Un minuto y medio es la de hoy.

—Con esos tiempos no creo que ganen muy a menudo.

—Los que siempre ganan son los amos, que son los que meten el dinero.

—Como siempre.

—Como siempre —más amargo aún.

El perímetro está bien cubierto por cinco o seis vigilantes —uno de ellos es un niño con cara de viejo que no se separa del enano— muy atentos a la posible irrupción de la Fuerza de Policía Marítima, creada un siglo antes para evitar saqueos en los barcos anclados en la zona y que tiene su sede en Wapping High Street.

—Busco a un tipo que me han dicho que se dedica a esto —Cox.

—No me quedo bien con los nombres. Ni con las caras. —Se sube el cuello del chaquetón—. He bajado demasiadas veces a pescar con la mochila de plomo.

El tiempo sigue corriendo en el reloj del enano.

Se presienten las barcazas, su rumor es difuso y la iluminación de sus faroles apenas es una mancha amarillenta, atravesando el río con inimaginables

propósitos.

—El hombre al que busco se llama... —intenta insistir Cox.

Pero algo ha pasado que atrae la atención de todos.

Uno de los vigilantes que permanecía en el punto donde se sumergió el sujeto de la apuesta se ha vuelto hacia la concurrencia.

Con el extremo roto de la cuerda en la mano.

Todavía indeciso sobre la conveniencia de realizar esta última pesquisa del día, Sherlock se detiene frente a la ventana del primer piso y extrae su reloj del bolsillo del chaleco; lo abre, lo mira y vuelve a guardarlo sin haber visto la hora. No necesita el reloj para saber que es muy tarde para realizar una visita, pero hay demasiado en juego para descartarla por alguna de las convenciones sociales que tan poco le han importado siempre.

Piensa una vez más en retirarse al refugio que ha elegido para esta noche, pero ni siquiera quiere pensar en encerrarse en ese lugar a solas con la jeringuilla que sigue llevando en el bolsillo.

La calle Thames, que persigue al río desde Blackfriars a la Torre de Londres, está completamente desierta.

La ventana, a oscuras.

El detective, mientras busca en sus bolsillos el cabo de una vela, cruza la acera y la carretera, se detiene en el portal para encenderla y sube las escaleras hasta alcanzar la puerta del piso que busca.

Nadie responde.

Hace varios años que residía allí la numeróloga de la que le habló la hermana del alumno de Moriarty que se quitó la vida, desde entonces podía haber ocurrido cualquier cosa.

Al segundo golpe se abre la puerta de enfrente.

—En esa casa no vive nadie —una mujer vestida de forma humilde, demasiado mayor para que el niño que se cuelga de sus faldas sea su hijo.

—Siento molestarles a esta hora —acercándose a ella—, ¿conoció usted a la mujer que vivía aquí?

—Claro que sí —el niño también asiente—. Sarah Laine.

—Verá usted —en tono conspirativo—, me han dicho que esta señora puede adivinar el futuro a través de los números.

—Yo de eso no sé mucho —su nieto niega con la cabeza—, la verdad es que conmigo apenas hablaba. Sé que era muy estudiosa y que tenía la casa llena de libros.

—Pues yo quería precisamente que me adivinara... —fingiendo un fuerte

acento —. En fin, hacerle una consultita. ¿Sabría usted su nueva dirección?

—No, señor; un buen día nos levantamos y ya no estaba —el niño abre las manos, escenificando las palabras de la mujer—; había dejado el piso vacío durante la noche, se lo llevó todo, todo. Y no hemos vuelto a saber nada de ella.

A la mujer no parece extrañarle en exceso la súbita desaparición de su vecina, pero el detective cree entrever la mano de Moriarty detrás de cualquier suceso inusual.

—El señor Dylan no se lo podía creer —continúa la vecina—, al parecer estaban a mitad de un experimento.

—¿Qué clase de experimento?

—No lo sé.

—¿Y ese señor Dylan...?

—El matemático.

—Ajá.

—Yo es que por esa época limpiaba por horas en casa del señor, tres veces por semana, y claro, se desahogaba conmigo —el nieto, con cara de circunstancias—. Después las cosas debieron irle mal, porque me dijo que tenía que prescindir de mis servicios.

—¿Él tampoco sabía adónde podía haber ido su vecina?

—Tampoco.

—¿Puede darme la dirección de ese señor Dylan?

—¿Tiene usted donde escribir?

Holmes saca un lapicero en un gesto de prestidigitador.

—Siempre —disponiéndose a escribir en el puño de su camisa.

Sorprendentemente pronto, la concurrencia deja de mirar la zona donde se hundió el individuo de la apuesta para reflexionar sobre las causas técnicas de la ruptura de la cuerda, sofocar con alguna chirigota los lamentos de los menos, calcular las ganancias, maldecir las pérdidas y discurrir sobre la siguiente inmersión.

—¡Tú, no te escaquees! —le grita el enano al niño con cara de viejo—. Ya sabes lo que cuesta esa mochila.

—Le entrega la llave del candado y el chico comienza a desnudarse de mala gana.

—¿Qué habrá pasado? —le pregunta Cox al anciano del chaquetón marino.

—Cualquiera sabe, aquí todo es posible —responde el otro asegurándose de que nadie les escucha—, desde que le hayan cortado la cuerda para quedarse con las apuestas a que el propio jugador haya apostado contra sí mismo para que le

llegue el dinero a su familia y después haya roto la cuerda. Incluso puede haber sido un accidente.

El niño termina de desnudarse y se arroja al agua con la cuerda atada a la cintura. Los espectadores contienen la respiración ante aquel espectáculo adicional completamente gratuito, para todos menos para el muerto. En unos segundos se escucha el sonido del muchacho chapoteando en la superficie y sus gritos para que lo suban. La niebla sigue empañándolo todo.

Un par de asistentes con aspecto de mendigos que comenzaron a revolver tímidamente con la punta del pie las pertenencias del ahogado se han convencido de que nadie va a reclamarlas y ahora las están recogiendo a manotazos para llevárselas.

—Waël Mann se llama el hombre que estoy buscando —regresa Cox al tema que le preocupa.

—El Redivivo.

—¿Perdón?

—A ese lo conocemos todos aquí —media sonrisa—, le decimos el Redivivo porque una noche estuvo más de tres minutos bajo el agua antes de salir.

—¿Se rompió la cuerda también?

—Eso es, pero cuando todos pensábamos que se quedaría allí debajo, salió a la superficie tan tranquilo —ahora la sonrisa es completa—. Según él, la mano de Dios le liberó del lastre. Desde entonces, cambió por completo. Juró que dejaría las apuestas y el resto de los chanchullos en los que estaba enredado para honrar al Señor y vivir de un trabajo honrado. Como si eso fuera tan fácil.

—¿Sabe usted a qué se dedica ahora?

—Ni idea.

—¿Y dónde vive?

—Eso sí.

De ahí no va a pasar, al menos no de forma gratuita; no es necesario negociar ni advertirse ni amenazarse; solo hay un siguiente paso posible.

Sin que nadie se percate de ello, el *revientacadáveres* introduce unas monedas en el bolsillo del viejo marino, que espera unos segundos antes de acercarse a su oído para susurrarle una dirección y marcharse rápidamente.

Un joven atlético se está desnudando con una gran sonrisa, pero no dirige ni una sola mirada a la chorreante mochila de plomo que le espera.

Antes de marcharse, Cox piensa en el cadáver abandonado en el fondo del Támesis, quizás acompañado de otros muchos predecesores; algún sistema utilizará la organización para anclarlos al fondo y asegurar su condena eterna, parte de la pena añadida a la pérdida de la apuesta.

A continuación sube la resbaladiza escalera y al final se cruza con el mismo

vigilante que lo recibió con la barra de hierro.

Se había prometido hacerle tragar aquella barra por uno u otro agujero.

Pero está más cansando de lo que pensaba, mucho más de lo que creía llegar a estar, así que, en vista de que el otro le evita la mirada, lo deja pasar y sigue su camino hacia el exterior del puerto.

Rambalda, sonriente, preciosa y aborrecible, se superpone a todos los acontecimientos del día.

Al doblar una esquina debe detenerse, casi necesita buscar el apoyo de la pared.

Un hombre camina por el centro de la carretera llevando a un descomunal elefante amarrado con una cuerda. Son muy viejos los dos. Avanzan despacio. Cubiertos de mataduras. Pero no parecen tener dudas sobre su destino.

Por un momento, Cox tiene la tentación de abandonar el asunto en el que está envuelto, toda su vida, y marcharse detrás de ellos.

Intentando no hacer ruido, Moriarty abre lentamente la puerta de la celda del abad y se encuentra a su cuidadora a punto de salir. Ambos quedan enfrentados un momento. Ella retrocede al interior.

Otro de los monjes la ha reemplazado al pie de la cama de su superior, que duerme con un sueño profundo, abisal.

—¿Cole? —musita el recién llegado sin esperar respuesta.

—Lleva así desde que usted se fue —informa la mujer.

—¿Despertará?

—No lo sé.

Tímido, se acerca a él y roza su mano. Recuerda el día que le contó su proyecto del falansterio, la sorpresa del religioso, la promesa de pedir una licencia especial y acompañarle a Suiza para visitar aquel modelo de sociedad matemáticamente perfecta que su amigo había proyectado.

Poco a poco retrocede hasta la puerta, la sostiene para que la ex enfermera y ex prostituta leprosa salga primero y los dos se adentran en la penumbra de los corredores de piedra del lazareto.

Hasta ahora habían evitado incluso caminar juntos.

De pronto, por primera vez desde que era un chiquillo, el profesor no sabe qué hora es, algún punto incierto de la madrugada, el más desierto, el que a nadie importa.

—Me llamo Maryann Caulfield —en voz baja.

—Ya lo sé.

—¿Qué más sabe?

—Todo lo que se puede averiguar sin recurrir a usted. Lo que los demás considerarían la información más importante. Poca cosa.

Justo en la última palabra, Moriarty cae en la cuenta de que ha revelado más de lo que debía y calla bruscamente.

También retrasa el paso.

Desde esa nueva perspectiva, puede ver que ni el basto hábito de arpillera ni la enfermedad han vencido el rotundo vigor de las líneas del cuerpo de la mujer, las siluetas de los muslos que surgen y desaparecen entre aquellos pliegues y, temeroso de ser descubierto mirándola, se apresura para acompañarle el paso.

Ahora es ella la que se detiene.

La mira, sorprendido. Hasta que comprende que han llegado a su celda. El gesto más grave que nunca, la mirada perdida, el profesor aguarda.

Esa es toda la confirmación que necesita la mujer para abrir la puerta y dejarla abierta a la espera de que la siga al interior.

Para sentarse en el jergón.

Para apoyar en el suelo la bujía que los alumbra y casi los hace desaparecer.

Y pasan minutos, horas, años hasta que él se acomoda a su lado.

La capucha de la mujer ha retrocedido lo suficiente para dejar al descubierto la ausencia de nariz y las manchas que nacen en el cuello, pero la fuerza de su mirada y el calor de sus labios se imponen de tal manera que las máculas no parecen producto de la enfermedad, sino caracteres propios de una mujer perteneciente a una estirpe distinta.

Tienen que discurrir algunos años más, siglos, para que el profesor levante el brazo y le acaricie las lesiones de la piel con las yemas de los dedos.

—¿No temes contagiarte? —pregunta la mujer con una punta de voz.

—Llevo toda la vida intentando que los demás me contagien de algo, de lo que sea.

Sentado en una vieja caja de madera, el único asiento que ha encontrado dentro de aquel sucio y minúsculo cuartucho, Sherlock Holmes pela con un cortaplumas la manzana en la que consistirá toda su cena.

Hasta aquella buhardilla olvidada del burdel llega la voz del afligido cantante que entona en francés una serie interminable de melodías tristonas y desconocidas.

A su lado, sobre la manta del camastro, ha dispuesto su pipa de madera de cerezo y un cuarto de la mezcla de su tabaco preferido; le espera una larga noche de meditación, necesita poner en orden —en diversos órdenes en realidad, hasta determinar el correcto— los sucesos de los últimos tiempos para programar sus

actividades en las próximas horas; se siente lo bastante abstraído por el desafío que está viviendo como para no haber tenido en cuenta, casi en ningún momento, la jeringuilla que sigue teniendo en el bolsillo.

Aún no ha terminado la manzana cuando llaman a la puerta.

Bendice el momento en el que fue a recoger el revólver de repuesto.

Amartillándolo, se sitúa a un lado del quicio con cuidado de no encontrarse en la línea de tiro si disparan a través de la hoja.

En lugar de eso, vuelven a llamar.

—Abra, señor —una voz ordinaria de mujer—, me manda la dueña de la casa.

—...

—Dice que tiene usted que marcharse ahora mismo.

Sin una palabra, el detective abre de un tirón y apunta al pecho de la mujer que, como si no hubiera visto el arma y obligando a retroceder a su dueño, entra en el cuartucho y cierra a su espalda.

—Deténgase —ordena el hombre.

—Estoy desarmada, hombre, no tenga miedo. Míreme bien.

Tendrá cerca de los cuarenta. El pelo muy rubio y las cejas muy negras. Dos tajos: uno en la falda hasta las entrañas y otro en el escote que la parten en dos, dejando a la vista unos pechos morenos, pesados y rebeldes con los que empuja, imparables, el revólver que no tiene otra opción que seguir replegándose.

Y esa mirada. Que no es la de una recadera. Al menos no de la clase de recadera que dice ser.

El cantante francés sigue lloriqueando sus coplillas.

—¿Sabe usted quién me manda, verdad? —la mujer, retándole con su sonrisa.

—Moriarty.

—Eso es.

Avanza un par de pasos, manteniendo a raya el cañón con el pezón izquierdo.

Holmes, la frente cubierta de sudor y el rostro encendido, vuelve a retirarse, cada vez más cerca de la pared.

Intenta mantener la frialdad, pero sabe que ella es la dueña de la situación.

—Solo quiere proponerle una cita —otra sonrisa—, un encuentro cara a cara para cambiar impresiones, nada más que un momento.

—...

—Si está temiendo por su seguridad, pierda todo cuidado —la tela de la blusa, al rozar con el arma, se desliza un centímetro todavía más abajo, donde la piel es igual de morena y, probablemente, dotada de la misma áspera suavidad—. La entrevista tendrá lugar mañana, en el vestíbulo de la estación de ferrocarril de King's Cross.

—... —ni que sí ni que no.

—A las siete en punto de la mañana —habla lentamente—. La única condición es que deberán ir solos, completamente solos. Si mi jefe observa el menor rastro de la policía, simplemente no aparecerá.

—...

El detective necesita tiempo para reflexionar sobre una decisión que ya ha tomado sobradamente; además, aunque no quiere aceptar sin más las condiciones de Moriarty, sabe que no hay tiempo de negociar, así que prefiere guardar silencio.

Solo cuando la mujer se ha asegurado de haber sido entendida comienza su retirada.

Camina de espaldas hasta la puerta, más por exhibirse que por guardarse de un ataque a traición. Hace una leve reverencia. Y abre. Y cierra. Y es como si aún continuara allí.

Todavía apoyado en la pared, Sherlock Holmes continúa apuntando hacia la puerta, muy atento al menor sonido.

No deja de preguntarse la razón por la que Moriarty, habiendo averiguado su escondite, no ha aprovechado para eliminarle, como lleva intentando los últimos tiempos.

Se responde que es posible que haya llegado a la conclusión de que le conviene más intentar sondearle para comprobar con cuánta información cuenta y hasta qué punto supone un peligro para él.

Y vuelve a preguntarse cómo es posible que alguien de su inteligencia cometa el error de pensar que puede sonsacarle tan fácilmente.

También se contesta a esto.

Entre preguntas y respuestas pasa el resto de la noche.

La noche de difuntos le alegra el ánimo.

Apenas puede con su cuerpo —que la niebla intenta retener en la calle—, pero cuando Cox detiene el ascenso por la escalera para mirar por la puerta entreabierta del primer piso y vislumbra el velatorio de los tres niños a la madre muerta, es asaltado por la sensación de que la vida sigue su curso, hacia el dolor y la lenta extinción de la humanidad entera, pero sigue. Solo tiene que dejarse llevar plácidamente hacia el apagón, así de fácil.

No. Nada es fácil.

Un hombre lo espera oculto en la oscuridad, agazapado junto a la puerta de su buhardilla.

Cox levanta la vela para asegurarse de que no hay otros enemigos en el rellano y que nadie lo ha seguido por las escaleras, al mismo tiempo que saca la cuchilla

de carnicero.

El desconocido, un tipo menudo con el cuello de la capa alzada y un sombrero hongo volcado sobre los ojos se pone lentamente en pie.

Levanta las manos enguantadas para indicar que está desarmado y lentamente se despeja el rostro.

Rambalda.

El *revientacadáveres* no solo no guarda la cuchilla sino que parece alegrarse de llevarla, por la forma en la que asegura el mango en su mano a la vez que habla con menos seguridad de lo deseable.

—¿Qué haces aquí?

—Llevo horas esperándote. Tenemos que hablar.

—Pues mándame recado a través de tus perros policías —obligado a guardar el arma para sacar la llave, si es que quiere entrar en casa y librarse de ella.

—Tienes mejor aspecto que esta mañana, pero sigues pareciendo otro hombre con una máscara tuya. Viejo, embrutecido, degenerado, infame. Como si en vez de once años hubieran transcurrido cincuenta.

—... —no la mira, intenta no escucharla, entra en su vivienda y hasta que no va a cerrar la puerta no se da cuenta de que ella ha colado medio cuerpo en el interior.

—Hay algo que no pude decirte en la cárcel.

—Ya te he dicho que me mandes una nota con tus recaderos.

—Ellos no deben saberlo. Es importante.

No está claro de si es ese el argumento que le convence para dejarla entrar, pero el hombre sobrepasa la minúscula sala, enciende la espita del gas y llega hasta el dormitorio para quitarse el abrigo y dejarlo caer sobre la cama mientras la mujer cierra la puerta y lo sigue con paso firme.

Para no enfrentarse a ella, abre el ventanuco.

Despacio, Rambalda se despoja del sombrero y la capa; quien no la conozca bien, esto es, todo el mundo, pensará al verla que conserva la calma y un completo control sobre la situación. Está el temblor en el párpado izquierdo, que nadie sería capaz de interpretar.

—Quizás tengas tú algo que decirme antes. Si quieres pedirme alguna explicación sobre lo que pasó, insultarme, lo que sea. Este es tu momento —ni a ella misma le satisface aquel tono ligero.

Cox no abandona la ventana.

Un extraño fenómeno se está produciendo en las calles, los inmensos mazacotes de niebla parecen moverse, pero no puede prestar su atención a nada de lo que ocurra fuera de aquella habitación.

Claro que se ha pasado años esperando aquel momento, la oportunidad de

preguntarle por qué, por qué permitió que su padre, el maldito decano de la facultad, lo denunciara por un intento de violación que los dos saben mejor que nadie que no ocurrió nunca, por qué, por qué no movió un dedo por evitarlo, por qué dejó que su prometedora carrera de profesor de Filosofía del Derecho se transformara en este arrastrarse diario por cementerios y albañales, por qué no hizo nada, por qué.

—¿No quieres saber qué es lo que pasó? ¿Por qué hice lo que hice? — Rambalda habla ahora con un dejo desafiante progresivamente trágico.

—No, no quiero saber nada.

Al darse la vuelta, puede ver que la mujer se ha desabrochado la casaca y la camisola masculina, dejando ver un corsé bordado que se cierra con una tira de corchetes.

Cox no hubiera querido demorarse en aquellos pechos, no haber dedicado ni una décima de segundo a comparar aquellas formas con el recuerdo que le ha acompañado durante todo este tiempo; ha estado a punto de conseguirlo.

—Yo sí quería hablar contigo —demasiado alterada para permanecer en silencio—, incluso contraté a un detective; por eso, en cuanto pasó lo de mi hija, te tenía perfectamente localizado y pude indicar a la policía...

—Durante mucho tiempo no quería nada más en el mundo que saber por qué habías hecho aquello —cortándola— o, mejor dicho, por qué no hiciste nada por evitarlo. Pero después ya solo quería acabar contigo.

—...

—Me pasaba los días y las noches pensando en la manera que escogería para matarte cuando volviera a verte —la voz se le vacía en la garganta.

—Pues has llegado tarde.

Lentamente comienza a soltarse los corchetes.

—No hagas eso —ordena.

Cuando llega al último cierre se despoja en un solo movimiento de casaca, camisa y corsé.

El relleno cae al suelo.

Contrastando drásticamente con la fiera belleza del derecho, el pecho izquierdo está salvajemente mutilado; falta el pezón y la mitad de su masa, mientras el resto de la piel se ve cubierta por los costurones con los que intentaron reconstruírselo en vano.

Ahora sí que no puede apartar los ojos de ella.

—Cuando mi padre te denunció para cortar con lo nuestro... yo ni siquiera era mayor de edad, pero ya sabes que no era estúpida, no lo digo en mi descargo. De las dos o tres estrategias posibles para responderle elegí una daga del siglo XVII que teníamos en la biblioteca. Pero ni estaba lo bastante afilada ni yo era lo

bastante fuerte para acabar con mi vida.

—...

—Me volví loca. Eras toda mi vida.

Hasta que el viento no lo golpea, no es consciente Cox del sudor que corre por su espalda.

Se vuelve despacio y apoya los brazos en el alféizar.

Hace muchos días, desde que la niebla asesina descendió sobre ellos, que ningún londinense siente ni una brizna de brisa fresca, así que ahora la respira en bocanadas, intentando emborracharse de aquel aire nuevo.

En la calle, la bruma, por fin, comienza a despejarse.

Rambalda, mientras tanto, ha recuperado su normalidad de relleno, corsé y disfraz masculino para sentarse al borde de la cama; pero deja de abotonarse la camisola por un momento, se asegura de que él no va a darse la vuelta aún y con dedos ágiles extrae algo del bolsillo interior de la casaca y lo esconde debajo del colchón. Algunas brujas necesitan servirse de abalorios y amuletos para efectuar sus conjuros.

Un relámpago ilumina el cielo nocturno.

—Quiero acompañarte en tus pesquisas —sin moverse de la cama, con voz mucho más tranquila.

—Ni hablar —volviéndose poco a poco.

—Te dije que había venido para contarte algo. Algo relativo a mi hija.

—...

—Quiero que entiendas algo, mi hija es lo único que me importa en este mundo —con eso quiere indicar más bien que los demás, seguramente su marido, su padre y el resto de su aristocrática familia, no le importan tanto como podría suponerse—. Y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por recuperarla.

—¿Has venido a hablar de recompensas de bolsa o de cama?

—He venido a contarte lo que pasó el día que la secuestraron —se asegura de haber captado su atención antes de seguir—. Como sabes, habíamos ido al cementerio de Highgate para visitar la tumba de mi madre. La niña se quedó en la entrada, al cuidado de la *nurse* y el cochero, que cuando volví ya había sido asesinado. Pero la *nurse* sí que tuvo tiempo de decirme unas palabras.

—Implicando al cochero en la desaparición. Todo eso ya me lo dijisteis tú y el inspector.

—Lo que no pude decir delante de ellos es que no solo implicó al cochero, sino también a mi marido en el rapto.

Rambalda no ha llegado a ponerse la casaca; el ambiente es tan denso fuera y dentro de la casa que ni siquiera la brisa que está esparciendo la niebla lo puede refrescar.

—¿Qué sentido tendría que la secuestrara su propio padre? —Cox.

—Todo el sentido del mundo. Puede ser la baza que necesita para que mi padre, que está obsesionado con su nieta, le allane el camino en su carrera política; mi marido es uno de los miembros más jóvenes de la Alta Corte de Justicia y nadie duda que, siendo yerno del lord canciller, tarde o temprano accederá al Tribunal de Apelación, única vía para ser elevado a la Cámara de los Lores, que es su más alta aspiración en esta vida.

—¿Y no pertenece a la cámara por derecho hereditario?

—Su hermano mayor es quien ocupa ese puesto.

Progresivamente, Cox vuelve a concentrarse en el problema que ha tratado durante todo el día, a hablar con ella como si fuera su socia en un negocio común.

—¿De verdad crees que tu marido puede estar metido en esto?

—Por diversas circunstancias que no vienen al caso, descubrí hace unos meses que poseía un piso en Willesden, un lugar del que nunca me había dado conocimiento. Como el hecho me pareció extraño, me aposté en los alrededores de la vivienda y lo vi entrar y salir en más de una ocasión, siempre vestido con ropaje humilde, para no llamar la atención de los vecinos. Pero no solo lo vi a él. En una ocasión fue el propio Leslie Mann, nuestro cochero, el que salía del edificio, sin que el carruaje lo esperara en el exterior.

—¿No le has preguntado a su señoría —pronuncia las palabras con intención —para qué necesita ese escondite?

—No me diría una palabra. Preguntarle solo serviría para que dejara el piso vacío y trasladara lo que guarda allí a cualquier otro sitio.

—¿Crees que la niña puede estar retenida en ese piso?

—No lo sé. Por eso necesito que alguien entre allí para comprobarlo.

—¿Y la policía?

—¿Crees que la policía invadiría la propiedad de un juez a petición de su mujer? Dirían que estoy trastornada por la desaparición de la niña y se olvidarían de la denuncia.

Una fuerte ráfaga entra por la ventana y arrastra por la cama la casaca de la mujer hasta hacerla caer al suelo.

El *revientacadáveres* no hace ademán de recogerla.

Cuando la ha recuperado, Rambalda extrae del bolsillo una nota y se la tiende al hombre.

—Esta es la dirección.

—... —Sin recogerla.

—Rystone, no tienes por qué ayudarme. Pero no tengo a nadie más que pueda hacerlo.

—He pasado el día haciendo indagaciones. Apenas he sacado nada en claro, pero sí sé que tu hija no ha sido la única secuestrada.

—En los últimos días, hay momentos en los que creo que voy a volverme loca —la mirada firme—, otras veces pienso que enloquecí hace tiempo y que estos no son más que esos momentos de lucidez en los que soy consciente de ello.

La nota con la dirección sigue en el aire.

Por fin Cox la toma de los dedos de la mujer.

El viento parece introducir en el cuartucho los últimos retales de niebla.

—Si no quieres que te acompañe, podemos quedar para tomar el té y me pones al corriente de lo que encuentres en el piso —ahora sí que baja la mirada.

—...

—¿A las cuatro en el Universal Provider?

Sigue creciendo la intensidad del viento.

Después de casi una semana, la niebla ha abandonado las calles por completo, pero la infección sigue allí, incrustada en cada adoquín, en cada vivienda, en el sueño intranquilo de todas y cada una de las personas.

En las calles nace un día que no logra sobreponerse a las sombras del anterior.

El administrador del Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck, orientándose por el sonido de los pasos de la mujer, corretea para salir del follaje antes de volver a perderla entre las chozas de los aborígenes, como ya le ha pasado más de una vez en las horas que llevan recorriendo juntos el recinto.

Después de varios días, la niebla empieza a disiparse, creando un efecto aún más inquietante.

Justine, la actriz que Wystan Tansel le ha enviado como compensación por los indígenas que se ha llevado del zoológico, resultó ser una altísima pelirroja de unos cincuenta años con los ojos agrietados y la piel curtida por los camastros o las esteras de un millón de compañías teatrales. Se había presentado con un fuerte olor a ginebra y se entregó a la visita nocturna con una mezcla de horror y fascinación que el administrador juzgó como muy conveniente para sus fines.

Allí estaba, con la cara casi embutida entre los barrotes de la jaula de los lapones, mirándolos con la boca abierta, mientras la pareja de nativos se encogía contra la pared, temerosa de aquella mujer blanca que de vez en cuando dejaba escapar una risilla estúpida.

Tyco ha intentado convencerla varias veces para que lo acompañe a su vivienda, donde incluso ha cambiado las sábanas en previsión de las andanzas de esta noche, pero Justine se ha burlado de él en cada ocasión, así que ahora se limita a abrazarla por la espalda y a besarle el cuello mientras ella sigue

demasiado absorta en los lapones para manifestar alguna reacción.

No quiere pensar en la última vez que estuvo con una mujer. La experiencia con aquella prostituta del Soho fue tan humillante que no ha querido volver a intentarlo. Pero quizás ahora todo sea diferente.

La actriz parece recibir con agrado sus atenciones, o al menos no las rechaza.

Sintiendo o presintiendo alguna dureza contra sus pantalones, se apresura a levantarle las faldas para encontrar que, debajo, no lleva más ropaje que sus medias.

Con cuidado, se sube a un tronco caído en el suelo para igualarla en altura.

Pero aquella doble redondez dispuesta solo para sus manos, aquella hendidura que parece abrirse con tanta facilidad para brindarle paso, en vez de incrementar la dureza de su entrepierna tiene el efecto contrario, dejándole desarmado ante la mujer, por muy consciente que sea de que pocas oportunidades como aquella se le presentarán de atacarla a traición y por la espalda.

No puede dejar de mirarla.

Se imagina encerrándola en una de aquellas jaulas; quizás después de dejarla sin lavarse ni apenas comer durante unos días, fuera capaz de...

El grito de la mujer le hace perder el equilibrio y caer de la rama. Desde el suelo, observa cómo se baja las faldas y huye espantada.

Por un momento cree que la causa de su huida procede de alguna facultad sobrenatural por la que ha conseguido presagiar sus aviesas intenciones.

Entonces lo ve, al otro extremo de los barrotes, más allá de la choza de los lapones. Por fin la pequeña, oscura y lúgubre figura que lleva varios días creyendo entrever entre las sombras del zoológico.

El niño sin brazos, sucio y pensativo, vestido solo con un pantalón, gran parte del torso cubierto con alambre de espino profundamente clavado en la carne...

Amanece, la niebla se va, todo se distingue nítidamente, y eso hace que el mundo sea mucho más horrendo.

IV. Desatino

26 de abril de 1891

Mi primer pensamiento fue que mentía en cada palabra,
aquel viejo lisiado, con mirada maliciosa
observando con recelo el efecto de su mentira
en la mía, y la boca apenas capaz de disimular
el júbilo, que fruncía y perfilaba
sus labios, por haber atrapado otra víctima.

ROBERT BROWNING

Childe Roland llegó a la Torre Oscura

Hasta la misma fachada de la estación ferroviaria de King's Cross, tradicionalmente bien vigilada por la policía, ha llegado *El Diario de las Paredes*, pero Sherlock Holmes no puede diferir ni la más mínima parte de su atención en los textos revolucionarios escritos en los muros.

Cuando cruza la entrada principal, el reloj del torreón marca las siete menos cuatro minutos, los que quedan para el encuentro con su enemigo.

A esa hora de la mañana, además de los viajeros habituales, el gigantesco vestíbulo es un hormiguero de transeúntes que llegan en la red de cercanías que enlazan los distritos interurbanos con el corazón de la ciudad y que se dirigen con la mayor diligencia hacia sus puestos de trabajo.

El detective elige uno de los bancos de madera situado frente a la entrada a los andenes, un lugar perfectamente visible desde todos los ángulos, y consulta su reloj de bolsillo. Un minuto para las siete. Cuando levanta la vista, descubre a Moriarty avanzando hacia él.

Siempre ha presumido de lo templado de sus nervios, pero no puede evitar un sobresalto, a pesar de que su aspecto le resulta casi familiar: extremadamente alto y delgado, la frente muy alta y protuberante, los ojos hundidos; tiene la

espalda curvada por el mucho estudio y el rostro, que no deja de oscilar lentamente de un lado a otro de un modo curiosamente de reptil, algo avanzado con relación al cuerpo.

Unos segundos antes de que llegue hasta él, Holmes mete con toda naturalidad la mano en el bolsillo del abrigo en busca del revólver que guarda allí para apuntar al criminal a través de la tela.

—Tiene usted menos desarrollo frontal del que yo hubiera esperado —afirma finalmente Moriarty, sonriendo y pestañeando—. Es una costumbre muy peligrosa esa de tener el dedo en el gatillo de un arma cargada metida en el bolsillo del abrigo.

—Así estaremos más cómodos los dos. —Saca el arma del bolsillo y la deposita, amenazante, bajo el periódico que había dejado en el asiento contiguo.

—Sabía que tarde o temprano lograría hacerle llegar mi mensaje; el pueblo entero de Londres lo busca.

—¿El pueblo? Dirá usted los malhechores.

—¿No proceden estos, la inmensa mayoría de las veces, de aquel? —El profesor sigue mirándole con aquellos ojos fruncidos—. Empujados por la miseria, la falta de esperanza y las injusticias cometidas por los poderosos que usted ayuda a corregir cualquier desorden.

—Maneja usted unos patrones morales verdaderamente singulares.

—Evidentemente usted no me conoce —rebate Moriarty.

—Todo lo contrario, creo que es evidente que le conozco bastante bien. Le ruego que tome asiento. Dispone de cinco minutos si tiene algo que decir.

—Todo lo que tengo que decir ya ha pasado por su pensamiento.

—Entonces posiblemente mis respuestas hayan pasado por el suyo —casi sonrío Holmes.

—¿Se mantiene firme en su propósito?

—Absolutamente.

Moriarty se echa la mano al bolsillo y el detective empuña el revólver que esconde bajo el diario; pero el otro no extrae de su abrigo sino una agenda en la que tenía descuidadamente anotadas algunas fechas.

—Se cruzó usted en mi camino el 4 de enero —lee—. El 23 me molestó; a mediados de febrero volvió usted a causarme un serio trastorno; a finales de marzo obstaculizó absolutamente mis planes, y ahora, cuando ya va a finalizar abril, su continua persecución me ha puesto en una situación en la que corro serio peligro de perder mi libertad. La situación se está haciendo imposible.

—¿Qué sugiere usted?

—Debe renunciar a lo que se propone, señor Holmes —moviendo la cabeza de un lado a otro—. Realmente debe hacerlo, ¿sabe?

—Después de haberle entregado a la justicia.

—¡Venga ya! —ampliando su extraña sonrisa—. Estoy seguro de que un hombre de su inteligencia enseguida se habrá dado cuenta de que este asunto no tiene más que una solución. Es necesario que se aparte de mi camino. Ha hecho usted que las cosas tomaran un cariz tal que ahora solo nos queda una salida. Ha supuesto para mí un placer el verle luchar a brazo partido en este asunto y puedo decir, sin exagerar, que me causaría una gran pena el verme forzado a tomar medidas extremas. Sonríe usted, caballero, pero le aseguro que es así.

—El peligro forma parte de mi trabajo.

—No se trata de peligro. Es la destrucción inevitable. Está usted obstaculizando el paso no de una sola persona, sino de toda una poderosa organización, cuyo alcance, con toda su inteligencia, sería usted incapaz de concebir. Quítese de en medio, señor Holmes, si no quiere ser aplastado.

—Lo siento —el detective, levantándose—, pero el placer de la conversación me ha hecho olvidar que un asunto de importancia me está esperando en otro lugar.

Su adversario también se levanta y lo mira en silencio, moviendo tristemente la cabeza.

—Bueno, bueno —dice por fin—. Es una pena, pero yo he hecho lo que he podido. Conozco los movimientos de su juego. Ha sido un duelo entre usted y yo, señor Holmes. Usted esperaba verme sentado en el banquillo de los acusados y yo le digo que nunca me verá. Esperaba vencerme y yo le digo que nunca lo hará. Si cuenta con la suficiente inteligencia como para acarrearne la destrucción, esté seguro de que yo no me quedaré atrás.

—Me ha hecho usted varios cumplidos, señor Moriarty. Déjeme devolvérselos a mi vez diciéndole que, si me asegurara lo primero, estaría encantado de aceptar, en interés público, lo segundo.

—Puedo prometerle lo uno pero no lo otro —esta vez sus palabras no son más que un gruñido.

Y luego, volviendo hacia él su curvada espalda, se dirige hacia un grupo de viajeros, perdiéndose inmediatamente de vista entre ellos.

También Sherlock Holmes se pone inmediatamente en marcha; en cuanto se ha quedado solo y ha tomado conciencia de que la tregua se daba por concluida, ha experimentado una especie de vértigo que le ha devuelto a la misma posición que ha ocupado durante los últimos días, la de un hombre expuesto a recorrer sin descanso las calles de una inmensa ciudad, constantemente amenazado por su ingente población de criminales y sin ayuda o protección de ninguna clase.

Mientras se dirige a la salida, vuelve a preguntarse la causa por la que James Moriarty no se ha aprovechado de aquel contacto para acabar con él, pero no

tiene más que recordar su mirada serpentina para concluir que aquel hombre pretendía extraerle alguna información sobre las pruebas que el detective pudiera haber acumulado en su contra. Pensar que no ha conseguido averiguar nada y que parece obvio que no tiene la menor sospecha de la complejísima emboscada que la justicia prepara contra él, no lo deja más tranquilo.

Ya en la calle, se dirige hacia la parada de los coches de alquiler.

Su siguiente pesquisa le llevará a Bloomsbury, pero sabe que el profesor no se ha marchado sin dejar tras de sí a un buen número de sus sayones con la orden, en el mejor de los casos, de seguirle los pasos, así que lo primero que debe hacer es desvanecerse en las oscuridades de Londres.

Son siete los *hansom cabs* alineados a la espera de clientes; siguiendo su propia máxima, descarta al primero y segundo de los vehículos comenzando por el principio y por el final.

Está a punto de ordenar un destino al cochero por la ventanilla trasera cuando cae en la cuenta de que ha elegido el cuarto de los siete carruajes, el situado justamente en el centro.

Recuerda el rostro embozado del conductor y sin mediar una palabra vuelve a salir del coche.

Descarta las aceras.

Esquivando el abundante tráfico de la mañana, se interna en la carretera hacia una dirección que ni siquiera ha decidido.

Vuelve a pensar en su planteamiento ante su hermano Mycroft. Aunque suponga contravenir todo el entramado moral en el que ha sustentado su vida y su trabajo, quizás por una vez exista una causa en la que hasta el mismo Supremo Hacedor ampararía que los hombres se tomaran la justicia por su mano para defender de un monstruo al resto de sus iguales.

Aún no se ha alejado unas docenas de pies de los carruajes cuando el mundo se abre en dos mitades.

El detective, por los aires, parece atrapado en medio de esos dos mundos y tiene la seguridad de que cuando se encuentren lo harán para tragárselo para siempre.

No escucha una palabra, la tremenda explosión lo ha dejado tan sordo que le parece poder oír el funcionamiento de sus propios órganos.

En realidad, el impacto apenas lo ha levantado una cuarta del piso; se pone en pie con más dificultades por la falta de equilibrio que le provoca la sordera que por haber sufrido algún otro daño físico, aunque el impacto ha intensificado el dolor abdominal que siempre le acompaña.

Todo el mundo grita, comienzan a atender a los heridos, una mujer le sostiene la frente a otra mientras vomita, un reguero de sangre avanza en varios sentidos

al mismo tiempo.

La gente mira hacia el punto de donde él procedía.

Cuando se vuelve, puede ver que el carruaje situado en el centro de la fila ya no está allí, parece haber volado en su busca.

El *hansom*, cabeza abajo, hecho astillas, sigue enganchado a los cuartos traseros del caballo.

Al recobrar el sentido del oído, lo primero que escucha el detective es el hondo e interminable relinchar del caballo, todavía vivo a pesar de que la descarga lo ha sesgado por la mitad, el lomo sangrando a borbotones en medio de la carretera.

No le cuesta a Rystone Erasmo Cox localizar la dirección donde le han indicado que reside el hermano del cochero de Rambalda, a espaldas de la estación de King's Cross, el hombre al que ha buscado incansablemente durante todo el día anterior.

Cuando está a punto de acceder al umbral del carcomido edificio, una súbita sensación de mareo le hace dar un traspíe, obligándole a apoyar las manos en el quicio para no caer al suelo.

Pero las paredes también tiemblan.

Entonces comprende que la sacudida no procede de su interior. La enorme detonación ha debido tener lugar a muy poca distancia de allí. La gente comienza a salir a la calle y a caminar hacia la estación. Está a punto de seguirles, pero debe concentrarse en su objetivo, ahora está más cerca que nunca.

Una vieja sale de uno de los pisos y lo interpela.

—¿Ha oído usted esa explosión? —como si con toda probabilidad fuera él quien la hubiera provocado.

—No, no he oído nada —casi sonrío él—. ¿Conoce usted al señor Waël Mann?

—En la bodega —señala el fondo del pasillo con desprecio mientras se abre paso hacia la calle.

La entrada está a la vista bajo el descansillo de la escalera, no hay más que descender diez o doce peldaños.

Rambalda se marchó en silencio al final de la madrugada, dejándole solo unas pocas horas para prender muy superficialmente, un mal sueño. Su visita había removido los agusanados cimientos de su vida en los últimos años. No llevaba ni tres horas en la cama cuando prefirió echarse a la calle para bloquear sus pensamientos. Solo había conseguido traerse las pesadillas consigo.

Mientras baja los escalones, hunde la mano en el abrigo para agarrar la

cuchilla; con la otra golpea la puerta que se abre con el ligero impacto. En cuanto los ve, supone que habrán arrancado la cerradura para venderla, como ya ha visto hacer en algún otro caso de extrema pobreza.

Ahora entiende que la vieja denominara bodega a aquella especie de alacena que, desde luego, no llega a sótano.

En unos pocos pies, sobre el suelo sin enlosar, puede ver a una mujer con un camisón que se cae a pedazos intentando dar un pecho seco a un niño de unos pocos meses; otros tres niños casi desnudos duermen en un rimero de paja que ya no es más que basura, y en una esquina, ovillado sobre sí mismo para buscar calor, un hombre vestido con un traje andrajoso sin camisa debajo que mira al recién llegado con los ojos muy abiertos.

Todos están descalzos. Todos pálidos. Todos famélicos. Todos enfermos. Cada familia tiene su propio estilo.

La pieza no contiene más mobiliario que una mesa de madera en bruto, un banco alargado, algunos cuencos de estaño.

En un rincón hay un montón de desperdicios que muy bien podrían ser el resto de sus enseres.

A pesar de los malos olores acumulados en aquella pocilga sin ventilación alguna, es el olor de la tumba que tan bien conoce el que Cox identifica al abrir la puerta.

El padre se lleva el dedo a los labios señalando a los niños para pedirle silencio y se levanta para reunirse con él en la entrada.

—¿Waël Mann?

—Sí —en un susurro que muestra la falta de dientes.

—Tengo que hablar con usted.

—¿Le importa si salimos fuera? —amable, casi servil—. Como se despierten los niños ya no dejan de llorar en todo el día. Por el hambre.

—Vamos.

El hombre abre el camino hacia la calle. En ningún momento ha hecho ademán de buscar unos zapatos que no se ven por ninguna parte.

Sale al exterior y recorre un par de metros antes de detenerse.

—Usted no es policía —sentencia Waël.

—Para ti, como si lo fuera —no termina de perfilarlo—. Tengo que hacerte unas preguntas.

—Hace años que no desobedezco la ley.

—¿Y tu hermano tampoco?

—Mi hermano ya no está con nosotros —aprieta un libro negro, una Biblia de las que regalan algunas congregaciones, que saca del bolsillo—. El Señor derrame su clemencia.

—Que falta le hacía a ese bastardo, ¿verdad?

—...

—¿Verdad?

Waël Mann se encoge sobre sí mismo y asiente despacio. Es un hombre de unos cuarenta, calvo y pálido, con una especie de extraño rictus permanente que puede deberse bien a las ansias de demostrar su cristiana humildad, bien a la carencia de dentadura.

—Estoy al tanto de tus correrías en los últimos tiempos. Las niñas son un buen negocio, según tengo entendido.

—Yo no le acompañaba hace mucho, bastante tengo con cuidar de mi alma y de mi familia —vuelve a bajar la cabeza—. Hace años, sí hice de todo; hace años mi hermano, el demonio y yo éramos inseparables.

—Pero ahora te has vuelto bueno.

—Le he dicho...

—Estoy empezando a hartarme de ti.

—...

—A tu hermano lo reventaron en el cementerio de Highgate mientras trapicheaba con la niña de su patrona, ¿tú también estabas metido en eso?

—De verdad que apenas nos veíamos últimamente —aquella voz obsequiosa, implorante—. Yo siempre intentaba apartarlo de aquella vida, convencerlo, y él no quería ni escucharme.

—¿Vas a decirme que un infeliz como tú no le pidió una tajada de sus amaños?

—El Señor me provee de cuanto necesito.

—¿Tú eres tonto? —no puede olvidar las condiciones en las que viven aquel individuo y los suyos.

—Como le he dicho antes... —como si hablara con un niño.

—Ya está bien, ¿eh?

Cox le golpea, más bien le empuja, levemente en el hombro, pero el desgraciado debe estar más débil de lo que parece porque cae al suelo y se queda allí sentado, intentando recuperar el aire.

Varios vecinos pasan a su lado y siguen su camino sin una sola voz de protesta tras haber sido testigos de cómo aquel hombretón golpeaba al muerto de hambre de la bodega.

Como el hombre no termina de ponerse en pie, el *revientacadáveres* le tiende la mano y lo levanta de un tirón.

—Así que desde que te convertiste en el Redivivo eres un ejemplo para la sociedad.

—¿Se lo han contado? En esa época yo era capaz de cualquier cosa, le robaba

a los vivos y a los muertos —con los ojos todavía llorosos—. Pero aquella noche que me metí en el agua con la mochila de plomo y se rompió la cuerda, supe que sería la última de mi vida. No es que pensara que iba a morirme. Es que me morí. De verdad. Todos estuvieron de acuerdo en que era imposible que sobreviviera. Pero el Señor me tendió su mano y me sacó del fondo. Lo menos que puedo hacer ahora es corresponderle.

Cox lo estudia detenidamente. Aquel hombre había dado los peores pasos a lo largo de su vida. Después creyó haber sido favorecido por un milagro. Y ahora estaba dejando tranquilamente que su familia se muriera de hambre para congraciarse con su Dios. No había nada que él pudiera hacer para presionarlo.

Decide empezar de nuevo.

—Mira, hay una niña, de la edad de una de las tuyas, que fue secuestrada con la colaboración de tu hermano antes de irse al infierno. Esa niña solo me tiene a mí y a tu Señor para que la saquemos de los abismos y la devolvamos con su madre. ¿Vas a ayudarnos a mí y al Señor?

—Pero ya le he dicho que yo no...

—Haz memoria. ¿Nunca has oído a tu hermano hablar de la trata de niñas?

—Bueno, pero hace muchos años. Dios nos perdone. No creo que tenga nada que ver...

—Habla.

—Una noche vino a buscarme, yo tenía un carro por aquella época. Me dijo que teníamos que hacer un encargo, que nos pagarían bien. Teníamos que ir a Billingsgate, muy cerca de la cárcel de niños.

—¿Recuerdas la dirección?

—Sí.

—Escríbelo —saca del bolsillo un trozo de lápiz y se lo entrega.

—No tengo dónde.

Con un rápido movimiento, Cox le arrebató la Biblia, arranca una de las hojas y se la entrega con un «ya tienes dónde». Espera a que termine de escribir y a recoger la nota antes de animarlo a proseguir.

—Teníamos que ir a casa de la verduga de la cárcel de niños, que nos estaba esperando. Yo no hablé con ella, solo conducía. Mi hermano entró en la casa, sacó un bulto, lo echó al carro y nos fuimos —se calla, pero agarra con fuerza la Biblia.

—Sigue.

—Nada más. Casi nada. Llegamos hasta Cross Bones y enterramos el capazo. Y nos fuimos.

—Pero tú llegaste a ver qué es lo que contenía.

—Sí —con voz temblorosa—. Había un niño en el interior.

—Así que la verduga se llevaba trabajo a casa... ¿y tu hermano no te comentó nada?

—En esa época andábamos medio locos, deseando volver a la taberna para bebernos los cuatro cuartos que nos habían dado.

A pesar del frío de la mañana, al *revientacadáveres* empieza a sofocarle el baboseo lastimero de aquel sujeto.

Antes de marcharse, sin pensarlo mucho, busca unas monedas de las que le entregó el duque y se las tiende al hombrecillo.

—Oh, no, señor —alejándose unos pasos—. Muchísimas gracias. Tenemos dinero de sobra. Estoy vendiendo mis dientes —se abre la boca para enseñar las encías brutalmente arrasadas—. Me dan mis buenos chelines por ellos.

—Mira... —empiezan a pesarle las monedas en la mano.

—Él no quiere que aceptemos limosnas —cortándole—. Él nos brindará todo lo necesario para acabar con nuestro padecer.

El *revientacadáveres* está a punto de ofrecerle una de sus cuchillas de carnicero por si los recursos divinos no acaban lo bastante rápido con sus sufrimientos, pero se da la vuelta y se aleja sin una palabra.

Con la frente oprimida contra las rejas, a punto de introducirla entre dos de ellas, se pregunta quiénes serán aquellas niñas.

Wystan Tansel se ha pasado toda la noche de turgorio en turgorio, más que bebiendo, cultivando esmeradamente una resaca que le permitiera introducirse en otras turbiezas donde encontrar soluciones que se le escapaban en esta realidad.

Necesita encontrar el dinero que debe y entregarlo hoy mismo o no verá un nuevo amanecer.

Tres de las chiquillas están dormidas y la cuarta finge que lo está, paralizada por el miedo bajo su inmunda manta.

El zoológico humano comienza a despertarse, un millón de ruidos se despejan alrededor de la gruta central, el lugar donde guardan a aquellas enigmáticas criaturas. Desde que el administrador le pagó unas libras por recogerlas con su *landau* en un domicilio de Billingsgate, donde se las entregó una mujeruca sin mediar palabra, y traerlas hasta aquí, no ha dejado de preguntarse qué debe haber detrás de ese secuestro y cuál podría ser el modo de sacar algún partido del asunto.

Le ha dado vueltas a la posibilidad de forzar la celda y llevarles una o dos a los dentistas del Hospital de San Bartolomé, pero al final siempre desecha la idea: hasta para aquellos animales es demasiado salvaje el espectáculo de

arrancarle los dientes a una cría.

Escucha unos pasos, hojas que crujen, pero no se da la vuelta, sigue empujando los travesaños de hierro con la frente ya enrojecida.

—He visto su carruaje ahí fuera —entra el administrador del zoológico apuntándole con la escopeta—. ¿Cómo ha entrado?

—Cállese —sin darse la vuelta; la voz ronca—. Hoy no tengo tiempo para tonterías

Tyco Sprouse levanta un poco más el arma, lo justo para situar la cabeza del extraño en el punto de mira. Tampoco él tiene buen aspecto, con la levita manchada de barro, el pelo revuelto y el aliento apestando a estofado de monstruo.

Cuando vieron a aquella criatura, aquel niño o fantasma sin brazos rodeado de alambre de espino, y la actriz huyó aterrorizada, corrió a refugiarse en su *bungalow* y no se movió de allí hasta que cayeron las primeras luces del alba.

—Le advertí que no volviera a aparecer por este establecimiento —intentando reforzar la voz y mantener firme los cañones.

El artista se gira; resulta impresionante la profundidad de las marcas de los barrotes en la frente y también el odio de su mirada.

Asegura el bastón de nudos y se dirige hacia la salida. La escopeta, como si no existiera.

El director lo deja pasar a su lado y lo sigue con la esperanza de que suba al *landau* y se marche, pero el otro rodea el vehículo y se acerca con total determinación a la gruta de las indígenas de Surinam, como si ese fuera desde el primer momento su objetivo.

Tras un par de incursiones, solo quedan dos chicas en el interior; las dos lo conocen, las dos intentan protegerse ingenuamente detrás del jergón cuando lo ven llegar.

—Señor Tansel, le ruego que no dé ni un paso más —grita el administrador con voz quebrada mientras anda detrás de él.

Las nativas de Surinam se distinguen por su belleza dulce y aniñada, por su piel morena, por la placidez de sus ojos.

Wystan Tansel intenta abrir las rejas y cuando comprueba que la llave está echada, arroja el bastón al suelo y comienza a tirar de ellas mientras lanza un grito, como si le bastara con sus fuerzas para romper el metal en pedazos. Lleva toda la noche dando vueltas, el miedo y la furia creciendo, tarde o temprano tendría que estallar. Por un momento parece que va a lograr arrancarlas, pero al final reconoce con una maldición a los apóstoles que no va a poder entrar sin ayuda.

Entonces se vuelve lentamente hacia el director.

Mira la escopeta como si la viera por primera vez.

Se acerca al otro hombre. La respiración entrecortada. Los ojos irritados. La espuma en la comisura de los labios.

—Deténgase —suplica más que ordena Tyco Sprouse con el dedo sobre los gatillos.

—Deme la llave —susurra.

El ilusionista acaricia los cañones de la escopeta como si los viera por primera vez y no supiera para qué sirven.

—La llave.

—Váyase o...

—¿O disparas?

—...

—¿Quién dispara primero, tú o yo?

—...

El director da un paso hacia atrás.

—¿Eh? ¿Tú o yo?

—...

—¿Yo?

Manteniendo el arma firme, de modo que si el otro apretara los gatillos recibiría el impacto en el vientre, el ilusionista respira fuertemente por la nariz para cargar la garganta con un desagradable sonido antes de escupirle al otro en el rostro.

—Ahora te toca a ti.

—...

—¿No me disparas, estúpido?

—...

El salivazo desciende por su rostro.

Soltando la escopeta, el intruso se acerca al administrador y le lanza un puñetazo con toda la rabia que ha ido acumulando en sus treinta años de vida. Después contempla su obra en el suelo. El hombre medio inconsciente, el suave quejido constante. Necesita patearle las costillas cuatro veces para conseguir algo de paz. Solo entonces respira.

No le resulta difícil encontrar las llaves en la cintura del hombre inerte, pero sí dar con la que abre la jaula de las surinamesas.

Que lo esperan aterrorizadas.

Se acerca a ellas y les toca los pechos de forma simultánea en una valoración anatómica completamente desapasionada.

Una vez elegida, aferra por el pelo a la más joven y atraviesa la puerta de la jaula en dirección al carruaje.

Arrepintiéndose de no dedicar unos minutos a terminar de hacer pedazos al administrador.

La gigantesca sala principal de la Biblioteca Británica se paraliza en un silencio antinatural que obliga al profesor Moriarty a levantar los ojos del pasquín publicitario que lleva unos minutos revisando. Las bancadas distribuidas a lo largo de las interminables mesas están prácticamente llenas a aquella hora de la mañana, estudiantes sobre todo, ancianos que leen la prensa, gente de bien en busca de la última entrega de su folletín predilecto. Todos callan. Ni una palabra, casi ni un gesto. En aquella maldita nación, las clases bajas son masacradas y callan, las clases medias procuran distraerse y callan, la clase dominante no necesita callarse, pero mantiene el escenario en perfectas condiciones con toda discreción.

Hasta que algún día él introduzca el disturbio como el que crea un respiradero para que se renueve el aire en una estancia cuyos habitantes están sucumbiendo plácidamente a la falta de oxígeno que ellos mismos consumen.

Solo tienen que encajar las últimas piezas de su plan, superar algunos obstáculos.

Daniel Frederiksen.

El maldito fotógrafo que toda su red de asistentes son incapaces de encontrar.

Vuelve la vista al catálogo de cámaras fotográficas inventadas por George Eastman, donde intenta encontrar una pista sobre su paradero:

USTED APRIETE EL BOTÓN, NOSOTROS HAREMOS EL RESTO

Un aparato revolucionario de pequeñas dimensiones (18 centímetros de largo) provisto de un cargador de 100 exposiciones, dotado de un foco fijo y una velocidad de obturación de 1/25 segundos.

Después de realizar el último disparo, se envía a la casa que revela las 100 fotos y recarga de nuevo la máquina con otro carrete. Todo por menos de veinticinco libras.

El profesor dirige una mirada de odio a la totalidad de la sala, desearía encontrarse completamente solo allí. Su atención y su tiempo deberían estar centrados en medio centenar de asuntos simultáneos en vez de perder miserablemente el tiempo haciendo las veces de detective a la búsqueda de Frederiksen, introduciéndose en su mente, olfateando sus pasos, pero el hallazgo del fotógrafo es crucial para el éxito de su plan, no puede permitir que el hombre que ha contribuido al secuestro de la nieta de la reina y que está al tanto de su plan se convierta en un sujeto incontrolado.

Reydar, su compañero de estudio, le dijo que estaba asustado, que sus manos temblaban y que apenas era capaz de manejar la máquina de retratar, que estaba estudiando la posibilidad de usar el método de un tal Eastman. Por eso Moriarty había venido a la biblioteca, para estudiar cuál era ese método, para conocer a fondo hasta el último detalle, como el propio Sherlock Holmes hacía cuando iba en busca de alguien. Y lo único que había conseguido era verificar que Daniel Frederiksen, probablemente uno de los fotógrafos más brillantes de su tiempo, estaba recurriendo a un método de principiantes. Que se estaba desmoronando. Y que cuando se viniera abajo, podría comprometer todos los secretos que ambos habían compartido durante décadas.

Daniel Frederiksen.

Daniel Frederiksen.

Las dos vidas de Daniel Frederiksen.

El joven ingenuo y perdido de apenas veinte años que conoció y el degenerado, con un pie en mundos más allá de toda lógica, que busca en la actualidad.

Exasperado, aparta la documentación que ha amontonado ante sí.

Dos de los auxiliares de la biblioteca detienen su ronda alrededor de las mesas cuando advierten el gesto brusco, pero enseguida comprenden que la alarma es infundada y continúan con su paseo.

El único libro que Moriarty no aparta de sí es la biografía de Charles Fourier que ha recogido maquinalmente de una de las estanterías y que es la única documentación que no necesita para nada.

Su presencia le recuerda la carta de Emmeline Coulter, la delegada del falansterio, que llega hoy mismo a Londres para recordarle que aquella comunidad ideal que ha creado en Suiza está sucumbiendo por la falta de los efectivos más elementales, que hay mil seiscientos veinte personas a la espera de que las ayude a arrancar con su nueva vida.

No necesita leer aquel libro para ponerse al tanto de los detalles de la existencia de Charles Fourier, el creador de aquel modelo social perfecto, lo sabe todo sobre él, todo sobre su lucha, sus fracasos y su muerte.

Sobre todo, lo relativo a su muerte.

El 10 de octubre de 1837, en un minúsculo piso de la calle Saint Pierre de Montmartre, tan solo como había vivido, murió de una dolencia cardiaca. Lo encontró su portera tirado en el suelo, rodeado de sus gatos y de las flores que formaban su única compañía. Los que lo conocían lo olvidaron pronto, en realidad nadie hacía mucho caso de aquel hombrecillo excéntrico que vivía dedicado a sus estudios y que cada día colocaba en su humilde mesa un cubierto de más, a la espera de la llegada del rico benefactor que sufragara la plasmación

real de la sociedad perfecta que albergaba en su mente.

James Moriarty odiaba reconocerse a sí mismo como aquel benefactor que se presentaba años después para visitar después de muerto a aquel socialista francés, admirable y estúpido.

Ha debido sumirse en sus pensamientos más de lo que pensaba, porque cuando mira hacia su izquierda puede ver a los dos auxiliares de la biblioteca en posición de firmes a su lado, las arrugas inequívocas de un revólver debajo de cada una de sus levitas.

—Señor —susurra en un hilo uno de ellos agachándose a su lado—, nos dijo que tuviéramos un coche preparado a las doce y veintidós.

Como la biblioteca es uno de los lugares en los que gusta de pasar parte de su tiempo, ha sustituido a todo el personal por un grupo de gente a sus órdenes que cuida de su seguridad y de que todo se encuentre a su gusto.

Procura prever hasta el menor de los detalles, pero ni siquiera él es capaz de controlarlo todo.

En ciertos giros de sus largas cadenas de pesquisas, después de haber elegido por descarte caminos improbables en encrucijadas absurdas, Sherlock Holmes se pregunta si merece la pena seguir hasta el final la sucesión de acontecimientos que unas veces le llevan a la solución del caso, otras a un ridículo indecoroso, y otras, esta es la peor de las posibilidades, al más desolador de los vacíos.

Este es uno de esos momentos.

A punto de golpear la puerta de la modesta vivienda de un matemático retirado que puede aportarle alguna información sobre una mujer, una numeróloga que hace años ejerció cierta influencia sobre un joven que se suicidó mientras Moriarty lo preparaba para la escuela de oficiales con el fin de obtener alguna prueba que le permita imputar de una vez al profesor.

Seguramente, esta entrevista será de las que lo conducen al fracaso, pero, aun así, deja caer el puño de su bastón sobre la madera.

—¿Sí? —la criada, gruesa y arrugada, aplastada más bien; no medirá más de metro y medio, pero se conserva admirablemente para haber rebasado los doscientos años de edad.

—Busco al señor Dylan —entregándole una tarjeta—. Mi nombre es Sherlock Holmes.

—Pase usted.

Le muestra la entrada a un vestíbulo en el que apenas caben los dos y se marcha arrastrando los pies.

El resto de la casa no debe ser mucho más grande, porque el detective escucha

cómo un hombre le ordena que lo haga pasar y un segundo después se encuentra ante un anciano de pelo abundante y sonriente que lee el *All My Faith Lost The Times*.

—¿Ha leído ya lo de la huelga de hoy? —pregunta como toda presentación.

—Solo leo las noticias de asesinatos.

—Pues escuche, hombre, escuche: «Los dueños de berlinas de alquiler han acordado prestar apoyo a cuatro cocheros que ya estaban en huelga reclamando la reducción a uno de los tres chelines que ahora deben entregar diariamente. Dos mil cocheros celebrarán hoy un plante en Hyde Park, después de recorrer con banderas y música las principales calles del centro de Londres.»

—Será muy entretenido. Lo de las banderas y la música.

—Y revitalizador. Lo de recorrer a pie las grandes distancias de esta ciudad — el viejo se frota las manos.

—Supongo que todo se convertirá en un caos.

—Los delincuentes, a los que tan aficionado dice ser, estarán de enhorabuena.

—Tenga cuidado.

—Yo nunca salgo de casa. Mis malos actos los cometo desde aquí.

—Lo comunicaré en Yard la próxima vez que los visite.

—*Cogitationis poenam nemo patitur*. El pensamiento...

—El pensamiento no delinque —termina de traducir Holmes.

Los dos cierran el primer capítulo de su diálogo con una discreta sonrisa.

Es una sala minúscula, con una chimenea apenas alimentada que, como los viejos libros y la gastada chaqueta de punto del dueño, dan idea de una antigua prosperidad que ya no va a tener tiempo de recuperar.

—Siéntese, hágame el favor —invita el anfitrión, como si fuera un derecho que el otro se ha ganado con su ingenio.

—Se lo agradezco —mientras lo hace, el detective ya sabe que no es la clase de hombre ante el que debe acceder con rodeos—. Vengo a preguntarle por la señora Sarah Laine.

—Sarah Laine.

Por un momento deja de ser un abuelete afable para mostrar una sombra de la época en la que su vida se proyectaba más allá de estas paredes.

—No sé nada de ella —con pesar—. Desde hace mucho. ¿Puedo preguntarle la razón de su búsqueda?

—Desde luego —extrae su pitillera—, ¿le apetece un cigarrillo?

—No, gracias, lo tengo prohibido, pero le agradeceré que fume; a mi edad, todos los placeres son indirectos.

—En realidad, estoy recopilando datos sobre un chico que se suicidó hace años, un oficial del ejército que, según me han dicho, eligió a la señora Sarah

Laine como una especie de guía espiritual. Una vecina de esta mujer me contó que participaba en un experimento con usted.

—Recuerdo la muerte de aquel muchacho, fue un poco antes de que Sarah desapareciera.

—¿Se lo dijo ella misma? ¿Le comentó el caso?

—Apenas —poco a poco, mientras restablece los recuerdos, va abandonando el tono cordial con el que recibió a Holmes—. Era una mujer muy reservada.

—No es la primera vez que oigo mencionar su desaparición, ¿sabe usted qué pudo causarla?

—A ciencia cierta, no —evasivo.

—Parece una mujer un tanto misteriosa.

El anciano se echa atrás en el respaldo y lo mira fijamente. El gesto progresivamente más grave.

—¿Podría darme ahora uno de esos cigarrillos liados?

—Cómo no.

El detective deja la pitillera abierta sobre la mesa y el otro enciende uno de ellos con mano temblorosa.

—Será mejor que le cuente lo poco que llegué a saber de ella —conteniendo un golpe de tos—. Se presentó un día, sin referencias ni conocidos comunes, decía que buscaba un profesor de matemáticas en el ámbito universitario y que me había elegido a mí. La recuerdo perfectamente, ahí sentada, donde está usted. Una mujer menuda, de unos treinta y ocho o cuarenta años; no muy agraciada, para qué vamos a engañarnos, pero con esa clase de energía que te hacía imposible negarle cualquier petición —el resto de sus reflexiones no las formula en voz alta.

—¿Para qué le necesitaba?

—Para el famoso experimento... ¿Sabe usted algo de numerología?

—Que es algo así como la adivinación del destino a través de los números. Una de esas pseudociencias como la quiromancia o la astrología. Poco más.

—Eso es aproximadamente lo que yo sabía y lo que ella buscaba: un matemático escéptico sin ninguna influencia previa para someter los grandes principios de las matemáticas al filtro de la numerología con el propósito de demostrar que la evolución de ambas ciencias no había discurrido por vías independientes.

—Y usted aceptó —afirma el detective para animar al dueño de la casa a seguir hablando.

—Como un pasatiempo, al principio; ya le digo que era muy difícil negarle cualquier cosa. Casi sin darme cuenta, me encontré trabajando con conceptos como número de expresión, números maestros, la alta vibración de algunos

números, estudios numerológicos personalizados... —su expresión grave se está tornando en amarga.

—¿Llegó usted a detectar algo de cierto en aquellos presupuestos?

—Crea que no le miento cuando le digo que no sé cómo responder a esa pregunta —apaga el cigarrillo y duda sobre encender otro; de momento desecha la idea—. Terminé tan enfrascado en aquella tarea, en ella —estas dos últimas palabras las pronuncia en voz muy baja—, que solo me interesaba el siguiente paso del proceso que habíamos prefijado, reunirme con ella cada día para responder sus inabarcables preguntas, llevar a cabo las operaciones que me pedía. Empecé a faltar a mis clases, a mis claustros... Hasta que un día dejó de venir, sin despedidas, sin explicaciones, sin nada —elige un cigarrillo, pero lo vuelve a soltar, paliativo insuficiente a lo que ha perdido.

—¿Pudo haberle ocurrido algo? Un accidente o algo parecido.

—Nunca lo he sabido, pero, a decir verdad, nunca hice inquisiciones de ninguna clase. Siempre he sido un poco... contemplativo. Poco después me jubilé y me quedé aquí esperando —piensa un poco—. Pero siempre tuve la seguridad de que no le había ocurrido nada malo. Esa clase de personas nunca sufre accidentes.

—¿Qué clase de personas?

El matemático lo mira con fijeza, buscando la forma de explicarse o decidiendo si corresponde hacerle objeto de sus confidencias.

—Le contaré algo —respira hondo—. Mis vecinos tuvieron un hijo, ya mayores, cuando prácticamente habían descartado esa posibilidad. Todos los vecinos estábamos tan encariñados con él, que siempre que hacía buen tiempo, sus padres lo dejaban jugar con una pequeña rana que le habían regalado en la entrada de su casa para que pudiéramos dirigirle alguna muestra de simpatía cuando llegábamos o salíamos de casa. Un día, la señorita Laine y yo volvíamos de realizar una gestión cuando el chiquillo le acercó la rana para enseñársela, pero ella recibió la atención con tal repugnancia que la cosa desembocó en un pequeño altercado —se encoge de hombros—. Al día siguiente la rana amaneció muerta y el niño, enfermo. Aunque hasta entonces había sido un chico perfectamente sano, cada mañana despertaba más delgado y pálido que la jornada anterior. En muy poco tiempo no tenía fuerzas ni para sostenerse. Murió apenas una semana y media después.

—Y usted establece una correlación entre ambos sucesos —inalterable.

—Estoy convencido de ello.

—¿Tuvo oportunidad la señorita Laine de administrarle alguna sustancia?

—No.

—¿Está seguro?

—Le parecerá un sinsentido.

—A lo largo de mi carrera he tenido oportunidad de resolver más de un asunto de índole aparentemente sobrenatural.

—...

El anciano asiente, pero su mente está en otro tiempo, muchos años atrás.

Aunque lo descarta en el último momento, Sherlock Holmes está a punto de preguntarle cómo es que, estando convencido de la malignidad de aquella mujer, prosiguió su relación con ella, pero decide que ni es a él a quien corresponde la tasa moral de aquel hombre, ni puede permitirse la menor demora en la búsqueda de su objetivo.

—Quisiera hacerle una pregunta más, señor Dylan: ¿recuerda usted si esa señorita mencionó alguna vez al profesor James Moriarty?

—Claro que sí —contento de cambiar el rumbo de la conversación—. Tal vez no lo recordaría si el nombre me fuera menos familiar, pero sería imposible olvidar cualquier alusión al autor de *La dinámica de un asteroide*, una obra en la que se despliegan unos procesos matemáticos de tal complejidad que, pese a haberlo intentado eminencias de todo el mundo, aún no ha habido quien haya logrado rebatir sus postulados.

—Efectivamente, ese es el Moriarty del que hablo.

—¿Sabe usted que ya a los veintiún años escribió un tratado sobre el binomio de Newton que tuvo resonancias en las universidades de toda Europa?

—Lo sé —por primera vez esperanzado—. Y dígame, ¿cuál fue la vinculación del profesor Moriarty con la señorita Laine?

—Pues precisamente el chico sobre el que me preguntó antes, el que se quitó la vida —se detiene un momento, es demasiado inteligente para creer en casualidades, pero no es cosa suya—, al parecer se conocían.

—Era su preceptor.

—Ella me habló mucho de Moriarty durante un tiempo, un poco deslumbrada por él, diría yo. Fíjese que llegué a sentirme celoso —no llega a rematar el comentario con una sonrisa—. Después, tras la muerte del joven, dejó de hablarme de él.

Se acabó.

Otro hilo cortado.

Aquel hombre había dedicado la última parte de su vida al recuerdo de aquella mujer, pero no había hecho nada por recuperarla.

Solo había un detalle que no encajaba.

—Señor, no le molesto más —el detective comienza a recoger pitillera y cerillas—, pero si me dispensa la libertad, hay algo en esta sala que no comprendo.

—Usted dirá —extrañado.

—He podido observar que su biblioteca al completo está orientada hacia cuestiones puramente científicas, sin embargo, hay en su mesilla una de esas publicaciones sobre fenómenos preternaturales.

—*Imnografía* —apartando el *Times* para dejarla al descubierto—, me temo que es un gesto de nostalgia, otro más, hacia Sarah Laine. Durante algún tiempo, colaboró en ella como columnista.

—¿Puedo? —Holmes alcanza la revista, pasa la portada y dirige su atención hacia los datos de la redacción, especialmente al domicilio social que aparece en el recuadro inferior de la contracubierta.

Desde el primer momento en el que Cox supo que el piso secreto del duque se encontraba ubicado en la parroquia de Willesden, pensó que algo importante debía querer ocultar un tipo tan pomposo como él para buscarse un refugio entre la población irlandesa más humilde.

El ferrocarril metropolitano, cuya línea le habían comentado que llevaba funcionando unos diez años en aquella zona, lo dejó en la estación de Willesden Green, desde donde no tardó en hallar el bloque de pisos que Rambalda le había indicado. Desde la acera de enfrente, el primero a la izquierda era un apartamento más, con las cortinas corridas y sin ninguna clase de adornos.

A esa hora de la mañana, las calles estaban atestadas de gente, sobre todo mujeres que iban y venían del mercado, pero el *revientacadáveres* había elegido un callejón desierto desde el que se veía el minúsculo balcón de la parte trasera de la vivienda.

No sabía hasta qué punto podía ser consistente la tesis de Rambalda de que su marido estaba implicado en el secuestro para extorsionar al abuelo, pero no podía descartar ninguna forma de recuperar a la niña; si consiguiera borrar sus antecedentes penales, después del nuevo cariz que había adoptado desde anoche su relación con la mujer, quizás aún estuviera a tiempo de iniciar una nueva vida, dejar atrás el odio y la amargura, olvidarla, volver a...

Corta en seco la sucesión de sus pensamientos.

No iba a permitirse aquellas licencias, no todavía.

Había pasado un buen rato allí, contemplando la única terraza sin ropa tendida, y terminó llegando al convencimiento de que, si quería averiguar lo que escondía aquel lugar, su única alternativa era escalar hasta aquel balcón.

Delimita uno a uno todos los puntos de apoyo con los que iba a contar en su subida.

Espera a que nadie pase por la boca de la calle.

En unos pocos segundos ha saltado la barandilla del balcón.

Aparta la cortina y a través de un cristal que jamás ha sido limpiado puede ver el interior del piso. El día está oscuro y el interior, emborronado por la penumbra, pero no duda de que hay alguien en la habitación del fondo. Intenta limpiar el cristal con la manga. Imposible. El vidrio está completamente empañado. Tarda más de un minuto en llegar a la conclusión de que aquellas sombras a lo lejos son un hombre y una mujer revolcándose sobre una cama.

Si quiere reconocerlos, la única solución que se le ocurre es forzar el postigo para abrir una rendija y poder echar un vistazo.

Saca una de las cuchillas de carnicero, la introduce entre las dos hojas y aplica una palanca que hace saltar la cerradura sin apenas ruido.

Se dispone a abrir cuando escucha un silbato a su espalda.

Tanto se ha aplicado a abrir calladamente la puerta, que se ha olvidado de vigilar la calle, donde un policía y varios testigos lo señalan con el dedo.

Por un segundo, se imagina a sí mismo como lo deben de ver ellos: un enorme tipo vestido de negro con un cuchillo en la mano a punto de entrar por la fuerza en el domicilio de un honrado ciudadano.

El policía lo conmina a bajar un par de veces y, al ver que no obedece, decide trepar por la fachada tal y como él ha hecho para arrestarlo. Es un agente joven y ágil, muy resuelto.

En muy pocos segundos alcanzará el balcón.

Esta vez Moriarty llega con prisas y sin disimulos a la taberna de Fleet Street; un faetón de su propiedad lo deja en la misma puerta y se aleja unos metros para aguardar su salida sin entorpecer el paso; uno de sus hombres, el mismo que le ha abierto la portezuela, lo acompaña hasta la entrada y, a una señal suya, queda allí de guardia mientras él entra a toda prisa en el tugurio.

Menos de una hora después tiene una cita de crucial importancia solicitada inesperadamente por sir Jonathan Steward, el hombre que ha infiltrado en el gabinete del Gobierno, y no puede retrasarse ni un minuto, pero no ha podido sustraerse a visitar de nuevo al fotógrafo que comparte estudio con Daniel Frederiksen, el hombre que está buscando por toda la ciudad.

Lo encuentra en la misma mesa donde lo dejó, las manos enterradas en el cabello rubio y cano, cada vez más abatido por el peso de su propia cabeza, una jarra vacía delante de él.

Antes de llegar junto a él intercepta a un camarero:

—Dos grogs para aquella mesa. Y rápido —le basta una breve mirada para subrayar la urgencia del pedido.

El fotógrafo ya lo está esperando.

—Señor Moriarty.

—Señor Reydar.

—Siéntese, por favor —despertando de algún proceso de revelado interior—. No confiaba en verle aparecer de nuevo por este vertedero.

—Siento importunarle, pero no he podido dejar de pensar en algunos de los particulares que tratamos ayer.

—Puedo concluir que no ha encontrado usted a Daniel Frederiksen.

—Señor Reydar —sin molestarse en responder—, aunque dejamos establecido que la razón de que nuestro amigo compartiera estudio con usted se deba más bien a obtener su consejo que a cualquier otra finalidad, sigo sin entender cómo es que no encontré ni un solo elemento del equipo fotográfico de Frederiksen —se vuelca sobre la mesa—; los que encontré allí, según la dueña, eran todos suyos. Por alterado y disperso que esté, en algún sitio deberá guardar sus cámaras, su laboratorio, todo.

—Veo que no deja escapar usted un detalle.

Detalles.

Sabe que la técnica de Holmes se basa en el análisis detenido de la información que se nos ofrece a la vista y que en la mayor parte de las ocasiones dejamos escapar sin interpretarla con la atención suficiente.

No puede evitar sacar la pipa del bolsillo y encajársela en la boca sin encenderla.

Llega el grog y el profesor empuja las dos jarras hacia el fotógrafo, que ataca inmediatamente una de ellas.

—Pero me temo que no tengo ninguna respuesta que darle —se limpia la boca con la manga; después mira la mancha que ha dejado en la tela, como evaluando su grado de degradación; por último se encoge de hombros, pero es evidente que no le da igual—. Aunque nuestra relación es, podríamos decir, educadamente distante, en cierta ocasión me permití preguntarle dónde guardaba su equipo y me respondió con evasivas.

—¿No sospecha usted nada?

—Lo único que puedo decirle con seguridad es que, a pesar del temblor de sus manos que ya le comenté, no permanece inactivo —termina la jarra de un trago lento y esta vez no se molesta en limpiar la humedad de su poblado bigote—. Verá, en cierta ocasión, algo más nervioso de lo habitual, me propuso tomar algo después de uno de nuestros raros encuentros en el estudio. Vinimos aquí mismo. Algo debía de haberle ocurrido aquel día, porque habló largo y tendido, en mucha confianza, como si de verdad fuéramos amigos. Me dijo que se había convertido en protector de una chiquilla, que pasaba mucho tiempo en su casa.

—¿Aswimi?

—Así la llamaba —empieza la segunda jarra de grog—. Me comentó que la madre de la niña era incapaz de negarle nada con tal de que no se llevara a la niña de allí. Puede ser que guardara en esa casa su equipo.

—Imposible. Estuve allí ayer mismo y la hija se ha marchado con nuestro amigo; además, viven en un cuchitril, sin espacio para guardar más que lo imprescindible del hogar.

Reydar vuelve a su jarra, pensativo.

Moriarty se pregunta la razón por la que aquel hombre se está mostrando tan locuaz con él. Tiene que ser por algo más que la sed de grog. Después se imagina cómo deben ser sus días, en silencio, uno tras otro, siempre en la misma mesa, y ya no tiene que seguir buscando motivos.

—Me decía usted que seguía fotografiando.

—Me habló de ello en términos muy vagos, pero dejó claro que estaba sumido en el proyecto más importante de toda su vida; algo que, según él, iba a cambiar no solo la historia de la fotografía, sino la forma en la que entendemos la realidad.

—Nada más y nada menos.

—Parecía totalmente convencido, pero no se ufanaba de ello, más bien lo comentaba como si fuera una maldición que le hubiera tocado afrontar.

—¿No concretó nada más?

—Ya le digo que fue muy evasivo.

Mirando su reloj de bolsillo, el profesor asiente, dispuesto a darse por vencido; no puede perder ni un segundo más. Se dispone a dejar unas monedas sobre la mesa para marcharse, cuando el otro, adivinando su intención, vuelve a hablar, como para retenerlo, en el último momento.

—Pero antes de despedirnos, me regaló algo.

—¿Algo?

—Una fotografía, claro. Para nosotros no existe otra cosa. Pero no cualquier fotografía. Se trataba de un niño, un niño con los brazos recientemente amputados, sucio, reflexivo y tranquilo, vestido solo con unos pantalones y el cuerpo rodeado de alambre de espino clavado en la carne.

James Moriarty conoce esa imagen a la perfección; desde que la vio por primera vez supo que Frederiksen se encontraba hundido en los pantanos del infierno.

—¿Era un retrato reciente?

—Estoy seguro de que sí.

—¿Qué hizo usted con él?

—Destruirlo, su solo recuerdo me resulta insoportable —aparta la mirada—.

Al verlo comprendí por qué sus manos tiemblan y vive permanentemente aterrado.

Esta vez sí deja el profesor unas monedas sobre la mesa y se marcha casi sin detenerse a murmurar unas palabras de despedida.

Apartando a la clientela mientras camina, se dirige con paso rápido hacia la salida.

En la puerta, lo espera el faetón con el cochero, advertido de que no debe perder un momento, dispuesto a salir a toda prisa, pero antes de subir se vuelve hacia el hombre que dejó de guardia.

—Vas a irte ahora mismo a este domicilio —escribe rápidamente la dirección de la madre de Aswimi en su cuaderno de notas, despega una de las hojas y se la entrega—. Quiero que vigiles de forma permanente a la mujer que vive allí y que me informes de todos sus movimientos —mientras habla, saca de la cartera la foto de su hija y se la entrega también—, e inmediatamente si tiene cualquier contacto con esta muchacha.

La primera opción que se le ocurrió a Cox cuando vio al policía comenzar el ascenso por la fachada en su busca fue esperar a que llegara a su altura para devolverlo al suelo de una patada, pero cada vez más testigos se estaban congregando debajo del balcón y un barbudo con delantal de tendero parecía prepararse para seguir al agente en su refuerzo, así que la única vía de escape era salir a través del piso.

Sin soltar la cuchilla, se cuelga en la vivienda por la puerta ventana.

A estas alturas, los gritos del exterior ya habían alertado al duque, que lo espera desnudo al pie de la cama, mirándolo con algo de asombro y mucho de chulería. En la cama, también altanero y tranquilo, un joven de no más de veinte años, con la piel muy oscura, al que el *revientacadáveres* había tomado por una mujer al mirar por la ventana.

Sin alterarse, el aristócrata se acerca a la puerta de la habitación y la cierra de una suave patada.

No hay ni un solo objeto en el resto del piso, ni un mueble, ni restos de comestibles u otros residuos, ni huellas, nada que revele el paso por allí de algún ser vivo, como si el dormitorio constituyera un lugar fuera del tiempo y del espacio insertado en aquella parte de la ciudad como pudiera estarlo en otra cualquiera.

Por un momento, más que por la sorpresa por la escena que acaba de contemplar, el *revientacadáveres* se siente paralizado con la sensación de ser un intruso.

Hasta que oye un ruido.

El policía ya está aterrizando en el balcón.

A Cox no le cuesta encontrar la puerta de la calle, abrir el cerrojo y saltar hacia la escalera.

En cuatro zancadas llega al umbral. Aunque se podían escuchar perfectamente los pasos del *peeler* que le ganaba terreno.

Por suerte para el perseguido, los curiosos y voluntarios habían quedado en la parte de atrás del edificio, así que nadie le espera cuando sale a la calle principal.

Sabe que la forma más rápida de despistar al policía es desaparecer tras la primera esquina antes de que aparezca por el portal. Muy cerca de la esquina hay otra. Y otra más allá. Después, una brevísima pausa: el abrigo y el sombrero hechos un lío bajo el brazo darán a su figura vista de lejos un aspecto distinto.

A partir de ahí, más esquinas.

Decir que Wystan Tansel está a punto de perder la paciencia es casi describir su estado de ánimo la mitad de las horas del día, las que no dedica a dormir, a macerar su borrachera o a dar rienda suelta a alguno de sus continuos ataques de furia.

Sentado en el pescante del *landau*, golpea rítmicamente la barreta del freno al que acaba de amarrar las riendas mientras observa con las cejas anguladas las escaleras de piedra por las que deberá bajar el dueño del burdel al que ha mandado llamar.

La leyenda dice que el largo acueducto que desemboca en el Támesis después de recorrer este barrio repleto de lupanares podridos resulta de una gran utilidad a los asesinos residentes para desembarazarse de los cadáveres de sus víctimas. Rápidamente, Tansel comienza a imaginar cuáles sería los primeros cuerpos que arrojaría al acueducto si viviese por aquí; piensa en su madre con una risilla; en sus hermanos, si no tuviera negocios pendientes con ellos; en ese niño asqueroso cuya paternidad, Sussy, la camarera, insiste en endosarle; en la abuelilla que vive en el piso de enfrente y que le incomoda cuando baja las escaleras hablando para sí misma por la mañana temprano; en la totalidad de los mamelucos y mamelucas que observan su número por la noche; en todos los compañeros y el personal del teatro y en los viandantes y en todo Charing Cross y en Londres entero y en todos y cada uno de los malditos negados que forman la humanidad al completo.

En el interior del carruaje se escucha la suave queja de la nativa, y ya está pensando en sofocarla a bastonazos cuando aparece el propietario del prostíbulo en lo alto de la escalera de piedra que permite la entrada directa en el local desde

la calle. Es un hombre viejo, abrigado con una toquilla femenina sobre los hombros y tocado con un kipá de judío; lo acompaña a un par de pasos de distancia una mujer de unos cuarenta años, alta y solemne, totalmente vestida de negro.

Cuando bajan la escalera, Tansel ya lo espera al pie del *landau*.

—Espero que ese asunto que traes merezca la pena, no suelo salir de mi casa antes de que caiga la noche —el judío, mirando con profundo desagrado todo lo que la luz del día expone ante él—. ¿Qué es eso que no podías dejar aquí abajo?

—No te preocupes, Dahoo, ya sabes que no voy por ahí haciendo perder el tiempo a la gente de negocios —golpea la portezuela del carruaje con la mano abierta—, te traigo la mejor muchacha que te han vendido en los últimos años.

—Todo el mundo me ofrece género últimamente —busca la aquiescencia de la mujer de negro, que no confirma ni niega sus palabras—, pero el negocio va cada vez peor. Esta perra ciudad está a reventar de muertos de hambre buscándose la vida, ¿y cómo competir con chiquillas de doce años dispuestas a levantarse las faldas en cualquier esquina por un par de peniques?

—No son como esta —abre la portezuela pero solo un palmo, para mantener el misterio—. Por ella podrás pedir mucho más que un par de peniques.

—Veámosla.

Tansel abre del todo, pero ni aun así basta la escasa luz de la tarde para iluminar el interior del *landau*.

—Asómate, cerda —le grita a la chica golpeándole un pie con el bastón.

La surinamesa se arrastra por el asiento hasta quedar a la vista.

Se muerde los labios aderezados con las lágrimas de dolor por el golpe recibido.

—Las mujeres de su tribu son las más hermosas y dóciles del sitio de donde la he sacado. No creo que tengas nada parecido en tus cuabras.

—¿Habla nuestro idioma?

—¿Y para qué diablos quieres que hable nuestro idioma? —tarda poco o nada en enfadarse—. ¿Quieres que les dé clases particulares a tus nietos o que les saque brillo en la verga a tus clientes? No he escuchado mayor estupidez en toda mi vida.

—¿De verdad es dócil? —pasando por alto las palabras del vendedor.

—¿Esto? —le acierta con el bastón en la rodilla; ella se retuerce pero contiene el grito—. Dime qué es lo que quieres que haga y te lo demuestro ahora mismo. Lo que sea —vuelve a levantar el bastón de nudos, encantado de repetir el golpe.

—¡Basta! El material estropeado no me sirve para nada —el judío levanta la mano pero no se interpone en la trayectoria de la tranca—. Me quedo con ella un par de semanas de prueba, a ver cómo se desenvuelve.

—De acuerdo —baja el bastón poco a poco, contento por el negocio, pero decepcionado por la oportunidad perdida de volver a maltratarla—, de acuerdo.

—Vamos —ordena el proxeneta a la mujer que ha bajado con él—, llévala dentro.

La mujer de luto, con la misma expresión concentrada, intenta entrar en el *landau* para recoger a la indígena.

Tansel se interpone.

—He pensado en treinta guineas.

—Eso es una barbaridad y tú lo sabes —Dahoo con una risilla—, pero no quiero tratar ahora de dinero. Ven a verme dentro de dos semanas y hablaremos.

—¿Dos semanas? —vuelve a levantar la voz—. ¿De qué demonios estás hablando? Necesito el dinero ahora mismo.

—Déjala donde está —ordena el judío a su acompañante cambiando de expresión—. Creo que todo esto ha sido un malentendido —a Wystan Tansel—. No puedo darte ni una moneda sin probar el artículo durante un tiempo, creí que lo sabrías. Será mejor que busques otro comprador.

—¿Qué estás diciendo? —asustado por la oportunidad que se le esfuma de satisfacer su deuda—. Habíamos llegado a un acuerdo y tienes que pagarme.

—Mira, Tansel, seamos razonables —conoce a su interlocutor y prefiere rehuir el conflicto—, estoy seguro de que lograrás venderla en cualquier otra casa.

Al ilusionista se le viene encima el sabor del estilete dentro de su boca con el que despertó el día anterior.

No lo nota, pero enseguida le cuesta respirar, su rostro ha cobrado un oscuro color rojizo y debe abrir y cerrar las manos para liberarlas del hormigueo.

Abre la puerta del carruaje, agarra a la chica de Surinam por el brazo y la arroja a los pies del dueño del burdel.

Pero no es suficiente para calmarse.

Se acerca a uno de los caballos del *landau*, lo afirma con fuerza por la brida y le golpea la grupa salvajemente con el bastón.

Disfruta el relincho de dolor al mismo tiempo que se concentra en evitar que salga al galope.

Este último desahogo parece haberle devuelto la respiración; se acerca despacio al otro hombre.

—Escúchame, hebraico de mierda —señala con el bastón a la muchacha que sigue inmóvil en el suelo—, me debes treinta guineas por esta perra y tú lo sabes. Así que págame ahora mismo, que será lo mejor para todos.

El anciano, acobardado, retrocede varios pasos y la mujer que lo acompaña se coloca junto a él.

—Tansel, me coges en un mal momento —habla en voz baja, intentando transmitir algo de calma al otro hombre—, ya te he dicho que el negocio es una ruina. Si vienes dentro de un día o dos, más tranquilo, podemos hablar.

—¡Yo no tengo nada que hablar contigo, viejo cabrón! —prendiéndose de nuevo—. Si no me das el dinero que me debes por la venta, voy a molerte a palos a ti, al espantajo este —señala a su acompañante—, a la perra y al resto de tus golfas. Y después voy a quemar tu choza. Con todos vosotros dentro.

—Tansel, escúchame...

—¡No tengo nada que escuchar!

Al mismo tiempo que levanta el garrote.

Al mismo tiempo que el viejo retrocede otro paso, tropieza y queda sentado en el suelo.

Al mismo tiempo que la mujer de negro extrae de su capa dos pistolas de dos disparos y abre fuego contra el ilusionista.

La bala ha dejado un agujero en los faldones de su levita. Todos saben que no ha errado el tiro.

—La próxima vez que levante el bastón, lo matas —Dahoo, levantándose, con un tono mucho más seguro.

—Bien —responde la mujer, y lo dice completamente en serio.

—La próxima vez que aparezca por aquí, lo matas.

—...

—Vámonos a casa.

Los dos se dirigen hacia la escalera, la mujer enlutada andando de espaldas los primeros metros y después volviéndose a cada trecho, siempre sin guardar las armas.

Wystan Tansel respira hondo mientras mira cómo se alejan. Los ojos, una ranura.

Debe buscar otra forma de ganar dinero, la venganza puede esperar.

Pero antes debe desfogarse.

Con la yema del dedo acaricia el brazo de la surinamesa.

En contra de su método habitual de trabajo, Sherlock Holmes se había visto obligado, por la precipitación del asunto que lleva entre manos, a visitar la revista *Imnografía*, en la que había colaborado como articulista la numeróloga a la que buscaba, sin investigar a fondo ni a la publicación ni a sus responsables, por eso se encontraba ahora bastante desconcertado al descubrir que la redacción de la revista estaba emplazada en un palacete estilo Tudor perfectamente conservado en el mismo corazón de Chelsea.

Aunque los artistas e intelectuales abundaban en aquella parte de la ciudad, no era habitual que habitaran en una residencia de aquellas características ni mucho menos que se hubiera convertido en la sede de una revista sobre ocultismo.

Era difícil saber la procedencia del viento helado que alejaba a la gente de las calles, el día se había oscurecido, el alivio por el alejamiento de la niebla casi se había olvidado y estaban empezando a caer las primeras gotas cuando golpeó la aldaba.

El mayordomo, profesional, pero algo exasperado por prestar sus servicios en una mansión reconvertida para aquellos fines, lo examina sin mirarlo y escucha sin aparentar prestarle atención antes de aceptar su tarjeta y pedirle que espere en un vestíbulo en el que cabrían treinta veces sus antiguas habitaciones de Baker Street.

Apenas ha tenido tiempo de sentarse cuando vuelven a llamar a la puerta; esta vez el mayordomo no necesita identificar a los dos jóvenes que, muy excitados, pasan velozmente a su lado cargando un extraño aparato que recuerda al detective las imágenes del kinoscopio que ha visto en la prensa, ese registrador de imágenes con el que Edison pretendía «hacer para los ojos aquello que el fonógrafo hace para los oídos».

Los recién llegados, que parecen conocer bien la mansión, se pierden por una puerta sin saludar a nadie, el mayordomo sale por otra y por una tercera aparece el que con toda seguridad será el dueño de la casa.

Allí todo parece transcurrir a toda prisa.

—Señor Holmes, soy Ayrton Fairburn —tendiéndole la mano con una sonrisa.

—Conde de Humber, si no me equivoco —aceptando su mano—. Encantado.

—¿Me conoce?

—En mi oficio me resulta muy útil estar familiarizado con los escudos de armas de cada linaje —señala el blasón situado sobre la chimenea.

—También yo he oído hablar largamente de usted y de sus logros, y puedo asegurarle que es un honor tenerle entre nosotros.

—Es usted muy amable.

—¿Nos visita por motivos profesionales?

—De forma indirecta, así es, milord.

—Pues acompañeme a mi despacho, por favor.

Lo toma por el brazo y se dirige con paso rápido hacia la misma puerta por la que había surgido.

Se trata de un hombre de unos cincuenta, de pelo negro y pobladas patillas plateadas, con porte atlético, hiperactivo, cuyos manguitos negros de escribiente sobre su costoso batín color burdeos con solapas doradas hacen muy difícil de

clasificar.

Al cruzar la puerta se encuentran en la redacción de la revista, una especie de aula con dos filas de cinco mesas a cada lado ocupadas por hombres y mujeres, más dedicados a charlar entre sí que a redactar sus artículos, y una gran variedad de cachivaches en el suelo y en mesas auxiliares que el detective es incapaz de identificar.

—Un buen número de inventores nos hacen llegar sus creaciones con objeto de que las probemos y les proporcionemos algo de publicidad —explica lord Fairburn siguiendo su mirada—, distintas formas de contactar o recoger testimonios de lo ultraterreno. Chatarra inservible en la mayor parte de los casos.

Para entonces han llegado al fondo de la sala y mantiene abierta la puerta de su despacho mientras entra su invitado.

—¿Jerez? ¿Seco, dulce?

—Seco, por favor —acepta Holmes, sentándose a la mesa redonda de reuniones que, prefiriéndola a su escritorio, le señala el propietario un momento antes de reunirse con él.

—Usted perdonará esta cháchara de fondo, pero estamos a punto de cerrar el número de este mes.

—Curioso emplazamiento para una revista, si me permite el comentario.

—Lo es y estoy muy orgulloso de que lo sea; mi familia no me legó gran cosa, poco más que este caserón. Al menos he podido darle un fin útil.

—Así me lo parece —jugando con su pipa apagada—, y no quisiera hacerle perder su tiempo. Pero el asunto que me trae es de veras importante. Tengo entendido que hace unos años trabajó para usted una mujer llamada Sarah Laine.

El conde se dispone a tomar un sorbo cuando escucha el nombre de la mujer; no detiene el gesto, pero da la impresión de que le cuesta tragar el vino. Cuando deposita la copa, ha cambiado por completo su expresión.

—¿Qué ha hecho?

—No sé lo que ha hecho, pero sí puedo decirle que está relacionada con el hombre más peligroso de Europa, quizá del mundo. Encontrarla puede ser esencial para neutralizar a ese hombre.

—No sé dónde está, hace años que la expulsamos de aquí, a ella y a otros que compartían sus dogmas.

—¿Dogmas?

—Quizá sea mejor que le ponga un poco en antecedentes —desde que escuchó el nombre de la mujer parece haber perdido toda la prisa y también su buen humor.

—Por favor —mostrándole su pipa—. ¿Le importa?

—Lo que está viendo usted no es solo una revista, es una agrupación, la

Sociedad Baraduc de la que la revista es solo el órgano divulgativo —saca su propia cachimba del bolsillo del batín y se dispone a cargarla mientras habla—. Hippolyte Baraduc es un brillante investigador francés que ha revolucionado la noción del contacto con esa región espiritual habitada por almas inmortales en la que creemos sin reservas —una pausa para observar la reacción de su interlocutor.

—Continúe —imperturbable.

—Baraduc ha conseguido tomar una serie de fotografías de pensamientos, una ciencia que denomina inmografía, del griego «descripción de imágenes». Son plasmaciones gráficas, fluidificadas, de nuestro yo inmortal, que se captan de forma mucho más patente en personas que acaban de expirar.

—He visto algunos de esos retratos de otros autores, más de uno denunciado por realizar falsos montajes.

—El trabajo de Hippolyte Baraduc va mucho más allá —descartando con un barrido de su pipa cualquier comparación—, yo mismo he presenciado junto a cinco catedráticos de otras tantas universidades europeas el proceso de revelado en un laboratorio hermético y los resultados están más allá de toda duda. De hecho, en la actualidad prepara una memoria para presentarla a la Academia de Medicina Francesa.

El detective sostiene su mirada, no ha venido a discutir sobre la veracidad de las investigaciones de un científico del que hace unos minutos ni siquiera había oído mencionar.

—Puedo decirle que la labor de Baraduc, y ya llegamos al vínculo con la mujer que nos interesa —consciente de la impaciencia de su invitado—, va mucho más allá de impresionar una placa fotográfica con la imagen de un espíritu. Desde hace unos años está trabajando en secreto en la creación de un biómetro mediante el cual podría materializar estos entes ultraterrenos.

—¿Materializar fantasmas?

—Es la parte más avanzada de sus exploraciones —por primera vez se encoge de hombros, desenmascarando algo próximo al escepticismo— y también la más oscura.

—Y Sarah Laine...

—Y Sarah Laine, junto a otros miembros de nuestra sociedad, llegaron a obsesionarse con ese aspecto de las propuestas de Baraduc —golpea la cazoleta de la pipa sobre el borde del cenicero—. Aunque si debo serle sincero, esas personas ya formaban una facción al margen de los principios generales de la asociación, una facción volcada en los aspectos más... malsanos del espiritismo. Espíritus mentirosos. Espíritus perversos. Espíritus asesinos.

—¿Y dónde están ahora los miembros de esa facción?

—Son nuestro cisma particular.

—¿Qué ocurrió?

—La señorita Laine es una mujer con unas dotes innegables, capaz de llevar a cabo investigaciones de un rango intelectual asombroso. De hecho, cuando tuvieron lugar los hechos que le voy a relatar, estaba desarrollando un estudio comparativo entre la numerología y los grandes hitos de las matemáticas.

—Lo sé —vuelve a cargar su pipa—, he hablado con el profesor que colaboraba con ella.

—Perfecto, así no pensará usted que se trata de una embaucadora de tres al cuarto, pero también es una mujer de un extraño fanatismo, capaz de adentrarse sin contemplaciones en esos otros usos experimentales que no dudan en valerse de los métodos más cruentos para obtener sus resultados. Sarah Laine estaba convencida no solo de que era posible recoger la imagen de la fuerza vital de los difuntos, por utilizar la misma terminología de Hippolyte Baraduc, sino de traer a esos espíritus hechos carne a nuestra dimensión. Con ese objetivo, con el apoyo de otros miembros de nuestra sociedad, logró convencer a un joven del que se había convertido en una especie de guía espiritual para que se sometiera a una experiencia próxima a la muerte con la finalidad de poder operar directamente con su ectoplasma, al que según ella captaría como una entidad independiente de su dueño. Era un chico joven e inexperto, que se preparaba para la Escuela de Oficiales...

—Alban Loughy.

—Ese era su nombre —sorprendido.

—He ahí precisamente el eslabón que une a la señorita Laine con el hombre al que busco.

—Pues bien, en el transcurso de la prueba, el muchacho murió. Todo el mundo pensó que se había suicidado.

—Eso es lo que tengo entendido.

—Pero Sarah Laine y los suyos sostenían en privado que el experimento había sido un éxito —otra pausa para observar el efecto de sus palabras—. Naturalmente, en cuanto tuvimos noticia en la junta directiva de lo ocurrido, los expedientamos de forma sumarísima. La señorita Laine y los demás no esperaron a saber nuestra determinación, nos anunciaron que habían decidido constituir una nueva asociación denominada la Auténtica Sociedad Baraduc y se apartaron de nosotros definitivamente.

—¿Mantienen algún contacto con ellos?

—Durante un tiempo nos llegaron algunos rumores, supimos que estaban explorando las conexiones entre las teorías de Baraduc y la nigromancia.

—Magia negra.

—Adivinaciones a partir de las vísceras de los muertos, resurrecciones... La charlatanería, en algunos casos muy peligrosa, que desprestigia nuestra ciencia —mueca de desagrado—. Después dejamos de recibir cualquier noticia de ellos.

—¿Habría alguna manera de localizar a esa mujer? ¿Podría indicarme una dirección o alguien que la conozca?

—Puedo hacer algo mejor —inclinándose hacia delante en su asiento—; como le dije, estamos en pleno cierre del nuevo número de nuestra revista, pero si puede esperar a esta tarde, tendré mucho gusto en acompañarle personalmente al lugar donde tengo entendido que se reúnen nuestros antiguos compañeros. Es gente digamos que desconfiada, y dudo mucho que respondan a ninguna de sus preguntas si se presenta usted solo.

—Se lo agradecería mucho.

—No hay nada que agradecer, siempre supe que esa mujer constituía un riesgo para todos cuantos se cruzaran en su camino y en buena medida me siento responsable de no haber actuado antes para impedirlo.

Oculto en la parte de atrás de la tienda de campaña que sirve como consultorio al dentista callejero Mahender Sen, Moriarty observa cómo el hindú atiende a su nuevo cliente, un obrero de la construcción con blusa descolorida que no deja de lanzar risillas estúpidas para demostrar que no tiene ningún miedo.

La cola de enfermos a la espera de sus extracciones alcanza la mitad de la plaza de Covent Garden, un mercado de flores, frutas, verduras y cualquier otra mercancía o servicio callejero de los que se pueda obtener unos peniques.

Desde su escondrijo, el profesor puede ver que el siguiente en el turno será sir Jonathan Steward, vestido con unos harapos de mendigo; muy urgente debe ser aquello que debe comunicarle para haber pedido esta cita.

Ráfagas del bullicio de la plaza, acompañadas a veces del fuerte olor del chimichurri que preparan los argentinos del tenderete colindante, llegan hasta el interior del consultorio de lona; no es extraño que estos dentistas callejeros se instalen en cualquier punto de la ciudad y que atraigan una gran cantidad de ese público que no se puede permitir el pago de un médico convencional.

El dentista hindú sigue efectuando su intervención: le ha entregado al albañil uno de los trozos de goma de mascar, que tiene alineados sobre el sucio mostrador, en los que previamente ha inyectado un anestésico cuyo origen solo él conoce, y está esperando a que este haga su efecto. Debe ser que unos segundos son suficientes o que el trabajo se acumula en el exterior, porque enseguida le abre la boca al paciente con una cuña de madera y le introduce una especie de escoplo oxidado.

Visto y no visto.

Al momento, está invitando al enfermo a que se levante de la silla de mimbre y que ceda su sitio al siguiente. Por suerte, tiene la precaución de cobrarles por anticipado, porque no es raro el caso del obrero que primero intenta contener la hemorragia aplicándose su propia gorra sobre la herida y, a continuación, termina derrumbándose en la entrada de la tienda.

No faltan voluntarios para apartarlo del paso y unos segundos después se ha abierto la cortina para ceder el paso a sir Jonathan Steward, jefe de protocolo del actual Gobierno de su majestad, no se sabe si más lívido por el riesgo al que se somete citándose con Moriarty a plena luz del día o por la manera en que lo mira Mahender Sen.

En cuanto cierra a su espalda la cortina que sirve de puerta, escucha el susurro del profesor desde la oscuridad.

—Siéntese en la silla y deje que el señor Sen le examine de vez en cuando por si entra alguien de improviso.

—No me parece el mejor sitio para reunirnos —obedeciendo—, en medio de esta multitud.

—Por eso mismo es el mejor sitio —cortante—. Y ahora dígame cuál es esa emergencia que se ha producido.

Por su mirada estuporosa es imposible saber si el hindú, un anciano con un turbante rojizo y las manos morenas llenas de lunares, habla o comprende su idioma.

Sir Jonathan respira hondo mientras piensa en la mejor manera de exponer el tema. Decide hacerlo del modo más directo.

—Mañana. Todas las fuerzas del Estado caerán sobre usted mañana por la mañana. Está preparado hasta en sus últimos detalles —la debilidad de su voz presagia el miedo ante la reacción de James Moriarty.

Por un momento se hace el silencio en la tienda. E incluso parece, aunque serán figuraciones, que ese silencio se extienda al resto de la plaza y a la ciudad entera.

Al fin responde el profesor.

—No es posible —le cuesta un gran esfuerzo no expresar ninguna turbación—. No han podido preparar una acción de esa envergadura sin que mis contactos en la policía me avisaran con antelación.

—Se ha mantenido con el máximo secreto, solo unos cuantos mandos escogidos de Scotland Yard están al tanto, ni siquiera el grueso del Gabinete lo sabe. Solo mi proximidad al primer ministro me ha permitido enterarme esta misma mañana y casi de casualidad.

—Siga.

—La operación en sí consistirá, además de encarcelarle a usted, en detener a más de noventa individuos y clausurar treinta y cuatro lugares donde se confía en hallar pruebas sobre diversas comisiones delictivas; la policía metropolitana jamás se había enfrentado antes a una redada de estas características. Todo esto irá sincronizado con actuaciones en el resto del país, e incluso en el exterior, que no se especifican en el informe al que tuve acceso.

—¿Qué pruebas tienen contra mí?

—El primer ministro se quejaba de que no fueran lo bastante determinantes, pero alguna debe haber cuando piensan capturarlo. Eso sí, confía en que muchos de sus colaboradores testifiquen en su contra.

—Siga —la voz ensombrecida, pero aún firme.

—En el *dossier* viene recogido que, simultáneamente a su prendimiento, se intervendrán las cuentas bancarias de los seis bancos londinenses en los que tiene cuenta, así como el Crédit Lyonnais de Francia y el Deutsche Bank de Alemania.

—¿Nada más?

—Nada —y revolviéndose en la silla para intentar localizar el origen de la voz —. ¿Qué piensa hacer usted?

—Voy a enviar a dos hombres para que vigilen su casa.

—¿La mía?

—Con la orden de que si cuando le detengan, que le detendrán, revela usted cualquier dato acerca de nuestra relación, se encarguen de asar en la chimenea a su hija pequeña y dejarla allí para que la encuentre cuando salga de la cárcel.

—Le aseguro que no tengo la menor intención de... —lloroso.

—Cállese.

—Yo jamás...

—¡Cállese!

Debe hacerse a la idea sin más dilaciones.

Tiene apenas unas horas para cerrar un imperio, para liquidar el trabajo de tantos años, uno de los proyectos más grandes del siglo en este país.

Todo está perdido.

Así de simple.

—¿Puedo marcharme ya? —sir Jonathan Steward comienza a levantarse poco a poco de la silla.

—Desde luego que no —con voz demasiado alta, olvidando las precauciones que ha seguido hasta ahora—. No puede salir de aquí sin haber recibido el adecuado tratamiento, la gente sospecharía. Mahender Sen no ha terminado con usted.

Sin cambiar en nada su expresión, el viejo hindú toma unas tenazas renegridas

del mostrador y se acerca a su paciente.

Aunque Cox nunca ha visitado el Universal Provider, los grandes almacenes que reúnen en un mismo recinto las más variadas clases de género, desde plantas dedicadas a la venta de tejidos hasta departamentos de regalos o comestibles, incluyendo salones —dotados de cuarto de baño— donde las damas más privilegiadas de aquel extraño mundo que constituye el Londres de finales del siglo XIX pueden tomar un refrigerio durante sus duras jornadas de compras, no le cuesta localizar el enorme edificio mientras avanza a pie por la avenida.

Antes de entrar, se cruza con un grupo de abrecaminos, cinco chiquillos que se ganan la vida despejando las carreteras de barro y excrementos con un trozo de cartón o madera para que las damas y caballeros puedan caminar sin mancharse.

De los niños arrastrándose por el lodo al lujo de los almacenes apenas le separan unos pasos.

Las mesas del salón de té del Provider están todas ocupadas, muchas por grupos de mujeres, y el *revientacadáveres* se siente más fuera de lugar que nunca entre sedas, lanas, bordados, terciopelos, sombreros pequeños adornados con lazos o plumas, turbantes de seda adornados con flores o joyas y toda una serie de complementos al alcance exclusivo de las mujeres que frecuentan aquellos círculos.

En medio de aquel lujo y del estúpido parloteo, Cox, inmóvil en la entrada, se acuerda de Waël Mann, el hermano del cochero con el que se entrevistó esa mañana, y de la forma en la que le contó que estaba vendiendo sus dientes uno a uno para alimentar a su familia.

Al otro extremo, Rambalda, que acaba de descubrirle, se pone de pie junto a la mesa que ocupa para atraer su atención.

Lleva una chaqueta corta, una blusa de cuello alto y una falda que deja ver los botines; el sombrero vuelve a ser casi masculino, sin adornos. No los necesita. Pertenece a una estirpe aparte del resto de las mujeres que ocupan el local y el resto del globo terrestre.

El tiempo de cruzar el salón para reunirse con ella es el que tarda en olvidar todo lo que estaba pensando.

—Siéntate, por favor —lo recibe.

—Supongo que no encajo muy bien con este ambiente —se sacude el abrigo antes de dejarse caer en una de las butacas.

—Al contrario —sentándose también—, tan moreno pareces un ex militar o un aventurero de regreso de las colonias. De África, tal vez.

—Si te encuentras a alguna amiga, te autorizo para que inventes lo que

quieras.

—Eres muy considerado —toma el sombrero del hombre de encima de la mesa y lo limpia maquinalmente de un resto de polvo—. Me he permitido pedir oportu con zumo de naranja y una selección de galletas y pastas.

—Me da igual.

La mención a una fruta tan cara como la naranja vuelve a recordarle la miseria del agujero donde vive Waël Mann, pero aparta el pensamiento de nuevo.

—¿Has visitado el piso de Jeimy? —en ese momento descubre al camarero que se dirige hacia ellos y hace un gesto para evitar la respuesta.

Una vez que les han servido, Cox, que aún no ha almorzado, apura una copa de un trago y comienza a devorar cada dulce de un solo bocado, provocativamente rudo.

Solo entonces repara en que hay un criado que recibe a los recién llegados para liberarlos del sombrero y el abrigo que ni siquiera se ha dejado ver cuando ha llegado él; efectivamente no encaja en este ambiente. Como en ningún otro.

No responde hasta que ha terminado con casi todas las pastas.

—Sí, sí que he estado en el piso de tu marido —vuelve a llenarse la copa—. Lo cual me ha hecho perder gran parte de la mañana y me ha dejado a un paso de perder el resto de mi vida en prisión.

—¿Has entrado?

—Sí.

—¿Y qué has descubierto?

—Nada, los gustos de ese duque que te has buscado —un par de galletas más—. Pero estoy seguro de que tú ya estás al tanto de ellos.

—¿Qué quieres decir?

—No sé quién sodomizaba a quién, pero sí que pude ver que estaba tratando de esas gravosas cuestiones con un joven amigo en el dormitorio.

Contiene una blasfemia cuando comprueba que el plato está vacío, pero su apetito sigue sin aplacarse; termina la copa y la mira fijamente.

Rambalda también bebe un sorbo. Su expresión no ha cambiado.

—¿Descubriste algo más?

—Un policía desacostumbradamente expeditivo no me lo permitió.

Ella no responde, puede que necesite unos minutos para asimilar la información que acaba de recibir, pero también puede estar pensando en cualquier otra cosa.

—No pienses que ese descubrimiento me hace descartar mis sospechas de que esté implicado en todo esto —aún inmutable—, pienso seguir investigándole.

—...

Asiente, sin mucho interés.

—Por lo demás, ¿has averiguado algo?

—He encontrado a Waël Mann. Un desgraciado. No creo que tenga nada que ver con todo esto. Pero me ha contado una historia y me ha dado una dirección.

—Cuéntame.

—Según parece, el idiota este y el bendito de su hermano hicieron un porte para la verduga de la cárcel de niños de Billingsgate. Era el cuerpo de un niño, del que se debían deshacer. Seguro que no tiene nada que ver con lo de tu hija, pero...

—Pero tenemos que ir a ver a esa verduga —si las noticias de su marido no le han afectado en absoluto, la sola mención de la niña hace que esté a punto de saltar en su asiento.

—¿Tenemos?

—Tenemos.

—No debería haber aceptado esta entrevista.

Sostiene la mirada desafiante de la mujer, que clava las uñas en los brazos de la butaca.

Después se levanta.

—Puedo abrirte puertas —Rambalda, sin levantarse.

—No.

—Puedo presentarte a gente.

—Me marchó —recoge el sombrero y comienza a girar.

—Y puedo hacer que la policía comprenda que has hecho todo lo posible y que deben darte lo que te han prometido. Aunque nunca encontremos a mi niña —le cuesta mucho pronunciar las últimas palabras.

Despacio, Cox enfila la salida. Sabe que ella lo sigue y no intenta dejarla atrás. No para hasta llegar a la puerta del establecimiento.

Fuera, ya es de noche. Cae una ligera llovizna. Hay cierta confusión de carruajes que pretenden esperar a sus dueñas en la misma puerta para que no se mojen.

—Despedí a mi cochero, no me fío de él. —Rambalda ha llegado a su lado.

—Toca andar, ya sabes lo de la huelga de los coches de alquiler.

—Nos vendría bien un medio de transporte independiente para movernos por la ciudad.

—Me vendrían bien un buen montón de cosas.

—Quizás esta no sea imposible —cogiéndole por el brazo—. Vamos.

Wystan Tansel ha terminado en el hospital de San Bartolomé. Camina despacio por los pasillos solitarios del área abandonada con la nativa de Surinam

cogida del brazo, consciente de que no le van a pagar por ella lo suficiente para retribuir su deuda y que a esa hora de la tarde ya no encontrará otro método de conseguir la diferencia. Intentar venderla por treinta guineas en el burdel fue su última tentativa desesperada.

Los tres dentistas están reunidos alrededor del sillón que ocupa el centro del escenario en el anfiteatro, parece que esperando la reacción de uno de los fueguinos que les trajo ayer en perfectas condiciones y que hoy es un hombre desvanecido emitiendo un estertor antinatural, el pecho embadurnado de sangre, la boca borboteando.

—Han tardado ustedes poco en cargárselo —saluda el recién llegado.

—Es solo que el cloroformo está tardando más tiempo de la cuenta en disiparse —aclara el de la barba rojiza sin mucha convicción.

Pero los tres se olvidan rápidamente del indígena para concentrarse en la chica que acompaña a Tansel.

—¿No ves? —el más gordo, pasándole la yema del dedo por los labios—. Ahora sí que has acertado, hombre. Esto es justo lo que necesitábamos.

La surinamesa, asustada, retrocede ante el contacto y se aleja hasta encontrar refugio tras la mesa que contiene el instrumental quirúrgico, unos metros más allá.

—Es que extraña esto —explica Tansel, sentándose en una silla y dejando el bastón en el suelo; la aprobación del médico parece haberle relajado—, pero no se preocupen, es muy sumisa, hará cuanto le pidan ustedes —al gordo, con intención.

—Pues mejor que mejor —responde este, sin darse por enterado de la mirada recriminatoria de sus compañeros.

—Entonces, si me dan mis treinta guineas, les dejo que sigan trabajando.

—¿Tus qué? —el de las gafas, que suele ser el más silencioso, alzando la voz—. ¿Te has olvidado de sumar? Te prometimos veinte y ni un chelín más.

—La chica es material extra y merece un precio extra. —Tansel introduce los puños en los bolsillos con chulería.

—Mira, sabes perfectamente cuál fue la cantidad acordada por la nueva voluntaria, más la compensación por los que nos trajiste ayer —el barbado, siempre conciliador.

—Las cosas han cambiado; la perra esta me ha ocasionado una serie de gastos imprevistos que no puedo apoquinar de mi bolsillo.

—¡Bastarda! —el médico gordo se da la vuelta y corre hacia la muchacha con una agilidad inesperada.

Los demás tardan en reaccionar ante el grito.

Hasta que descubren que la indígena está cayendo al suelo poco a poco.

Dos potentes chorros rojos surgen de su cuello.

Cuando los cuatro hombres llegan a su lado hay un irregular charco oscuro enmarcando su rostro.

La chica agarra con fuerza una sierra de amputación que ha tomado de la maleta de instrumental.

—La hija de Satanás se ha rebanado el cuello —otra vez el gordo.

El de la barba se ha arrodillado junto a ella; con cuidado de no mancharse, examina la naturaleza de las heridas hasta convencerse de que no les será posible contener la hemorragia, o de que, si lograra hacerlo, la mujer ya no les sería útil para el experimento del día siguiente. Después se pone en pie. En total, ha dedicado catorce segundos a auxiliarla.

Los ojos color miel de la muchacha siguen entreabiertos.

A ver quién es el que habla primero.

—Miren, si algo está claro es que lo que le ha pasado ha sido una vez consumada la venta —afirma suavemente Wystan Tansel—. Yo no tengo responsabilidad ninguna.

—Tansel, que te veo venir —barba roja.

—Me deben treinta guineas —echando de menos el bastón que dejó en el suelo.

—No te debemos una mierda —el gordo elige de la maleta un escalpelo y se planta frente a él—, lárgate de aquí.

Sus dos compañeros lo imitan.

El ilusionista está rodeado.

La pierna izquierda y el brazo derecho de la nativa de Surinam comienzan a convulsionar, como si hubiera iniciado una entusiasta despedida del resto de los presentes en el anfiteatro.

Cuando Holmes llega a Leicester Square para su encuentro con los Irregulares, la plaza está prácticamente vacía; la lluvia oscila en intensidad pero el frío arrecia, no es una buena noche para andar por la calle.

Sabe que ha llegado antes de tiempo a su cita, así que no le extraña que los Irregulares de Baker Street no se vean por ninguna parte.

Tan solo el limpiabotas que suele trabajar en esta zona, el niño del parche en el ojo y los moratones en la cara, monta guardia bajo el toldo del quiosco cerrado, intentando alargar su jornada hasta lo imposible para conseguir unos peniques con los que comprar la cena y pagarse una cama.

Mullin, cree recordar que se llama.

El detective se acerca al quiosco para guarecerse también bajo la lona.

—Buenas noches —cerrando el paraguas que le ha prestado el conde Humber.

—Buenas noches, señor. ¿Limpia? —señala la silla plegable.

—¿Por qué no?

Se sienta a la espera de que el chico recoja su cajón con los utensilios de limpieza. Por supuesto, lleva la misma chaquetilla insuficiente para el frío de esta época y la misma expresión anhelante, tan solo alguna nueva contusión en la frente.

Mullin.

Desde que escuchó su nombre, percibió algo especial en él. Ahora tendría oportunidad de preguntarle.

La plaza está a oscuras, desierta; la gente parece haberse quedado en casa para dejar que la lluvia limpie la ciudad de los efectos de la niebla que la ha ocupado en los últimos días.

Mullin.

El chiquillo sigue de espaldas, a sus pies, rebuscando en el cajón.

Mullin.

Hasta que por fin recuerda el origen del nombre.

En la Corte del Infierno, según expone en *Praestigiis Daemonum* el demonólogo Jean de Wier, Mullin es el primer ayuda de cámara de Belzebuth.

El niño se revuelve hacia él con una expresión de furia que le distorsiona el rostro y un punzón en la mano derecha que usa para buscarle la femoral con una firmeza y precisión que el detective apenas logra desviar en el último momento, aunque la herramienta le desgarró la piel y el pantalón se empapa inmediatamente. Si el nombre no le hubiera hecho ponerse sobre aviso, las consecuencias hubieran sido peores, tal vez mortales.

Apoyándose en la silla, Holmes usa la otra pierna para empujar al niño, que cae de espaldas.

Pero no ha soltado el punzón.

Al momento vuelve a estar en pie, mirándole con aquel odio profundo de su único ojo.

El detective no es capaz de extraer su revólver para defenderse de un niño, así que empuña con firmeza el bastón a la espera del próximo embate.

Pero Mullin reconsidera sus opciones. Señala al hombre. Traza la señal de la cruz en orden inverso. Y desaparece en la oscuridad.

Rambalda había conducido a Cox, cuyo papel parecía limitarse ahora a sostener el paraguas que la mujer le entregó, por un sistema de calles del West End desconocido por completo para él, adentrándose en un Londres medieval,

desierto a aquella hora, que parecía ser una gigantesca y oculta zona de servicio del área donde reside la élite del país, hasta detenerse ante una vieja cochera.

Tiene que golpear varias veces la puerta circunscrita en un gran portón de doble hoja para que se escuchen unos pasos.

Abre la puerta un anciano, un mozo con las manos tiznadas que se retira respetuosamente de la entrada sin pronunciar una palabra para permitirles pasar en cuanto reconoce a la mujer.

—¡Hija del perro del demonio! —resuena una voz femenina desde el interior.

—Ager, querida —los rasgos de Rambalda se reconfiguran en una sonrisa más nostálgica que alegre.

Ager es grande, debe superar en una cabeza a las mujeres más altas, viste un guardapolvo manchado de grasa como su rostro, menos que poco agraciado, el pelo es un manojito de rizos recogidos en una cola electrificada y no suelta un larguísimo destornillador para abrazar a su amiga, besarla repetidamente en las mejillas y, por último, en un exceso que incomoda a ambas, en el cuello.

—Lo sé, lo sé —Rambalda—, debí venir a verte mucho antes.

—Perra.

—Y hoy, que vengo a visitarte por fin, lo hago solo porque necesito que me hagas un favor.

—Perra inmunda.

—Además, tengo mucha prisa.

—¿Todo va bien? —preocupada.

—Todo va mal.

—Ya.

—No, no es eso —no necesitan darse detalles—. Es mucho peor. Pero no tengo tiempo de contártelo ahora.

—¿Y este? —señala a Cox con el destornillador.

—Perdón —apoya la palma de la mano en la espalda de la dueña del local para acercarla a Cox—. Perdónenme los dos. Rystone Erasmo Cox, la señorita Eger. Me alegro mucho de que se conozcan. Puedo decir sin temor a equivocarme que son los dos únicos amigos que conservo en la actualidad.

Los dos quedan frente a frente.

Ella evaluándolo sin esconder su desagrado.

El hombre, indiferente a su anfitriona, continúa examinando aquella especie de enorme herrería llena de piezas renegridas, herramientas poco frecuentes y tres ejemplares de los extraños carruajes sin caballería que empiezan a verse de tarde en tarde por las calles de la ciudad.

La señorita Eger se desentiende enseguida de aquel individuo del que ya ha decidido no fiarse mientras viva y se vuelve hacia su amiga.

—Vale que no vengas a verme, pero no comprendo que hayas dejado de venir a nuestras reuniones y conferencias.

—Vi el anuncio de una de ellas —Rambalda mantiene la sonrisa frente a la acusación—, pero una vez más me fue imposible escaparme. Por cierto, me sorprendió que por una vez dejaras de lado los problemas de la mujer para hablar de la situación de nuestros territorios de ultramar.

—Nuestro movimiento va mucho más allá de las dificultades de las mujeres de la metrópoli, que por indignantes que nos parezcan, apenas pueden compararse a las penalidades que sufren nuestras hermanas de las colonias —inflamándose progresivamente—. ¿Has oído hablar de las sequías que han extendido el hambre por toda la India? ¿O de las que en Sudán han acabado con un tercio de la población? ¿Has oído hablar de las epidemias de paludismo, peste bubónica, disentería, viruela o cólera?

—...

—Claro que no, a los gobiernos europeos no les interesa remediar esas situaciones, sino aprovechar ese momento de debilidad para ampliar sus fronteras, expropiar tierras y apropiarse de cuantos recursos mineros y agrícolas caigan en sus manos.

—Querida...

—Pueden hacerse una idea de cómo recaen esas terribles condiciones en una población femenina ya de por sí sometida al poder patriarcal y al... —En ese momento sorprende la mirada de reojo de su amiga a Cox, que está a punto de intervenir para cortar la alocución—. Ya, ya sé que tienen prisa. Disculpenme.

—Disculpanos tú a nosotros, pero...

—¿Qué es lo que necesitas?

—El *motorwagen*.

—El *motorwagen* —en voz baja.

—Habrás oído hablar de la huelga de coches de alquiler. Necesitamos movernos con rapidez.

—Desde que Benz se lo regaló a mi padre, nunca se ha separado de mí —indecisa.

—Un momento —se acerca Cox—, ¿te refieres a uno de esos carruajes sin caballos? —A Rambalda.

—Sí.

—¿Y tú sabes manejarlos?

—Los conduce perfectamente —responde la mecánica—; hemos realizado largos recorridos turnándonos a los mandos.

—Nunca había visto uno de cerca —reconoce el *revientacadáveres*.

—¿No será que tiene miedo a subir en uno de ellos, verdad señor Erasmo? —

Aproximándose al que está aparentemente listo para su funcionamiento—. Señor mío, puedo asegurarle que este es el vehículo del futuro. Algún día, hasta los niños los conducirán por las calles.

—Ya.

La primera vez que vio uno de aquellos carricoches pensó que se trataba de una calesa que, de resultas de un accidente, había perdido el tiro y rodaba siguiendo por inercia el impulso de sus caballos perdidos.

Ahora estaba ante un triciclo con la rueda delantera más pequeña para modificar la dirección gracias a una manivela y un extraño motor bajo el asiento con capacidad para dos personas.

—Mi padre dedicó buena parte de su vida —explica la señorita Eger— a la puesta a punto del motor de combustión, pero justo antes de su muerte, el alemán Karl Benz patentó este modelo que solventaba algunas dificultades técnicas que nosotros nunca fuimos capaces de superar. Como mi padre y él se habían hecho buenos amigos, y muchos de los logros de Benz se deben a los consejos de mi padre, el propio Benz lo reconoce, le regaló este modelo, uno de los primeros que surgió de su factoría. Aquellos —señala los otros dos— los hemos fabricado aquí, con algunas mejoras que aún no están lo suficientemente probadas. Pero este es, con toda seguridad, el mejor vehículo autopropulsado que circula por Londres.

—Sé cuánto significa para ti —Rambalda tomándola por el brazo—, pero lo que tengo entre manos es muy grave —buscándole los ojos—. No podría serlo más.

—Por suerte para ustedes —evitando su mirada—, le he añadido una capota para los días de lluvia como hoy —comienza a desplegarla—. La clase de detalles prácticos en los que un hombre normalmente no repara.

Por un momento, Moriarty se queda en el atrio del viejo monasterio que alberga el lazareto observando cómo sus hombres introducen los objetos que han recogido en su mansión de Belgravia, agradeciendo la llovizna que quizás sirva para disolver el lodazal en el que se ha convertido su pensamiento.

Noche de paradojas: mientras los suyos traen sus más valiosas y comprometedoras posesiones, los religiosos, en la puerta de atrás, recogen lo más esencial y suben a los más enfermos a unos pocos carros para marcharse a otro de los recintos que la orden posee en el norte del país.

A unos pasos, temeroso de aquel hombre que tiene un ascendiente absoluto sobre el abad, uno de los monjes sostiene el portón en silencio.

—Hermano —el profesor, acercándose a él—, necesito ver con urgencia a

Maryann Caulfield, la enfermera.

—Ahora mismo voy a buscarla —el aire es solícito pero el hombre no se mueve.

—Con urgencia —aplastante.

El religioso abandona su puesto y sale a la carrera.

Ahora, cuando ya no hay nada a lo que llegar a tiempo, todo es urgente.

Por mucho que exprima estas pocas horas, nunca podrá salvar ni siquiera los restos de su imperio, un desmoronamiento que a nadie más le importa; ¿con quién va a compartir la desaparición de un Estado, sumergido bajo el Estado, que solo él conoce en su totalidad?

Su gente sigue acarreando los archivos y enseres que ha decidido poner a salvo antes de que las fuerzas de seguridad allanen su residencia; aquí, al menos, dispondrá de unas cuantas horas más, aunque sabe que tarde o temprano los buitres de la justicia caerán sobre todo lo que ha acumulado a lo largo de su vida.

El mundo se le ha venido encima, la enmarañadísima red que tantos años ha tardado en entretejer amenaza con asfixiarle, con hacerle desaparecer para siempre. De pronto ya nada tiene, o quizás debería pensar que solo sobrevivir a la redada que el maldito Gobierno de su majestad prepara contra él debe acaparar toda su atención.

Pero no puede sucumbir al caos, tiene que organizar el desastre, dejar para después la melancolía por lo perdido e incluso la detección del error que lo ha llevado a esta ruina; hasta en el momento de su fracaso debe demostrar que posee una mente superior a la de sus enemigos.

Es necesario que oculte o destruya miles de documentos, conexiones, fotografías, pactos, voces, recuerdos.

Rastros de los rastros.

Que avise del peligro que corren a unos cuantos aliados y que silencie definitivamente a multitud de ellos.

Que extraiga todos los recursos posibles para resistir en los próximos meses.

Que empiece a vislumbrar el renacimiento de su organización.

Que deje un reducto de fuerzas para planear la venganza.

Y que se ocupe personalmente de localizar a Daniel Frederiksen, no puede permitir que aquel individuo, con lo que sabe y el poder que tiene a su alcance, quede suelto en la ciudad cuando él no esté.

Otro de sus peones aparece con un cuadro perfectamente embalado; camina despacio, conoce el inconmensurable valor que su jefe concede a aquella tela. Aun así, está a punto de volver a recomendarle una precaución extrema cuando descubre la sombra de Maryann Caulfield.

La enfermera, el hueco de la capucha es más que nunca un vacío negro, se

acerca hasta él con paso firme, aunque se queda a su lado sin pronunciar una palabra.

—¿Cómo se encuentra el abad? —Moriarty.

—Ha pasado casi todo el día inconsciente, pero cuando despierta continúa tan lúcido como siempre.

De pronto, al profesor le parece el mayor desatino estar con ella allí, los dos vestidos en medio de la gente, hablando educadamente, como si fueran dos desconocidos, cuando lo que de verdad resulta excepcional en su vida es cualquier acto de intimidad con otro ser humano y mucho más con una mujer. Nuevas sensaciones y reacciones que aparecen en su vida cuando ni siquiera tiene ya tiempo de analizarlas.

—Algo pasa, ¿verdad? —adivina la mujer.

—Debe marcharse de aquí.

—¿Por qué?

Para no responder, la conduce a los pórticos, donde pueden seguir hablando a salvo de la lluvia.

—No haga preguntas —un rollo de billetes ha aparecido en su mano tendida—. Esto le ayudará a soportar una temporada; si me dice dónde, le haré llegar más. Cámbiese de nombre, alquile unas habitaciones y busque una criada de confianza que baje a...

—No voy a ir a ningún sitio.

—No lo entiende —impaciente—. Todo esto desaparecerá en muy poco tiempo.

—¿Está usted en peligro?

—Yo y todos lo que se hayan relacionado conmigo —intenta cambiar el tono exigente por otro más persuasivo—. No me pida que se lo explique.

—No se lo pido.

—Tiene que buscar algún sitio donde esconderse.

—Esta es mi casa —lenta, obscuramente, dejar caer la capucha dejando sus llagas al descubierto—, no pienso vivir en una madriguera.

—No puede elegir.

—Desde hace mucho tiempo.

Se da la vuelta y emprende enérgicamente el camino hacia su celda.

Moriarty la mira alejarse.

Está a punto de imaginarse una nueva vida junto a ella.

Su gente ha terminado el traslado de sus pertenencias. Está solo. Así que se puede permitir una luctuosa sonrisa.

El desplome no ha hecho más que empezar.

Ya va de camino hacia las estancias que ocupa; nuevas responsabilidades,

todas en el mismo grado de urgencia, siguen acribillándole.

El telegrama en el bolsillo de Emmeline Coulter, la enviada de la comuna que mantiene en Suiza, le recuerda que la mujer ya está en Londres, esperándole, aguardando su auxilio a la situación desesperada de las mil seiscientas veinte personas que confían en él para no sucumbir. Una cosa conduce a la otra.

La evocación del falansterio lo lleva a concluir que su plan maestro de secuestrar a cuatro niñas vinculadas con las primeras personalidades del país ya no podrá completarse tal y como había previsto, con diversas consecuencias demoledoras, entre ellas la dificultad para obtener fondos con los que sostener aquel experimento aritmético con seres humanos. Sobre la marcha, se le ocurre un modo de cerrar el secuestro que supondrá una venganza llena de ironía contra el Gobierno, la Iglesia, la judicatura y la monarquía; disponerlo todo supondrá sacar un momento para visitar personalmente el Zoológico Hagenbeck, pero no puede marcharse del país sin dar a aquel asunto un final apropiado.

Una vez en su alcoba, cierra con llave la puerta, cambia su abrigo mojado por otro seco desentendiéndose de la humedad del resto de la ropa, y se dispone a iniciar la clasificación de los miles de documentos que ha traído consigo cuando repara en el cuadro, apoyado en una silla.

Despacio, lo desenvuelve de las mantas que lo protegen.

La jeune fille à l'agneau.

Su más valiosa posesión. O, mejor dicho, la única a la que atribuye algún valor.

No podría contabilizar las horas que ha pasado en su despacho contemplando la obra de Jean-Baptiste Greuze. Aquella joven sosteniendo un cordero. Nunca ha podido explicarse la atracción que sentía por aquella imagen, ni siquiera ahora, cuando debe hacerse a la idea de que no podrá llevarla consigo.

Eso sí, si la mira bajo aquella luz, podría pensar que esa muchacha, con veinte años más, unos estudios de enfermería, un matrimonio desgraciado, un paso por la calle para entregarse a las más abyectas prácticas y el contagio en prisión de una terrible enfermedad, podría parecerse asombrosamente a cierta mujer de la que acaba de separarse, pero claro, esa figuración no es más que el efecto de la débil llama del farol.

Llaman a la puerta.

Sabe que está mirando por última vez en su vida aquel cuadro.

Ordena que entren.

Pero la puerta se abre antes de terminar de vocalizar el permiso y el hermano Fabrizio, al ver a Moriarty, se persigna y cierra la puerta tras de sí.

—Gracias a Dios que está usted aquí, profesor, gracias a Dios —apoyándose en la pared—. El abad no termina de despertar y usted no estaba y yo ya no sabía

a quién recurrir.

—¿Quiere decirme qué es lo que le ocurre?

Su condición de prior claustral del monasterio, y por lo tanto segundo en el gobierno tras el abad Sandler, no le confieren ni la autoridad ni la iniciativa que cabría esperar de él; en realidad es un hombre regordete y tranquilo, en el que la lepra se manifiesta únicamente por una llaga en la oreja que oculta con toda facilidad gracias a la capucha y que procura rehuir de cualquier problema siempre que pueda derivarlo a los demás.

Comienza a hablar en cuanto recupera la respiración.

—Esta tarde, un poco después de vísperas, el dispensero menor vino a buscarme para informar que —se limpia con la mano el sudor de la frente— había descubierto a dos niñas más en el antiguo coro.

—¿Cómo que dos niñas más? —Moriarty se acerca peligrosamente a él.

—Han sido los hermanos de la calle —así llamaban al grupo de leprosos encargados de secuestrar a algunas de las niñas en el plan original de Moriarty—. Se han vuelto locos, ya me lo estaba temiendo yo...

—Explíquese —gesto enfadado.

—Se lo comenté al abad, pero no estoy seguro de si me entendió siquiera —vuelve a limpiarse el sudor—. Ellos pasaban cada vez más tiempo fuera, se relacionaban menos con los demás, estaban en su limbo.

—¿Y en qué limbo están ahora? —Más y más enojado.

—Parece..., parece que no quieren o pueden parar de seguir realizando aquellos disparates, aquellos secuestros.

—¿Dónde están?

—No lo sé, nadie lo sabe, se fueron después de laudes y no han vuelto a aparecer por aquí.

—¿Y las niñas?

—Al cuidado del dispensero menor.

El profesor Moriarty se aleja unos pasos hasta llegar a la maqueta del falansterio, pasea los dedos por los relieves de la construcción y poco a poco se va calmando; del furor inicial ante el surgimiento de una nueva complicación pasa a apreciar progresivamente la ironía que supone dejar como legado en la ciudad a un grupo de leprosos dementes raptando chiquillas sin orden ni control de ninguna clase.

Cuando termina de organizar sus ideas, regresa junto al monje.

—Quiero que sepa que, debido a la incapacidad del abad, le hago a usted íntegramente responsable de no haber sabido atajar la conducta de ese grupo.

—Pero si ya le digo que intenté advertir... —ojos llorosos.

—Cállese y haga exactamente lo que yo le diga: cogerá a esas dos niñas y se

las llevará junto con el resto de su gente al nuevo monasterio —taladrando la capa lagrimosa con su mirada—. Allí podrá decir que son hijas de alguna familia de la zona cuyos padres han perecido; que se encarguen ellos de darlas en adopción o lo que mejor les parezca.

—...

—En cuanto a ellos, se encargará de que ninguno de los hermanos admita ahora ni nunca haberlos conocido ni escuchado hablar de ellos.

—Pero, ¿y si vuelven por aquí?

—No piense y dígame solo si ha alcanzado a entender mis órdenes.

No le cuesta pasar por alto el primer ruido que le llega desde la planta baja, por sospechoso que sea. Sabe perfectamente que no hay nadie más en la casa.

Pero al doctor Watson le resulta imposible ignorar el segundo entrecuchar de vidrios, no importa lo cansado que esté tras una dura jornada ni lo deseoso de parar un momento para tomar un bocado.

Nunca, en su ya larga sociedad, había visto tan turbado a su amigo como en la última visita, cuando Holmes le advirtió de que la hermandad criminal del país en su práctica totalidad se había vuelto en su contra y que, por su conocida coalición, él mismo debía guardar toda clase de precauciones, poner a su esposa a salvo y seguir un estricto protocolo de seguridad cuando se reunieran en la estación Victoria a la mañana siguiente.

Así que las peores previsiones se adueñan del doctor mientras se prepara a bajar las escaleras para averiguar la procedencia de los extraños sonidos que ha escuchado en la parte de la casa donde ha instalado su pequeña consulta.

Por lo pronto, su peor problema es que ha guardado el revólver reglamentario en la cómoda de la sala, también abajo, así que no le queda otra opción que desenvolver a toda prisa la vieja escopeta de caza que le legó su padre, cargarla con un par de los pocos cartuchos que contiene la canana que asimismo forma parte de la herencia y confiar en que arma y munición hayan resistido el paso del tiempo y no le estallen en la cara.

No ha vuelto a escucharse nada en la consulta.

Con la escopeta en una mano y un quinqué en la otra, baja los escalones sin hacer ruido, aunque es consciente de que el fulgor de la lámpara delata su presencia.

Él no es como su amigo, un hombre completamente entregado a su profesión, capaz de cualquier sacrificio con tal de resolver el caso en el que esté sumergido; Watson se siente feliz en su nueva vida de hombre casado, ha ido cobrando apego a su clientela, a los vecinos, a aquella casa, pero mientras baja los últimos

escalones debe reconocer que, aun aceptando que sea su propia vida la que está en peligro, no hay nada comparable a la excitación que le producían situaciones como las que está viviendo en ese momento.

Efectivamente, es en su consulta donde percibe el desplazamiento de una sombra.

Cuando se acerca, la luz del farol le permite ver un reguero de gotas de sangre sobre la alfombra.

Intentando afianzar el arma con una sola mano, levanta la escopeta justo antes de entrar en la estancia.

—Siento mucho haberle molestado, viejo amigo.

—¡Holmes! ¿Se puede saber por qué demonios no me ha avisado?

El detective no se ha vuelto, continúa trasteando en la bandeja de instrumental que hay dentro del armario metálico. Lleva el traje mojado y cubierto de lamparones de barro que no ocultan las grandes manchas de sangre en la pernera izquierda.

Poco a poco se vuelve, con un trozo de algodón en la mano, la sonrisa cálida por el reencuentro, rasguños en la frente, la expresión desencajada, una ostensible pérdida de peso en las pocas horas que han pasado sin verse.

—Confiaba en poder arreglármelas por mi cuenta, John —apoyándose en el respaldo de un sillón—; mientras menos tiempo pasemos juntos, mejor para usted.

El doctor no recuerda si en los años que han pasados juntos, su amigo le había llamado alguna otra vez por su nombre de pila, pero todo es tan extraordinario en estos días que prefiere no pensar en ello.

—Tonterías, siéntese en la camilla; esa herida parece seria —deja la escopeta en el escritorio, apaga la lámpara y enciende la espita del gas—. ¿Cómo ha sido?

—Un rasguño, nada serio. Cosa de niños.

Apenas un par de minutos después, el médico ha cortado el pantalón y ha desinfectado la punción.

—No parece grave, pero ha estado muy cerca de afectar la arteria femoral.

—Estoy seguro de que esa era la intención.

—Aun así, tendré que darle unos puntos; también le podré un analgésico.

—¿No podría darme antes alguna de sus viejas pipas? Me temo que perdí la de cerezo en la refriega.

—Le dejaré elegir la que más le guste, y le daré un brandy y algo de comer y buscaré la ropa que se dejó en mi maleta cuando estuvimos de vacaciones en Inverness —preparando la sutura—, pero antes déjeme terminar con esto.

—Es estupendo verse sometido de nuevo al imperio de su sentido del orden —puede ampliar la sonrisa pero no hacerla más alegre.

Por unos minutos, Watson se concentra en su trabajo. No ha terminado aún, cuando vuelve a hablar.

—No dejo de pensar en los acontecimientos que me relató usted, en la operación que se está desarrollando contra el tal profesor Moriarty.

—... —Ha cerrado los ojos y no está muy claro si lo está escuchando.

—Según me dijo, mañana mismo las fuerzas del Estado cerrarían el cepo contra ese canalla.

—Dentro de unas horas. Esta misma madrugada.

—Entonces, querido amigo, no entiendo por qué no ha buscado un sitio donde ponerse a salvo hasta que finalice el proceso. Usted y yo conocemos lugares donde ni los más sagaces forajidos podrían localizarle.

—Por la misma razón por la que mañana debemos salir del continente: el proceso que el Gobierno ha puesto en marcha acabará con el consorcio del profesor, pero no está igual de claro que termine llevando a la horca al propio James Moriarty, ni mucho menos a todos sus esbirros —parece recobrar su energía—; debo aprovechar hasta el último minuto para encontrar pruebas lo suficientemente sólidas para que ni siquiera él pueda librarse de ellas. Y puedo decirle que cada vez estoy más cerca de conseguirlo.

—¿Quiere una mesa, señor? —le pregunta el viejo de los quevedos mientras sostiene la puerta para que entre en la taberna.

—No, no quiero ninguna mesa —Tansel.

—Hay una libre junto a la ventana en la que no le molestará nadie.

—He dicho que no quiero ninguna mierda de mesa.

Es un anciano sin nada que hacer que se pasa el día ofreciendo pequeños servicios a los que entran y salen, ni siquiera con el fin de conseguir una copa gratis, solo pretende dejar de ser invisible.

El ilusionista lo mira como si quisiera comerse sus pulmones y pasa tan cerca de él que está a punto de derribarlo.

Elige un sitio en el mostrador y señala la pinta de cerveza que está bebiendo el de al lado para no tener que malgastar ni una palabra con el camarero.

Debería estar ya de camino al teatro, donde su equipo lo esperará impaciente, pero no ha podido resistir la tentación de detener su *landau* frente a este establecimiento para tomarse un par de tragos.

En toda su vida ha tenido tan mala suerte como en los últimos días.

Por mucho que lo intentaran, ni los suyos ni él han conseguido el dinero que debe devolver antes del día siguiente.

Ya otras veces había traficado con los indígenas que conseguía en el Jardín

Zoológico de Aclimatación Hagenbeck, era dinero fácil, trueque rápido en los burdeles, los mercados de trabajo clandestinos, los circuitos de experimentación hospitalaria o en ciertos agujeros donde algunos particulares necesitan carne humana para un destino que es preferible no conocer; pero esta vez, todo ha fallado.

Quizás sea mejor repetir esta noche por última vez su número del clérigo bilocado, recoger toda la utilería y salir de Londres durante una temporada; el director del teatro sabe que es mejor no iniciar peticiones con él y no se opondrá a que abandone las representaciones a mitad de contrato. El que con toda probabilidad no esté de acuerdo en marcharse de esta sala en pleno éxito del espectáculo será Joey Lauren Adams, su socio, el tragafuegos; pero tampoco él se atreverá a oponerse.

Nadie se atreve.

Golpea el mostrador con el puño para recordárselo al mismo Dios y después mira fijamente a los clientes sentados junto a él por si alguno de ellos resuelve disentir. Ninguno lo hace, pero el anciano de los quevedos le dirige una mirada curiosa y bonachona. Tansel se gira en su taburete y le arroja el resto de cerveza que contiene la jarra.

—¿Qué es lo que miras, viejo asqueroso?

El otro baja la mirada y sale corriendo para confundirse con un grupo que bebe de pie unos metros más allá.

El ilusionista está a punto de salir detrás de él, a punto, pero ha venido aquí para pensar, se juega mucho en las decisiones que tome durante las próximas horas.

Señala la jarra para que se la llenen.

Durante todo el tiempo, desde que la indígena se rebanó el cuello en el hospital de San Bartolomé, está rondando una idea que ha considerado y descartado varias veces en los últimos días.

Aquellas cuatro niñas del zoológico humano.

Nunca ha llegado a saber cuál era la razón de su presencia allí, él se había limitado a recogerlas en casa de aquella verduga de Billingsgate y llevarlas al zoológico a cambio de unas monedas como le había encargado el administrador, pero estaba claro que este no pintaba nada en todo aquello, que actuaba en nombre de otro, y el que le había ordenado que las ocultara no va a acudir a la policía si él se las lleva. Conocía gente que conocía a gente que gustaba de las niñas, mucho más si como aquellas estaban sanas y bien alimentadas, pero no era cuestión que se pudiera resolver en unas horas; las personas que tenían esos gustos eran extremadamente cautas y Tansel necesitaba el dinero de forma inmediata.

Nadie en el mundo era capaz de enfrentarse con él. Excepto el individuo al que debe resarcir de su deuda. Él y sus secuaces. Vuelve a recordar el sabor del estilete en la lengua.

El viejo de los quevedos está escondido detrás de un perchero. Y lo mira.

Eso sí que no está dispuesto a soportarlo.

Se levanta, cruza la sala a toda prisa, lo aferra por el cuello y lo saca de la taberna sin decirle una palabra. El viejo, demasiado asustado para pedir auxilio.

No para al salir al exterior hasta llegar a una callejuela lateral, en la que lo arroja contra la pared.

—Mira que he tenido paciencia contigo —golpea en el suelo con el bastón de nudos.

—Pero señor... —Busca a tientas los quevedos que se le han caído con el impacto.

—Y tú todo el día metiéndome el dedo en la nariz.

—¿Todo el día? —al fin encuentra los lentes, que han quedado intactos.

—Todo el santo día —le pisa la mano que estaba recogiendo los quevedos, de forma que se le clavan los cristales en la palma—, todo el santo día.

El anciano lanza un grito que Tansel sofoca pateándole la boca con el tacón de su bota, una y otra vez, una y otra vez, hasta que empieza a dolerle la pierna.

Cuando se detiene para descansar, se sorprende al ver que al viejo aún le quedan fuerzas para volverse sobre sí mismo y ponerse a llorar.

—¿Ves? Si es que te has propuesto hacerme la vida imposible —esta vez es en la nuca donde le acierta con el bastón—. Y eso no, amigo mío —vuelve a golpearle—. Eso sí que no —y vuelve, y vuelve.

Entre los diversos factores que Cox no había tenido en cuenta al aceptar trasladarse en aquel insólito carruaje a motor destacaba el extraordinario ruido que producía la maquinaria que lo impulsaba; una razón más para maldecirlo cuando al llegar a la dirección de la verduga, y mientras Rambalda buscaba un lugar para dejar el vehículo sin que estorbara, pudo ver cómo la puerta de la mujer que buscaban se abrió unos centímetros, lo suficiente para que alguien los observara, y se volvió a cerrar. Quien viviera allí ya estaba sobre aviso.

Durante el camino, el *revientacadáveres* había permanecido silencioso, agarrado con todas sus fuerzas al respaldo del asiento y con los pies clavados en el suelo de madera de aquella especie de pescante en la que estaban subidos, intentando que Rambalda, absorta en manejar la manivela conectada a la rueda delantera que marcaba la dirección, no percibiera el temor que le atenazaba las mandíbulas de que aquel absurdo triciclo se estrellara contra cualquier obstáculo,

volcara aplastándolos con su peso o explotara en mil pedazos.

Debía reconocer que habían cubierto la ruta sin incidentes, a excepción de las dos paradas que sufrió el motor, ocasiones en las que Rambalda se había visto obligada a recurrir a él para que la ayudara a ponerlo en marcha de nuevo, girando con todas sus fuerzas una especie de rueda dispuesta de forma horizontal entre los engranajes a tal efecto. En ambas ocasiones, los dos temieron que el *motorwagen* se hubiera quedado sin combustible, como ya les había advertido la mecánica que podía ocurrir a pesar de haberles llenado completamente el depósito; el vehículo utilizaba ligroin como combustible, una sustancia que solo se podía adquirir en farmacias y si se les acababa no era probable que encontraran ninguna abierta a aquella hora.

Mientras la mujer coloca unas piedras bajo las ruedas para asegurar su inmovilidad, Cox se acerca hasta el domicilio de la verduga de la cárcel para niños de Billingsgate. Están en el extremo norte del barrio, cerca de la Torre de Londres; un grupo de casas de una sola planta separadas entre sí por patios tan descuidados como las viviendas encajadas entre los almacenes de la zona, como si al arquitecto se le hubiera ocurrido añadirlas en el último momento.

Cuando Rambalda se le une, él le hace un gesto para que hable en voz baja.

—Nos han oído llegar —explica—, pero han vuelto a cerrar la puerta. —Aun así hace sonar la pequeña aldaba que cuelga sobre la hoja.

—¿Has visto quién ha abierto?

—No.

Repite el intento por segunda vez, y por tercera. No se escucha nada en el interior.

—Una verduga de niños —susurra ella—. Me da escalofríos solo de pensarlo.

—Tengo entendido que ya no se ejecuta a niños, o al menos ha sido así en los últimos años, pero siguen existiendo de forma testimonial.

—De todos modos, imagínate cómo hay que ser para ocupar un puesto así.

Llama una cuarta vez.

—¿Por qué han abierto la puerta? ¿Por qué no se han asomado a la ventana? —esta vez la duquesa no se molesta en bajar la voz.

—Eh... no lo sé —se acerca a una de ellas y comprueba que no hay ni siquiera una rendija entre los postigos—. Parece que las ventanas están selladas.

A continuación, la toma del brazo y comienza a rodear la construcción, confirmando que no hay lugar por el que pueda apreciar la menor iluminación.

Ya en la zona trasera, salta la pequeña tapia y abre desde dentro para que entre su acompañante.

La puerta del patio está igualmente condenada.

En esta ocasión no se molesta en llamar.

Cuando saca una de sus cuchillas de carnicero, Rambalda se separa instintivamente unos centímetros de aquel hombre al que lleva tantos años sin ver, que ya no conoce y del que ha escuchado lo peor.

Pero el *revientacadáveres* no la usa para desollarla, sino para forzar la cerradura al mismo tiempo que pone en ella todo su peso.

Antes de hacer entrar a la mujer, inspecciona la cocina a la luz de una cerilla que usa también para encender una vela colocada sobre una palmatoria. Al momento han cerrado la puerta y están recorriendo la casa, un lugar más ascético que pobre, desprovisto de casi cualquier comodidad, como si estuviera habitado por alguien muy enfermo o anciano que apenas puede atender sus necesidades.

Con la lamparilla y el cuchillo por delante, proceden a explorar la casa.

En la mesa del salón encuentran un trozo de pastel de carne todavía tibio junto a una jarra de peltre con un resto de vino; en el suelo, justo a su lado, una escudilla con unos huesos semipodridos.

—Hemos interrumpido su cena —Cox—. Y tiene un perro —señala la escudilla. Baja la voz—: Ya sabe que estamos aquí, lo que me preocupa es ese chucho. Permanece detrás de mí.

Hacen de nuevo el recorrido por la vivienda a la inversa, pero esta vez examinando cualquier lugar donde hayan podido construir una trampilla por la que descender a un posible sótano. Al volver a la cocina, no han encontrado nada, así que se dirigen al lugar donde normalmente sitúan los accesos a las bodegas en esta clase de fincas.

Cox deja la lamparilla sobre la mesa y abre de nuevo la puerta de la alacena, esta vez procurando no hacer ruido.

Con la cabeza le pide a la mujer que se aleje y saca unos cubos y una escoba hasta dejarla vacía.

Después de palpar el fondo del armario, se apoya en los quicios para intentar hundirlo de una patada.

Pero el fondo desaparece y una pequeña sombra surge de la oscuridad para echársele encima. Su peso es mayor de lo que parece porque los dos terminan en el suelo. La cocina también está en tinieblas, así que por un momento apenas se distinguen los contendientes. La pequeña silueta alza algo brillante, la hoja de un cuchillo, con la intención de hundírselo al hombre que aún no ha logrado reaccionar, pero Rambalda, que había tomado una silla por el respaldo para protegerse la golpea con fuerza y logra quitársela de encima.

Es una niña negra de unos doce o trece años, con la piel oscurísima y mate, el pelo lleno de porquería y una bata desvaída como todo vestido.

Que se está levantando de nuevo para lanzarse contra su enemigo.

Está muy equivocada si espera provocar miedo o compasión en Cox, que,

mientras se levanta, le lanza un tajo a la cara que la hace retroceder instintivamente.

Se miran. Frente a frente. Y la niña arremete contra la cuchilla en un ataque que muy bien podría haber sido suicida si el hombre, ahora bien preparado, no se hubiera apartado al mismo tiempo que le trababa las piernas de una patada, que la hace golpearse la cabeza contra la pared y quedar inconsciente.

—¿Estás bien? —Rambalda.

—Me sentiría mejor si le cortara el pescuezo —sacudiéndose el abrigo—. Busca algo para amarrarla.

—¿Has visto su expresión?

—Más peligrosa que cualquier perro. Supongo que la escudilla era suya.

—Parece retrasada mental —al fin encuentra un trozo de cordel de tender la ropa con el que amarrarle las manos y los tobillos—. Tengo la impresión de que la mantienen para guardar la casa.

—Ten cuidado —no ha dejado de vigilar la despensa—. Puede haber más.

—Joder.

—¿Joder?

—Joder; tienes una idea muy restringida de las costumbres de la alta sociedad.

—No tengo ningún interés en profundizar en tus hábitos —ya va en dirección al pasadizo, otra vez con la palmatoria en una mano y la cuchilla en la otra.

En el fondo de la alacena encuentran una escalera que desciende hacia la nada.

A medida que bajan, cada escalón se va delimitando un muro de humedad, afianzado en los ladrillos antiguos y desconchados.

Cuando aún les quedan por bajar la mitad de los escalones, vislumbran una hilera de jaulas en el suelo, con el tamaño suficiente para albergar niños no mayores de catorce años.

Aunque después del tratamiento del doctor Watson, incluidos los calmantes, la herida de la pierna apenas le molesta al caminar, su amigo, además de ropa limpia y un paraguas, le ha proporcionado un recio bastón con el que afianzar su equilibrio.

Por suerte, la librería en la que se ha citado con el conde de Humber no está demasiado lejos, ya que la huelga de coches de alquiler ha obligado a Holmes a hacer el camino a pie; aun así, al doblar la esquina encuentra al aristócrata esperándole.

—Señor Holmes.

—Milord, lamento el retraso —intenta disimular la cojera—. Llevo un día especialmente ajetreado.

—No se preocupe —como si no hubiera reparado en la dificultad deambulatoria del detective—. ¿Conocía usted la librería Kardec?

—Imagino que en honor del espiritista francés Allan Kardec; he pasado alguna vez por aquí, pero nunca la he visitado —mirando hacia el pequeño establecimiento que tiene el cartel de «cerrado» aunque el escaparate deja escapar un ligero resplandor—. Me temo que ya no reciben clientes.

—Pero hay alguien en el interior.

—Probemos.

A la primera llamada, una chica de unos veinticinco años con un guardapolvo y un lapicero en la mano se asoma por la puerta.

—Lo siento, pero la librería está cerrada —con una sonrisa formal.

—¿Cerrada por hoy o de manera permanente? —Holmes.

—Al menos por una larga temporada, hemos sufrido un accidente —empieza a mostrarse nerviosa.

—Señorita, soy Ayrton Fairburn, director de la revista *Imnografía*, ¿ha oído hablar de nosotros? —el conde con una de sus mejores sonrisas.

—Naturalmente, señor; todos los seguidores del espiritismo en Londres conocen su revista.

—¿Se encuentra dentro el propietario?

—No, estoy yo sola.

—¿Podríamos pasar? Debemos hablar con usted.

La dependienta los escudriña una vez más para verificar la respetabilidad de ambos caballeros y termina por dejarles entrar.

Se trata de una librería pequeña, abarrotada de volúmenes, muchos de ellos antiguos, escritos en otros idiomas o autoeditados, con un pasillo a la derecha también repleto de estanterías por el que se prolonga el local y un mostrador al otro lado tras el que se protege rápidamente la chica.

Lo que más impresiona a los recién llegados es el fuerte olor a quemado que se percibe en la tienda, a pesar de que el lugar no cuenta con chimenea o estufa y no se ve ni un solo rastro de fuego.

—Verá usted —el conde—, necesitamos contactar a la mayor brevedad con unos señores y señoras que frecuentan esta librería.

—Ya le he dicho que estamos cerrados al público, señor —cada vez menos segura.

—Pero hasta hace poco no era así —sigue siendo amable, pero en un registro más grave—, me consta que un grupo de estudiosos del mundo de los espíritus, que se hacen llamar Auténtica Sociedad Baraduc, utiliza estas instalaciones para reunirse periódicamente.

—Así era, señor... hasta el accidente.

—¿Un incendio? —interviene Holmes.

—Sí, bueno, no exactamente.

—¿A qué se refiere?

—Fue un incendio, pero dicen que controlado.

—En todo caso —el conde—, parece que ya han reparado ustedes los desperfectos.

—No, no lo crea.

Los dos hombres la observan, sin desentrañar sus palabras.

—¿Quieren seguirme? —les pide al fin; parece que la única forma de explicarse es enseñarles el objeto de su contradicción.

Los precede por el corto pasillo y, al llegar al final, se aparta para que puedan contemplarlo por sí mismos.

Observar aquello solo sirve para hacerlo más inexplicable.

En la pared de enfrente habían dispuesto una serie de anaqueles totalmente saturados de libros desde el suelo hasta el techo, de manera que no quedaba espacio ni para una goma de borrar. Allí era donde había ocurrido el fenómeno. En el centro. Con un diámetro aproximado de un metro y medio, se podía ver un círculo perfecto donde todo había sido calcinado.

Los dos hombres, sin palabras, se acercan a inspeccionarlo; el detective llevaba ya en la mano su lente de aumento.

El círculo de la deflagración era tan limpio que había volúmenes, los situados en los límites, cuyo lomo solo había ardido en su mitad o aún menos.

—¿Cómo sucedió? —Humber.

—No lo sé, nadie lo sabe —ahora empieza a soltarse—. El dueño apenas aparece un rato cada día y se marcha enseguida. No se atreve a abrir por si vuelve a pasar, pero tampoco cierra, yo no sé por qué. Me sigue pagando mi sueldo y me dice que espere, pero mi padre insiste en que no es seguro que me quede, que abandone el trabajo —ahora parece que les pide consejo—. Y yo no sé qué hacer.

—A ver, señorita, tranquilícese —Sherlock Holmes—, ¿usted estaba en la librería cuando ocurrió?

—Sí, en el mostrador.

—¿Y quién estaba aquí?

—Los cuatro señores de la tertulia de los lunes, los que usted busca — dirigiéndose al aristócrata—. Yo estaba revisando el libro de cuentas con el dueño, cuando escuchamos los gritos y nos llegó la bocanada de calor. Por suerte no había nadie más en la tienda. Los cuatro llegaron corriendo y nos dijeron que saliéramos fuera, que esto no era seguro. Estaban pálidos y sudorosos como si salieran de una caldera. Cuando volvimos a entrar, lo encontramos todo como ustedes lo han visto.

—¿Qué dijeron esos señores?

—Nada, estaban muy impresionados —vuelve a señalar el círculo negro como si aquello lo explicara todo por sí mismo—. Después se marcharon y no han vuelto a aparecer.

Se acabaron las preguntas.

El detective y su acompañante se quedan allí unos segundos, hasta convencerse de que, por mucho que lo observen, no encontrarán ninguna aclaración racional a lo que están viendo.

—¿Tendría la bondad de venderme este libro? —Holmes toma al azar uno de los libros situados en los lindes del incendio, chamuscado en su mitad.

—Está destrozado.

—Necesito examinarlo en mi laboratorio —entonces recuerda que su laboratorio de Baker Street ya no existe, pero no dice nada, ya encontrará otro lugar con la dotación suficiente para proceder a su análisis.

—Lléveselo, por favor, es un obsequio de la casa.

—Ha sido usted muy amable.

—Y le deseamos toda la suerte, señorita —el conde.

Los dos tienen la sensación de estar abandonándola a su suerte, de que deberían hacer algo más por ella.

Recorren despacio la distancia hasta la puerta y salen sin mirar atrás.

Después se refugian de la lluvia bajo la marquesina y se quedan allí, pensando en el extraño prodigio del que acaban de ser testigos.

Al momento, un pordiosero que desde la acera de enfrente evaluaba la posibilidad de abordarles, decide cruzar la carretera y se les acerca con la mano extendida.

Holmes, sin concederle más ni tampoco menos atención de la que le presta a cualquier desconocido que entable contacto con él en las calles, parece entretenerse algo más de la cuenta en el acto de entregarle unas monedas cuando el conde se le enfrenta.

—¡Thomas!

—Ayrton —con una triste sonrisa—. Me alegro de verte. Supongo que tu visita a la librería no es ninguna casualidad.

—¿Pero qué te ha... pasado? —señalando con la barbilla, lo más prudentemente posible, los andrajos que viste el otro.

—Nuestra situación no es precisamente próspera, pero aún no hemos tenido que recurrir a la mendicidad; si voy vestido así —señalando su atuendo— es con la intención de vigilar la librería sin ser reconocido.

—Puedes estar seguro de que lo has logrado.

—Supongo que has venido porque alguien te ha contado lo ocurrido; de ahí podrás sacar un buen artículo para la revista.

—Te equivocas, si mi amigo y yo estamos aquí es con la intención de verte a ti o a cualquiera de los viejos compañeros. Por cierto, aún no te he presentado al señor Sherlock Holmes —los desconocidos se estrechan la mano—. El señor Thomas Bradford.

—No era necesario que contrataras a un sabueso para localizarnos —afirma el hombre ataviado de mendigo. Y a continuación se dirige al detective con superioridad—. He leído mucho sobre usted en cierta clase de prensa, creo que puedo decir que le conozco hace años.

—También yo tengo la sensación de conocerle desde antes, tanto que estoy perfectamente al tanto de su vieja afición al polo, de que posee una funeraria o del desgraciado fallecimiento de su esposa.

Los dos hombres se quedan mirando a Holmes, asombrados.

—¿Lo conocía usted? —le pregunta el conde.

—En mi vida había oído hablar de este señor.

—No es posible que conociera esos detalles de mi vida a no ser que me haya investigado —el mendigo, molesto.

—Esa información está a la vista de cualquiera que se tome la molestia de observarle durante unos segundos.

—No le entiendo.

—Por ejemplo, esa levita tan deteriorada conserva el inconfundible olor a formaldehído usado en el negocio de preservar cadáveres. Profesión que encaja con el cuidado de sus uñas, su bigote y cabello, ya que también se ve obligado a un trato continuo con los seres queridos de los finados.

El hombre no tiene que pronunciar una palabra para corroborar la revelación.

—Y estoy seguro de que cuando estuvo hurgando en su guardarropa a la busca de prendas viejas con las que disfrazarse, también eligió esas botas de piel de vacuno entre su antiguo equipamiento de polo, con el habitual tinte marrón y su correspondiente tacón, pensando que si les arrancaba la hebilla de bronce pasarían por unas botas tomadas de la basura. Pero no contó con que al ser calzado hecho a medida y muy usado, se percibe que se adaptan a cada contorno de su pie como si fuera un guante.

—¿Y cómo ha adivinado lo de su viudez? —Humber.

—Nuestro amigo, además de la huella de la alianza que se ha quitado del dedo para pasar por un menesteroso, tiene otra huella en el meñique de un aro fino insertado a la fuerza, que es el lugar donde muchos hombres que pierden a sus esposas se colocan sus alianzas. Si a ello le unimos los errores que ya he mencionado a la hora de elegir las prendas del disfraz, que tal vez no hubieran pasado desapercibidos a una mujer, hacían más que probable su fallecimiento.

—Señor Holmes, ahora comprendo la extraordinaria admiración que despiertan sus dotes —con un respeto que no había demostrado hasta ahora.

—Volviendo al tema que nos trae hasta aquí —y obviando los cumplidos, ya ha perdido más tiempo del que debía—, sea cual sea el motivo de su vigilancia, es una suerte habernos encontrado con usted.

—¿Dicen que deseaban hablar con alguno de los miembros de la mal llamada Auténtica Sociedad Baraduc?

—¿Mal llamada? —el conde.

—Me temo que falta mucho para que estés al día, Ayrton —vuelve a su aire abatido—. Hace ya dos años que disolvimos la sociedad y abandonamos nuestras actividades, si bien hemos mantenido la tertulia de la librería, ya que seguimos teniendo asuntos pendientes.

—Entonces, ¿lo que ha ocurrido ahí dentro? ¿Y tu vigilancia?

—Lo de ahí dentro fue una materialización. Y si supervisamos el lugar es porque tememos que fuera un ataque —cambia de expresión como si hubiera hablado más de la cuenta—. Es una historia trágica y compleja, que me gustaría compartir contigo, pero no es este el sitio ni el momento —mira a su alrededor como si corrieran algún peligro.

—...

—Señor Bradford —el detective, a lo suyo—, si estamos aquí es porque necesito contactar con una mujer llamada Sarah Laine, que al parecer forma parte de la agrupación de la que hablaba hace un instante.

—Sarah Laine —casi deletrea el nombre, como para evitar cualquier confusión—. ¿Y puedo preguntarles para qué quieren localizarla?

—No puedo darle detalles, ya que se trata de un caso judicial en curso —Holmes, a los ojos—, pero sí puedo decirle que dar con ella puede ser vital para hallar el paradero de un peligroso criminal.

—¿Siguen en tratos con ella? —el conde.

—Sarah Laine es la responsable de todo esto —señala la librería— y de todas las adversidades que han cambiado nuestra vida.

—¿Qué quieres decir?

—No es seguro que permanezcamos aquí, ¿quieren ustedes acompañarme?

Tienen que bajar casi toda la escalera para que la vela que sostiene Cox ilumine el fondo del sótano.

Allí, sentada sosegadamente sobre el borde de una de las jaulas, les espera la dueña de la casa.

La verduga.

Una mujer ni hermosa ni fea, ni joven ni vieja, ni alta ni baja, ni...

—No me gusta este lugar —el *revientacadáveres*, que no deja de mover la palmatoria para disolver la oscuridad, desconfiando de que desde cualquier rincón pueda surgir otro atacante—. Vamos a la casa.

—...

Ella no responde. Sigue sin mirarle.

—No te va a gustar si tengo que arrastrarte por el pelo escaleras arriba.

La mujer deja pasar unos segundos, es más desgana que reticencia, cruza el sótano y sube la escalera con lentitud.

Una vez en la cocina, ni se molesta en mirar a la niña que sigue atada en un rincón.

Dejando la lamparilla en la mesa, Cox corta otro trozo de cordel para maniatar a la verduga; después la empuja para que caiga al suelo y él se sienta en una silla a su lado.

—Mira, sé que nos estabas esperando, por eso nos lanzaste a tu perra —señala a la niña— y por eso no nos has preguntado quiénes somos. Tienes mucho que contarme.

—...

—Sobre todo debes decirme cuanto sepas sobre una niña que fue secuestrada hace unos días, un secuestro en el que estaba relacionado Leslie Mann, un ratero con el que ya has colaborado antes.

—... —ni siquiera lo mira.

—Pero antes quiero saber otra cosa, ¿vas a responder por las buenas a mis preguntas?

—...

—Como quieras —se vuelve hacia Rambalda—. Busca aceite o manteca, grasa de cualquier clase, y ponla a hervir.

La duquesa duda un instante. Pero nada más que eso. Enseguida se dispone a cumplir el encargo.

La niña, en el otro extremo de la sala, parece ya completamente despierta; al principio se ha tranquilizado al ver a la dueña de la casa, pero cuando comprende que su situación no es mejor que la de ella, empieza a revolverse y a lanzar aullidos casi animales entre dientes; de manera que el *revientacadáveres* decide acercarse a ella y amordazarla con un sucio trapo de cocina.

Después se deja caer de nuevo en la silla.

No quiere aparentar ningún sentimiento, pero siente una especie de fascinación por aquella mujer de mediana edad que ejecuta niños para ganarse la vida, que mantiene a una chiquilla en su casa en las mismas condiciones que un animal, que probablemente esté envuelta en otros delitos de peor género y, sin embargo, conserva ese aspecto de decoro y normalidad que la podría hacer pasar por cualquier ama de casa.

Rambalda, con expresión de profundo desagrado, sigue vigilando el trozo de manteca de cerdo que se funde en la sartén.

El olor empieza a llenar la habitación.

—¿Vas a hablar o no? —Cox.

—...

—Quiero que te imagines el efecto que la grasa hirviendo tiene al caer entre las piernas de una mujer.

—...

El sonido del sebo al bullir es audible para todos.

—Escucha, tenemos que hablar —la duquesa, soltando la sartén asqueada y alejándose unos pasos del fogón.

—Trae la sartén.

—Tenemos que buscar otro método para hacerla hablar.

—¿Quieres encontrar a tu hija?

—No tengo que responderte a eso, pero no voy a convertirme en una bestia —muy perturbada—. Hay que buscar otra manera.

—No hay otra manera —el hombre se pone de pie y se acerca al fuego de una zancada.

—Un momento —la verduga.

Todos quedan en silencio.

Inmóviles.

Después Cox retira la sartén del fuego y vuelve despacio hasta su asiento.

—Escucha, no voy a perder el tiempo contigo. Como me obligues a fundir de nuevo esa grasa, voy a utilizarla, hables o no hables. Por otra parte, si me dices todo lo que sabes, igual esto se acaba aquí y se me quitan las ganas de entregarte a la policía, ¿estamos de acuerdo?

—¿Qué quieres saber? —al fin lo mira; no evidencia la más mínima desazón.

—¿Quién te ha avisado de nuestra llegada?

—Waël Mann se presentó hace unas horas; te describió y me dijo que vendrías, que me preguntarías por los últimos negocios de su hermano, que no debía decirte una palabra, que me marchara de aquí, como iba a hacer él —posee una dicción neutra, sorprendentemente culta, que revela la misma inteligencia

que enseña su mirada—. Venía en una carretucha con su familia; se marchaban de la ciudad.

—Pero tú no te fuiste.

—Nadie va a obligarme a dejar mi trabajo.

Waël Mann. El Redivivo. El hermano del cochero de los Dilke.

Cuando Cox lo vio por la mañana, no tenía dinero ni para alimentar a sus hijos. Alguien ha debido pagarle por aquel servicio. A estas horas ya debe ser imposible encontrarlo.

—Bien, vamos a lo que nos interesa —saca del bolsillo el broche que le entregó Rambalda con el retrato de su hija y se lo muestra—: ¿qué sabes de esta niña?

La verduga tarda unos segundos en responder, pero ya ha hecho sus cuentas para salir de aquello.

—Hace cuatro días me llegó una nota con una cantidad de dinero: alguien necesitaba un sitio donde ocultar a unas niñas durante unas horas. Si yo no devolvía el dinero por el mismo conducto, se entendería que aceptaba el encargo. Después vendrían a recogerlas y todo habría terminado.

—¿Quién trajo el mensaje?

—Un chiquillo del barrio que no conoce de nada al hombre que le hizo el encargo.

—Sigue.

—A lo largo del día fueron llegando las cuatro crías.

—¿Cuatro?

—Cuatro.

—¿Una de ellas era mi hija? —Rambalda, abriendo de nuevo el broche que había quedado sobre la mesa.

—Sí.

—¿Cómo estaba?

—Bien —glacial.

—¿Está segura de que no había sufrido ningún daño?

—Ninguno.

—De acuerdo —Cox retoma el interrogatorio—, ¿quién trajo a las niñas?

—A cada una, alguien distinto. Todos con capuchas cubriéndoles el rostro, excepto uno que, por su aspecto, parecía un caballero —los detalles extra son para dejar clara su voluntad de colaborar—; ninguno de ellos me dijo nada.

—¿Cuánto tiempo estuvieron aquí las niñas?

—Apenas unas horas. De madrugada llegó un individuo en un carruaje para recogerlas.

—¿Dónde pensaba llevarlas?

—No lo sé.

—¿Y a ese? ¿Lo conoces?

Retrasa la respuesta. Quiere que aquel hombre sepa que está poniendo de su parte más de lo que se espera de ella, quiere salir indemne de todo aquello; todavía flota en el aire el aroma de la manteca hervida.

—Sé quién es. ¿Puedo tomar un poco de rapé? Lo llevo en el bolsillo.

—No puedes tomar ni una mierda. ¿Quién es el tipo que las recogió?

—Un actor o ilusionista; hace un número de bilocación —tan tranquila; puede controlar perfectamente la necesidad del tabaco, es probable que solo quisiera sondearles—. En realidad a quien conozco es a su socio, un tragafuegos llamado Joey Lauren Adams.

—¿De qué lo conoces?

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Niños. O niñas. Pero solo como intermediario.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Representa su número en el Fenix's Theatre, de Charing Cross.

—¿No sabes nada más del que se las llevó? ¿No dijo nada?

—Nada.

—¿No sabes nada más que nos ayude a encontrar a esa niña?

Espera un poco antes de dejar caer calmosamente un no.

—¿Segura que mi hija estaba bien cuando se fue?

Ahora la verduga considera más convincente asentir que responder.

Ya está.

Cox y Rambalda tienen la sensación de que aún les queda algo más por preguntar o por hacer, que se dejan algo pendiente por averiguar de la única persona que ha estado en contacto real con la niña desde que fue secuestrada, pero deben marcharse lo antes posible, todavía les queda mucho que hacer aquella noche.

La pequeña perturbada sigue revolviéndose en su rincón, es inútil intentar hacer nada por ella.

Cuando ya están camino de la puerta sin haber pronunciado una palabra, la duquesa se vuelve y se agacha sobre la dueña de la casa, que sigue sentada apaciblemente.

—Ya sé que este caballero le ha prometido no entregarla a la policía y pienso cumplir su compromiso, pero quiero que sepa que creo que es usted el ser más despreciable que he conocido y que algún día vendré a por usted —rabia en la voz y en los puños cerrados—. Le aseguro que sé esperar.

La verduga soporta el insulto y la amenaza con total desinterés.

Espera que la otra se calme y se separe de ella.

Después hace un gran esfuerzo por contener la risa.

—Lo único que me preocupa es que ese animal cumpla su palabra de no hacerme daño —sin entonación en sus palabras—; en cuanto a las autoridades, no me preocupan lo más mínimo, algunos de los hombres con más influencia de esta ciudad se encuentran entre mis clientes.

No hay respuesta posible, así que Cox y Rambalda siguen en dirección a la puerta y salen sin cerrarla.

Las últimas palabras de la verduga las pronuncia cuando ya han salido.

—Por lo que respecta a su advertencia, quizás sea yo quien vaya por usted. Tal vez cuando tenga otra hija. Yo también sé esperar.

Cabos sueltos.

Apenas tiene unas horas por delante y debe cerrar un número inabarcable de asuntos pendientes, así que cuando el carruaje se detiene ante la entrada del Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck, Moriarty ni siquiera repara en que han llegado a su destino, sigue con la cabeza reclinada sobre la palma de la mano, los ojos cerrados, el rostro controladamente muerto.

—Ya estamos aquí, señor —le avisa su guardaespaldas, que viaja en el pescante, junto al cochero.

El administrador del zoológico ha debido recibir su aviso, porque lo espera en la entrada, con un paraguas cerrado y un farol.

—Buenas noches —lo saluda cuando el profesor baja del coche y se acerca a él—. Parece que ha dejado de llover.

—¿Quién te ha hecho eso? —señalando las contusiones que le han provocado los golpes de Tansel.

—No es nada, una caída; esto está hecho un lodazal —dice que no es nada, pero debe sujetarse el pecho con una mano para controlar el dolor de las costillas.

—Llévame hasta las niñas —susurra como todo saludo cuando sus hombres no pueden oírle.

—Deben de estar dormidas.

—Tengo prisa.

Los árboles despiden pequeñas islas de lluvias mientras recorren el sendero enfangado. El viento húmedo y racheado anuncia nuevos aguaceros.

El profesor camina unos pasos por detrás de su guía, el sombrero bien calado, aprovechando hasta el último momento para reflexionar sobre lo pendiente.

Una enormidad de frentes se abren ante él, y a cada minuto que pasa se va

asentando en su conciencia que no podrá resolverlos todos. Como el secuestro de las niñas. Le ha costado mucho aceptar que deberá huir sin culminar el que iba a ser uno de los más grandes golpes de su vida, pero es absurdo intentar poner en marcha el procedimiento del rescate en estas pocas horas.

Por eso se le ha ocurrido una solución que es a la vez una venganza y un sarcasmo contra las cuatro personalidades más altas del país.

Lo peor es que se verá obligado a depositar la gestión del asunto en manos de aquel mamarracho.

—Señor Sprouse —adelantando el paso para ponerse al nivel del director del zoológico—, como sabe, tengo la mayor confianza en su valía.

—Muchas gracias, señor —más temeroso que halagado.

—De manera que no le vendrá extraño que confíe en usted para resolver el tema de estas niñas.

—...

Para este momento ya están a la altura de la gruta que buscan.

Los dos deben agacharse para cruzar un corto pasillo excavado en la piedra hasta que una reja les impide la entrada. Desde allí pueden ver a las cuatro niñas con el pelo sucio y revuelto, la cara tiznada, dormidas bajo unos trozos de piel. Como siempre, las vigila la anciana aborígen que parece no dormir nunca, una karen, etnia birmana cuya principal característica es llevar unos pesados collares de latón, de unos diez kilos en total, que le producen un extraordinario alargamiento del cuello.

La mujer se ha revelado como una atenta cuidadora de las crías, pero verla a su lado no deja de resultar siniestro; el administrador no puede evitar recordar la pregunta de Wylan Tansel el día que dejó allí a las chiquillas, «¿estás seguro de que no se las comerá?».

—Verá, señor Sprouse —abre la conversación Moriarty, mirando hacia el interior de la jaula—, por circunstancias que no vienen al caso, me veo obligado a abandonar el país y necesito dejar zanjado este tema.

—¿Qué es lo que desea que haga? —en aquel momento, como a lo largo de toda su vida, preferiría que nadie tuviera una buena opinión de él con tal de que no le encomendaran ninguna responsabilidad.

—De entre las escasas opciones que se me ofrecen, he elegido instarle a que haga desaparecer definitivamente estas crías.

Tyco Sprouse debe agarrarse a los barrotes de la celda para mantenerse firme.

—Señor, yo no...

—Escúcheme con atención —el profesor, ahora frente a frente—, hará lo siguiente: deberá buscar cuatro familias pobrísimas, desesperadas, lo más alejadas geográficamente que sea posible unas de otras y que por supuesto no se

conozcan entre sí para entregarles una niña a cada una; con ellas, les entregará cien libras como compensación —le entrega un rollo de billetes—; ahí lleva cuatrocientas cincuenta, por los gastos que le ocasione la búsqueda. Esas familias no deberán saber quién es usted ni podrán encontrarle por ningún medio.

—¿Y si después se desprenden de ellas? ¿O no las cuidan con la diligencia debida? —se remueve como un niño al que han encargado una tarea fuera de su alcance.

—Lo que hagan o no hagan con las niñas habrá dejado de ser cosa nuestra.

—¿Y dónde puedo encontrar a cuatro familias así?

—Londres está hundido en la miseria —endureciendo el tono—, solo hay que salir a las calles para encontrarse con gente que aceptaría vender o comprar a quien sea, a su madre, a sus hijos, al Altísimo, por unas monedas.

El encargado del zoológico vuelve a mirar a las pequeñas, mientras hace extrañas figuras con la cara; cuando parece haber tomado una decisión, clava los tacones en el suelo y le tiende el dinero a su dueño.

—Señor, será mejor que busque a otra persona.

—Maldito sea, Sprouse, no tengo tiempo para esto —baja la voz, gira el cuello como lo hacen los reptiles desde hace miles de años para amenazar a su presa, se acerca a él—, su padre me sirvió durante mucho tiempo en encargos que usted ni siquiera podría soñar y esa es la única razón por la que le he permitido seguir viviendo de esta ruina, así que no crea que va a escabullirse ahora que lo necesito. Hará lo que le he ordenado tal y como se lo he ordenado, ¿me ha entendido?

—...

—O... —piensa una pena lo bastante inhumana—. O vendré por usted y me lo llevaré y lo convertiré en mi asistente para que permanezca a mi lado el resto de su vida.

—... —ahora sí que se le ha transmutado el rostro con una expresión de terror.

—¿Cumplirá mis órdenes?

El otro no responde, pero no tarda en mover la cabeza para decir que sí.

Emmeline Coulter se ha perdido.

No está muy preocupada, no había llegado a alejarse demasiado de la pensión donde se aloja cuando cayó en la cuenta de que se había desorientado; siempre puede pedir a un guardia que la ayude, pero hace rato que no ve a ninguno, la lluvia intermitente ha espantado a todo el mundo. Está empapada, la zona de Kilburn le resulta completamente desconocida y no puede evitar la sensación de

que se la ha tragado la noche, quizás no para siempre, pero se la ha tragado.

A pesar de haber vivido la mayor parte de su vida en Londres, los cinco años y medio que ha pasado en Suiza la han convertido en una especie de extranjera sin conciencia de serlo, expuesta por lo tanto al doble de peligros.

Pero llevaba todo el día encerrada en la habitación que el profesor Moriarty había alquilado para ella, esperándole, contando y recontando el escaso dinero que había traído, cada vez más desconcertada sobre el motivo del viaje. Estaba empezando a perder los nervios y no había tenido más remedio que salir a despejarse.

Echaba de menos el falansterio.

Después de los años pasados en aquella comunidad a la que consideraba ya todo su mundo, un mundo autosuficiente, inédito y joven en el interior de Suiza, con las pequeñas aldeas de Meirigen y Rosenlauri como únicas urbes a las que considerar vecinas y las montañas de crema, el azul cortante del cielo y la abrumadora catarata de Reichenbach como escenario cotidiano, hundirse de nuevo en la herida maloliente del gigantesco cadáver putrefacto en el que se había convertido Londres la había alterado mucho más de lo que esperaba.

Cuando en las clases de inglés intentaba explicarles a sus alumnos el concepto de *spleen*, como llamaban aquí a esa especie de tristeza producida por el mal tiempo contra la que es inútil rebelarse, cada año le resultaba más lejana, más difícil encontrar palabras con las que describirla. En cambio, ahora que había vuelto, la sentía otra vez irrechazable, aullando detrás de sus ventanas para arrebatarse toda su energía.

Y aún le han dicho en la pensión que puede considerarse afortunada por haber llegado a la urbe justo tras la disolución de aquel banco de niebla asesina que había encenagado las calles tantos días seguidos como pocos recordaban.

Se ha pasado todo el día esperando a Moriarty, al hombre de cuya voluntad depende el destino de todas aquellas familias, mil seiscientos veinte personas que viven con estrecheces y que confían en ella para convencerle de que aquel proyecto de convivencia no sobrevivirá a no ser que consigan su ayuda inmediata.

Recuerda a la perfección el día en el que el profesor le ofreció convertirse en una de las monitoras del falansterio...

Emmeline no sabe si es ella o la acera la que cambia de sitio, la llovizna sigue enturbiándolo todo, el dolor en el hombro y la cabeza sí es constatable, pero tarda un poco en asegurarse de que ha sido ella y no el resto de las leyes físicas la que ha fallado, tampoco está segura de si es sangre o agua de un charco lo que cubre su cara y, aun así, debe dar gracias por haber caído de lado.

Poco a poco se sienta en el suelo y, de la peor manera, a tientas, descubre la

causa del tropiezo: hay un fardo oscuro a su lado, que con toda posibilidad es o fue una persona que nunca se levantará de allí.

Se pone en pie y se aleja unos pasos, no tiene sentido intentar socorrerle. El olor lo define. Ha oído hablar de la existencia de estos muertos azules, como los llaman, enfermos pulmonares, mendigos en su mayoría, que duermen a la intemperie y fallecen por efecto de la niebla asesina; los llaman azules por el color que toma su piel por la falta de oxígeno. Aunque la niebla ya no está, estos muertos seguirán apareciendo durante algún tiempo.

Tiene la sensación de estar adentrándose en lo más infecto de aquella ciudad.

Siente el sabor metálico sucio del barro, de la calle, el hollín que lo impregna todo, como si procediera de un horno oculto en el corazón de Londres, alimentado por sus vísceras corruptas, que lo estuviera consumiendo poco a poco.

Se limpia la humedad del rostro y tuerce una esquina que la deja en otra calle que tampoco conoce.

—Venimos aquí —musita el funerario al conde y a Sherlock Holmes—, pero no miren la casa ni se detengan.

El hombre acelera el paso en dirección a un callejón mientras dejan atrás un ruinoso caserón con la banda judicial de propiedad condenada y el busto de un Papa sobre la puerta, con su mitra y una placa mostrando un nombre y dos fechas: S. Pío V, 1566-1572. Pocas viviendas alardeaban de esa manera de su condición católica, y no es improbable que aquello tuviera algo que ver con su decadencia.

Dos callejas los llevan a la parte trasera de la mansión; Thomas Bradford abre la puerta de servicio con su llave y los hace entrar rápidamente después de asegurarse de que no hay testigos a la vista.

A la luz de una linterna sorda, pueden comprobar que se trata de una vivienda aún más grande de lo que parece desde el exterior, en relativo buen estado a pesar de su antigüedad, pero completamente abandonada y sin un solo mueble.

—Sígueme, por favor —el hombre disfrazado de mendigo sigue hablando en susurros mientras se dirige a la escalera—. Como saben, cuando la reina Virgen fue excomulgada por el Papa romano en 1570, inició una sangrienta cruzada contra los sacerdotes católicos que se hubieran ordenado tras su ascenso al trono, condenándoles a muerte.

—El Papa Pío V, el mismo que nos vigilaba desde la puerta principal —Humber.

—Efectivamente —ha subido el primer tramo de escaleras, se ha puesto en

cuclillas, ha golpeado el rellano seis veces con distinta intensidad y después se ha dejado caer en el siguiente escalón con toda naturalidad ante la mirada divertida de sus compañeros—. Por eso, muchas de las familias católicas de la época decidieron construir el llamado agujero del cura en sus mansiones: una cámara oculta en el subsuelo o tras las paredes donde pudieran esconderse los sacerdotes durante las batidas de los soldados de la reina; en ocasiones eran angostos escondrijos, donde apenas cabían el religioso y algunos objetos litúrgicos, y otras veces una gran oquedad donde era posible incluso celebrar la misa.

—¿Y ante qué clase de agujero del cura nos encontramos aquí, señor Bradford? —Holmes.

—Enseguida lo verá.

Así iba a ser, porque un recuadro centrado en el rellano comienza a abrirse desde dentro en ese momento.

—Pasen rápido —les ordena una voz desde el interior.

El detective y el aristócrata se introducen por el estrecho hueco para bajar por una escalera casi vertical construida en ladrillo visto ya muy gastado, dejando que el funerario entre en último lugar para cerrar la entrada.

La persona que les ha abierto desde dentro se ha perdido de vista, solo queda de él un resplandor que baja por aquel conducto en el que deben agachar la cabeza y recoger los brazos para no quedar encajonados.

Mientras descienden, el detective se imagina que el código de golpes en el rellano indicaría si llegaba acompañado o no, porque la persona que les ha abierto se ha referido a ellos en plural.

Cuando se acaba la escalera, la sensación de ahogo apenas se modera: ahora están en un largo pasillo, aún más estrecho si cabe, que les castiga con un olor que no es de muerte ni suciedad ni de polvo, es el olor de un tiempo que nadie vivo en el mundo ha conocido, un tiempo que amenaza con tragárselos para siempre.

Al final, un arco, aire menos estancado, la falsa luz del día y una gran caverna adornada como una capilla.

Dos hombres les esperan, vigilantes.

—Ayrton —saluda al conde el que tiene cierto porte militar—, nunca se me ocurriría pensar que aparecerías por aquí.

—A mí en cambio no me ha extrañado nada encontrarte en esta capilla alojada solo un poco más acá del infierno —con una sorna que no apaga la vieja camaradería.

—Lo encontré frente a la librería —interviene el funerario—, acompañado, como pueden ver, del señor Sherlock Holmes, el famoso detective; supongo que

habrán oído hablar de él —ambos asienten—. Nos estaban buscando. Quieren hablar con Sarah.

Los dos hombres se quedan en silencio observando a los recién llegados. El nombre de Sarah Laine parece tener un gran efecto en todos ellos.

—Señor Holmes, deje que le presente al capitán Corentin Oberst —el militar se adelanta para estrecharle firmemente la mano— y a Erwin Raynerson —su compañero, un hombre de poca estatura y grandes entradas, también le tiende la mano con bastante menos energía, pero es el que toma la palabra.

—Perdone, perdónenme los dos, por la escasez de comodidades que puedo brindarles —su voz es profunda, se toma más tiempo de lo que emplearía cualquiera en elegir cada palabra—, ya han visto que mi casa está vacía y aquí contamos con lo justo para sobrevivir, procuramos salir lo indispensable. Aunque una copa de brandy sí que podré ofrecerles.

—A cambio, no les falta seguridad y discreción —responde el detective—. Es usted muy amable.

—Siéntense, por favor —les señala los bancos de la iglesia, mientras él se pierde por una puerta lateral.

Dos series de cirios a la izquierda del altar bastan para proporcionar la lúgubre iluminación que requiere la cueva.

Los hombres se reparten en dos bancadas, sentados la mitad en sentido inverso para no dar la espalda a los otros y, al momento, aparece Erwin Raynerson con una botella de coñac de reserva y cinco tazas desiguales que empieza a repartir entre sus invitados.

—Espero que no se tomen a mal mi franqueza, ¿pero se puede saber qué diablos hacen en este agujero? —el conde.

—Ayrton —el militar—, creo que antes que nada te debemos una disculpa; muchas veces nos hemos acordado de ti y de tus advertencias sobre esa maléfica mujer. Muchas veces he pensado presentarme en tu casa para reconocer, cara a cara, que tenías razón al no querer continuar tus relaciones con ella ni con sus experimentos, pero las mismas razones que nos han llevado a aceptar nuestro error son tan fantásticas como difíciles de explicar, incluso para nosotros.

—¿Como el incendio de la librería? —el conde.

—Eso y otros fenómenos que nos han acosado en los últimos tiempos.

—Están en lo cierto al pensar que no termino de comprender qué es lo que los ha traído hasta aquí —Humber—. Por cierto, ¿qué fue de Eldred?

—Sigue con nosotros, pronto sabrás por qué no se encuentra aquí.

—Cuando nos separamos de la Sociedad Baraduc —Raynerson, con su estilo pausado, se hace cargo de la explicación—, iniciamos un ciclo obsesivo de investigaciones, intentábamos demostrar a cualquier precio que estábamos en lo

cierto al afirmar que la materialización y manipulación de los habitantes de otros planos era posible. Dedicábamos día y noche al estudio, viajamos para consultar con otros expertos, con guías espirituales de otras culturas, sobre todo con maestros de la India, tomamos toda clase de sustancias que nos ayudaran a liberar nuestro yo inmaterial...

—¿Lograron algo?

—Nada —abatido—. Por eso Sarah inició otros caminos. Otros métodos.

—¿Cuáles?

—Ni siquiera a nosotros nos informó nunca con detalles.

Cada vez que nombran a la mujer se miran entre sí y se hace un breve silencio, una vacilación entre lo que deben y no deben revelar sobre ella.

Entretanto, Holmes, que se ha sentado algo más lejos del grupo, permanece con las yemas de los dedos unidas y los ojos cerrados, como si aprovechara para descansar durante una explicación de la que no es exactamente el destinatario.

—Sarah estaba convencida de que la vía para materializar los espíritus estaba en los muertos recientes —Bradford—, por eso, dada la índole de mi negocio, insistió en que realizáramos nuestros experimentos con el biómetro en los fallecidos que llegaban a la funeraria. Hasta que los familiares de uno de ellos nos sorprendieron en pleno estudio y me llevaron a juicio —termina el contenido de su taza, no quiere dar detalles—, aunque eso es lo de menos.

—¿Pero cómo pudieron permitir que siguiera por ese camino, después de la muerte de aquel chico, el alumno de la escuela militar? —otra vez el conde.

—Contra toda lógica, creíamos que aquello había sido un accidente y después... ya era demasiado tarde para controlarla. Como te decía, ella no se conformó con nuestros fracasos —Raynerson, culpable—; comenzó a actuar por su cuenta, se movía por otros círculos.

—Nos llegaron rumores —el capitán Oberst—, en los hospitales se hizo famosa por molestar a los enfermos incurables. También parece que rondaba por campamentos de vagabundos, preguntando si había desahuciados sin familia a los que atender.

—Hasta que recibimos una visita —Bradford—. Una madre.

—Nos contó que tenía una hija de doce años, diagnosticada de una tuberculosis en fase muy avanzada. Los médicos le habían dado semanas, quizás un mes de vida, cuando Sarah Laine se presentó en su casa como miembro del Ejército de Salvación y se ofreció a acompañar a la chiquilla, a leerle cuentos y a cuidarla, hasta que un día desaparecieron las dos. La madre estaba buscándola desesperadamente.

—La condujimos hasta la casa de Sarah —el militar toma el relevo—, forzamos la puerta y encontramos a la niña en el sótano —se muerde los labios

—. Había otros dos niños. Todos muertos. Pero no era lo único que había allí.
El conde no pregunta, solo lo mira, incisivo.

—Lo que vimos o creímos ver...

—Lo que vimos, Corentin —Raynerson, a pesar de su tono dubitativo es el narrador más resuelto—, no lo dudes. Un cuarto niño, o algo parecido por su tamaño y aspecto. Con los brazos amputados y un rollo de alambre de espino rodeando su cuerpo. Fue imposible verlo con detalle, porque se escurrió por una rendija en la pared.

—¿No lo siguieron ustedes?

—No hubo tiempo. En aquel momento surgió un incendio, que se manifestó súbita y simultáneamente en las cuatro esquinas del sótano. Un fuego sin causa de ningún tipo. Tuvimos el tiempo justo para salir de allí con vida.

—Fue el primero de otros tres incendios que nos han perseguido desde entonces: en mi casa —el militar—, en la notaría de Raynerson y en la librería que acabas de visitar. Todos de las mismas características, desafiando cualquier ley de la física.

—Y creen que Sarah Laine es quien los ha provocado a través de medios preternaturales —intentando no dar entonación alguna a sus palabras.

—Ella misma o por alguna entidad interpuesta.

—Y por eso se han refugiado aquí —afirma más que pregunta el conde.

No es ninguno de ellos el que responde.

Sherlock Holmes separa las manos, abre los ojos y, como si fuera un mago que se saca a sí mismo de la chistera, se levanta de su asiento, se coloca los puños en las caderas y apoya el pie en uno de los bancos para atraer la atención de todos.

—Caballeros, aunque estoy persuadido de que hay una explicación perfectamente razonable detrás de todos estos hechos, coincido con ustedes en que la historia que han relatado es más que enigmática —saca su pipa, recuerda que no es conveniente fumar en aquel subterráneo y vuelve a guardarla—; tanto es así que si ustedes aceptan, estoy dispuesto a ayudarles a desentrañarla dentro de unos días, cuando superemos la crisis por la que pasa nuestro país —intervalo teatral—. Pero antes, hay un asunto que debe ser de la máxima prioridad para todos: un hombre, el peor de los criminales, al que debo atrapar. Su nombre es Moriarty y quizás la única forma de hacerlo sea través de esa tal señorita Laine.

—¿Moriarty? ¿El profesor James Moriarty? —el capitán Oberst.

—¿Lo conoce?

—Lo recuerdo con toda claridad. Fue investigado a fondo cuando el alumno de la academia militar con el que Sarah estaba vinculada se suicidó.

—Permítame que le contradiga, capitán —Holmes—, conozco de memoria

todas y cada una de las diligencias que llevó a cabo el Yard tras la muerte de ese muchacho y por desgracia ninguna de ellas se centró en el profesor.

—No estoy hablando de la policía. Es a la investigación que llevó a cabo el ejército a la que me refiero.

—Nunca se hizo público nada de eso —el detective, chasqueado—. ¿Participó usted en ella?

—No, yo estoy destinado en la División de Zapadores, soy ingeniero del estado mayor; pero dada nuestra relación con Sarah, procuré tener acceso al expediente a través de unos camaradas. James Moriarty fue investigado exhaustivamente, porque el chico había escrito en sus notas una frase, por lo demás incierta, que parecía culparle de algo. Pero en último extremo, Moriarty presentó a una persona que atestiguaba haber estado con él durante la muerte del chico, así como en las horas anteriores. Era un testigo fuera de toda sospecha, un monje llamado Cole Sandler.

—Recuerdo a un actor con ese nombre que se retiró de la escena hace unos años.

—Es el mismo —verifica el militar—. Se recluyó en un monasterio, donde llegó a ser nombrado abad, y más tarde se hizo cargo del lazareto de Greenwich.

El detective consultor gira sobre sí mismo y queda de espaldas a todos.

Se obliga a repetir el razonamiento aún a sabiendas de que no lo necesita.

Extrae un lapicero y un cuaderno de notas y, apoyándose en una columna, comienza a escribir a toda velocidad.

Desde que escuchó la palabra lazareto, asoció al amigo de Moriarty con el atentado que sufrió por parte de los leprosos el día anterior; es posible que haya encontrado por fin la madriguera desde donde se centralizan las actividades de Moriarty.

Cuando termina de escribir, arranca la hoja y se la tiende al aristócrata.

—Milord, debo pedirle un enorme favor. Estoy hablando de un asunto crucial para la seguridad de nuestro país.

—Usted dirá —poniéndose en pie y tomando su sombrero.

—Necesito que se dirija con la mayor celeridad al cuartel de la policía metropolitana y que entregue esta nota de mi parte al inspector Lestrade.

—Cuenta con ello —casi en posición de firmes, no cuestiona la orden ni exige más detalles.

—Tenga cuidado.

Bradford se adelanta para franquearle la trampilla y el conde de Humber lo sigue a toda prisa.

—Señores, les ruego que me atiendan con toda atención —Holmes, a los otros dos—. Tengo indicios sobrados para sostener que Moriarty es el responsable de

la mayor parte de los delitos que se cometen en este país; de hecho, dentro de muy pocas horas, toda la maquinaria de la seguridad del Estado se cerrará sobre su organización para neutralizarla definitivamente. Pero tenemos un grave problema. Estamos hablando de un hombre de una habilidad tal que, a estas alturas, no hemos conseguido reunir pruebas de ningún crimen que haya realizado de manera directa. Hasta ahora. De ahí la enorme importancia de encontrar a la señorita Sarah Laine. Si lográramos demostrar que Moriarty intervino personalmente en el asesinato del alumno de la escuela militar, podríamos proceder contra él con la contundencia que merece.

—...

Los hombres permanecen en silencio, intentando asimilar el impacto de la información.

Bradford, que ya ha acompañado a Humber, se sienta junto a sus compañeros.

—Y ahora yo les pregunto —el detective—, ¿pueden aportarme alguna pista, por remota que sea, para encontrar a esa mujer?

—Podemos proporcionarle mucho más, señor —Raynerson, con su voz calmada—. Tenemos cautiva a Sarah Laine y podemos conducirla hasta ella.

Cuando el Fenix's Theatre comienza sus funciones, la mayoría de las salas de espectáculos de Londres ya han cerrado sus puertas, pero aquella parte de Charing Cross no se rige por los límites del resto de los hijos de su majestad, allí, los hombres solos son sombras que procuran pasar desapercibidas, las mujeres buscan una oportunidad desesperada de ejercer su negocio ambulante y los extraños grupos son tan ruidosos que parecen querer crear la confusión suficiente para perder la conciencia de dónde están entrando.

Rambalda y Cox han dejado su vehículo a motor en un descampado cercano para no llamar la atención y se han acercado a pie hasta el teatro, una construcción gigantesca y destartada en cuya fachada pueden contemplar varios carteles que anuncian con vistosos colores el programa que allí se ofrece; inmediatamente les llama la atención el número del Clérigo bilocado, realizado por Wystan Tansel y Joey Lauren Adams (el Tragafuegos) y sobre el que han escrito con tiza el aviso de que se representará por última vez aquella noche.

Compran un par de entradas y se confunden entre el público que no deja de entrar en la sala.

Aunque Rambalda procura mantener una fría compostura, al no le cuesta adivinar en ella la excitación de su primera visita a un teatro de variedades, un espectáculo o, mejor dicho, un conjunto de ellos, que nada tiene que ver con las sesiones de ópera o teatro clásico a los que está acostumbrada.

Con el espíritu más transgresor que se pudiera encontrar sobre un escenario, rozando muchas veces lo obsceno y casi siempre lo demencial, en estos lugares se podía disfrutar sin orden temático alguno de los números más imprevisibles, que iban desde los estruendosos musicales multitudinarios a la pantomima, pasando o sin pasar por atracciones circenses, bailes exóticos, teatro de sombras, exhibiciones de monstruos, montajes de ilusionismo, parodias humorísticas, coreografías pornográficas, sesiones espiritualistas, danzas de travestidos y cualquier otra forma humana o inhumana, legal o ilegal que un empresario pudiera idear para persuadir al público de que pasara por la taquilla.

Cox y Rambalda han pagado sus entradas de platea, pero, como tantos otros, se encuentran con que el patio de butacas está completamente abarrotado y que no les queda otra opción que buscarse un hueco en los pasillos o en los laterales para contemplar el espectáculo, si es que no quieren conformarse con escucharlo desde el enorme bar que, al pasar junto a él, les ha parecido constituir un mundo aparte, refugio de toda clase de chanchullos y que en ocasiones parecía competir en algarabía con el propio escenario.

De momento, se ven paralizados en su exploración de la sala por el incontenible entusiasmo que la aparición del maestro de pista provoca en la mayoría de los espectadores; con el sombrero de copa en la mano, conmina a la feligresía a ponerse de pie para brindar con una copa imaginaria por la reina Victoria y todos los presentes —chulos, putas, delincuentes, viciosos, desgraciados que se han desprendido de sus últimos chelines para comprar la entrada y olvidarse por un par de horas de su maldición particular— gritan en una sola voz un: ¡Dios salve a la Reina! que no se apaga hasta que, desde el foso, el pianista de la orquesta hace sonar las notas musicales introductorias de la primera de las canciones populares coreadas por todos, que dará tiempo a ultimar el primero de los números de la noche.

—Tenemos que encontrar a alguien que nos lleve hasta Wystan Tansel y Joey Lauren Adams, aquí abajo no hacemos nada —el *revientacadáveres*.

—¿No conoces a nadie?

—Por mucho que te extrañes, no tengo amistades en todos los nidos de indeseables de la ciudad.

—Me decepcionas, la policía me aseguró que se podía confiar en ti para estos quehaceres.

—Deberías haberte hecho acompañar por ese tal Lestrade.

—¡El hombre de mis sueños!

Siguen atrapados en el centro de uno de los brazos que unen el pasillo central con el bar, un punto desde el que pueden observar ambos espacios; tan absortos en lo suyo que ni siquiera se han dado cuenta de que en las tablas se ha iniciado

un nuevo cuadro.

Una enfermera demacrada y adusta, de unos sesenta años, narrando una historia con el mismo tono con el que reñiría a los presentes por saltarse la pauta de la única medicación que podría salvarles la vida. A continuación, la pausa y la presentación.

¡Madame Anna Alexandra, la mujer sin cabeza!

Aparecen dos hombres vestidos con largas batas blancas empujando una plataforma rodante en la que han instalado una extraña máquina cuajada de diales, válvulas y cables, del tamaño de una banqueta, y una especie de trono metálico donde llega cómodamente sentada la artista acéfala; debe ser una mujer de cierta edad, entrada en carnes, cuya camisa echada hacia atrás permite contemplar, además de sus pechos, el cuello decapitado del que surge un cilindro con un émbolo conectado por cuatro cables gruesos y flexibles a la máquina.

—¿Ves esa cerillera? —pregunta Cox.

Rambalda tarda en responder, tiene que esperar que se haga un claro entre la multitud que se traslada de un lado a otro para divisar a una muchacha muy joven que lleva un cajón de cerillas atado al cuello mediante una cinta mientras sujeta en la cadera un niño de dos o tres años.

—¿La del niño?

—Esa es nuestra chica —confirma el revientacadáveres.

—¿Nos acercamos a ella?

—Deja que llegue hasta aquí.

La enfermera, que ha vuelto a hablar al público en el mismo tono admonitorio, se da la vuelta, toma una pequeña pizarra del suelo y se acerca a la mujer sin cabeza mientras los dos hombres no dejan de comprobar los controles de la máquina; busca una tiza en su bolsillo y la coloca con cuidado entre los dedos de la mujer antes de acercarle la pizarra.

La paciente descabezada levanta el brazo y escribe algo con toda fluidez.

Recreándose en su habitual displicencia, la enfermera lee lo escrito y lentamente enseña el texto a los espectadores.

Solo una palabra.

Cabrones.

Si no se hubiera encontrado a un policía que la guio hasta la pensión, es más que probable que Emmeline Coulter siguiera dando vueltas por las calles bajo la lluvia, perdida y conmocionada tras la caída.

Se está limpiando la herida de la frente con un poco de agua de la jarra que han dejado en la cómoda junto a una palangana, mientras piensa en que, al final, no

encontró ningún local donde comer algo como era su intención, y que por nada del mundo volvería a salir aquella noche, cuando llaman a la puerta.

No es religiosa, pero esboza una oración camino a la puerta para que sea él quien venga a visitarla. Cuando abre, comprueba que su rezo ha dado resultado, pero, al verlo, no sabe por qué, piensa que debería haber deseado recibir a cualquier otra persona.

—Señor Moriarty, qué alegría verle —su satisfacción parece casi real.

—¿Puedo entrar, señorita Coulter?

—Por supuesto, pase, por favor.

—Siento presentarme a esta hora.

—No se preocupe.

—¿Esa herida?

—Un tropiezo —intenta ocultarse la abrasión con los rizos—. No tiene importancia.

En ese mismo instante y solamente por lo que dura ese instante, James Moriarty lamenta no haber ordenado que asesinaran a aquella mujer.

De lo último que debería tener que ocuparse en estos momentos, en medio de su apocalipsis personal, es de compromisos como este, de confortar al único testigo de su fracaso también en el experimento del falansterio.

Acabar con ella equivaldría a imponer una realidad alternativa en la que las mil seiscientos veinte personas no han existido nunca, que el secuestro malogrado no ha reducido seriamente sus opciones de reunir fondos para cubrir sus necesidades, que nadie en el mundo depende de él.

Se masajea las sienes; no suele eliminar a nadie sin que una poderosa razón práctica le obligue a ello, no puede permitir que aquella coyuntura le haga caer en la barbarie.

—Señor Moriarty, no sé si le han llegado mis cartas —no sabe cómo empezar.

—Sí, sí, las he leído todas —miente.

—Desde la última, todo aquello no ha hecho más que empeorar.

—No se preocupe, muy pronto la situación se habrá resuelto.

—Hay algunas necesidades a las que habría que atender de forma perentoria, sobre todo la adquisición de algunas vacas para proporcionar leche a los niños —no es una pedigüeña, conserva la capacidad de enumerar sus peticiones con la mayor dignidad—, de una remesa de medicamentos para los enfermos crónicos, de una partida de...

—De todo —alza la mano para cortarle la frase en dos—, me ocuparé de todo en el más breve plazo.

Después se da la vuelta para no seguir viendo la expresión angustiada de la representante del falansterio; observa la pobreza de la habitación en la que se

aloja —cama, cómoda y silla—, el pequeño maletín que constituye todo su equipaje, un libro antiguo y maltratado sobre la colcha del que no logra distinguir el título sin sus lentes.

—Perdóneme, ni siquiera le he ofrecido asiento.

—¿Cuándo piensa marcharse, señorita Coulter? —sin escucharla.

—La verdad es que no lo sé —bajando la mirada—. No logramos reunir dinero más que para el pasaje de ida y unos chelines con los que pagar la pensión y la comida. Pensamos que usted podría ayudarnos en eso también.

—Desde luego.

Al introducir la mano en busca de su cartera recuerda que le ha entregado cuanto llevaba encima al administrador del zoológico humano y tan solo se ha quedado con unas cuantas monedas. Claro que dispone de dinero escondido en varios depósitos seguros repartidos por Londres, pero ninguno lo bastante cerca; añade a su interminable lista mental de cuestiones pendientes ordenar a alguno de sus hombres que traiga dinero suficiente a Emmeline Coulter para sufragar su viaje de regreso.

—Señorita, comprendo el peso de la responsabilidad que supone ser emisaria del colectivo que forma el falansterio, pero le aseguro que no tiene por qué preocuparse —avanza tres pasos en su dirección; gracias a su espalda encorvada da la impresión de que va a abalanzarse sobre ella—. Me propongo viajar a Suiza dentro de unos pocos días y encargarme de solucionar personalmente sus problemas.

—Esa una noticia estupenda, señor Moriarty —por primera vez sonrío—. Estoy segura de que mis compañeros lo recibirán encantados, será todo un acontecimiento.

—Ya, ya —no quiere prolongar ese hilo de la conversación—. En cuanto a usted, debe volver allí lo antes posible para tranquilizarles. Mañana mismo le haré llegar una cantidad suficiente para hacer frente a los gastos del viaje.

Con las últimas palabras, se dirige ya hacia la puerta de la habitación. Ella sigue agradeciéndole lo que está haciendo por ellos y él intenta no oír sus palabras. Se pone el sombrero, abre la puerta, escucha algo sobre su propia bondad, vuelve a arrepentirse de no haber acabado con ella.

No está muy seguro el abad Sandler de no cometer un error al seguir aferrándose a aquellos periodos de conciencia que, cada vez más espaciadamente, siguen devolviéndole a esta parte de la realidad como si el propio diablo lo agarrara por el cabello para sacarle la cabeza de la charca en la que se ahoga para que disfrute de una bocanada inmerecida de aire a cambio de

prestarle sus últimos servicios.

La mayoría de sus monjes han abandonado ya el monasterio, deben estar viajando bajo la lluvia hacia otra de las casas que la orden posee casi en los límites con Escocia y, sin embargo, una indiscernible diversidad creciente de ruidos llenan el lazareto de Greenwich. Greenwich. El llamado meridiano inicial.

La longitud 0° 0' 0".

El principio. Su final.

Cuando se retiró del mundo para cuidar a los enfermos, pensaba que iba a formar equipo con el Hacedor para ayudar de forma anónima a la humanidad. Después contrajo la enfermedad, tomó conciencia de la forma en la que el mundo despreciaba a los enfermos y, por fin, aquel ser al que tomaba por Dios se quitó la máscara para descubrirle su verdadera identidad.

Desde entonces, la venganza de todas aquellas personas es su venganza.

El rechinar de la puerta al abrirse le parece uno más de los sonidos de su naufragio interior, crujidos de cuadernas, hasta que logra abrir un ojo y ve a la enfermera Caulfield inclinada sobre él.

—Reverendísimo señor.

—Sigo vivo, hija; pierde cuidado —abriendo el otro ojo.

—Es la policía —deja de hablar en un susurro—. Están en la puerta principal. Son muchos. Amenazan con echarla abajo.

—James no se equivocó.

—No.

—Aún estás a tiempo de marcharte por la puerta de atrás.

—No voy a ningún sitio, señor. Este es mi hogar.

No se ha despojado de su capucha, pero no es necesario contemplar su rostro para apreciar la firme serenidad que desprende.

—¿Quiénes quedan?

—Los más enfermos o ancianos, y los hermanos Mortimer y Sark. Ninguno de ellos ha querido dejar esta casa.

El abad respira todo lo hondo que le permite su enfermedad.

Solo tiene que poner en palabras una decisión que ya está tomada hace mucho tiempo.

—¿Está todo preparado?

—Todo. Las provisiones de paja y combustible se han acumulado en los puntos que nos indicó el profesor Moriarty —menciona los detalles con toda frialdad.

—Bien, hija; ya sabes lo que tienes que hacer. Hay que esperar a que estén todos los policías dentro antes de prender las mechas.

—Sí, padre.

—Que Dios nos perdone.

Cox intercepta a la cerillera en el momento elegido por la banda para atronar con todo su arsenal. Es imposible entenderse con ella, así que le enseña un billete y le hace un gesto con la mano para que espere. El niño que sostiene con el brazo izquierdo, tres años como mucho, viejo veterano del teatro de variedades, los mira con curiosidad rayana en la chulería.

En el escenario, una mujer-hombre con voz de mezzosoprano totalmente desnuda-desnudo recoge del suelo la ropa de la que se ha ido desprendiendo mientras cantaba, recreándose en la ovación que no se apaga, mientras el hombre inmortal que protagoniza el siguiente número ha invadido ya las tablas y lo mira con desprecio.

El teatro está abarrotado de gente y detrás de las bambalinas, considerando la gran cantidad de espectáculos que se representan, debe haber también un buen número de artistas y de personal subalterno, así que Cox y Rambalda han descartado toda posibilidad de hacer hablar en sus camerinos a los hombres que buscan; su mejor posibilidad es que aquella muchacha les informe de otro lugar donde abordarles.

Al fin baja lo suficiente la intensidad de música y aplausos para poder comunicarse.

—¿Qué desean? —la cerillera, tan chula como su hijo.

—Que nos prestes un servicio —el *revientacadáveres* arroja el billete dentro del cajón de las cerillas—. Si lo haces, habrá más.

—¿A los dos? —sonriéndoles, sobre todo a Rambalda.

—¿Conoces a Wystan Tansel y Joey Lauren Adams, el tragafuegos? —le pregunta ella.

—Conozco a todo el mundo.

—¿Sabes dónde viven?

—No.

—¿Podrías averiguarlo?

La chica finge haberse quedado prendada del escenario, donde el hombre inmortal se ha quitado la camisa mientras su ayudante se mueve entre el público permitiendo que comprueben que la daga y el florete que van a utilizar en su número son armas reales, tan afiladas como se podría desear.

—Responde —Cox.

—Miren, esos dos, Tansel y el tragafuegos, son malas personas, gente camorrista —parece recordar algún incidente, quizás más de uno—. Todo el mundo procura mantenerse fuera de su camino.

—¿Puedes enterarte de dónde viven o no? —Cox recupera el billete que dejó sobre las cerillas.

—Puedo, sí que puedo —mirando el dinero con codicia—, pero les costará otros cuatro como ese.

—Bien, me parece bien, pero por ese dinero queremos cualquier información que puedas reunir sobre esos dos —el *revientacadáveres* le entrega cinco billetes y después se acerca tanto a ella que sus labios le rozan el lóbulo de la oreja—. Como intentes reírte de mí, te busco y te prendo fuego con tus propias cerillas.

—No se preocupe —con prisa por marcharse.

—No te entretengas. Y búscanos en las gradas del segundo piso, aquí no podemos seguir mucho tiempo.

—Un momento. —Rambalda en un solo movimiento decidido le arrebató el niño y se retira procurando que el cajón de las cerillas quede entre ellas—. Será mejor que yo cuide de tu hijo mientras tanto, así podrás moverte con toda libertad.

—¡Devuélvame!

—Si te devuelvo al niño, tú me devuelves el dinero, tonta del culo —endureciendo la voz.

Mordiéndose los labios, la joven vuelve los ojos hacia la escena.

El hombre inmortal, un tipo delgado y nervudo con bigote encerado, se ha colocado de perfil para que su ayudante le clave el florete en algún punto a la altura lumbar.

En este momento la punta continúa avanzando en el interior de su cuerpo siguiendo lo que parece una trayectoria ascendente.

La hoja penetra y penetra dentro de su torso.

Hasta que la punta aparece por fin en la zona pectoral derecha.

No ha brotado ni una gota de sangre.

El hombre gira la cabeza para mirar al público con su acostumbrada altanería.

Esta vez el aplauso supera a todos lo que se han escuchado a lo largo de la noche, pero ni de lejos se acerca al clamor que habría alcanzado si la maniobra le hubiera ocasionado la muerte.

—¿Vas a hacerlo o no? —Rambalda.

—¿Lo cuidará bien? —La decisión ya está tomada, sea cual sea la respuesta.

—Tú date prisa.

Enseguida se ha marchado.

Cox observa de reojo la fingida frialdad con la que la duquesa sostiene al crío.

Es curioso, pero hasta ahora no ha reparado en los dorados desvaídos de los adornos del teatro, en el telón acartonado, en las alfombras cuajadas de hongos, en las maderas resquebrajadas, en el mal olor acechante bajo las nubes de humo

de tabaco.

—Enhorabuena por lo del rehén —señalando al chiquillo—. No imaginé que tardaras tan poco en adaptarte a las maneras de los bajos fondos.

—Te dije que estaba dispuesta a hacer lo que fuera por recobrar a mi hija.

—Si necesitas una cuchilla de carnicero para arrancarle las uñas al niño no tienes más que pedírmela.

Mientras avanza bajo la lluvia por el Puente de la Torre, Holmes tiene la impresión de que se está acercando al final de algo, pero se ha pasado toda la vida arrinconando sus intuiciones para dar preferencia a los procesos deductivos y no va a comenzar ahora a hacer excepciones; si, no obstante, acertara, el final al que se aproxima pudiese ser muy bien el de su propia vida. El río bajo sus pies es una apestosa masa gris que espera el menor traspie para tragárselo para siempre, borrar su voz, su memoria.

Junto a aquellos tres hombres entristecidos y taciturnos, los restos de la antes orgullosa y rebelde Auténtica Sociedad Baraduc, en busca de la mujer a la que parecen atribuir temibles propiedades sobrenaturales, el detective está dispuesto a encontrarse con los más extraños prodigios.

Cuando dejan atrás el Támesis, el espectáculo que se encuentran es todavía más fantasmagórico.

Shad Thames es una vieja calle de marineros llena de almacenes y bodegas donde se conservan los productos traídos de ultramar, cubierta de pasarelas a gran altura, puentes entre edificios, que unen las distintas naves para trasladar los toneles de unas a otras y que dan un aspecto más que amenazador a toda la travesía.

Solo dos farolas, muy separadas entre sí, les defienden de la oscuridad de la noche y de las sombras de las construcciones. A medio camino entre las dos, Sherlock Holmes está a punto de sacar su revólver cuando cree ver a un hombre a punto de saltar sobre ellos desde uno de los muelles de carga; resulta ser una de las poleas con las que izan las mercancías, pero, aun así, deja la mano en el bolsillo, junto al arma.

—Ya estamos cerca, señor Holmes —le anuncia Bradford, el funerario, con el que comparte paraguas—. Ha sido una desgracia que la huelga nos haya impedido alquilar un coche.

—Quizás haya sido mejor así —le responde el capitán Oberst.

—Veo que mantienen el paradero de la señorita Sarah Laine en la mayor confidencialidad.

—Y usted deberá hacer lo mismo si quiere que sobrevivamos todos —

Raynerson, desde las profundidades de la bufanda con la que se cubre la boca.

El final de la calle les lleva a un puente corto que parece una salida al río, pero que de cerca se observa que no es más que un lodazal. Holmes lo reconoce como St. Saviour's Dock, que es la desembocadura al Támesis del Neckinger, un río subterráneo.

Algo más allá, en la puerta de un almacén en ruinas, un mendigo que se ha refugiado en el antiguo soportal permanece tan inclinado sobre una pequeña fogata que parece a punto de caer encima de ella.

En tanto que lo sobrepasan, el detective piensa en que se encuentran en la zona del Támesis denominada Pool of London, el área donde la gran profundidad del río permite el acceso a embarcaciones de enorme calado, un lugar perfecto para lastrar a un cadáver y deshacerse de él para siempre; vuelve a pensar que puede esperar cualquier cosa de sus acompañantes y se alegra de haber empuñado el revólver dentro del bolsillo.

Unos metros más adelante de la hoguera, los tres antiguos miembros de la Sociedad Baraduc se detienen simultáneamente, se aseguran de que no hay a su alrededor nadie más que el vagabundo y regresan hasta reunirse con él.

—¿Todo bien, Eldred? —lo saluda Bradford.

El pordiosero se pone lentamente en pie mirando a Holmes con desconfianza y sin decir una palabra; al erguirse revela una escopeta de dos cañones que ocultaba en la manta que lo cubría.

—Ven un momento —le pide el dueño de la funeraria, y los dos se alejan unos metros hacia el interior de la nave.

—No se preocupe —informa Raynerson al detective—, es nuestro compañero, el único miembro de la sociedad que aún no conocía usted.

El militar mientras tanto ha esparcido los maderos que alimentaban el fuego y lo ha terminado de sofocar colocando encima una chapa mojada que ha encontrado en un rincón.

—Eldred, deja que te presente al señor Sherlock Holmes —Thomas Bradford, trayendo al mendigo de vuelta—, como ya te he contado, estamos obligados a prestarle un gran servicio.

—Más que a mí, caballeros —rectifica el aludido—, a la justicia y a nuestro país.

—Espero que no tengamos que arrepentirnos todos —el guarda le estrecha la mano con fuerza, con demasiada fuerza—. Cuando quieran, pueden acompañarme.

Eldred enciende un farol y se adentra en el interior del viejo almacén, el reino de las ratas y de los espectros de los viejos marinos.

Una sección del techo se ha derrumbado hace tiempo y la lluvia se cuele

dentro del recinto formando enormes charcos, pero unos metros más allá la nave parece estar en mejor estado; en un punto se encuentran con una verja que la penumbra no deja ver hasta que casi tropiezan con ella y el guarda debe abrir dos candados que unen gruesas cadenas para poder pasar; hasta que no cierran la puerta enrejada a su espalda no continúan.

La construcción parece prolongarse ilimitadamente, hasta que se encuentran con una puerta acristalada que da a un patio interior que parece ser la zona recreativa de los hombres que trabajaban allí, con un economato y una capilla. No se detienen. Atraviesan la puerta con los vidrios hechos trizas, el patio inundado y entran en la capilla, que no conserva muebles ni símbolo religioso alguno. También la cruzan hasta encontrar una puerta que da a una habitación vacía de cuatro o cinco metros cuadrados.

—Estamos en la antigua sacristía —anuncia Raynerson—. Mi abuelo, el propietario de esta naviera, tenía un fuerte sentimiento religioso, como ya constató usted en nuestra casa.

Entretanto, Eldred, introduciendo una palanqueta que llevaba en el bolsillo, ha levantado un fragmento de madera del suelo bajo el que pueden ver una trampa.

—Veo que su familia es igualmente aficionada a los pasadizos secretos —Holmes—, aunque, a diferencia del que visitamos en su casa, este se ha construido recientemente.

—Como sabe, el capitán Oberst es ingeniero; lo hemos construido nosotros mismos, bajo su dirección.

Ahora el guarda ya está levantando la portezuela; no ha hecho más que apoyarla en la pared cuando les llegan unas palabras desde las profundidades: «Carcelero, no te olvides hoy de bajarme el cartílago y la Elisabeth del cuarto velero de la cocinera».

Después una risa verdaderamente alegre.

La voz es posible que alguna vez perteneciera a una mujer.

Los cuatro miembros de la Baraduc se miran entre sí, mientras el detective se asoma al pozo y solo llega a distinguir una escalera de mano.

—Señor Holmes —Raynerson, de nuevo portavoz—, quizás sea preferible que antes de bajar ahí dentro le expliquemos lo que va a ver.

—Mientras no se demore demasiado —impaciente—. Ya les he comentado que el asunto que nos mueve es muy urgente.

—Seré breve, ¿sabe usted lo que es una *oubliette*?

—No sé a qué se refiere.

—Esencialmente a una prisión, en este caso una mazmorra, destinada a que todos se olvidaran de los prisioneros allí encerrados; de ahí que su nombre

proceda del término *oublier*, olvidar.

—Continúe.

—Cuando descienda y esté cara a cara con la reclusa, es preciso que tenga presente en todo momento que es la naturaleza de los crímenes de esa mujer y las extraordinarias facultades que posee las que nos han obligado a construir un calabozo como ese.

—Lo intentaré —ni con el gesto se compromete a reconocer los planteamientos de sus interlocutores—. ¿Podemos bajar ya?

Raynerson no responde pero se vuelve a Eldred, que da la impresión de estar en su propio territorio allí dentro, y este comienza a bajar por el orificio; después se vuelve hacia Holmes indicándole que ha llegado su turno.

La escalera de madera se agita bajo sus pesos, no tiene fin mientras se hunde en aquella masa de oscuridad; hasta que la voz del guarda le advierte que vaya con cuidado, que está a punto de tocar suelo.

Después enciende una lámpara.

El sonido del resto de los miembros de la Sociedad Baraduc, acercándose, llega desde las alturas.

A la luz del quinqué, el detective puede apreciar que se encuentran en un espacio abovedado con el suelo sin enlosar y las paredes reforzadas por columnas, con una puerta blindada como única salida; cuando todos están abajo, Eldred abre aquella puerta con tres llaves distintas.

—Cuidado con el escalón —avisa.

Más que un escalón es un desnivel de más de dos pies de altura; el guarda se ve forzado a sentarse en el suelo para salvarlo.

El detective se queda en la puerta contemplando la mazmorra, una estancia cuadrada completamente vacía a excepción de un nicho excavado en la pared con espacio suficiente para contener un sillón, una especie de trono de madera sin pulir, con una letrina encajada debajo del asiento.

Sentada en él, con los pies colgando, Sarah Laine.

Lleva las piernas y los brazos aherrojados por fuertes grilletes y viste una especie de túnica de tejido basto y una máscara de cuero, se diría que incrustada en el rostro, que le impide ver lo que le rodea.

—Entren, entren, precisamente ahora me disponía a cagar; usted también está invitado, señor Sherlock Holmes —aquella voz como un graznido.

—¿Cómo ha podido saber que venía a visitarla? —pregunta entre dientes a sus anfitriones.

—No ha podido —Bradford.

—Quizás ahora comience a aceptar que no hemos construido un lugar así porque hayamos perdido el juicio —el militar.

—Sigo sin terminar de comprender la lógica de este lugar.

—La mazmorra está diseñada siguiendo las instrucciones incluidas en el *Malleus Maleficarum*, el tratado que los inquisidores dominicos Heinrich Kramser y Jacob Sprenger compilaron en 1486 —Raynerson, en su usual tono didáctico—. Según este libro, la detenida debía permanecer apresada sin llegar a tocar el suelo con los pies, ya que la tierra es el dominio del diablo; igualmente se indica que la celda debe estar cerrada por una puerta de roble y sin ventanas para evitar que use sus poderes mágicos para huir volando.

—Entonces, ¿creen ustedes que se trata de una bruja?

—No sabemos lo que es —en un susurro—, simplemente intentamos defendernos de ella como mejor sabemos.

—Acérquese, señor Sherlock Holmes, quiero hablar con usted.

No está claro si el carácter quebrado, aviar, de su dicción se debe a la máscara que le comprime el rostro o al propio timbre de su voz, pero los cinco hombres apenas pueden disimular el estremecimiento que les produce en aquel pozo de tinieblas.

El detective se deja caer en el interior del calabozo y se aproxima lentamente a ella seguido de los demás.

La presencia de aquel ser condenado a permanecer indefinidamente en la hornacina empotrada a media altura de la pared produce la sensación de encontrarse ante una deidad primigenia poseedora del secreto de todas las maldades del mundo.

—Tengo una nueva amiga, se llama Antonella y ha nacido en 2015. Creo que voy a quemar a sus padres para que no la alejen de mí —una risilla estúpida—. Siento que hayan tenido que venir andando hasta mi casa, caballeros.

—Céntrese en lo que desea —le advierte Raynerson al detective—. Ella intentará confundirle siempre.

Nadie menciona que resulta imposible que esté al tanto de la huelga de berlinas que les ha obligado a trasladarse a pie.

—Señorita Laine... —empieza Holmes.

—¿Cómo sabe que soy la señorita Laine? No está viendo usted mi rostro, estos señores pueden haberle engañado.

Una fracción de segundo para la duda.

—Señorita Laine —otra vez Holmes—, ante todo quiero asegurarle que el motivo de mi visita no tiene nada que ver con usted y que ninguna información que usted me proporcione será destinada a incriminarla en ningún delito en el que pudiera haber participado.

—...

El investigador sabe que es inexcusable iniciar la conversación con esa

premisa, pero no puede evitar sentirse como un estúpido al considerar que está ofreciendo inmunidad jurídica a una mujer condenada a la peor de las penas que hayan inventado los hombres.

Aun así, prosigue.

—Sé, todos sabemos, que fue usted responsable de la muerte de Alban Loughy, un joven que se preparaba para la Escuela de Oficiales del Ejército, pero lo que yo necesito saber es si su preceptor, James Moriarty, estuvo relacionado con esa muerte.

—Moriarty, Moriarty... el gran planificador.

—Lo conoció usted, ¿verdad?

—¿Dónde reside usted, señor Sherlock Holmes?

—Ni se le ocurra decírselo —precipitadamente, el capitán.

—No se preocupen, hoy por hoy carezco de domicilio.

—Una de las razones de que la mantengamos aquí es que ella no debe saber dónde vivimos, esa es la única razón de que no haya acabado con nosotros a través de sus ataques incendiarios —Raynerson.

—Por eso dirigió su última ofensiva a la librería donde nos reuníamos regularmente cada lunes por la tarde —Bradford.

Holmes mira a aquellos hombres, gente culta, solvente, en pleno uso de sus facultades, expresando sus creencias con total resolución y da gracias por no tener tiempo de profundizar en todo aquello.

—Señorita Laine —insiste—. Necesito pruebas de la participación de Moriarty en ese o en cualquier otro crimen.

—...

—Si usted me dispensa esas pruebas, yo estoy dispuesto a hacer cuanto esté en mi mano para que se reconsidere su situación.

—No prometa lo que no pueda cumplir, Holmes —Eldred avanzando un paso.

—Haré lo que tenga que hacer —responde.

—Mucho cuidado, amigo mío —amenazador, el capitán ha introducido la mano en el bolsillo, donde se dibuja la silueta de un arma.

Todos se separan del detective y forman un semicírculo a su alrededor.

Dispuesto a defenderse, también Holmes busca algo en el bolsillo de su abrigo.

—Será mejor que no perdamos los nervios —Raynerson—. Termine su interrogatorio cuanto antes y salgamos de aquí.

La tensión aún se mantiene unos segundos, poco a poco vuelven a reunirse, pero la tirantez ya nunca se disolverá del todo.

—Aún no me ha respondido, señorita —Sherlock Holmes.

Su risilla de cuervo.

Después, el inconfundible sonido de unas tripas al vaciarse y el sonido mantecoso de un peso al caer en la letrina del sillón.

El olor más repulsivo del que ninguno de aquellos hombres conserve recuerdo invade la reducida mazmorra.

—Ritorna, ritorna —canturrea la mujer—. Estoy a punto de otorgarle un número en la lista del Creador. Ya le asigné uno, pero cometí un error de cálculo.

—Señorita...

—Señor Sherlock Holmes, me está formulando la pregunta al revés.

—No la entiendo.

—La pregunta es, ¿no es notable que el discípulo sea ahora el Gran Planificador?

—Querrá usted decir...

—Quiero decir ahora.

—¿Está segura?

—El número que le adjudiqué a usted fue el 221.

Otro escalofrío.

Holmes recuerda el incendio de Baker Street y cree que, a su demencial manera, está empezando a comprender la lógica que emplea aquella mujer.

—Ellos me han abandonado, así que no me queda más opción que dejarlos a su suerte. Pero tampoco estoy en el bando de usted, señor 5611854. No vuelva a preguntarme nada más.

El viernes (día cinco de la semana), 6 de enero (mes uno del año) de 1854.
5611854.

La fecha de su nacimiento. Pero el detective no puede permitir que le distraiga.

—Recuerde mi oferta.

Cara sposa, amante cara, dove sei?

Ritorna, ritorna a'pianti miei.

Cara sposa, Deh! Ritorna.

Deh! Ritorna a'pianti miei.

—Asombrosamente bien entonados los versos.

Sherlock sabe que no va a aportarle más información útil y sabe muy bien adónde debe dirigirse para encontrar el resto de la verdad.

Ahora se fía menos que nunca de aquellos hombres, le han demostrado que son capaces de cualquier cosa con tal de sofocar su miedo a Sarah Laine, así que camina hacia la puerta del calabozo procurando no perderles de vista.

No son ellos los que lo despiden.

—El 5611854 es el número de los manantiales... las inundaciones... las cataratas...

En ese momento, todas sus posesiones, su cuartel general, el centro del equilibrio universal, se reducen al interior del faetón parado en un extremo de Trafalgar Square, el interior colmado de libros de registro, archivadores, el humo de la pipa —aún no ha renunciado a adueñarse del espíritu de su enemigo— y notas manuscritas.

Unos golpes en la ventanilla del carruaje no terminan de sacar de su ensimismamiento a James Moriarty, que mira a su secuaz a través del cristal como si estuviera a un millón de millas de distancia.

Todavía posee una eficaz red de comunicación entre prostitutas y raterillos de poca monta a través de la cual un reducido número de sus agentes pueden localizarle para un último puñado de asuntos cruciales.

Hasta que no logra enfocar los detalles de la misión que aquel tenía asignada, no abre la portezuela.

—Algo muy importante debe haber ocurrido para que abandones tu puesto de vigilancia en el domicilio de la señora O’Relling —como todo saludo.

—Sí, señor —intimidado—. Eso creo, señor.

Ese hámster pequeño y resbaladizo estaba encargado de montar guardia ante el piso de la madre de la pequeña Aswimi, la niña con la que Daniel Frederiksen, el fotógrafo al que ha perseguido por toda la ciudad, se ha fugado.

—Habla.

—Ha salido esta noche, señor. Eran más de las doce, no había ya nadie por las calles con esta lluvia, llevaba una cesta como de alimentos. Abrió el paraguas y se echó a la calle.

—¿A dónde fue? —ya interesado.

—Eso es lo más curioso. Llegó a Carlton Terrace, y allí buscó la entrada trasera de un club que lleva cerrado un montón de años.

—El club Heptarquía.

—Efectivamente —sorprendido por las dotes adivinatorias de su jefe—. Llamó a la puerta de atrás del club hasta que un hombre salió a recibirla.

—¿Pudiste verlo?

—Yo estaba lejos, señor, y él se cubría con un gorro como los de los profesores.

—Sigue.

—Estuvieron hablando dos o tres minutos, ella parecía querer convencerlo de algo pero él se impacientó, le quitó la cesta con muy malos modos, dio un portazo y la dejó allí bajo la lluvia. Después ella se volvió a su casa y yo me vine a informarle a usted.

El profesor parece no haber escuchado la última parte del relato.

El club Heptarquía.

Debió imaginarlo desde el primer momento, desde hace años.

El almirante Nelson, desde lo alto de su altísima columna, sonrío sardónico.

—¿Qué hago ahora, señor? —consulta el hámster.

—...

—¿Señor?

El jefe del servicio en la mansión de James Moriarty es un mayordomo de tercera generación con una larga experiencia en dirigir algunas de las mejores casas de la ciudad. Mientras la policía registra la vivienda, vestido con un batín gastado sobre el pijama y con el cabello despeinado, muestra un aspecto más digno y distinguido que la mayoría de los almirantes con su traje de gala.

—¿Está seguro de que su amo no le dijo dónde estaría? —vuelve a preguntarle el sargento.

—De todo punto, señor.

Y es verdad.

Y siempre ha sido así.

Y es así como él ha querido que fuera.

Cierto es que desde el principio notó algo extraño en aquel caballero que lo contrató tras la defunción sin herederos del anciano lord Backensale, pero como le otorgaba plena autonomía en la organización de las cuestiones domésticas y le ofrecía un salario que casi doblaba al acostumbrado, muy pronto aprendió a ignorar el misterio que lo rodeaba y las sospechosas amistades que le frecuentaban a cualquier hora del día y de la noche.

Ahora empezaba a comprender lo caro que le saldría no haber sido menos transigente con su empleador.

El sonido de los martillazos con los que los policías estaban desmontando el despacho del dueño de la casa en busca de cualquiera sabe qué escondrijos llega hasta el vestíbulo, donde permanece inalterable.

Sabe que a primera hora de la mañana se habrá extendido por todo Belgravia el rumor del allanamiento por parte de las fuerzas de seguridad y poco después por todas las casas de buena familia de la ciudad; la honorabilidad del señor Moriarty está irreparablemente dañada, y la suya, como la de todas las personas vinculadas con él, también.

Por la gelidez de su porte nadie supondría que está asistiendo al final de un oficio que ha sido la razón de ser de su familia durante más de cien años.

—Pero señor oficial, este es un negocio respetable.

Con la lengua trabada por el alcohol, el dueño de la taberna intenta convencer a uno de los policías más jóvenes mientras termina de subirse los pantalones; detrás de él se escucha la risa de Jennie, una de las chicas que trabajan las callejuelas del barrio, a la que había convencido de que podía ganarse el dinero de una cena tardía si dejaba que le hurgara bajo el vestido con el morro de una botella detrás del mostrador.

El resto de los diez o doce hombres que bebían en la taberna a puerta cerrada se habían acercado disciplinadamente a las paredes con los brazos en alto: raro era el que no se había visto anteriormente en una redada como aquella y sabían que la mejor manera de salir con el menor daño posible era no resistirse.

Los agentes no parecían tan interesados en la parroquia, aunque estaban procediendo a identificarlos a todos para llevárselos en los furgones que esperaban fuera, como en registrar la bodega.

El dueño, que al fin ha logrado colocarse a su gusto los pantalones, frunce el rostro en un puchero, los hombres de su familia siempre han sido muy llorones, con lo que consigue que Jennie se ría con más ganas; sabe perfectamente que, sea lo que sea que encuentren en su bodega, va a costarle unos cuantos años de cárcel si es que no le lleva al patíbulo. El caballero que le alquiló el sótano, al que se podía acceder por una escalera exterior y en el que durante mucho tiempo se llevaron a cabo maniobras de las que prefirió no saber nada, nunca le dio buena espina.

Con una carcajada y un brindis de su copa de champán recibe la echadora de cartas a las fuerzas del orden cuando derriban las puertas de su piso.

Ni siquiera le preguntan, solo le sujetan los brazos mientras le colocan los grilletes y la ponen en pie para cachearla hasta en sus zonas más íntimas: no se toman con ella ni las consideraciones que tendrían con las más arrastradas de las mujeres; de hecho, en su escala social, por lo extraño de su trabajo, ocupa un lugar justo por debajo que las rameritas de tres peniques.

Pero ella sigue sonriendo.

Los policías siguen a lo suyo, sin hablarle; un inspector que ni siquiera la ha mirado se acerca a la pared repleta de libros con el gesto desabrido. Con solo acercarse ya ha observado un sistema de clasificación que le produce un profundo desagrado: según el Libro de etiqueta de lady Gough, el manual por el que se regían los usos y costumbres de toda familia puritana, se desaconsejaba explícitamente que se mezclaran en una misma estantería libros escritos por hombres y por mujeres, a no ser que estos estuvieran casados entre sí, precepto que, desde luego, aquella mujer no había cumplido en absoluto.

El inspector respira hondo, tiene allí trabajo para lo que queda de noche y quizás para el resto del día siguiente: en Scotland Yard le han dicho que aquella pequeña biblioteca contiene los códigos que unifican toda la red del juego ilegal de Londres gestionada por el profesor Moriarty y no está muy seguro de saber desentrañar las claves. Se juega su promoción con aquel caso.

—Las cartas me dijeron que vendrías esta noche —la echadora de cartas, con voz insinuante.

—¿Cree que podría... ayudarme con estos libros? —doblegando su envaramiento de todos los días.

—Las cartas también me han dicho qué será de tus aspiraciones dentro del cuerpo —con una risa que hasta el estúpido policía es capaz de interpretar.

¡Ah, el jarabe de la señora Winslows!

Sin él su vida no sería la misma, sin él aquellos asquerosos niños habrían conseguido que se volviera loca hace mucho tiempo, piensa Alissa Hadaway mientras acaricia la cadera de la joven Bonnie —si obliga a todas las criadas que pasan por su casa a compartir su cama de matrimonio es por distribuir de modo racional el espacio disponible en su residencia—, mientras esta duerme profundamente; la viuda Hadaway, no; la viuda Hadaway casi nunca duerme, pero gracias a aquel providencial jarabe puede superar el calvario de sus noches sin escuchar a los niños que llenan la habitación de enfrente.

El ruido que escucha en el exterior apenas llega a alarmarla, ha tomado un par de tazas de ponche bien cargado de aguardiente, quizás tres, y eso siempre contribuye a calmarle los nervios; además parece que alguien ha gritado la palabra policía al mismo tiempo que golpeaban la puerta, pero ella no tiene nada que temer de la justicia. Su negocio es a todas luces legal. Un servicio de primer orden para la sociedad. ¿Qué sería de aquellos hijos de madres solteras, mujeres de vida infame o de esposas que consiguen tenerlos a espaldas de sus maridos si no fuera por ella? Por la más que razonable cantidad de diez libras, la viuda Hadaway los acepta en su casa y se encarga de buscarles un hogar adoptivo; menos ventajosa es la modalidad de la acogida, en la que pagan cinco chelines al mes para que ella los cuide hasta que las madres quieran recuperarlos, menos rentable e infinitamente más fatigosa, pero por fortuna cuenta con el jarabe de la señora Winslows para controlarlos.

Esta vez no han aporreado la puerta; por el terrible golpe que ha hecho temblar toda la casa, han debido de derribarla. Pasos. Más gritos anunciando la entrada de la policía.

No piensa moverse de la cama.

Cierra los ojos en cuanto aquellos hombres se disponen a entrar en el dormitorio.

Como le dijo el representante de la parroquia cuando le concedieron la licencia, no hay negocio más legal que el que regenta. Granja de bebés denominan algunos a los hogares como el suyo, pero a ella le trae sin cuidado lo que digan los demás.

Cierto es que no es el único negocio que alberga su domicilio, al fin y al cabo la gigantesca cochera con la que contaba el caserón estaba sin utilizar desde que su marido, treinta y dos años mayor que ella, falleció y se vio obligada a vender los carruajes. No le hacía ningún mal por alquilarla a aquellos hombres que entraban y salían de ella sin molestar a nadie. Y no es menos cierto que cuantas veces entró en la nave la encontró repleta de los más variados géneros, incluyendo joyas, pieles y toda clase de objetos de valor, pero no tenía ninguna razón para pensar que fueran robados y, en todo caso, no era asunto suyo y así pensaba decírselo a las autoridades si le preguntaban al respecto.

La policía.

Siguen en la habitación, aunque ya han desesperado de que abra los ojos y hablan delante de ella como si no estuviera.

La que ha organizado un buen escándalo ha sido la estúpida de Bonnie cuando la han obligado a salir de la cama —si la obliga a dormir desnuda es porque no se fía de la pulcritud de la ropa interior de la sirvienta— y se la han llevado detenida.

Le da igual.

Ella no piensa abrir los ojos ni moverse, se quedará allí hasta que se vayan.

Los agentes ya han descubierto el depósito de la cochera y se están instalando allí para hacer lo que deban hacer.

A los que permanecen en el piso, lo que empieza a extrañarles es que los niños de la habitación de enfrente no se despierten, y tampoco eso les preocupa; el jarabe de la señora Winslows es tan legal como sus negocios, un preparado de sulfato de morfina de demostrada eficacia para tranquilizar a esos cochinos mocosos que se puede encontrar en cualquier farmacia; cierto es que algunos son más sensibles de la cuenta al brebaje, pero los ha enterrado en lo más profundo del jardín, no es probable que los encuentren.

Tras agitarla una vez más, uno de los policías ha ordenado envolverla en una manta para llevársela a la comisaría.

Quizás fuera buena idea abrir los ojos, mostrarse colaboradora y pedir que le dejen ingerir una dosis del jarabe de la señora Winslows.

El niño de la cerillera se ha dormido en brazos de Rambalda, indiferente al estruendo de la orquesta que anima con todo su arsenal el baile de los doce jeques árabes mancos.

La música estridente, las risas y la manifiesta alegría del público están acabando con las últimas reservas de paciencia de Cox.

—¿Te imaginas que decida largarse y dejarte al crío para siempre? —pregunta a la duquesa con una sonrisa torcida.

—No.

—Podría ser.

—No puede ser, porque viene por ese pasillo.

Con el cajón de las cerillas cerrado y la huella de un nuevo mordisco en el cuello, la chica recupera a su hijo sin demasiado entusiasmo; tampoco ella viene de buen humor.

Para entonces, los mancos ya se han retirado y ha aparecido el jefe de pista para presentar precisamente el espectáculo del Clérigo bilocado.

—¿Qué has averiguado?

—Hoy es su última noche.

—Eso ya lo hemos leído en la cartelera —Rambalda.

—Y me han dicho que el tragafuegos tiene su carromato preparado para marcharse en cuanto termine su número —se toca la señal del cuello con más desagrado que dolor—. A punto ha estado de marcharse sin actuar. Tansel y él han discutido, por lo visto han llegado a las manos, y ha tenido que intervenir el director del teatro para que no se suspenda la representación. Así que Joey, el tragafuegos, ha ordenado que le tengan su carromato preparado en la salida de artistas para marcharse de aquí en cuanto abandone el escenario. Tansel está loco, ha jurado que si se lo encuentra por aquí, le romperá el pescuezo.

—¿Has preguntado dónde vive? —Cox.

—En una feria abandonada en Gravesend. No había escuchado hablar de ella en mi vida.

—¿Y tú? ¿Sabes dónde está? —Rambalda al *revientacadáveres*.

—Ni idea —pensativo—. Si se nos escapa, podemos perderlo de vista para siempre. Los cómicos aparecen y desaparecen en los lugares más insospechados.

El telón ha vuelto a levantarse dejando a la vista un confesionario.

Poco a poco, se hace el silencio entre la mayor parte del público.

El jefe de pista aparece para explicar que están a punto de contemplar uno de los prodigios más inexplicables del mundo moderno, que ha recorrido todo el continente con un éxito sin parangón, el del hombre capaz de desdoblarse a sí mismo, de estar no en uno, ni en dos sino en tres lugares al mismo tiempo gracias a un misterioso vigor mental. La cerillera se ha separado unos pasos,

pero no termina de marcharse, como si no desechara la posibilidad de obtener unas monedas extras de aquellos dos.

—¿Qué hacemos? —la duquesa.

—Lo esperaré fuera e intentaré arreglármelas para seguir su carro —ahora la mira de frente por primera vez en las últimas horas—. Tú deberás ocuparte de sonsacar al tal Tansel.

—¿Cómo quieres que lo convenza para que responda a mis preguntas? Ya has oído que es un sujeto muy agresivo.

—No tenemos más opciones.

—...

—Amánsalo —mirándola de abajo arriba.

Las puertas del confesionario se han abierto para dejar ver al clérigo que no se levanta de su asiento.

Wystan Tansel, con su más cerrada expresión de odio, mira a los espectadores y se lleva las yemas de los dedos a las sienes para favorecer su concentración.

Los focos, que han ido cambiando a un color azulado mucho más suave, se van apagando progresivamente, aunque en ningún momento deja de verse al religioso.

El teatro entero va quedando a oscuras.

Hasta que una enorme llamarada surge en los palcos del cuarto piso, los que están situados sobre la puerta de entrada, justo en la zona opuesta a la pista.

Cuando el público se vuelve en sus asientos para dirigir su mirada hacia el fulgor, pueden ver a un hombre que lanza rayos de fuego por la boca mientras sujeta con una sola mano al clérigo, que pende sobre el vacío.

La batería de focos recupera algo de intensidad para que la gente compruebe que el sacerdote del confesionario y el que oscila al otro lado del teatro son una misma persona.

O al menos eso es lo que parecen.

Los más ingenuos gritan espantados, pero muchos otros comentan el número con escepticismo, algunos incluso gritan que no han pagado para ver lucirse a dos hermanos gemelos.

Como una forma de respuesta a los más incrédulos, el tragafuegos abre la mano y el clérigo cae a plomo contra el suelo.

Su otro yo continúa imperturbable en el confesionario.

Las luces se apagan.

Hasta que una nueva llamarada permite verificar que el hombre que la escupe se encuentra solo allá arriba.

La caída ha debido ser mortal de necesidad.

Varios espectadores se levantan para socorrer al precipitado.

Hasta que los focos resucitan de nuevo, pero esta vez apuntan hacia un lateral del teatro, hacia los palcos del segundo piso, situados frente a los que ocupan Cox y Rambalda.

Allí está el religioso, saludando con toda calma.

Se hace la luz.

Nadie ha caído al suelo.

Se extingue la iluminación por una fracción de segundo y regresa enseguida.

El sacerdote del confesionario ha desaparecido.

Solo queda su álter ego, en los palcos, que se deja mirar hasta que la música irrumpe desde el fondo para indicar otro cambio de tercio.

—Me voy a esperar al tragafuegos —Cox—. No sé lo que tardaré, pero espérame donde hemos dejado el vehículo.

—Bien. —Rambalda parece inquieta ante su parte de la misión.

—¿Te pasa algo? —desafiándola a desertar sin decírselo.

—Nada en absoluto —orgullosa—. Me preguntaba cómo han hecho lo de la caída, todos lo hemos visto dirigirse hacia el suelo.

—Pero nadie ha mirado hacia el techo —la cerillera.

Dejando a un lado la etapa de su vida que estuvo enrolado en una compañía teatral, a lo largo de su carrera como investigador, Sherlock Holmes se ha visto obligado a visitar una larga sucesión de casas de mala nota, pero nunca ha llegado a dominar la desagradable sensación que le invade siempre que llega a cualquiera de ellas, de manera que cuando vuelve a llamar por segunda vez en un mismo día a aquel burdel de Limehouse, a sabiendas de que llega en el momento álgido de su actividad, después de la tensión a la que se ha visto sometido en los últimos días, siente el deseo de refugiarse en el descansillo de la escalera y permitir que el émbolo de la jeringuilla que sigue llevando en el bolsillo lo libere de una parte de esa tensión.

Un deseo semienterrado, que no llega a racionalizar y al que casi no es preciso resistirse, pero que no termina de esfumarse del todo al llamar a la puerta.

Esta vez se abre para mostrar a un joven oriental no muy alto, pero cuyos músculos se marcan nítidos bajo su camisa de seda.

A diferencia de su otra visita, ahora se escucha un constante bullicio en la casa sobre una dulzona música de fondo que encaja a la perfección con la luz violácea de incierta procedencia.

—Buenas noches —saluda Holmes—, busco a la señorita Erika Loughy.

—Señorita ocupada.

—La esperaré —se abre paso ante el portero que aún no tiene muy claro si se

encuentra ante un intruso o un cliente y cierra la puerta a su espalda.

—Otras señoritas libres —usando la gramática en su mínima manifestación.

—¿Podría hacerle llegar un mensaje de mi parte? Es un asunto de extrema importancia.

—No mensajes.

El asiático se aleja dejándolo solo ante el largo pasillo cuajado de sonidos que prefiere no identificar.

Holmes se queda a solas con un perchero demasiado cargado.

Intenta no imaginarse a la hermana del antiguo alumno de Moriarty tras cualquiera de aquellas puertas.

No tiene tiempo para pensar más que en su misión.

A aquella hora de la madrugada, ya debe haber comenzado la multitudinaria batida contra la red criminal de Moriarty y es más que probable que este haya iniciado su plan de huida si, como el detective calcula, piensa abandonar el país.

Apenas queda tiempo para reunir pruebas en un último intento desesperado de relacionarlo de forma directa con algún crimen que permita apartarlo definitivamente de la sociedad.

La puerta del fondo se abre para dejar escapar la música de arpa y una pareja, que resultan ser un asiático gordito y Erika Loughy, salen de lo que resulta ser el ambigú de la casa y se dirigen a alguna de las habitaciones del pasillo.

—Señorita —Holmes, adelantándose—, es preciso que hable con usted.

—Ahora no puedo —intenta abrir el dormitorio para refugiarse dentro.

—De lo que hablemos usted y yo depende algo que es mucho más importante que nosotros mismos.

El detective está tan cerca que ella no puede entrar en el cuarto y el gordito, ante la elevada estatura y el arranque del recién llegado, primero retrocede trastabillando y después gira sobre sus pasos y se dirige velozmente hacia el bar; solo al entrar se permite un ligerísimo gesto de protesta.

La señorita Loughy, vestida únicamente con un finísimo kimono negro, con algunas canas ya en su cabello rubio, se queda sola en el corredor, intentando no bajar la mirada.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—No.

—¡Por todos los cielos!

La interminable lista de inconvenientes de aquel día parece haber acabado con su aguante.

La toma firmemente por un brazo y se dirige a la salida; al pasar junto al perchero, se hace con un largo abrigo de hombre, se lo deja caer a la mujer sobre los hombros y sigue en dirección a la calle para no detenerse hasta que los dos

están bajo un calabobos afilado y frío.

—Le di mi palabra de que volvería para darle explicaciones sobre la antigua relación entre su difunto hermano y el profesor Moriarty.

—...

—Y vuelvo para exigirle las explicaciones a usted, para que me hable de esas relaciones en la actualidad y para que me explique por qué extravagante razón su hermano no está muerto.

Es demasiado orgullosa para rehuir su mirada, lo difícil es leer en ella algo con algún sentido.

Lo mismo puede estar pensando que al fin ha sido descubierta o que se encuentra en manos de un demente.

Al fin y al cabo, para sustentar su afirmación, Holmes solo cuenta con el enigmático testimonio de una bruja olvidada en lo más profundo de una mazmorra.

El chirimirí es intermitente, las ráfagas de viento helado son continuas.

—Mi hermano murió —la lluvia al fin ha llegado al fondo de sus ojos—. Y después volvió, no me pregunte cómo, porque no lo sé.

—... —no se lo pregunta.

—Hace unos años apareció una noche en casa de nuestros padres llevando una cámara fotográfica, con otro nombre y una expresión que nunca le había conocido, era y no era él.

—¿Qué nombre?

—Daniel Frederiksen.

—Siga.

—Me dijo que había vuelto a nacer, me dijo que tenía una habitación perpetua en la posada de los muertos, que podía recibir visitas de ese mundo, que había regresado y que se había quedado allí, que su cámara era su puerta de entrada —aún logra contenerse para no sollozar—. Me dijo mucho más, estaba loco...

—¿Le habló de Moriarty?

—Me dijo que ahora era su viejo profesor el que dependía de él para llevar adelante sus planes...

—¿Qué le dijo exactamente?

—Creo que me dijo algo así como: «¿No es notable que el discípulo sea ahora el Gran Planificador?».

Sherlock Holmes debe callar por un momento, lo indispensable para asumir aquellas palabras.

—¿Le dijo dónde podía encontrarlo?

—Presumió de haber comprado su viejo club, el Heptarquía: donde antes lo trataban como un advenedizo, ahora era el dueño.

—¿Algo más?

—Al día siguiente me fui de allí, estuve... trabajando en diversos sitios, cada vez más perdidos, hasta que encontré este, que era el peor de todos, esperando siempre no volver a verlo.

El Heptarquía.

Ayer mismo estuvo allí, un club abandonado hacía años.

O tal vez no.

Su problema más inminente es qué hacer con una mujer vestida con un abrigo masculino bajo la lluvia en una calle solitaria de lo que podía ser la zona más peligrosa de la ciudad; una mujer que no deja de mirarle, pero que no termina de llorar.

El Heptarquía.

Los hombres de Moriarty se han apostado alrededor del inmueble, han intentado escuchar por las ventanas, pero no pueden asegurar que haya alguien en el interior.

En su faetón, el profesor apenas permite que le den el informe, se le ha acabado el tiempo.

—Entremos por la puerta de atrás.

El enorme cochero extrae una maza del cofre del carruaje y se dirige a la puerta seguido de James Moriarty y de cinco hombres armados.

De un solo golpe, revienta la cerradura y se hace a un lado; ahora son los hombres los que entran con el profesor en último lugar; el cochero se queda fuera vigilando la entrada y el faetón.

Las lámparas que abren paso solo descubren salas vacías, telarañas artísticas, montañas de basura, molduras arrancadas, vida innoble a nivel del suelo, sucios rastros de su viejo esplendor.

Dos de los hombres siguen con Moriarty y los otros tres se dispersan por los recovecos del club.

Tal carencia de ruido que obliga a pensar en secretos habitantes agazapados.

Cuando está a punto de forzar la entrada al gimnasio, sus puertas se abren de par en par y un hombre sonriente sale a recibirlos.

Daniel Frederiksen.

Alban Loughy.

—Pero James —con una inclinación—, si me hubieras anunciado tu visita, te habría podido complimentar como te mereces.

Un estruendo los deja sin palabras.

Al principio no saben si procede del sótano o de los pisos superiores, pero

ninguno de los presentes duda de que se trata de la descarga de un revólver.

Algo más allá de la desembocadura de la calle en la que el Fenix's Theatre sitúa la entrada de los artistas, ha localizado Cox el carromato del tragafuegos, un viejo armatoste usado por los circos ambulantes, tirado por un viejo percherón y bajo la custodia de un joven mozo que sujeta las riendas, helado, a la espera de su dueño.

El *revientacadáveres* se ha deslizado por los sedimentos de sombra hasta llegar a un portal próximo al carro.

En cuanto tiene un segundo para respirar, lejos del tumulto del teatro, vuelve a pensar en las palabras de la cerillera sobre Tansel, definiéndolo como un loco agresivo y peligroso; se imagina a Rambalda buscándole las vueltas en las profundidades del teatro y se pregunta por dónde saldrá todo aquello.

Se escuchan pasos en el callejón.

El tragafuegos.

Lo mejor es seguir adelante, confiar en que ella sepa cuidar de sí misma, no cuestionarse nada más y pensar exclusivamente en salir lo mejor librado posible de todo aquello.

Procura permanecer inmóvil en la penumbra del portal mientras aquel tipo pasa a su altura en busca del carro, un cajón cuadrado y tan viejo como el caballo, con viejos rótulos y dibujos tan despintados que resulta imposible distinguirlos en la oscuridad.

El servicio del mozo ya debe estar pagado, porque sin mediar mirada ni palabra, el tragafuegos le arranca las riendas y le hace un mal gesto para que se largue; después sube al pescante, se enfunda unos guantes gruesos, se encasqueta bien el sombrero y sacude los cueros para ponerse en marcha.

Cox no se mueve.

Espera a que el mozo se pierda de vista.

Verifica que no haya nadie en los alrededores.

Y, con una breve carrera, alcanza el carromato y se ase a la trasera sin ruido; el estribo para colocar los pies y la prominente cerradura para sujetarse son todo lo que necesita para viajar con seguridad sin que el cochero lo perciba; a aquella hora de la noche lluviosa todo el mundo está encerrado, no es probable que nadie se alarme de su presencia.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Moriarty a uno de sus hombres que baja por las escaleras del club Heptarquía con el revólver en la mano y el rostro

desencajado.

—Nada —responde sin que nadie le haya pedido su opinión Daniel Frederiksen/Alban Loughy—, debe de haberse confundido.

—No me he confundido —el aludido, llegando junto a ellos—, un niño se me echó encima... Tuve que acertarle por fuerza, estaba a dos palmos. Se me cayó la lámpara. Cuando la recogí, no había nadie más ni manchas de sangre en el suelo.

—¿Un niño? —el profesor.

—No era un niño cualquiera, señor —muy nervioso—. No tenía brazos y estaba rodeado de alambre de espino. Tenía una cara como de viejo, pero era un niño, eso seguro. Se lanzó contra mí en cuanto entré y no tuve más remedio que disparar.

Para entonces ya han regresado el resto de los agentes que exploraban el caserón y, junto a sus compañeros, intercambian miradas incrédulas, pero no emiten ni un solo comentario; conocen al que ha disparado y saben que no permite atrevimientos.

—Hay otros por el club —vuelve a intervenir el fotógrafo, que mantiene la sonrisa que ahora es un rictus servil y asustado—, pero son inofensivos, no deben preocuparse.

—Quédense aquí fuera y no se muevan —les ordena Moriarty—. A no ser que observen algo extraño, no me molesten.

A continuación, toma por el brazo al dueño del club, lo devuelve al salón del que ha salido y cierra las puertas detrás de ellos.

Daniel Frederiksen ha transformado un rincón del gimnasio desierto en una especie de vivienda, con los elementos más básicos de una cocina alrededor de la estufa, un colchón de matrimonio en el suelo, una mesa con dos sillas diferentes, y una bañera portátil junto a una escupidera al otro extremo.

La lámpara que descansa sobre la mesa no basta para disolver ninguna de las clases de penumbra que aplastan aquel escondrijo.

La estufa está apagada y la niña que los espera lleva una manta encima que no basta para hacerla entrar en calor ni para disimular su embarazo.

—Esos seres, los del alambre de espino, están ligados a nosotros a través de la fotografía, ligados para siempre, ella y yo somos su puerta de entrada en nuestro mundo —el anfitrión, con esa estúpida sonrisa—. Pero hemos llegado a una especie de arreglo con ellos: nosotros no invadimos el resto de las salas y a cambio nos dejan en paz aquí.

—Te he buscado por todo Londres —Moriarty mirando fijamente a Aswimi, que a su vez tiene la vista fija en una de las sillas, pero no se atreve a sentarse.

—Tiene casi trece años. —Frederiksen responde a la pregunta que su antiguo mentor no ha llegado a formular—. Es un poco tímida, pero parece mayor

cuando hablas con ella.

Moriarty emite un gruñido de desagrado para indicar que, en la vida, pase lo que pase, piensa hacer tal cosa y se vuelve hacia su interlocutor.

—Me has hecho perder un tiempo precioso en los momentos en que más lo necesitaba.

—Lo siento muchísimo, James, lo último que quería era incomodarte —se acerca a él, pero mantiene la distancia—; te conseguí a la nieta de la reina como querías y la dejé en el zoológico humano, como convinimos, ni siquiera te he reclamado aún el pago acordado. Solo quería que me dejaras en paz.

—Sabes que eso no lo puedo hacer.

Lo observa, evaluando los cambios que ha experimentado desde que lo conoció, cuando apenas era un muchacho, su alumno; ahora es un sujeto sin edad ni carácter, un monstruo y un payaso, un depravado sin escrúpulos y también un pobre hombre con un batín gastado y una chapela que se trajo de una visita a España en otra vida.

Le corresponden dos muertes a sus dos vidas.

—James, puedes confiar en mí, todo lo que necesito lo tengo aquí, junto a mi mujer —se acerca a la chiquilla y la toma por los hombros—, aquí somos felices, no escucharás hablar nunca más de nosotros.

—Las cosas se están complicando, debo abandonar el país dentro de unas horas.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Todo se ha derrumbado.

—El trabajo de toda tu vida —deja a la niña para acercarse de nuevo a su maestro—. Lo siento de veras.

—Y no debo marcharme dejando aquí elementos no controlados de los que pueda esperar consecuencias imprevisibles.

—De mí ya no tienes que preocuparte, te aseguro que solo quiero vivir al margen de todos.

—He perdido la cuenta de las veces que me has prometido eso mismo tras cada retrato, tras cada acto de barbarie.

—Te juro que he cambiado, todo eso se acabó.

—No puedo dejarte aquí.

—Claro que puedes, mira —abarca con las manos cuanto hay alrededor—, ni siquiera tengo ya mi equipo fotográfico, me he deshecho de él, ya no tengo nada. Quiero proponerte un trato.

—...

—Yo no vuelvo a hacer un retrato, jamás, manda que me vigilen si quieres, y si te enteras de que incumplo mi palabra puedes hacer lo que quieras conmigo —

aquello que enturbia su voz son lágrimas—. Con los dos. Con los tres — abarcando a la niña.

—...

—¿James?

—...

Hace ya un buen rato que no se oye un solo ruido en el Fenix's Theatre cuando Wytan Tansel decide salir de su camerino; ha estado bebiendo ron de caña que encontró en una botella olvidada, haciendo tiempo, intentando que se le ocurriera un sitio donde pasar la noche a salvo de los tipos que iban a rondar los lugares que frecuentaba para hacerle pagar todas las clases de intereses que había devengado su deuda.

La mujer está justo en la puerta del cubículo, no hay duda de que lo está esperando a él.

Descarada y atrevida por su forma de mirar, una señora por su modo de vestir, demasiado inteligente para su gusto por su manera de hablar.

—¿El señor Tansel? —Rambalda—. Perdona que le importune, pero he terminado tan fascinada por su actuación que no he podido menos que pasarme por aquí para mostrarle mi admiración.

—¿Llevas esperando todo el tiempo?

—Nadie se atrevió a decirme cuál era exactamente tu camerino, así que decidí esperar por aquí a que salieras para saludarte —y con media sonrisa—, al parecer, inspiras un gran temor a todos tus compañeros.

—¿Estás sola?

—Ya no.

—Bien —la mira desde la cintura hasta los tobillos, vuelve a la cintura, sigue hasta los hombros y comienza otra vez el recorrido—. ¿Y qué es lo que quieres exactamente de mí?

—Sobre todo hablar, a ver si tengo suerte y me cuentas alguno de tus secretos —ahora la sonrisa es completa—, pero también me gustaría, si no fuera mucho pedir, que me enseñaras todo esto, siempre quise conocer el interior de un teatro, la zona prohibida a los espectadores —en un intento de alejarle del camerino.

Wytan Tansel duda un momento; la dama es hermosa, puede ser una solución para pasar la noche fuera de la circulación, pero es demasiado extraño que una mujer de esa categoría se le ofrezca así, incluso piensa en la posibilidad de que la hayan enviado las personas que lo persiguen.

Como ha hecho toda su vida, se inclina por la alternativa más estúpida y apetecible.

—Vale, daremos un paseo —toma una lámpara de gas y la conduce por una estrecha escalera descendente.

—Eres un encanto.

—Te gustará todo esto; iremos al taller, donde fabricamos nuestros prodigios. Podrás disfrutar de la basura artificial y de las ratas mecánicas. Aunque te muerdan los dedos de los pies, piensa que aquí todo es mentira.

—He visto tu número, tu capacidad de estar en tres sitios al mismo tiempo, y no veo cómo se puede fingir algo así.

—Los que mienten son ellos, no yo —la toma por el brazo—; yo no finjo nunca —se acerca mucho a ella—, exhibo mi poder a la vista de todos. —Rambalda consigue no manifestar ningún rechazo ante aquel olor que es mezcla de sudor, alcohol, bilis y algo peor.

En ese tramo, la escalera se ha hecho tan estrecha que deben separarse para bajar uno delante del otro.

Poco después llegan a una enorme sala en la que se pueden ver cuatro mesas de trabajo repletas de piezas y herramientas rodeadas de una acumulación de utensilios de todo tipo y fragmentos de escenario; apenas pueden distinguirse por la carencia de luz, así que sería difícil ponerse de acuerdo sobre a qué espectáculo pertenecen, solo sobre la decadencia común a todos ellos cabría unanimidad.

No se escucha un alma en el teatro.

Si Rambalda pretendía alejarse de los camerinos para mantenerse a salvo, no podría haber elegido peor entorno. Aun así, mantiene el tipo.

—Pues no descarto yo que me cuentes tus secretos —lo mira insinuante, aunque se separa unos pasos.

—Ya te he dicho que no tengo secretos.

—No me refiero a los de tu actuación —es mejor decírselo cuanto antes—, que también me interesa, desde luego.

—Desde luego —lo primero que lamenta es haber dejado arriba su bastón de nudos—. Ya me imaginaba que buscabas algo más.

—Un pequeño negocio, una información sin importancia.

Tansel se da la vuelta y trastea en una de las mesas. Se toma su tiempo hasta encontrar algo de su gusto. Cuando vuelve a dar la cara, lleva en la mano un pesado martillo.

—Me gustan los negocios —acariciándolo.

—Por supuesto, he pensado que mereces una compensación —intenta no mirar la herramienta en las manos sucias del hombre.

—Claro que vas a compensarme —se pasa el martillo a la izquierda, necesita la otra mano para ajustar los cambios que se están produciendo en el interior de

su bragueta—, pero todavía no me has dicho qué quieres de mí.

—Me han dicho que hace unos días realizaste un servicio con tu carruaje, recogiste a una niña en el domicilio de una mujer en Billingsgate y la condujiste a algún sitio —conserva la calma, intenta hablar como si la cosa no fuera con ella—. Solo necesito saber adónde la llevaste, nada más.

—¿Y qué me darás a cambio si te lo digo?

—¿Sabes si la niña sigue donde la dejaste? ¿Está bien? —ahora sí está a punto de ser traicionada por la ansiedad.

—Te he preguntado qué me darás.

—¿Cuánto quieres? —incapaz de calcular en ese momento una cantidad razonable.

—He preguntado qué, no cuánto —con un gesto inesperado suelta el martillo en el borde de la mesa de madera para poder alcanzarlo fácilmente y saca una botella con los restos del ron de caña del zurrón que lleva al hombro.

El trago es largo, hondo, tanto que el líquido ingerido amenaza con regurgitarse por el lagrimal tras un golpe de tos.

—Estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo, el dinero no es problema —cuando ya ha dejado de toser.

—Vamos —vuelve a acercarse—, los dos sabemos lo que va a pasar —la sujeta por las caderas y le hunde el rostro en el cuello, buscándole con hambre el lóbulo de la oreja.

—...

—Apesto, ¿verdad? —restregándole el cabello grasiento por el rostro—. Hasta yo puedo notarlo.

—...

—Ojalá oliera todavía peor.

Le levanta torpemente la falda, las enaguas y, de un brusco tirón, le baja la pantaloneta de seda hasta los tobillos.

La luz del farol pierde intensidad.

Otro trago, pero esta vez no suelta la botella.

Está a punto de comentarle que él, como su compañero, también fue tragafuegos y que aprendió algunos trucos en esa época, pero está llegando al momento en que ya solo considera a la mujer eso a lo que debe degradar para excitarse.

—No te muevas.

Advierte al momento de arrodillarse y enterrarle la cara entre las piernas.

Antes otro trago.

Rambalda no se mueve, el asco paraliza, el miedo ayuda, la lengua de serpiente se demora hasta que le hace perder toda noción de tiempo.

Poco a poco se separa de ella y se pone de pie.

El hombre acerca una mano a sus labios, salta una chispa, y enseguida levanta el rostro para expeler una larguísima llamarada.

La serpiente se ha convertido en dragón.

Se ha apagado la lámpara.

El miedo, silbando.

Todavía falta casi media milla para llegar a su destino, cuando Holmes, que viaja en el pescante de uno de los dos furgones de la policía que avanzan a toda velocidad en dirección a Carlton Terrace, detecta la luminiscencia contra el cielo nocturno.

—¡Al galope! —ordena al agente que lleva las riendas.

Pero sabe que ya todo está perdido.

No solo llega tarde para encontrar a su testigo, sino que se han acabado todos los plazos, sus últimas oportunidades.

Muy pronto pueden observar el humo del incendio. Y después percibir su olor.

Unas cuantas revueltas después están ante el lugar donde estuvo emplazado el club Heptarquía y que ahora no es más que un edificio convertido en una masa de fuego incontrolable.

Aunque se detienen a considerable distancia, el calor les pinta el rostro de color anaranjado a él y a los policías que lo acompañan, que ya han mandado aviso al servicio de bomberos.

Sherlock Holmes salta del coche y se deja hipnotizar por las llamas.

Es consciente de que ha fallado. Puede ser que el profesor Moriarty sea acusado de diversos delitos, pero de ninguno lo bastante sólido y con el número suficiente de pruebas para que pague su culpa.

Mañana, dentro de unas horas, saldrá hacia el continente con su amigo Watson. Y está seguro de que no saldrán solos. Él los acompañará. Así que únicamente les queda una alternativa.

Aferrado a la trasera del carronato del tragafuegos, hace ya rato que Cox, exhausto, intentando concentrarse en que el zarandeo del vehículo no lo expulse de su asidero mientras recorren oscuros caminos de mulas que no ha visto en su vida, ha perdido todo sentido de la orientación.

Ni siquiera puede adelantar el cambio hasta que el frío de la noche deja de azotarle y una discreta luz que no procede de las escasísimas estrellas visibles se convierte en su nueva referencia.

El vehículo disminuye drásticamente su velocidad y el *revientacadáveres* aprovecha para saltar en silencio, acercarse a una de las paredes del túnel en el que se han introducido y ocultarse tras una roca.

Es una vieja galería, con toda probabilidad uno de los tramos de las obras del tren subterráneo que se abandonaron a medio hacer al sur del Támesis.

Al momento dejan de sonar los cascos del caballo.

Cuando se asoma puede ver que se ha detenido junto a una especie de campamento, no más de tres o cuatro carromatos aún más deteriorados que en el que ha viajado y una carpa a punto de venirse abajo.

Aquel formidable túnel es como un mundo dentro del mundo que enseguida le resulta opresivo, prefiere no pensar en ello.

Siguiendo la línea de oscuridad de la pared, se acerca lentamente al campamento, mientras observa bajar del pescante al tragafuegos, abrir la puerta trasera, coger algo y echárselo al hombro. Un fardo que muy bien podría tener el tamaño de una niña. Después, dejando el vehículo abierto, se encamina a la tienda de campaña.

No llega a entrar.

Uno de los carromatos se abre y enseguida otros dos. Un enano con una muleta diminuta sale dificultosamente del primero, y, a continuación, una mujer que termina apoyándose en la rueda para no caerse. Los dos se acercan al tragafuegos, así como otros dos hombres y tres mujeres más.

Solo cuando Cox logra aproximarse algo más al grupo advierte que todos son extremadamente ancianos, uno de ellos muestra los restos de una gran musculatura fundida como queso al fuego, todos visten atuendos muy viejos y gastados, pero estafalarios, propios de la gente del circo, una mujer tose tanto que debe sostenerse en otra para seguir en pie. Otro de los carros se abre, una mano se apoya en el marco de la puerta, pero da la impresión de que lo que vive allí no reúne fuerzas para poder salir.

Después de intercambiar unas palabras con ellos, el tragafuegos se dirige a la carpa y cierra la puerta de tela detrás de él.

Aquello es una especie de refugio para gente del espectáculo, ancianos y enfermos que viven en la miseria, ocultos a los ojos de todos, desaparecidos.

Cox se oculta tras los restos de unas cajas de madera a esperar que haya vía libre para inspeccionar lo que el tragafuegos ha dejado en la carpa.

Solo a través de un considerable ejercicio de voluntad consigue permanecer inmóvil.

No quiere esperar porque no puede parar... porque no debe pensar en qué será de Rambalda en todo este tiempo.

Algo malo sucede en el Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck. Casi con toda seguridad. O tal vez no.

Porque los extraños sonidos del exterior de la vivienda suelen coincidir con los constantes golpes de tos que Tyco Sprouse, su administrador, sufre desde la paliza que le infligió el maldito ilusionista de la bilocación esa misma mañana. Al principio confió en que serían algunas contusiones sin mayor importancia, pero ahora está convencido de que tiene alguna costilla rota; es más, la dificultad al respirar, los esputos sanguinolentos y la fiebre pueden indicar que la tiene incrustada en un pulmón.

Lleva toda la noche sin dormir, escuchando aquellos ruidos, fracasando en sus intentos de reunir fuerzas para salir.

Lo que ocurre es que el último chasquido ha sonado más próximo, más real.

No puede permitir que acaben con él como con un animal acorralado.

A pesar de que sigue lloviendo, no recoge el capote de hule, un poco de agua le refrescará; solo necesita su escopeta.

Como se trate de otra visita de Tansel, esta vez va a matarlo, piensa mientras abre la puerta.

La lluvia apenas le permite ver lo que tiene delante cuando se lanza hacia las jaulas.

No volverá a consentir que lo humille.

En lugar de despejarle, el aire nocturno parece embotarle cada vez más la cabeza; el agua que se cuele entre sus labios no lo deja respirar.

Cada paso es una cuchillada en el costado.

Otra vez aquel crujido.

No lo piensa.

Dispara.

Con tan mala cabeza que apoya la culata en su pecho. El retroceso lo hace aullar de dolor y caer de espaldas. El charco es una película de agua sobre el suelo, pero sacar la cabeza de él le parece tan difícil como nadar en alta mar durante un temporal.

Cuando logra examinar las consecuencias de la detonación, vuelve a gritar, a llorar. Por su mala suerte de siempre, por ser un estúpido, no por el pobre esquimal al que ha acertado en pleno rostro dentro de su jaula.

Tarda en amainar y es evidente que no será definitivo.

Se le ocurre la posibilidad de buscar a las cuatro niñas, pegarle un tiro a cada una de ellas, enterrarlas en cualquier sitio y usar los cientos de libras que le ha entregado Moriarty para desaparecer de allí para siempre.

Primero debería reunir fuerzas para incorporarse.

Fuego.

Fuego.

Fuego, por donde quiera que pase o adonde quiera que llegue.

Todo lo que James Moriarty ha acumulado o ha sido durante estos años se está convirtiendo en cenizas.

Observa de lejos las labores de extinción, a punto de marcharse, ya casi desde otra dimensión.

El fulgor de las llamas y las decenas de bomberos y policías que trabajan incansables alrededor del lazareto de Greenwich, así como los curiosos que se agolpan en el lugar, han hecho esfumarse la noche de aquella zona, creando, con aquella luz y con su actividad, un día falso e insoportable que durará más de lo que quiere pensar.

Allí dentro estaban los últimos objetos que tenían algún interés para él; el retrato de su tía Marta, el manuscrito del tratado sobre el binomio de Newton que escribió a los veintiún años, el cuadro de Greuze, todo. Recuerda y comprende lo que debió de sentir Sherlock Holmes cuando ordenó que quemaran sus habitaciones de Baker Street. Igualados también en eso.

También acaban entre aquellas llamas las únicas personas que le interesaban en este mundo, pero en ellos sí que no puede permitirse pensar ni un instante.

Su amigo Cole.

Maryann Caulfield.

Está a punto de volver a subir a su carruaje cuando se percató de que el muro de la esquina tras la que se oculta está lleno de inscripciones, *El Diario de las Paredes*; la pintura está fresca todavía y en el primero de los artículos se hacen eco ya de la serie de redadas que están borrando hasta la raíz de su organización. Al final de la gacetilla afirman que... «según nuestras fuentes, la policía maneja la hipótesis de que este tejido criminal estaba hilado desde un centro organizativo, una mente única, y que ese cerebro podría corresponder al de un catedrático de matemáticas retirado cuyo nombre aún no hemos podido averiguar».

Aquellas palabras no tardarán en desvanecerse de la pared.

Debe marcharse.

Un borrón ilegible será todo lo que quede de su recuerdo.

No sabe ya Cox el tiempo que ha pasado escondido, pegado a la pared del túnel, observando sin poder escuchar a aquellos carcamales que festejaban al tragafuegos como si celebraran su vuelta tras una larga ausencia.

Cuando se cansaron de su cháchara, fueron volviendo a sus carromatos y el

ilusionista, que había depositado en la carpa el sospechoso fardo que muy bien podría ser el cadáver de una niña, también regresó al suyo.

La galería en silencio, alumbrada apenas por las lámparas de gas que colgaban mortecinas en dos de los carros, hora al fin de dormir.

Mientras se pone en marcha, el *revientacadáveres* va pensando en que con toda seguridad habría sido mucho más inteligente esperar un rato a que todos conciliaran un sueño más profundo, pero no deja de pensar en Rambalda, a la que sugirió que sedujera a aquel demente para conseguir información. Rambalda.

Al apartar la puerta de lona, descubre que aquella gente ha convertido la tienda de campaña en un comedor común con una mesa alargada y un banco corrido a cada lado, una cocina en uno de los extremos y el resto del espacio aprovechable en una especie de trastero colectivo.

Es más que evidente que viven en la más extrema pobreza y no quiere ni imaginarse lo que puede suponer que hayan introducido el cadáver de una niña en la zona de la cocina. A lo mejor estaban celebrando que al día siguiente contarían después de mucho tiempo con carne fresca.

Tras los fogones apagados encuentra una especie de fresquera de gran tamaño en forma de arcón.

No quiere abrirla.

Nunca debería haberse metido en aquel asunto.

Cuando se decide a levantar la tapa, la sorpresa es doble.

El alivio de descubrir que el fardo no es más que una pieza de res pierde toda relevancia por el golpe que recibe en el hombro.

Por suerte estaba agachado y su atacante no le ha acertado en la cabeza como pretendía, pero sabe que ya estará intentando corregir su error con un segundo golpe. En vez de girarse para identificar a su agresor, que es lo que tiende a hacer de manera instintiva, el *revientacadáveres* salta hacia delante por encima del cofre, gira en el suelo y cuando se vuelve ya tiene en las manos las dos cuchillas de carnicero.

Enfrente, el tragafuegos, con una barra de hierro.

—Espera —Cox—, no he venido a robar nada. Quiero hablar contigo.

El otro, no.

Es un tipo grande y fuerte, parte de su número teatral consiste en sostener en vilo a otro hombre con una mano durante un lapso de tiempo importante, muy fuerte, y ahora está furioso.

Usando la barra como una lanza, salta también sobre el cajón refrigerador e intenta ensartarlo.

Pero Cox se ha pasado muchos años quebrantando a tipos mucho más hábiles

y experimentados que aquel para conservar la vida. Demasiados años. Tantos, que ahora actúa de forma tan automática que, sin él mismo darse cuenta, ha desviado la barra con una de las cuchillas mientras que con la otra le ha rebanado la garganta hasta el hueso.

Todo ha sido muy rápido.

Corto e inútil.

Ya nadie podrá preguntarle nada a aquel hombre.

La carpa se va llenando de los ancianos que, a medida que van comprendiendo lo que ha ocurrido, comienzan a gritar mientras se abalanzan contra el asesino de una de las pocas personas que se seguía preocupando de ellos en este mundo; uno le arroja una silla, y otra, una maldición; el fortachón viene en su busca mientras se asfixia.

El problema no es salir de allí, sino hacerlo sin ocasionar ningún daño a aquellos viejos enfermos, y hacerlo lo antes posible.

Debe volver al teatro, debe volver con Rambalda.

Cuando Tansel despierta sigue con los pantalones bajados hasta los tobillos, pero ya no está encima de ella; la mujer se las ha arreglado para liberarse de su peso y lo observa desde una silla que se ha buscado en alguna parte.

—¿He dormido mucho?

—Unos minutos —Rambalda—. Ahora iba a despertarte. Tenemos que hablar.

—¿Ibas a despertarme? ¿Quieres más?

El hombre se pone desmañadamente en pie y el oscuro techo del taller teatral cae sobre él y vuelve a levantarse para ponerse a dar vueltas a su alrededor; toma un largo trago de la botella para intentar recobrar la estabilidad.

No se ha molestado en subirse los pantalones.

—Solo quiero que me digas dónde has llevado a la niña.

—¿Solo eso? —con una carcajada.

—Te pagaré.

—Ajá.

—El dinero no es un problema.

—Ya me imaginé que para ti el dinero no sería un problema.

En cambio, para él, el dinero es su único problema; de conseguir la cantidad que debe a sus acreedores depende que pueda pasar de los próximos días.

Desde que empezó a hablar con aquella mujer, está dándole vueltas a la posibilidad de exigirle el dinero que necesita a cambio de la información.

No tiene ganas de colocarse los pantalones, está mejor así, puede rascarse cuando le apetezca.

Ella podría darle el dinero que necesita. Sin dificultad alguna.

Pero inmediatamente después lo denunciaría a las autoridades, en las que tanta influencia tendrá, para que lo envíen a la horca.

No necesita moverse apenas para alcanzar el martillo y golpear a la mujer en el centro de la cabeza.

Después lo deja caer y vuelve a atrapar la botella.

Esta vez no deja ni una gota de ron.

La sensación de vértigo no termina de extinguirse, tal vez debería dormir un poco más para despejarse.

V. Desplome

27 de abril de 1891

Yo que he estado donde he estado.
Yo que he ido donde he ido.
Yo que he visto lo que he visto.
Cómo podría nunca competir
otra vez con la terrible vieja Inglaterra.

RUDYARD KIPLING,
Canto pagano

Cuando Cox llegó a Fenix's Theater se dejó caer de cuclillas ante la puerta principal, extenuado, solo un instante para recuperarse del interminable trayecto desde el túnel donde acampaba el tragafuegos; sin un solo coche de alquiler a la vista, había realizado todo el camino alternando el paso con la carrera, cada vez más convencido de que nunca debió dejar a Rambalda aquí sola.

Ahora ya ha amanecido y de la animación que llenaba los alrededores de la sala de variedades solo queda algo de confeti y unas cuantas botellas rotas, nadie.

Hace un buen rato que no llueve, aunque las nubes, que se están cargando para volver a apulgarar la jornada, no dejan pasar ni un rayo de sol.

No se concede un minuto más de descanso.

La puerta principal está firmemente cerrada, así que se dirige al callejón lateral en busca de la entrada de artistas. Ni un alma levantada en todo Charing Cross.

Antes de llegar hasta aquí, se ha pasado por el descampado donde dejaron el coche con motor, que sigue allí, tal cual; lo ha examinado bien, Rambalda no le ha dejado ninguna nota, así que no debe haber abandonado el recinto, al menos no por su voluntad.

Cuando emboca el callejón divisa un *landau* cerrado con dos caballos cerca de

la entrada trasera, las riendas amarradas a una farola, el pescante vacío.

Se acerca poco a poco.

Una de las portezuelas está abierta y puede comprobar que no hay nadie en el interior.

Cuando se aproxima algo más al teatro puede ver que la puerta tampoco está cerrada; da la impresión de que el dueño del carruaje se olvidó de alguna cosa en el interior del local y ha entrado un momento a recogerla.

Entra y se queda muy quieto junto a la pared, hasta habituarse a la penumbra. Escucha un ruido y algo más que no logra identificar. Avanza sigiloso en su dirección. Unas cuantas dependencias después, ya sabe que lo que se acerca desde algún remoto lugar es un hombre que tararea una canción.

Cuando llega al inicio de una escalera que desciende a las plantas inferiores puede determinar claramente que el cántico procede de allí.

Se oculta en un dintel y unos segundos después sube los últimos escalones Tansel, el individuo del número de bilocación, que trae a alguien en brazos.

Rambalda.

Inconsciente o muerta.

Cox se planta delante de él, las cuchillas en la mano.

El otro no deja de cantar, sigue demasiado borracho para que nada le sorprenda o afecte; se limita a dejar caer el cuerpo al suelo de cualquier manera y prepararse para el combate.

DEL DIARIO DEL DOCTOR

JOHN H. WATSON

A la mañana siguiente, obedecí las órdenes de Sherlock Holmes al pie de la letra. Me procuré un simón, tomando todas las precauciones para evitar que fuera uno que hubieran podido situar allí a propósito para engañarme, e inmediatamente después del desayuno me dirigí a Lowther Arcade y la atravesé a toda la velocidad que me permitieron las piernas. Me esperaba una berlina con un corpulento cochero envuelto en un abrigo oscuro; este, no bien hube yo subido, hizo sonar el látigo y al instante empezamos a traquetear hacia la estación Victoria. Al llegar allí giró el carruaje y se alejó a toda prisa sin mirarme siquiera.

Hasta aquí todo había ido admirablemente. Tenía el equipaje esperándome y no tuve dificultad en encontrar el compartimiento que Holmes me había indicado; tanto menos cuanto que era el único en todo el tren con el cartel de «Reservado». Mi única fuente de ansiedad era ahora

que Holmes no acababa de aparecer. En el reloj de la estación faltaban siete minutos para la salida del tren. En vano busqué entre los grupos de viajeros y acompañantes la delgada figura de mi amigo. No había signos de su presencia. Pasé cinco minutos ayudando a un venerable sacerdote italiano que se empeñaba en hacerle comprender a un maletero en un inglés chapurreado que su equipaje tenía que ser facturado vía París. Luego, tras echar otro vistazo alrededor, volví a mi compartimiento, en donde encontré que el maletero, a pesar del cartel de reservado, me había asignado a mi decrepito amigo italiano como compañero de viaje. De nada me valió explicarle que su presencia era una intrusión, porque mi italiano era todavía más limitado que su inglés; conque me encogí de hombros resignadamente y seguí buscando ansiosamente con la mirada a mi amigo. Me dio un escalofrío al pensar que su ausencia podría significar que algo le había sucedido durante la noche. Ya habían cerrado las puertas y el tren empezaba a silbar cuando...

—Mi querido Watson —dijo una voz—, ni siquiera ha tenido el detalle de decirme buenos días.

Me volví asombrado. El anciano sacerdote había vuelto su cara hacia mí. En un instante se le suavizaron las arrugas, la nariz se le separó de la barbilla; el labio inferior dejó de sobresalir y la boca de temblar; los apagados ojos se le iluminaron y la encogida figura se estiró. Tras esto, todo el montaje se disolvió y Holmes reapareció ante mí.

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¡Qué susto me ha dado!

—Todas las precauciones siguen siendo necesarias —susurró—. Tengo razones para pensar que nos siguen de cerca. ¡Ah! ¡Mire, ahí está en persona! Moriarty.

El tren ya había empezado a moverse cuando Holmes empezó a hablar. Mirando hacia atrás vi a un hombre alto que se abría paso a empujones entre la muchedumbre, agitando la mano como si con esto indicara su deseo de que el tren se detuviera. Era demasiado tarde, sin embargo, porque íbamos ganando velocidad rápidamente y un momento después salíamos de la estación.

—Con todas las precauciones que hemos tomado, nos hemos salvado por poco —dijo Holmes, riéndose. Se levantó y, quitándose la negra sotana y el sombrero que habían constituido su disfraz, los metió en una bolsa de mano.

—¿Ha leído el periódico, Watson?

—No.

—¿No ha leído nada, entonces, de lo que ha pasado en Baker Street?

—¿Baker Street?

—Prendieron fuego a nuestra casa. No causó grandes daños.

—¡Santo cielo! Esto es intolerable.

—Debieron de perderme por completo la pista, de no ser así, no hubieran pensado que yo volvería a mi casa. Habían tomado la precaución de vigilarle a usted, y eso es lo que ha traído a Moriarty hasta la estación Victoria. ¿Cometió usted algún error al venir hacia aquí?

—Hice exactamente lo que me aconsejó.

—¿Encontró la berlina esperándole?

—Sí, me estaba esperando.

—¿Reconoció al cochero?

—No.

—Era mi hermano Mycroft. Es una ventaja el poder apañárselas en casos semejantes sin tener que tomar un mercenario. Pero ahora tenemos que planear lo que vamos a hacer con Moriarty.

—Puesto que esto es un expreso y los horarios del barco están en correspondencia con este, creo que nos lo hemos quitado de encima de un modo bastante efectivo.

—Mi querido Watson, evidentemente usted no se da cuenta de lo que significan mis palabras cuando digo que se puede considerar a este hombre en el mismo plano intelectual que yo. No se imaginará usted que, si yo fuera el perseguidor, iba a dejar que me detuviera un obstáculo tan mínimo.

—¿Qué hará?

—Lo que yo haría.

—¿Qué haría usted, pues?

—Tomar un tren particular.

—Pero ya será tarde.

—En absoluto. El tren se para en Canterbury y siempre hay por lo menos un cuarto de hora de retraso en la salida del barco. Nos cogerá allí.

—Entonces, ¿qué?

—Nos apearemos.

—¿Y?

—Bueno, entonces tendremos que hacer el recorrido hasta Newhaven en esos trenes de vía estrecha que se paran en todas las estaciones y desde allí cruzaremos a Dieppe. Moriarty volverá a hacer lo que yo haría. Continuará hasta París, señalará nuestro equipaje y esperará dos días en el depósito. Mientras tanto, nosotros nos compraremos un par de bolsos de viaje, iremos favoreciendo con todas nuestras compras a los fabricantes de todos los países por los que pasemos y seguiremos nuestro apacible camino hacia

Suiza, vía Luxemburgo y Basilea.

Mientras salta hacia su adversario, Cox apenas tiene tiempo de ver el rostro de Rambalda cubierto de sangre, brazos y piernas inertes; es todo lo que necesita; tiene que saciar las ganas de comerse las tripas de aquel tipo y después ya tendrá tiempo de pensar en lo ocurrido durante los últimos días, años de su vida.

El ilusionista se da la vuelta como si fuera a huir y larga dos patadas laterales consecutivas que el *revientacadáveres* ni siquiera ve llegar; con una le arranca una de las cuchillas que se pierde en la oscuridad, con la segunda le acierta en el mentón dejándole sin aliento tirado en el suelo.

El pestazo a alcohol se le percibe a treinta millas, pero incluso borracho aquel individuo es mucho más rápido y diestro de lo que se podía imaginar.

Aún no ha tenido tiempo Cox de incorporarse, cuando viene la sombra del otro armado de una silla cuyas patas le quiere clavar en el estómago.

El tiempo justo para girar sobre sí mismo, para quitarse de en medio.

Sin levantarse del suelo, efectúa un barrido con la cuchilla que conserva en la mano para cercenarle uno de los tobillos, pero Tansel salta y al caer le patea la mano dejándole desarmado.

Ahora luchan de igual a igual, aunque Cox sigue tumbado. Logra encajarle dos puñetazos seguidos en el abdomen, buscando un par de segundos de ventaja para levantarse, y lo único que consigue es que el otro, insensible a los golpes, aproveche la pausa para recuperar la silla y estrellarla sobre la cabeza del *revientacadáveres*, quien, por un instante, no ve ni escucha nada. Tampoco le importa.

Cuando abre los ojos, aquel hombre está encima de él esgrimiendo una pata de la silla para atravesarlo, como si fuera un matavampiros sobre un no muerto. Con las rodillas le aprisiona los brazos. No va a poder hacer nada.

Tansel queda paralizado con la estaca en alto y lentamente se pone en pie para mirar incrédulo a su espalda, donde Rambalda sostiene una de las cuchillas de carnicero chorreante de sangre.

Basta con eso.

Tiempo de sobra para que Cox se haya puesto en pie y, con ese mismo impulso, haya arremetido contra su enemigo. Lo haya levantado por los aires y lo haya arrojado por encima del pasamanos de la escalera.

La mujer debe afirmarse en la pared para mantener el equilibrio, esa es la única razón que les libra de la necesidad de darse el abrazo que llevan evitando desde hace tanto.

Más o menos se miran.

Eso es todo.

—¿Cómo estás? —Rambalda.

—¿Te ha dicho dónde está la niña?

—No —desvía la mirada y la descripción de lo que ha ocurrido entre ambos.

—Tengo que bajar para ver a ese puerco.

Lo hacen los dos.

Dos pisos más abajo lo encuentran en uno de los rellanos donde ha quedado después de múltiples rebotes. Las piernas colgando por la barandilla. El torso vertebrado en un ángulo absurdo. Completamente consciente. Abriendo mucho la boca para respirar.

—Tiene... que... llevarme a un hospital —le pide al *revientacadáveres* en cuanto entra en su campo de visión.

—No tengo que hacer nada por ti, idiota —arrodillarse a su lado le sirve para empezar a recuperarse de la fatiga acumulada—. Puedo tirarte otra vez para que sigas bajando a ver si llegas al infierno o simplemente marcharme y dejar que te mueras donde estás.

—Hospital...

—Pero si me dices dónde está la niña, a lo mejor te busco un médico.

—Zoológico... —apenas se le entiende.

—¿Zoológico? ¿Qué zoológico?

—Jardín Zoológico... Aclimatación... Hagenbeck...

—¿El zoológico de indígenas que hay en Earl's Court?

—... —no emite más que un susurro ininteligible.

—¿Cómo?

—No puede hablar —Rambalda.

Cox se pone lentamente en pie, valorando el estado del herido; es evidente que debe recibir atención sanitaria inmediata, pero le queda decidir si es preferible avisar a un médico o encontrar la manera de llevarlo al hospital.

Cuando se plantea cómo subirlo por las escaleras sin dañarlo aún más, el ilusionista aspira una gran bocanada.

La última.

Después no es necesario llevarlo a ningún sitio.

Si tenía un alma se esfuma sin producir mayores inconveniencias.

—Debemos ir a ese zoológico sin perder un minuto —Rambalda.

—Hay un *landau* de doble tiro en la puerta, supongo que será de este —lo señala con el pie—; será más rápido que tu coche.

—Vamos.

—Pero el zoológico es enorme, incluyendo un bosquecillo, no será fácil encontrarla.

Aquellas palabras la detienen.

Sumidos en la oscuridad, están en el rellano de una escalera que no saben de dónde parte ni adónde conduce, dentro de un edificio vacío perdido en una ciudad dormida.

Tienen que moverse.

—Pues ha llegado el momento de avisar a la policía —la mujer le aprisiona el brazo—. Yo me voy en el motorwagen al zoológico a empezar a buscarla mientras tú te sirves del para poner aviso en Scotland Yard.

—No puedes ir tú sola a...

Escuchan algo, más arriba.

En cuanto se callan puede oír los pasos que corren por la escalera.

Cox la echa a un lado y emprende la persecución. Ella detrás. Pero el que huye lleva ventaja. Al llegar a la planta baja, ni se le escucha. Cuando salen al exterior, el carruaje ha desaparecido.

—¿El tragafuegos? —pregunta la duquesa.

—Ese ya no volverá a espiar a nadie.

—Bien, me da igual, tengo que ir al zoológico.

—Espera —ahora es él quién le aferra el brazo—, allí te puedes encontrar con cualquier cosa. Es preferible que vaya yo mientras tú avisas a la policía.

—Yo llegaría mucho antes con el coche de motor.

—Conduciré yo el coche; me he fijado en cómo lo hacías y no parece difícil.

—¿Estás seguro?

—Avisa a tus amigos policías.

—De acuerdo —otra vez se agarra a su manga—. ¿Conservas el broche con la foto de mi niña?

—...

—Tráemela.

En la estación Victoria, tres mozos se apresuran a conectar el único vagón a la máquina de vapor mientras Moriarty los observa desde el andén; se ha negado a subir hasta el último momento, tiene la sensación de que observando las maniobras de los obreros al pie del tren que ha fletado puede acelerar la partida.

A sus pies, una maleta y un portafolios forman todo su equipaje, todo su mundo. Ya ni se molesta en devolver el reloj de pulsera al bolsillo del chaleco.

De vez en cuando mira hacia la dirección en que se ha perdido de vista el tren en el que viaja su enemigo; muy pronto él recorrerá las mismas vías.

Solo Sherlock Holmes y él conocen la verdadera naturaleza de aquella persecución.

Durante las primeras millas, Cox apretaba con tal fuerza la manivela de la dirección y la palanca del freno que temía arrancarlas de sus soportes; pero a medida que avanzaba, se fue convenciendo de que aquella calesa sin caballos era más sólida y fiable de lo que nunca pudo prever y empezó a disfrutar de la conducción.

Ya había cubierto una gran parte del recorrido, el fresco de la mañana le hacía lagrimear los ojos, pero le arrancaba toda la fatiga que había acumulado; se sorprendió dejando de pensar que la vida era el pozo negro donde había permanecido atrapado los últimos años, que era posible encontrar a la niña sin daño alguno, limpiar sus antecedentes penales, volver a dar clases en algún sitio, aunque fuera en un colegio, encontrar la manera de volver a pensar en Rambalda como antes.

El triciclo —el *motorwagen*, lo denominaba ella— iba cobrando velocidad y cuando acometió una pendiente mucho más inclinada de lo que parecía a simple vista, la euforia que le había invadido se convirtió en preocupación al comprobar que el freno de cuero que se aplicaba sobre las ruedas traseras no conseguía desacelerar el vehículo. La sensación duró muy poco tiempo.

Enseguida su gran temor era que el coche de motor lo aplastara cuando ambos dejaran de dar vueltas por el aire tras embestir algún obstáculo que ni siquiera había visto.

DEL DIARIO DEL DOCTOR

JOHN H. WATSON

Soy un viajero lo bastante experimentado para que me preocupara la pérdida de mi equipaje, pero debo confesar que me incomodaba un poco la idea de verme forzado a ir zafándome y escondiendo de un hombre cuyo negro historial estaba plagado de crímenes. Era evidente, sin embargo, que Holmes entendía la situación más claramente que yo. Así pues, nos apeamos en Canterbury solo para descubrir que teníamos que esperar una hora para coger un tren con dirección a Newhaven.

Estaba todavía mirando con pesar hacia el furgón de equipaje que desaparecía rápidamente de mi vista con todo mi guardarropa en su interior, cuando Holmes me tiró de la manga y me señaló la vía.

—Mire, ya viene —dijo.

A lo lejos, por entre los bosques de Kentish, surgía una fina columna de humo. Un minuto después vimos un vagón con su máquina tomando a toda velocidad la curva de entrada en la estación. Apenas habíamos tenido

tiempo de ocultarnos tras una pila de equipajes cuando el tren que había fletado Moriarty pasó por delante con su estrepitoso traqueteo y nos lanzó una bocanada de aire caliente a la cara.

—Ahí va —dijo Holmes, mientras mirábamos cómo el ferrocarril se alejaba balanceándose al pasar por las agujas—. La inteligencia de nuestro amigo, como ve, tiene sus límites. Hubiera dado un *coup-de-mâitre* de haber deducido y obrado en consecuencia con mis intenciones.

—¿Y qué es lo que hubiera hecho en el caso de que nos hubiera adelantado?

—No cabe duda de que hubiera atacado con fines asesinos. Sin embargo, es este un juego que admite dos jugadores. Y espero que el otro contendiente no colija que esta persecución no sea real.

—¿Cómo que no es real?

—Mi querido amigo, hace tiempo que descubrí que nuestro profesor dedica una parte de sus esfuerzos al desarrollo de un extraño proyecto, una comuna formada por mil seiscientos veinte personas en algún lugar de la confederación helvética, un lugar en el que, sin duda, pretende retirarse mientras lo busquen las autoridades.

—Entonces, ¿no nos sigue a nosotros?

—Nos sigue, pero en cuanto concluya que nuestro fin no es huir de él, sino averiguar el paradero de esa comuna, desaparecerá para siempre o tomará alguna decisión desesperada contra mí.

—¿Y por qué no lo denunciarnos a la policía? En este momento sabemos dónde atraparlo.

—Porque de momento seguimos sin contar con pruebas definitivas en su contra —me dijo, dejando caer su mano sobre mi hombro—. En fin, lo que nos debemos plantear ahora es si almorzamos aquí a una hora que sería la propia del desayuno o corremos el riesgo de morirnos de hambre antes de llegar a la cantina de la estación de Newhaven. Nos queda una gran distancia hasta alcanzar nuestro destino en Suiza.

Cuando Cox descubre el desvencijado cartel del Jardín Zoológico de Aclimatación Hagenbeck lanza lejos la estaca que ha usado como bastón desde el vuelco del carruaje con motor e intenta que no se perciba la ligera cojera de su pierna izquierda.

El portón está abierto, es posible incluso que aquello esté abandonado; ha oído comentarios de aquel lugar donde exhiben a representantes de etnias de todo el mundo, pero nunca se le ha ocurrido visitar semejante aberración.

No ha querido buscar un espejo para comprobar la herida que tiene en la frente, la pierna le molesta, la cadera aún más, y andar sobre aquella senda enlodada le parece cada vez más difícil, sobre todo porque no sabe si está avanzando en la dirección correcta; puede que solo esté internándose en aquella jungla perfectamente encaminado hacia ningún sitio.

Hasta que escucha la detonación.

Echa a correr hacia el sonido pero únicamente logra una especie de trote más doloroso que efectivo.

Desde el vuelco del *motorwagen* y el golpe en la cabeza, lo persigue una sensación de irrealidad que no consigue eliminar.

Ya comienza a pensar que se ha desorientado de nuevo cuando divisa una columna de humo; no está muy lejos, no hay más que superar un grupo de árboles.

Al llegar al claro, se encuentra con una vivienda, una especie de bungalow ardiendo por uno de sus extremos y a un hombre de espaldas que está vertiendo el contenido de una lata en la esquina opuesta; no se le escapa la escopeta de dos cañones apoyada en un árbol.

El individuo se separa de la construcción, deja caer una cerilla sobre el combustible y cuando lanza a un lado el recipiente ya vacío puede verlo de perfil.

Aquel hombre...

Cox avanza por campo abierto hacia él para observarlo con mayor claridad, marcha como hipnotizado, no le importa ser descubierto.

Tansel.

Que se revuelve. Que lo mira cara a cara.

No puede ser.

El ilusionista había muerto a sus pies en el teatro no hacía ni una hora, con la espalda partida por la mitad.

Recuerda el número de bilocación en el que aquel sujeto estaba en más de un sitio al mismo tiempo y la sensación de irrealidad se intensifica hasta un punto en que ni siquiera está seguro de que los ruidos, colores y formas que lo rodean no constituyan trampas para caer en otras argucias de lo sobrenatural.

Por suerte, no puede dedicar mucho tiempo a pensar, Tansel también lo ha visto y se lanza por el arma apoyada en el árbol.

Al mismo tiempo, por un reflejo, el *revientacadáveres* hace lo mismo.

Y está más cerca.

No tiene tiempo de apuntar, querría haberle disparado en una pierna, pero no puede hacer otra cosa que descerrajarle un disparo en el pecho a quemarropa.

En el tiempo que tarda en buscarle el pulso en el cuello se ha muerto. O ha

vuelto a morir.

No hay ninguna duda, es el mismo hombre. El mismo o un hermano gemelo con un parecido extraordinario.

Ahora, un grito.

Una y otra vez debe corregir su convencimiento de que aquel día no puede empeorar.

La casa se está consumiendo por las llamas desde dos puntos distintos. Y hay alguien en su interior.

Sin molestarse en comprobar si está abierta, Cox revienta la puerta de una patada y enseguida descubre a un hombre que reptaba hacia la salida con la suela de una de las botas en llamas.

No tarda nada en sacarlo de allí arrastrándolo por los brazos ni en quitarle la bota prendida.

Tiene un disparo en el vientre al que seguramente no va a sobrevivir.

—¿Quién es usted? —le pregunta.

—Soy el señor Tyco Sprouse... Administrador... Jardín Zoológico... Aclimatación Hagenbeck... —responde con una pompa algo esperpéntica teniendo en cuenta las circunstancias y que apenas logra captar el aire suficiente para llenar sus pulmones.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Las niñas... Tansel... —un hombre sin edad, de ojos lánguidos y voz lastimera, que a medida que se acerca a la muerte parece conquistar algo de la paz que se negó en vida.

—Tansel ha muerto. ¿Dónde están las niñas?

—Se las ha... llevado...

—Le digo que Tansel ha muerto —lo inclina para que pueda verlo—. ¿Dónde puedo encontrar a las niñas?

—Se las lleva...

—Le digo...

—Su carruaje...

El *revientacadáveres* guarda silencio, porque efectivamente se escucha la marcha de un carruaje.

Se pone en pie y, a través de los árboles, ve la silueta de un *landau* que está frenando para acometer la curva que da al camino de salida del zoológico.

Tomando la escopeta descargada que ha dejado en el suelo, Cox cruza la vegetación en dirección al carruaje.

Basta con recorrer una pequeña distancia y subir un pequeño montículo producido por la acumulación de viejas raíces para divisar el vehículo con claridad.

Es él.

Otra vez, él.

El individuo del pescante es Tansel, el ilusionista.

Más acá del estrépito del ferrocarril, Moriarty intenta concentrarse en una de las cartas atrasadas que ha llevado todos estos días en el bolsillo del abrigo, noticias de su falansterio, voces de un mundo perdido en el que espera encontrar refugio.

Hasta ese momento no repara en que ha olvidado enviar a alguno de sus hombres a la pensión de Emmeline Coulter para entregarle fondos con los que salir del país. Recuerda sus ojos claros y obstinadamente esperanzados, esperando que le envíe la ayuda que le prometió, casi sin dinero no solo para comprar los pasajes sino ni siquiera para comer o pagar su hospedaje.

No es la única persona que depende de él.

Mira el portafolios a sus pies. Aún con tan poco tiempo, ha logrado reunir capital suficiente para reflotar la comuna que le espera en Suiza; con el dinero y su vigilancia directa, puede demostrar que aquel experimento es mucho más que una quimera aritmética.

Pero antes de ocuparse de aquella gente debe afrontar por fin la eliminación de su enemigo. Hace ya unas horas que dedujo que Holmes estaba al tanto de la existencia del falansterio y que esta fingida huida hacia el continente no es más que una artimaña para averiguar su paradero. Que, una vez más, en contra de las apariencias, es el detective el que lo persigue a él.

Por tanto, está ya terminando de trazar un nuevo plan con el que contrarrestarlo definitivamente.

Acaricia de nuevo el maletín, pensando en que si por desventura fuera él quién pereciera, serían las mil seiscientos veinte personas que esperan su auxilio las verdaderas víctimas de aquel duelo.

Si al final, el bien y la justicia se imponen, el desastre se cebará con todos ellos.

Sobreponiéndose a la impresión de locura o apoyándose llanamente en ella, Cox empuña la escopeta y termina de atravesar el bosquecillo en busca del carruaje conducido por aquel hombre al que ya ha asesinado dos veces aquella misma mañana.

Se planta en medio de la carretera y levanta el arma, no tiene que comprobarla para saber que está descargada después de que él mismo disparara el segundo y

último de sus cartuchos.

Espera.

El ilusionista lo ha visto ya, pero sigue en su dirección.

Sin acobardarse un paso, el *revientacadáveres* se echa la escopeta a la cara y apunta con el mismo cuidado que si tuviera munición.

Y el gesto produce los primeros efectos: apretando los dientes y envenenando la mirada, Tansel tira de las riendas hasta que los dos caballos abandonan el galope; no llega a frenarlos, cuando casi se han parado, enreda las riendas en el asiento y con un movimiento agilísimo se gira para introducirse en la cabina del *landau* a través de una de las ventanillas.

Aunque disminuyendo su velocidad, el carruaje sigue avanzando.

Cox no se aparta; sigue firme, apuntando con su inútil arma hacia el pescante donde ya no hay nadie.

A unos pocos pasos, se detiene.

El *revientacadáveres* se dirige hacia la ventanilla, pero la portezuela se abre y el ilusionista aparece por ella; sostiene una niña con una mano y una navaja con la otra, el filo tan hundido en su garganta que casi le corta el sollozo.

Cierra y abre los ojos para convencerse de que se encuentra frente al hombre que ha asesinado dos veces esa mañana. Cierra y abre los ojos. No hay manera de averiguar si está ante un tercer gemelo, ante un espíritu o cualquiera sabe qué fenómeno. Cierra y abre los ojos, no hay tiempo de más.

—Está bien, ¿cómo lo hacemos? —el ilusionista.

—No tengo ningún problema en volver a matarte otra vez —a la cabeza.

—¿Eso es lo que quieres?

Sí, eso es lo que quiere.

Pero debe centrarse en la razón que lo ha llevado hasta allí.

—Busco a una niña con una marca de nacimiento en el cuello —Cox.

—Está ahí dentro.

—Lo demás me trae sin cuidado.

—Esa es la manera.

Vuelve a entrar en el coche para trastear en la oscuridad y al momento surge una niña morena con la esperada mancha en la garganta, muy asustada, a la que el *revientacadáveres* recoge con un movimiento rápido.

Se escuchan otras voces infantiles en el interior.

Después se separa del *landau*, del que a continuación sale de nuevo Tansel. Sigue cubriéndose con la otra chiquilla. Sube al pescante. Cox no deja de apuntarle. Restalla el látigo. Adiós.

Es una curiosa sensación la de llevar en brazos a la hija de Rambalda, no quiere mirarla; parece tranquila. Le susurra que en un momento estará con su

madre y su propia voz le parece demasiado bronca y amenazante, así que opta por callarse.

Y por no pensar.

Está atajando de nuevo por la zona de vegetación en dirección al bungalow en llamas, por si el administrador sigue con vida.

La fatiga le hace andar como por arenas movedizas, la niña le pesa en los brazos y, aun así, sigue llevando la escopeta descargada: le ha sido tan útil que le parecería una ingratitud dejarla tirada en cualquier sitio.

Está a punto de alcanzar la explanada de la vivienda cuando escucha una orden a su espalda.

—¡Suelte el arma!

Por un momento cree que ha vuelto el fantasma del ilusionista, pero enseguida ve uniformes a su alrededor y se tranquiliza.

—No pasa nada, es la hija de la duquesa —explica—. He conseguido...

Uno de los policías fuera de su campo de visión le golpea la cabeza con algo contundente y otro se hace cargo de la niña.

No es el único golpe que recibe mientras cae al suelo.

Han pasado la noche bajo un puente en el noroeste de Kent, intentando abrigarse los unos con los otros, cediendo la zona más seca a los más enfermos.

Hacía mucho tiempo que no pasaban la noche al sereno, se habían malacostumbrado a las comodidades del lazareto y ahora debían volver a su vida errabunda de siempre, a la rapiña y a la limosna, a coexistir con el miedo de todos, a aceptar su odio.

Que ahora habían aprendido a responder con más odio.

Reciben con satisfacción el rayo que anuncia la tormenta; la niebla y la lluvia son sus aliadas, les ayudan a pasar desapercibidos.

Ahora buscar refugio es lo de menos, encontrar alimentos es lo de menos; los leprosos tienen muchos siglos de rencor que devolver.

—Tengan cuidado, este sujeto es muy peligroso —avisa el inspector Gregson a sus subordinados.

El frío de los grilletes en las muñecas devuelve a Cox la conciencia; no debe de haber perdido el conocimiento más allá de unos segundos.

Los policías le mantienen en el suelo, bocabajo, tal vez a la espera de algún gesto por el que manifieste si va a dejar que lo trasladen pacíficamente o va a oponer resistencia.

Con esfuerzo logra girar la cabeza lo suficiente para ver a Rambalda que lo contempla impertérrita; mantiene a la niña colgada de un brazo, a un lado, apoyada en la cadera.

—Llevaba razón su señoría —el inspector Gregson—, este indeseable es el único responsable del secuestro.

Un trueno estalla justo encima de ellos, anulando las primeras protestas del *revientacadáveres*, que inmediatamente se calla, demasiado cansado y dolorido para pronunciar ni una palabra más.

Desembocaduras

¿Cuándo vi por última vez
los redondos ojos verdes y los largos cuerpos
sinuosos
de los negros leopardos de la luna?
Las brujas hurañas, señoras nobilísimas,
con todo y sus escobas y sus lágrimas,
sus coléricas lágrimas, se fueron.
Se perdieron los sacros centauros de los montes;
solo me queda el amargo sol.

WILLIAM BUTLER YEATS

Versos escritos en el abatimiento

DEL DIARIO DEL DOCTOR

JOHN H. WATSON

Con extremada tristeza tomo hoy mi pluma para escribir estas últimas palabras, con las que dejaré para siempre constancia de los últimos momentos que pasé junto a mi amigo, el señor Sherlock Holmes.

Una vez más había acertado al prever que nuestra huida del profesor Moriarty nos llevaría a lo más profundo de la vieja Europa. Aunque sabíamos que tarde o temprano daría señales de vida, tengo que decir que hicimos un viaje inolvidable. Estuvimos durante una encantadora semana vagabundeando por el valle del Ródano y luego, dejando este a un lado en Leuk, nos encaminamos hacia el puerto de Gemmi, todavía cubierto de nieve y, una vez atravesado este, hacia Meiringen, pasando por Interlaken.

Fue el 3 de mayo cuando llegamos al pueblecito de Meiringen, donde nos alojamos en la Englischer Hof, llevada entonces por el viejo Meter Steiler. Nuestro patrón era un hombre inteligente y hablaba un inglés excelente, por

haber trabajado tres años como camarero en el Grosvenor Hotel de Londres. Siguiendo su consejo, en la tarde del 4 salimos juntos con la intención de cruzar las colinas y de pasar la noche en el Hamlet de Rosenloui. No obstante, nos dio instrucciones para que, bajo ningún concepto, pasáramos de largo las cataratas de Reichenbach, que están a medio camino de la colina, sin dar un pequeño rodeo para verlas. Es, de verdad, un lugar que impone terror. El torrente acrecentado por las nieves fundidas se sume en un tremendo abismo del que sube una fina lluvia que lo envuelve todo como si se tratara del humo de una casa ardiendo.

Ya nos habíamos dado la vuelta para disponernos a regresar, cuando vimos a un muchacho suizo que venía corriendo con una carta en la mano. Llevaba el membrete del hotel que acabábamos de abandonar y el patrón la enviaba a mi nombre. Decía que a los pocos minutos de salir nosotros había llegado una dama inglesa que se encontraba al borde de la muerte. El bueno de Steiler me aseguraba en una posdata que él mismo consideraría mi ayuda como un gran favor, ya que la dama se había negado en redondo a que la viera un médico suizo y se sentía responsable de ella.

No se podía ignorar tal llamada. Era imposible negarse al requerimiento de una compatriota que se encontraba al borde de la muerte en tierra extraña. Y, sin embargo, sentía escrúpulos de dejar a Holmes. Finalmente, acordamos que el muchacho suizo se quedaría con él haciéndole de guía y compañero y yo volvería a Meiringen. Mi amigo dijo que se quedaría un rato en la catarata y luego iría paseando tranquilamente por las colinas hasta Rosenloui, donde yo me reuniría con él por la noche. Al alejarme vi a Holmes apoyado en una roca con los brazos cruzados y la mirada fija en el correr tumultuoso de las aguas. Esta sería la última visión que tendría de él en este mundo.

Cuando estaba casi al pie del camino de bajada miré hacia atrás. Era imposible ver las cataratas desde allí, pero se veía el serpenteante sendero que sube por la ladera de la colina hasta esta. Recuerdo que vi a un hombre que iba caminando a toda prisa por el sendero. Me fijé en él por la energía con que caminaba, pero desapareció de mi mente, apresurado como iba a cumplir mi encargo.

Debió de llevarme un poco más de una hora llegar a Meiringen. El viejo Steiler estaba en el porche del hotel.

—Bien —dije corriendo hacia él—, espero que no esté peor.

Hizo un gesto de sorpresa y empezó a parpadear sin saber de qué le estaba hablando, y en ese momento me dio un vuelco el corazón.

—¿No ha escrito usted esto? —dije, sacando la carta de mi bolsillo—.

¿No hay una mujer enferma en el hotel?

—Pues claro que no —exclamó—. Pero la carta lleva el membrete del hotel. ¡Ajá! Debe de haberla escrito el caballero inglés que llegó después de que ustedes se fueran. Dijo...

Pero yo no esperé a las explicaciones del patrón. Con un estremecimiento de miedo eché a correr calle abajo y me encaminé al sendero del que acababa de descender. Me había llevado una hora bajar. A pesar de todos mis esfuerzos pasaron otras dos antes de que me volviera a encontrar en la catarata de Reichenbach. El bastón de paseo de Holmes seguía apoyado en la roca donde yo le había dejado. Pero no había indicios de su presencia y de nada me sirvió gritar. La única respuesta que obtuve era mi propia voz, que multiplicaba el eco de los riscos que me rodeaban.

Fue la visión del bastón de paseo lo que me dejó frío. No había ido, pues, a Rosenlauri. Se había quedado en aquel estrecho sendero de no más de tres pies de anchura con una pared que se levantaba a pico a un lado y una caída semejante por el otro, hasta que su enemigo lo había alcanzado.

Pocas palabras bastan para contar el resto. Tras el examen del lugar llevado a cabo por expertos no quedó duda de que una pelea personal entre los dos hombres culminó, como no habría podido ser de otro modo en semejante lugar y situación, en un despeñarse en el abismo abrazados el uno al otro. Todo intento de recuperación de los cuerpos era imposible, y allí, en la profundidad de aquella horrorosa caldera de aguas turbulentas, yacerán para siempre el más peligroso de los criminales y el más grande defensor de la ley de su generación. Nunca se volvió a encontrar al joven suizo y no cabe la menor duda de que era uno de los numerosos agentes que trabajaban para Moriarty. Pocos detalles relativos a este salieron a la luz durante el proceso que se llevó a cabo contra su red de maleantes, y el que ahora me haya visto obligado a hacer una exposición exacta de su carrera se debe a esos imprudentes paladines que intentan limpiar su memoria, atacando a aquel a quien siempre consideraré como el mejor y el más inteligente de los hombres que yo haya conocido.

Como cada año, cuando comenzaba el verano, la reina Victoria y su familia se desplazaban a Osborne House, la residencia de la isla de Wight diseñada por el propio príncipe Albert para pasar sus vacaciones estivales.

A la llegada, los esperaba una horda de periodistas para recoger el saludo real y difundir en todas las publicaciones del país los retratos de la familia al completo.

Este año, la reina se preocupó personalmente de que las cámaras fotográficas recogieran a la perfección la imagen de su nieta Alice a la que su abuela había tomado en brazos.

La pequeña estaba muy cambiada desde el año pasado, sus padres, el príncipe Leopoldo y la princesa Helena, parecían bastante apagados, pero el revuelo del día era tal que nadie apreció nada extraordinario.

Los consejeros habían insistido en que no trascendiera la desaparición de la princesa Alice, nada menos recomendable para el mantenimiento de la moral de los súbditos, y no había sido difícil hallar una sustituta; al fin y al cabo, los niños son todos iguales.

Alice de Albany, fallecida en 1981, es recordada por haber sido la princesa más longeva por sangre de la familia real y la última superviviente de los nietos de la reina Victoria.

Rambalda hace una pausa antes de cerrar la maleta que reposa sobre la cama de su dormitorio para contemplar por la ventana a su hija que juega con su aya en el jardín.

Observa con profundo desagrado hacia sí misma que la principal sensación que le produce la duda de si volverá a verla alguna vez en su vida no es la aflicción, sino una ligera curiosidad por saber cuál será su tono de voz cuando crezca, cómo elegirá a su primer amante, si terminará siendo tan débil pero ambiciosa como su padre, tan mercedamente desdichada como su madre.

Se abre la puerta y aparece su padre con un neceser en la mano, immaculado de negro; a estas alturas ni se molesta en protestar porque haya entrado sin llamar.

—¿Te despedirás de ella? —pregunta el hombre, mirando también a la niña.

—No.

—Mejor —cierra tras él—. Aquí tienes la suma acordada —deja sobre la cama el neceser—. Puedes contarlo.

—Lo haré —comienza a cerrar la maleta.

—¿Dónde está tu marido?

—En su piso, supongo. Le he dicho que quería estar aquí sola unos días.

—¿Tampoco te despedirás de él?

—Ni se me ha ocurrido.

—Es repugnante.

—Lo somos todos.

Toma la maleta y el neceser y los deja junto a la puerta; es poco equipaje, pero no necesita más; en el peor de los supuestos que puede imaginar, le sobrarán los

mayor parte de la ropa y el dinero.

Después se enfrenta a su padre por última vez.

—Aún estás a tiempo de retirar los cargos contra Cox —no implora ni exige, pero es la hora del último recurso.

—Hiciste un pacto conmigo, la niña y la declaración contra él a cambio del dinero.

—No entiendo que sigas manteniendo ese odio, después de tantos años.

—No lo entiendes, no odio en absoluto a ese hombre; es más, durante un tiempo gozó de mi estima; pero formulé una acusación contra él que la justicia de mi país ha sido incapaz de hacer efectiva en estos años —la voz monótona del tribunal—. Ahora la justicia soy yo. No puedo permitir que un pelagatos como ese se burle del lord canciller.

Lo conoce demasiado bien para seguir insistiendo.

Cuando levanta la maleta tiene una visión de sí misma en una pensión española junto a una gitana desnuda, un dormitorio lleno de humo, una botella derramándose, un crucifijo torcido en la pared.

Al principio, todos los sonidos del pasillo eran el profesor Moriarty que regresaba no solo con el dinero suficiente para ayudarla a ella y a todos los miembros de la comuna, sino con el vigor y el entusiasmo de los primeros tiempos, cuando pusieron en marcha su proyecto.

Pero a medida que se han sucedido los días, hasta el ruido se ha ido desvaneciendo en los alrededores de la habitación de Emmeline Coulter, a veces piensa que los ocupantes del resto de las habitaciones de la posada han huido tras declararse alguna enfermedad infecciosa o algo así y que nadie se ha tomado la molestia de avisarle.

Pronto se cumplirán los días que ha abonado por adelantado y la dueña vendrá a instarle para que realice un nuevo pago o que abandone el establecimiento, aunque también es posible que ella sea otra de las que se hayan marchado dejándola completamente sola en el edificio.

Aún le quedan unos peniques, pero casi nunca sale a comer; también debería escribir a sus compañeros del falansterio, darles aquella dirección para que le envíen sus noticias, cada mañana se dice que debería, pero hasta ahora no ha logrado reunir fuerzas para hacerlo.

Las ventanas dan a un patio interior, así que es posible que aquella enfermedad infecciosa que se ha inventado esté afectando a toda la ciudad y ya no quede ningún testigo de su fracaso. Juega a menudo con esa idea, no es de las que más le entristecen.

El carcelero golpea suavemente los barrotes hasta que el *revientacadáveres* se da la vuelta en su jergón y se levanta sin prisa.

Su amigo Yannis lo mira entre las sombras; hace muchos años que no lo ve fuera de su matadero clandestino y no sabe cuál de los dos —dentro y fuera de la celda— está más fuera de lugar.

—Tienes solo cinco minutos —le previene el celador en un tono que desde que vino el representante del magistrado a comunicarle la sentencia definitiva se ha vuelto asombrosamente afable—, ya sabes que me la juego con esto.

—No te preocupes —responde Cox mientras busca en el interior de su camisa el collar de oro que extrajo de la última tumba que profanó—. Toma. Lo convenido.

El hombre recoge la joya sin mirarla y se aleja cabeceando por el pasillo.

Es media tarde, algún momento antes de la cena, y aquel sector de Newgate se encuentra extrañamente callado, aunque los presos de aquel sector no son muy numerosos, solo los que pronto requerirán los servicios allí emplazados; a un paso se encuentra el patio donde el condenado será aseado por última vez antes de pasar por la puerta que lleva al patíbulo, pero antes deberán entrar en la capilla, donde les espera el *pew*, una especie de púlpito dotado de un banco y un reclinatorio donde, envuelto en un sudario negro, escuchará la oración fúnebre que recita el capellán ante el resto de los reclusos.

Aún le queda al *revientacadáveres* un par de días para hacer ese recorrido.

Cuando su amigo y él reparan en ello, han dedicado a evitar mirarse dos de los cinco minutos que tan caro ha pagado el reo.

—¿Has leído la carta que te envié? —Cox, acercándose a la doble reja.

—No entiendo nada —apoya las manos en los barrotes, procurando una proximidad que no consigue—, ¿por qué te han hecho esto?

—No lo sé —voz templada y sonrisa amarga—, al final me iré sin saber quién secuestró a la niña, qué pretendía su madre ni qué papel represento yo en esta farsa.

—Es una locura.

—No creas, si necesitaban cargarle todo eso a alguien, han elegido bien —la sonrisa se va desvaneciendo—, según el juez, por mis antecedentes, yo tenía motivos de sobra contra la familia para haber raptado a la niña, ni se planteó lo contrario; además, el policía que me sorprendió cuando entré en el piso del duque me identificó sin lugar a dudas, con lo cual quedó establecido que me dedicaba a acechar a la familia; seguramente esto último también estaba preparado.

—...

—Por si fuera poco, encontraron debajo del colchón de mi cama una manopla

con las iniciales de la niña; supongo que la escondió allí Rambalda cuando visitó la buhardilla.

Se calla, arrastra una fatiga de muchos años, no quiere seguir hablando de aquello.

Yannis también parece que va a dejar que se escapen los últimos segundos que pasarán juntos sin decir nada, pero al final se aproxima aún más a la reja y susurra «acerca las manos».

Su amigo está a punto de negarse, el viejo debe insistir para que obedezca.

Se escuchan los pasos del celador.

Hábilmente, el carnicero extrae de su manga un finísimo estilete que deja caer en las manos del preso.

Cuando el carcelero llega junto a ellos el arma se ha perdido de vista.

—Es la hora —decreta.

El anciano no se hace repetir el anuncio, no se despide, no levanta los ojos del suelo, se da la vuelta y se va. Mejor así.

Cox vuelve a sentarse en su catre.

Le quedan dos días y hasta eso le parece demasiado tiempo, no se imagina volviendo a las calles ni a los cementerios. No quiere despertarse muerto y podrido con una botella de ginebra en la mano en cualquier escondrijo mugriento. No quiere recordar las arrugas que se le formaban en las comisuras de los ojos a Rambalda cuando le sonreía.

Pero ahora es él quien tiene el estilete en la manga.

—¿Echamos una partida después de la cena? —el carcelero, que sigue cabeceando desde las sombras.

—O dos —se ha aficionado a jugar a las damas con aquel tipo silencioso.

Despacio, el celador se acerca a las rejas, introduce la mano y le arroja la joya que le entregó como pago a sus servicios.

Un collar de ida y vuelta.

Aunque Bethnal Green es una de las zonas más peligrosas y pobres de Londres, el matrimonio Warren se siente contento al volver a los solares que siguen en ruinas desde que se desplomó el mercado de la seda alrededor de 1840, a las casas de vecinos, a los locales inidentificables y a los rincones anegados en niebla que forman su barrio; la niña parece inquieta, tienen prisa por llegar a casa.

Todos los miércoles deben caminar una considerable distancia para cenar en casa del anciano tío del señor Warren, que tiene un colmado en Wandsworth, visita que no solo les supone el ahorro de esa comida, sino una buena provisión

de viandas que les ayuda a soportar el peso de la semana hasta el siguiente miércoles. El oficio de zapatero da poco de sí en tiempos como estos, y más en esta parte del East End, donde poca gente puede distraer unos peniques de la comida para que un profesional les remiende el calzado.

En un momento en que ni coches ni caballerías resuenan por el empedrado, advierten el sonido de unas campanillas que les siguen a unos metros. Ambos vuelven la cabeza y solo aciertan a distinguir una mancha gris que apenas se destaca en la pastosa niebla.

La niña emite un quejido y aceleran el paso. Tiene seis años, pero aún deben trasladarla en el carrito. Nació ciega y con un retraso mental que todavía no se ha precisado, como consecuencia del marasmo que acabó con la vida de su madre. Se miran, desconcertados; tiene toda su atención, pero la mayoría de las veces no saben adivinar lo que le ocurre. La actual señora Warren es la hermana mayor de la anterior; vino desde su pueblo en Aberdeen cuando aquella murió, para cuidar de su sobrina y su cuñado, al que supera en diez años de edad. Un mes y medio después de haber llegado se casaron, para evitar habladurías.

El sonido de las campanillas viene ahora con el acompañamiento a ras de suelo de un sonido sordo irregular. Cuando se vuelven, pueden distinguir cómo se acerca rápidamente un grupo de leprosos encapuchados que golpean la acera con sus báculos.

Los dos se ponen nerviosos enseguida, porque los miembros del grupo ocupan toda la acera y no parecen dispuestos a detenerse. Por la calzada se aproximan dos carruajes en sentidos opuestos; a la luz de los faroles, el hueco que sustituye los rostros de los leprosos resulta todavía más maligno. El señor Warren se repite que son unos pobres enfermos, pero no puede evitar asustarse. Tiene las manos ocupadas con las bolsas de alimentos que le ha proporcionado su tío y se siente torpe y pesado; intenta cubrir con su cuerpo el de su mujer que empuja el carrito, pero aquellos hombres se les están echando encima. Se plantea bajar el cochecito a la carretera, pero los carruajes están a punto de pasar a su altura.

Cuando casi pueden tocar a los leprosos, se vuelve, alzando los brazos cargados de bolsas para cubrir a su mujer y a su hija.

—Perdonen —les avisa con voz débil—. ¡Perdonen!

Pero ya están sobre ellos.

Aún confía en que pasarán de largo y que todo quedará en nada cuando descubre que le han empujado debajo de las ruedas del carruaje más cercano.

El estruendo de los cascos del caballo a unos centímetros de su cabeza, que se tapa con los dos brazos sin entender nada.

Las ruedas pasan tan rápido que no sabe si lo han hecho por encima de su cuerpo.

El proceso de descubrir que milagrosamente no ha sufrido ningún daño es mucho más lento.

El conductor del carruaje que ha frenado unos metros más adelante se le acerca a la carrera, gritando, pero él no le presta atención. Su mujer está en el suelo, llorando. El carrito volcado. Los leprosos han desaparecido. La niña tampoco está.

JUAN RAMÓN BIEDMA,
octubre de 2013

Agradecimiento

Hace unos años, durante una de las inolvidables tardes de la Semana Negra de Gijón, en una de esas conversaciones entre autores que, por su errática incontinencia, no se diferencian mucho de las charlas entre borrachos, el excelente escritor mexicano Francisco Hagenbeck me contó que un antepasado suyo, Carl Hagenbeck, había sido el creador del concepto de zoológicos humanos en el siglo XIX, fundando un espectáculo con aborígenes arrancados de su medio natural junto con algunos de sus enseres para saciar la creciente necesidad de conocimientos de los ciudadanos de la época y explotar uno de los negocios más atroces de los que se conserva memoria.

Desde el primer momento le advertí que escribiría una novela con aquel episodio, y meses después, cuando necesité documentación, me aportó todos los datos de los que disponía; el proyecto se pospuso, se reinició y volvió a demorarse en varias ocasiones durante este tiempo, pero mi enorme agradecimiento por cederme esta gran historia siempre ha sido el mismo.

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Contenido](#)

[Descubierta del autor](#)

[I. Desposesión](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[II. Desencadenamiento](#)

[III. Desventura](#)

[IV. Desatino](#)

[V. Desplome](#)

[Desembocaduras](#)

[Agradecimiento](#)